DANIELA ARNOLD

CHICA BUENA ALMA OSCURA



EDICIÓN ESPECIAL 2 × 1

CHICA BUENA ALMA OSCURA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

ANTOLOGÍA

DANIELA ARNOLD

© 2025 Daniela Arnold

86179 Augsburgo, Almenrauschstr. 6a

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Collage con temas de Shutterstock.com:

486120325 (Frau im Wald) © Arlo Magicman / Shutterstock.com, 1257396538 (Nebel) © getgg / Shutterstock.com

Revisión: Inca Vogt, Eva Trillo

Corrección: Ilka Bredemeier, Eva Trillo

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica/Diseño interior: Inca Vogt

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Se excluye cualquier responsabilidad, todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

CONTENTS

Sobre La Autora

La Suegra
Sobre El Libro
Prologue
1. Annika
2. Traición
3. Annika
4. Caos
5. Annika
6. Miedo
7. Annika
8. Para Mamá
9. Annika
10. El Susto
11. Annika
12. Annika
13. Lobos Y Corderos
14. Annika
15. Annika
16. Farsa
17. Annika
18. Trampa
19. Annika
20. Frikada
21. Annika
22. Descubrimiento
23. Annika
24. El Ojito Derecho De Mamá
25. Annika
26. Annika

27. Lobo Con Piel De Cordero
28. Annika
29. Annika
30. Annika
31. Annika
32. Daños Colaterales Y Un Peón Sacrificado
33. Annika
34. Annika
35. Annika
36. Annika
37. Annika
38. El Engaño

Epilogue

En Las Tinieblas Del Bosque
Sobre El Libro
Prologue

1. Fehmarn
2. Usedom
3. De Camino A Ückeritz
4. La Casa En El Bosque
5. La Casa En El Bosque
6. La Casa En El Bosque
7. La Casa En El Bosque
8. La Casa En El Bosque
9. La Casa En El Bosque
10. La Casa En El Bosque
11. La Casa En El Bosque
12. Ahlbeck
13. Visita A La Playa
14. La Casa En El Bosque
15. La Casa En El Bosque
16. La Casa En El Bosque
17. La Casa En El Bosque
18. La Casa En El Bosque
19. La Casa En El Bosque

20. La Casa En El Bosque
21. La Casa En El Bosque
22. La Casa En El Bosque
23. La Casa En El Bosque
Epilogue
Acknowledgments

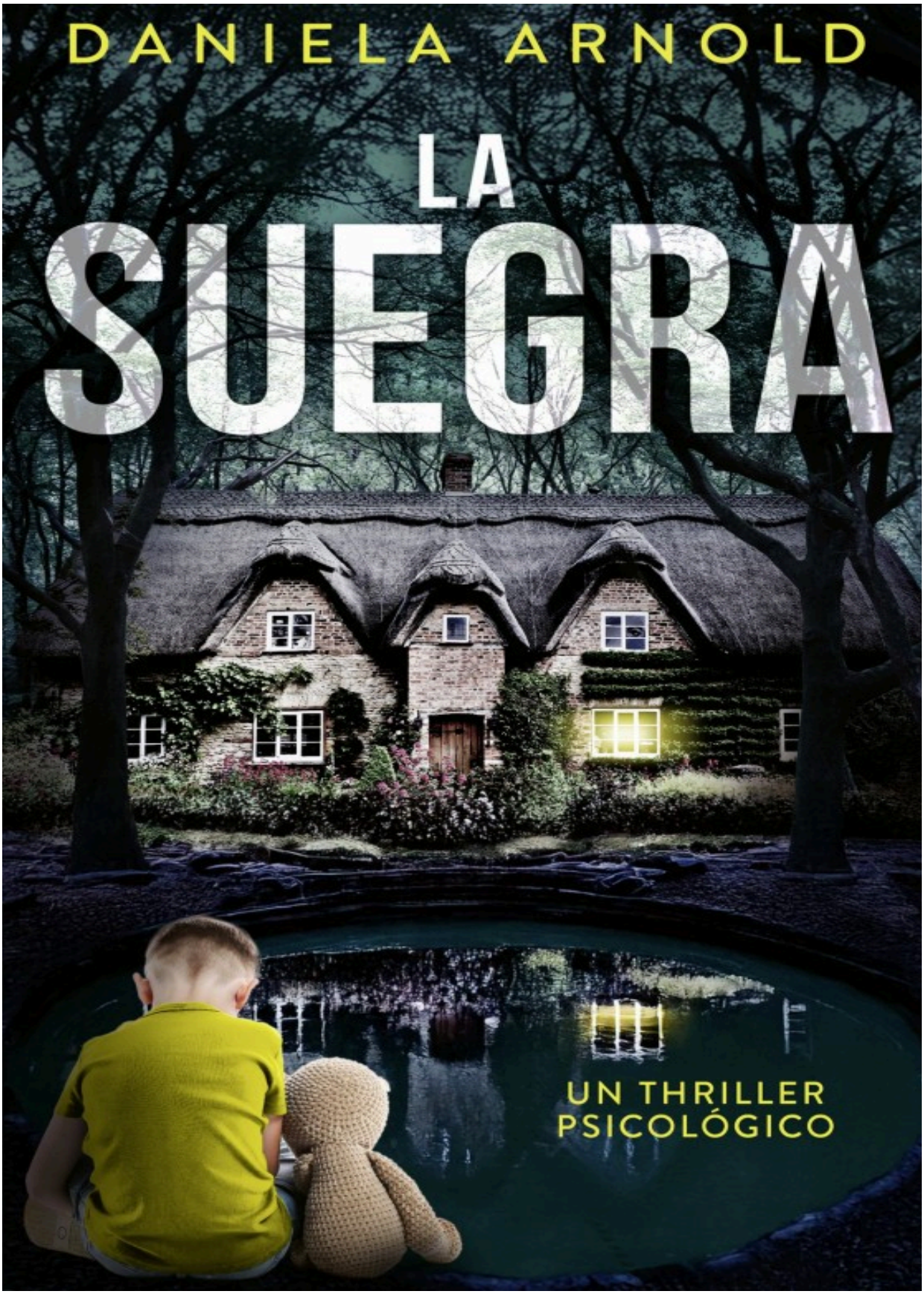
SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante mucho tiempo como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.




DANIELA ARNOLD
LA
SUEGRA
UN THRILLER
PSICOLÓGICO

SOBRE EL LIBRO

Un lugar idílico en el corazón de la Bretaña.
Una casa solitaria en las lindes del bosque.
Una familia rodeada de leyendas tenebrosas.

Annika está embarazada y junto a su hijo Lenny deberá superar un gran revés. Anhela poder dejarlo todo atrás partiendo a Francia con su recién estrenado marido para juntos cuidar de la madre enferma de él.

Linda, condenada a pasar su vida atada a una silla de ruedas, los recibe afectuosamente. Pero no tardará en mostrar su verdadero yo. Es sobre todo con Lenny con quien se comporta de manera hostil, rallando casi el odio. Lenny está muy asustado.

Pero también Annika se pregunta si su suegra está desvalida como dice estar… o si hay algo más tras el comportamiento extraño de esa mujer.

Algo con lo que ella y Lenny podrían perderlo todo. ¡Incluso la vida!

¡PARA VOSOTROS,
QUERIDOS LECTORES!

PROLOGUE

Un crujido. Cerca, a su izquierda. Alzó la mano de inmediato y apagó la linterna frontal. Procuró controlar la respiración, se mantuvo quieta, permaneció durante varios segundos en la misma postura.

Ahí no hay nada. ¡Son solo imaginaciones tuyas!

Miró nerviosa alrededor. Era consciente de que a estas horas aquí fuera no habría nadie más que ella. Se hubiese dado cuenta si no fuera el caso. Pero entonces, ¿qué había sido?

¿Los nervios de nuevo haciéndola oír y ver cosas que no eran reales?

Volvió a encender la linterna frontal con manos temblorosas. Se concentró y volvió a dirigir la atención al agujero que tenía delante, suspiró al darse cuenta de que aún no era lo suficientemente profundo – ni por asomo.

Estaba empapada en sudor.

El sudor de la frente se le metía en los ojos y bajaba a raudales por la espalda. Pero daba igual. Ahora no podía permitirse ninguna pausa, no hasta haber acabado con esto.

¡Sigue cavando!

La voz en su cabeza sonó aguda, una manifestación de pánico.

Echó un vistazo al reloj, notó la tensión en el cuerpo. Quedaban pocas horas para el amanecer, para entonces tenía que estar todo listo. Se fijó en el fardo que estaba a su lado. Sus sentimientos cambiaron de golpe. Todos los esfuerzos vividos, los que quedaban

por realizar, parecían carentes de sentido, al ver este cuerpo no eran más que una broma pesada.

Eso sí, una broma que a nadie le haría gracia.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al darse cuenta de lo absurdo que eran estos pensamientos. Porque este pobre ser jamás volvería a reírse, a ver el sol, y eso solo porque ella…

Sollozó involuntariamente.

Posicionó la pala, levantó el pie, la hundió con el mismo.

Y otra vez. Y otra.

Cuando por fin tuvo la sensación de que el agujero ya era lo bastante profundo, dejó la pala a un lado, se agachó, tiró con mucho esfuerzo de la lona hasta tener el cadáver posicionado de tal manera que podría arrojarlo al fondo empujándolo con el pie.

Se detuvo por un momento, luego hizo eso precisamente. Le dio una patada al cuerpo, lo lanzó al vacío.

El ruido – un chapoteo sordo – la dejó helada. De modo que así sonaba un cuerpo humano hundiéndose en la tierra. En un agujero húmedo en el que muy pronto la humedad se introduciría en cada poro y en cada pliegue. Menos mal que eso ahora ya no tenía mayor importancia. Los muertos no tenían frío, no sentían, no se inmutaban.

Estiró la espalda, se preguntó si sería apropiado decir una oración. Una especie de últimas palabras para acompañar a la pobre alma de cuyos restos acababa de deshacerse.

Pero entonces decidió que tendría que arreglárselas sin ellas. Ni que el alma fuera a enterarse de algo. Más bien no. No era especialmente creyente, se podían contar con los dedos de una mano las veces que había estado en una iglesia.

Y consideró otra cuestión más.

Acababa de cometer un delito, puede que incluso un pecado mortal. Sería cuestionable si en estas circunstancias atenderían una plegaría suya.

Sería hipócrita, rayaría seguramente la burla. Y burlarse de aquella cosa sin vida tirada en el agujero, eso sí que no quería hacerlo.

Cogió de nuevo la pala, empezó a tapar el agujero con la tierra extraída anteriormente. Le llevó su tiempo. Y por alguna razón, la tierra extraída ya no cabía en el agujero. Sobraba, formaba una loma que trató de igualar y luego de aplanar a base de pisarla.

Cuando hubo acabado, le temblaban los músculos de brazos y piernas por culpa del esfuerzo. La profesión de enterrador era bastante más agotadora de lo que había imaginado.

Venga, deja de perder el tiempo, ya casi lo tienes, la animó la voz en su cabeza. *¡Ya solo queda borrar tus huellas!*

Iluminó la zona alrededor de la tumba, repartió ramas y hojas, se retiró poco a poco, allanando de paso el suelo donde sus pies habían dejado hendiduras. Cuando por fin tuvo la sensación de que ya no podía hacer nada más, inspiró profundamente una última vez.

¿Había pensado en todo?

Su cabello largo estaba oculto bajo una capucha apretada, a pesar del calor, llevaba las manos protegidas con guantes. Para no dejar pisadas, había envuelto los pies en bolsas de plástico, aun así no estaba segura.

¡No puedes hacer nada más!

¿Era cierto eso?

Cerró los ojos, se concentró.

Los animales eran capaces de detectar el olor de carne en putrefacción, por muy enterrada que estuviera, por eso dudaba de si la lona bastaría para impedir que dieran pronto con la pobre criatura.

He usado un rollo entero de cinta americana, poniendo mucho cuidado en no dañar la lona. Eso tendría que llegar, trató de convencerse.

Soltó aire, cogió la carretilla, la empujó hacia la *pickup*.

Mientras intentaba subir la carretilla pesada a la plataforma de carga sin dañar la pintura del coche, volvieron las dudas: lo que había hecho esta noche, lo que había tenido que hacer, ¿había sido realmente necesario?

La voz en su cabeza soltó una risa histérica, parecía estar burlándose de su ingenuidad.

¿De verdad crees que tenías otra opción?

UNO
ANNIKA

—¿Va todo bien? —Phil la miró con el ceño fruncido.

Ella parpadeó, asintió medio dormida con la cabeza.

—Si quieres, cambiamos. Llevas casi ocho horas al volante —propuso ella.

—Hemos hecho una parada a mitad del camino.

—Un par de minutos…

—… que para mí fueron más que suficientes. Sabes que me encanta conducir —dijo él y le lanzó una breve mirada y sonrisa—. Así que: sigue durmiendo.

—Ni que fuera tan fácil. —Se incorporó, soltó un gemido—. Me duele todo —admitió—. Me habré despertado por eso. —Se giró hacia atrás, sonrió al ver a Lenny durmiendo como un bendito en el asiento de atrás. Estaba cercado, como siempre, por sus peluches, medio sentado, medio tendido, soñando: un encanto.

—¿Quieres que pare un ratito? —preguntó Phil—. Así podrás estirar las piernas.

Ella negó con la cabeza.

—Por mí no lo hagas. A no ser que seas tú quien necesite un descanso.

—No es eso. Pero me está entrando algo de hambre —respondió él sonriendo—. ¿Y tú? ¿Tú no tienes hambre?

—Un poco —admitió ella.

—Pues entonces pararemos en la siguiente área de servicio.

Ella asintió con la cabeza, miró a través del parabrisas, se dejó impregnar por el espectacular paisaje, por el cielo del atardecer con sus tonos entre violeta y rojo. Pulsó el botón para bajar la ventanilla, giró la cabeza hacia fuera, olió el aroma cálido del sur.

Inhaló profundamente e inspiró la fragancia especiada de los prados, de las hierbas silvestres y del aroma ligeramente dulce de las flores. Era todo tal cual se lo había imaginado y soñado. Resultaba sorprendente que existiera de verdad este olor típico que las guías turísticas le atribuían a esta comarca francesa.

—¿Estás contenta? —preguntó Phil.

Lo miró.

—Sí. Pero para ser sincera, también un poco asustada.

Él alzó sorprendido las cejas.

—¿Te asusta mi madre? Es una señora amable y, que yo sepa, no le ha hecho nunca nada a nadie.

—Sé que suena raro porque es mayor y está enferma, pero aun así… No sé cómo explicarlo. —Se detuvo, pensó bien lo que iba a decir a continuación—. Solo espero caerle bien, ¿entiendes?

Él le echó una rápida mirada de reojo, la animó con un gesto de la cabeza.

—Lo harás. Eres una mujer maravillosa y va a darse cuenta de eso nada más verte y te va a querer igual que yo.

Ella se acarició la barriga, sonrió. Luego miró a Phil.

—¿Ya se lo has dicho?

Él negó con la cabeza.

—Quiero darle una sorpresa.

Ella asintió ligeramente con la cabeza, carraspeó.

—Sigo dándole vueltas a lo que pasó antes de la boda.

Phil tragó, pero no dijo nada.

—Es que no me cabe en la cabeza que un padre pueda actuar así. Mi madre lo intentó todo, pero él…

Phil le explicó:

—Bebía mucho, Annika. Y no era precisamente un buen padre. Por eso me fui de casa nada más cumplir los dieciocho. Siempre

soñé con que algún día volvería a haber un acercamiento entre nosotros, pero su adicción fue más fuerte y él demasiado débil para luchar contra ella. Eso lo hacía sentir vergüenza de sí mismo. Supongo que esa fue la razón para rechazar todos mis intentos por acercarnos de nuevo.

—Ni siquiera vino a nuestra boda —comentó Annika triste.

—A mí también me afectó mucho eso. Si mi madre no estuviera tan enferma, al menos ella estaría presente.

Annika posó su mano izquierda sobre la pierna de él, apretó con suavidad.

—Para ella tuvo que ser muy duro envejecer al lado de un hombre así. Depender de él. Por culpa de él no poder estar en la boda del propio hijo.

Phil asintió con una mueca tensa.

—Él no se la merecía. —Suspiró, perdido en sus propios recuerdos y con la vista clavada en la carretera—. Pero al menos estaba con ella y la ayudaba. Eso me consuela… El estado de mi madre no es fácil. Que, a pesar de todo, la haya ayudado y cuidado con tanto mimo a lo largo de todos estos años lo valoro muchísimo. Porque también podría haberse lavado las manos y haberla metido en una residencia. No olvidemos que tiene fuertes síntomas de parálisis y que le cuesta hablar con claridad. Una situación complicada con la que lidiar.

—¿Fue por eso por lo que recurrió al alcohol? ¿Para buscar consuelo?

—Sería una explicación comprensible, pero no… Lo de la bebida ya venía de antes.

Permanecieron un rato en silencio, luego él carraspeó.

—No sabes cuánto te agradezco que, a pesar de todo, quieras hacer esto conmigo. Significa mucho para mí.

Ella lo miró, los ojos estaban a punto de llenársele de lágrimas.

—Soy tu esposa y haría lo que fuera por ti, igual que tú por mí —dijo con voz temblorosa—. Tras todo lo ocurrido, ahora, por fin, también puedo hacer yo algo por ti.

Esbozó una sonrisa melancólica, no había palabras para expresar lo que realmente sentía. Sí, Phil se merecía esto y mucho más. Se

consideraba una mujer muy afortunada por tenerlo a su lado. No solo era un esposo amoroso, sino también un buen padre para Lenny. Aunque el niño de once años no era de su propia sangre, jamás se lo había hecho sentir al niño. A diferencia de los hombres que había conocido antes, Phil era una persona responsable, con el corazón en su sitio. Algo que no podía decirse del padre biológico de Lenny. A ese le importaba un comino su hijo. Phil, sin embargo, había aceptado desde el primer momento que ella venía en forma de *pack* inseparable y había aceptado su papel de futuro padrastro de manera conmovedora. Se embarcaba cariñosamente en todo lo que hacía feliz a Lenny. Ni siquiera se quejaba de las muchas horas transcurridas en el improvisado campo de fútbol del parque.

Tanto los amigos como la familia se habían encariñado desde el primer momento con Phil porque era un amor de persona. Sí, Phil la traía en palmitas, adoraba a Lenny y soñaba con una gran familia.

Al mismo tiempo se esforzaba por hacerle la vida lo más agradable y plena posible. Incluso antes de la boda, le había propuesto dejar su empleo de enfermera para poder centrarse de pleno en su futuro papel de mamá por partida doble. A sus once años Lenny seguía necesitando a su mamá, aunque tras el parto, el centro de atención sería el bebé.

A Annika le había parecido una idea maravillosa, porque tenía remordimientos de conciencia por haber intentado anteriormente consolidar el trabajo con la maternidad.

Que eso hubiera llegado ahora a su fin no lo consideró en ningún momento una brecha en su independencia, como había vaticinado su amiga Sarah – era más bien un lujo.

Por fin ya no tendría que preocuparse por cómo estaba Lenny cuando a ella le tocara trabajar los fines de semana o días festivos. Era cierto que su madre la había ayudado mucho cuidando del nieto, pero a Lenny le había resultado doloroso. ¿Cómo iba a entender que su mamá tuviera que trabajar incluso el día de Navidad?

Tragó, echó la cabeza hacia atrás, apartó los recuerdos de su madre. A pesar de todos los meses transcurridos, seguía sin soportar la idea de no volver a verla nunca más.

Se le encogió el estómago. Enseguida colocó las manos sobre la panza, mandó una oración al cielo pidiendo que el bebé estuviera bien y que por fin se hiciera notar con una patada contra la tripa. Pero una vez más, no pasó nada.

Notó los ojos de Phil en ella.

—Debes tener paciencia —dijo él sonriendo y adivinando lo que le estaba pasando por la cabeza. A él le pasaba lo mismo, también esperaba ansioso una señal de vida de su hijo.

Lo miró, sonrió.

—Ya lo sé.

Apartó rápidamente la cara, miró por la ventanilla, luchó contra las lágrimas.

Lo peor de todo era que este embarazo estaba irremediablemente ligado a la experiencia más espantosa de su pasado.

¡Sangre, tanta sangre!

Cogió aire, gimió por lo bajo.

Luego las arcadas.

Al instante notó el sabor amargo de la bilis.

—¿Quieres que pare? —La voz preocupada de Phil se coló en su consciente.

Asintió con la cabeza, concentrada en respirar, sintió la vibración en los músculos.

Ahora no, pensó desesperada. Por favor, ¡un ataque de pánico no!

¡Tienes que tranquilizarte! Piensa en otra cosa. ¡Concéntrate!

Pero por mucho que se esforzara en dejarlo todo atrás, no lo conseguía.

Cada vez que recordaba el momento en el que había descubierto que estaba esperando un bebé, volvían a emerger todas aquellas imágenes horribles.

DOS
TRAICIÓN

—¿Sigues triste por lo de ayer? —Mamá me mira con ojos penetrantes—. Puede que esté enferma.

No digo nada, pero no pienso dejarme apaciguar.

Mamá me guiña un ojo para animarme, como si eso fuera a servirme de algo.

—Ven, hoy te llevo yo —me propone—. Así podremos charlar un poco por el camino. ¿Qué te parece?

—Que no soy un jodido bebé —exploto. ¡Como si fuera a sentirme mejor con las palabras de ánimo de Mamá!

Por un instante parece que Mamá se ha asustado con mi estallido y empiezo a arrepentirme de mis pensamientos rebeldes. Al fin y al cabo, no es culpa suya que Sophie no haya aparecido y estoy a punto de decírselo.

Pero ella me mira socarrona.

—Eso es verdad. Un bebé sí que ya no eres. —Me revuelve el pelo cariñosamente, me abraza antes de empujarme por delante de ella y darme un cachete suave en el culo—. Venga, largo, que vas a llegar tarde.

Tiene razón, por supuesto. Todos los días recorro en bici un trayecto de unos treinta minutos campo a través para ir al colegio. Treinta minutos que suelo invertir en soñar o pensar, como ahora.

Sigo sin poder quitarme de la cabeza la conversación con Sophie. Ni siquiera fue una conversación de verdad, solo una excusa estúpida.

«Tengo que hacer los deberes y estudiar» fue lo que me dijo primero para librarse de mí y luego me dijo como premio de consolación: «Pero a la tarde debería tenerlo todo listo. Entonces ya me pasaré por tu casa.»

Nada más.

Y si efectivamente hubiera venido, no pasaría nada. ¡Pero no lo hizo! Mi decepción se vuelve rabia que libero pedaleando con fuerza. Sudo a raudales, pero aun así sigo pedaleando cada vez con más intensidad, como si pudiera huir de este estúpido sentimiento.

No funciona. Y no puedo más. Estoy k.o., freno en seco, trato de tranquilizarme, paseó la mirada por los campos hasta las lindes del bosque. Obviamente, con esto no lo consigo. Sigue doliendo un montón, tanto que me vienen las lágrimas.

Me pasé horas en el muro que rodea nuestra casa, esperando a Sophie. Pero Sophie no apareció. Un plantón en toda regla y ni siquiera me llamó.

¿Y esa dice ser mi mejor amiga?

Con la cantidad de cosas que queríamos hacer.

Queríamos ir a buscar comida para Josy.

Josy es un lagarto que vive debajo del pavimento suelto de nuestra terraza. La idea es domesticar a Josy. Queremos amaestrarlo para que coma de nuestra mano – aunque hasta ahora siempre escapa como una flecha cada vez que subimos el adoquín.

De ahí lo de la comida que queríamos buscar.

Luego teníamos pensado ir a darnos un baño y luego a comer el pastel tan rico que había hecho Mamá, expresamente para Sophie. Tarta de queso con melocotón. La tarta favorita de Sophie. Dice que moriría por esa tarta de lo buena que está.

Yo, la verdad, no acabo de entender eso, pero Sophie es así. A veces le da por exagerar terriblemente.

Bueno, ya me he tranquilizado algo y compruebo en el reloj cuánto tiempo me queda. ¡Menudo susto! Me he entretenido tanto reflexionando que tengo que pisar a fondo si no quiero llegar tarde al cole.

¡Mierda!

No hay nada que odie más que llegar tarde al colegio. Entrar en una clase abarrotada, notar las miradas de los demás clavadas en mí, es lo peor que existe. Sin quererlo, visualizo claramente cómo los demás cuchichean y se burlan de mí. Seguro que voy a ponerme como un tomate.

Con un nudo en el estómago vuelvo a montar en la bici y pedaleo como alma que lleva el diablo. Solo miro de frente y me obligo a no pensar ni en mi mejor amiga ni en todos esos imbéciles que están siempre jorobándome.

—¿Te has enterado de lo que le ha pasado al hermano de Leonie? —pregunta Sophie en voz baja después de que me haya sentado a su lado.

Como si me importara, pienso todavía con rabia y no prestándole mucha atención. Aún me dura el cabreo con ella por lo de ayer, así que hago como si no existiera, clavo la mirada al frente. Que se fastidie.

—Siento lo de ayer —susurra y se mordisquea avergonzada el labio.

Ahí está, la disculpa que estaba esperando. E incluso suena sincera – en principio. La miro de reojo, dudo al instante. Hay algo raro en su cara.

Y entonces no aguanto más.

—¿Y por qué no me llamaste al menos? —pregunto descaradamente.

Me doy cuenta demasiado tarde de que he hablado demasiado alto. Marie, que está sentada justo delante, se da la vuelta y alza las cejas en un gesto interrogante, como queriendo saber si Sophie está bien.

Si estoy bien yo, parece importarle un comino – como siempre.

¿Y qué hace Sophie?

Se me queda mirando.

—Ha muerto. El hermano de Leonie ha muerto. ¿No te has enterado?

—¿Quién ha muerto? —pregunto sin entender nada de nada.

—Ha muerto de una infección. Por culpa de una picadura estúpida de algún bicho. Los padres no se dieron cuenta hasta que le subió un montón la fiebre. Pero ya era demasiado tarde.

Sacudo la cabeza, sigo sin comprender a qué se refiere.

—Solo tenía tres años y era taaaaan cuqui. —Sophie sigue con su parloteo emocionado y ni se ha dado cuenta de que la Tanqueta Cabreada ha entrado en clase. Es la profe de mate y lo primero que hace es dirigirnos una mirada seria.

Pero Sophie la ignora, como siempre.

—La madre de Leonie se derrumbó. Su padre nos llamó y nos preguntó si su hija podía pasar el día con nosotros, hasta que volviera de la clínica —me sigue contando Sophie—. Leonie no dejó de llorar ni un solo momento.

—¿Y? —pregunto y sigo sin entender qué hacer con toda esa información.

—Me daba mucha pena y por eso se me olvidó llamarte.

—¿Os queréis callar de una vez? —grita la Tanqueta Cabreada y me fijo en su cara que se ha puesto roja, roja. Tiene pinta de estar a punto de explotar.

Sophie desprende la mirada de mí, se gira hacia el encerado, lo que me brinda la oportunidad de poner un poco de orden en mi cabeza. ¿Se supone que esto era una disculpa? ¿Sophie me dio plantón porque prefirió estar con la estúpida de Leonie? ¿En serio? Y me lo suelta así, como si ahora ya estuviera todo en orden. Qué excusa más ridícula.

Vuelvo a hervir de rabia y esta vez en serio. Las manos me tiemblan, pero eso no es lo peor. Se me están llenando los ojos de lágrimas. Rezo para que no vuelva a darme una lloriquera como la del otro día.

Y justo eso es lo que pasa. Ante mis ojos todo se vuelve borroso. Alex, que está sentado en diagonal delante de mí, tiene que girarse justo ahora, claro, cómo no. Me ve limpiarme las lágrimas con gesto descontrolado.

Ya está riéndose.

—¡Ha vuelto a abrir el desagüe! —suelta mofándose de mí y, antes de que la Tanqueta Cabreada pueda decir algo, ya me están mirando todos. Veinticuatro pares de ojos pendientes de mis lágrimas.

¡Qué vergüenza!

En cuestión de segundos me he vuelto de piedra, aunque en el fondo me está costando mantener la calma.

Y entonces se oye un estruendo. Por primera vez en mi vida me alegro de tener una profe de mate tan severa. Acaba de coger el libro de texto y lo ha estampado contra la mesa.

Todos se asustan, vuelven a girarse hacia delante, me dejan en paz. Mi cabeza va a mil por hora. Me fijo en una mancha en el suelo, entre mis pies, pero noto por el rabillo del ojo que Sophie está mirándome, lo que me enfurece aún más.

La Tanqueta Cabreada está haciendo círculos en el aire con el dedo índice, lo hace siempre que escoge a alguien para que salga al encerado. Mientras no sea yo, me da igual. Yo ya tengo bastante con mirar a Sophie. Trato de parecer *zen*, pero no tengo muy claro si me sale. Para asegurarme, me encojo de hombros.

¡Te odio!, pienso.

Luego me giro hacia delante, como dando el asunto por zanjado. Pero no lo está, obviamente. ¡Todo lo contrario!

Y entonces sonrió porque se me ha ocurrido una idea.

No tengo ni idea de lo que es una sepsis, pero me imagino cómo sería si no hubiese sido el hermanito de la estúpida de Leonie el que hubiera muerto de eso, sino Sophie.

TRES
ANNIKA

—¿Mejor? —preguntó Phil preocupado mientras le apartaba un mechón rubio de la cara.

Ella asintió con la cabeza, inspiró hondo.

—A veces me mareo en el coche —trató de tranquilizarlo.

Pero la mirada preocupada de él lo decía todo. Phil se imaginaba a qué se debían las náuseas, por supuesto.

—A cuatro kilómetros hay un área de servicio —anunció—. Vamos a parar allí y comer algo rico.

Ella tragó, de solo pensar en comida volvían a darle arcadas.

—Si tú quieres comer algo, adelante, pero yo no soy capaz de tragar ni un solo bocado. Me conformo con un té.

—¿Tan mal?

Ella asintió, se dejó caer en el asiento del copiloto, apoyó la cabeza en el apoyacabezas, cerró los ojos y esperó a que Phil también se hubo subido al coche.

Al notar la mano de él en el muslo, la agarró y le devolvió el apretón. Durante los próximos minutos reinó el silencio en el coche. Luego, por fin, la presión en el pecho se aligeró, el malestar remitió.

Respiró aliviada y volvió a abrir los ojos. Se giró hacia atrás y sonrió aliviada al ver que Lenny seguía profundamente dormido.

El don de poder dormir profundamente en cualquier sitio y a cualquier hora era algo que tenían en común Phil y Lenny. Un regalo del cielo. Resistió el impulso de echar el brazo atrás y hacerle cosquillas a Lenny en el pie descalzo que de vez en cuando daba saltitos.

Cuánto amaba a este pequeño. Aunque… pequeño ya no era realmente. Dentro de algo más de un mes cumpliría once años.

Si todo salía según lo planeado, para entonces ya estarían de vuelta en Alemania para prepararle una gran fiesta sorpresa. Y en el peor de los casos, este año tendrían que conformarse con una fiesta en familia, en *petit comité*.

—¿Qué crees? ¿Seremos capaces de encontrarle un lugar en una residencia asistida a tu madre? —le preguntó en voz baja a su marido.

Phil suspiró, le echó una mirada rápida antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Sinceramente, no lo sé. Si la situación en este sector está igual de mal aquí que en Alemania, podría llevar semanas, incluso meses.

Ella tragó.

—¿Has pensado en mi propuesta del otro día?

—¿Te refieres a llevárnosla a nuestra casa a Alemania?

Ella asintió.

—Es todo un detalle por tu parte, cariño, pero no creo que sea una buena solución para ninguna de las partes.

—Pero si es alemana. ¿Por qué no iba a querer volver a su tierra natal?

—Nació en Alemania, cierto, pero ya lleva más de cuarenta y cinco años viviendo en Francia. Ya no le queda ningún lazo con Múnich. Todo lo que ha conseguido a lo largo de su vida está relacionado directamente con Francia. Su esposo, el nacimiento de su hijo, su trabajo de arquitecta. Es francesa de la cabeza a los pies y creo que no soportaría que la apartaran de este entorno, que hace mucho que se ha convertido en su patria del alma. No deberíamos arrebatársela solo porque para nosotros resulte más conveniente.

—No lo he planteado con esa intención —respondió Annika mirándolo—. Por cierto, ¿y tú? ¿Cómo fue en tu caso? ¿A ti también

te costó alejarte de Francia o te alegraste?

Él se rio.

—Para decir la verdad, para mí fue un alivio poder ser por fin adulto. Tan pronto pude, me largué pitando. No les dejé ni tiempo a mis padres para despedirse.

—¿Y nunca te arrepentiste?

—Fue lo mejor, créeme. La relación con mi padre era complicada. —Sacudió la cabeza y Annika se fijó en que el rostro de él se había ensombrecido. Ocurría siempre que hablaban de su pasado.

—A pesar de todo, espero que te alegres, aunque sea un poquito, de haber vuelto a casa después de tantos años.

—Pero si aún estuve hace poco, en el entierro de mi padre. —Suspiró suavemente—. No fue un motivo muy agradable para reencontrarme con mi madre. Por eso espero que en esta ocasión podamos disfrutarlo más ella y yo. Lo que me encantó fue que la casa está prácticamente igual. Eso me hizo darme cuenta de lo mucho que en el fondo echaba de menos esto todo. Francia, mi madre… Creo que es cosa de mi madre, y se lo agradezco, que todo siga igual que cuando me fui.

—¿Te refieres a tu cuarto?

Él asintió riéndose.

A punto de comentar que sería bonito que Lenny pudiera quedarse con esa habitación, sonó el móvil en el bolso. Lo sacó, se sobresaltó.

—¿Quién es? —quiso saber Phil.

—Sarah —respondió Annika con voz apagada. Quiso hacer desaparecer de nuevo el móvil en el bolso, cuando notó la mirada de Phil—. ¿Qué? —preguntó y ella misma se percató de lo brusca que había sonado.

—Hace meses que no habláis, la estás evitando. Es tu amiga, cariño. Seguro que solo quiere saber cómo estás.

Luchó consigo misma un par de segundos más, luego aceptó la llamada.

—¡Menos mal que te pillo! ¡Por fin! —exclamó Sarah aliviada—. ¿Puedes pasarte a videollamada?

—Mejor no —rechazó Annika—. Phil va conduciendo y no quiero distraerle. Hay mucho tráfico en las carreteras francesas.

Durante un rato reinó el silencio en la línea.

—¿Estáis en Francia?

A Annika le entraron sofocos al darse cuenta de que no le había comentado nada a Sarah – ni siquiera por WhatsApp – acerca de los planes que tenía para las próximas semanas.

—Es por la madre de Phil —explicó—. Ya sabes lo enferma que está.

—Ya, pero también deberías pensar en ti.

—Y lo hago. Pero de momento lo prioritario es la madre de Phil. Ahora que falleció el padre, la está cuidando una amiga. Sin embargo, la pobre también ya tiene su edad y sus achaques. Por eso hemos venido, para buscar una solución con la que podamos convivir todos.

—¿Cuándo volvéis?

—Ni idea, la verdad. Ahora lo importante es encontrar un lugar para su madre donde esté en buenas manos. A saber lo que nos llevará eso.

—Pero vais a volver, ¿no? —soltó Sarah y a Annika le pareció escuchar algo de desconfianza en su voz.

—Por supuesto que volveremos —dijo y carraspeó—. Siento no haber dado señales de vida últimamente.

—Preciosa —soltó su amiga—. No pasa nada. Has pasado por un montón. Normal que necesites tiempo. —Se interrumpió, pero Annika presintió que había algo más que la preocupaba.

—¿Qué pasa?

—En cuanto a lo demás, ¿cómo estás? —preguntó Sarah titubeando notablemente—. Phil me ha dicho que estás embarazada.

De seis meses ya —dijo y se asustó al darse cuenta de que ese era el tiempo que llevaba sin ver a su amiga. Medio año – media eternidad.

—Me alegro mucho por ti —dijo Sarah con una voz cálida, aunque sonó como si a continuación vendría un «pero».

—Estoy bien, Sarah, en serio.

—¿Y qué pasa con vuestra casa? —preguntó Sarah.

—¿Te refieres a la casa de Phil? Va a ocuparse nuestra Perla de ella, va a regar las plantas y mirar que todo esté en orden durante nuestra ausencia.

El silencio de Sarah la hizo entender que se había referido a la casa de su madre, la casa que, a poder ser, no quería recordar.

—Está a la venta —explicó con voz apagada.

—¿Ya tenéis algún interesado?

—Ni uno solo.

—¿Has contratado una inmobiliaria?

—Claro —dijo Annika, cerró los ojos, se maldijo por haber aceptado la llamada.

—Seguro que aparecerá alguien que quiera comprarla—le aseguró Sarah.

—Y si no, tampoco pasa nada. No necesito el dinero.

—¿Ya se sabe qué pasó exactamente? —La voz de Sarah pareció un susurro, aun así Annika supo detectar la curiosidad en ella. Lo que más le apetecía era colgar sin más.

—Desafortunadamente no —contestó, sin embargo, e inspiró hondo—. Oye, tengo que dejarte. Phil acaba de parar. Queremos comer algo. Ya hablaremos pronto —sugirió para deshacerse de su amiga. Rápidamente cortó la llamada, soltó el móvil, que cayó al suelo. Era como si le quemara.

—¿Qué pasa? —quiso saber Phil.

—Pues Sarah que sigue siendo Sarah: cotilla como siempre. —Se encogió de hombros, resignada—. Pero ahora no me apetece hablar de mi madre. Prefiero concentrarme en el futuro. En nuestro nuevo comienzo como familia.

Phil asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa.

—Comienzo nuevo, suena bien. Y puede que un cambio de aires sea lo mejor ahora mismo.

Lo miró con ojos llenos de amor.

—¿Seguro que no te importa?

—¿Lo dices porque vamos a vivir en casa de mis padres?

Ella asintió.

—Adoro esa casa —le explicó él en voz baja—. No me marché porque no me gustara la casa. Me fui por culpa de mi padre y su

problema con el alcohol. Ya no lo aguantaba más, ver a mi madre sufrir las consecuencias de su agresividad. Yo solo… no, no podía seguir participando en aquel drama. Me hubiera vuelto loco, ¿lo entiendes? Y ahora… ahora pienso que ojalá hubiera tenido el valor de dar el primer paso hacia la reconciliación.

Ella suspiró.

—Odio no haber podido estar a tu lado cuando murió. Me necesitabas y yo no estaba.

—Estabas en la clínica, con tratamiento por tu trauma. Si hubieses podido, habrías estado. Pero estás ahora. Eso es lo único que importa.

—Tenías tantas cosas de las que ocuparte, estabas completamente solo —susurró ella echando por el retrovisor un vistazo a Lenny, que seguía profundamente dormido—. Lo hiciste tú todo, ocuparte del entierro y el funeral, de la policía, de mi hijo. Y luego la muerte de tu padre… Sacaste tanta fuerza y yo… fui una pusilánime. Y lo sigo siendo.

El soltó una mano del volante, le acarició el dorso de la suya, luego se la apretó.

—Miremos solo hacia delante, ¿vale? En apenas dos horas habremos llegado y nos ocuparemos de dejar toda carga emocional atrás.

Ella lo miró irritada.

—Eso ha sonado un poco a que quieres quedarte en Francia para siempre. Eso es nuevo y repentino. Vale, acabas de admitir que te encanta la casa, que solo te fuiste por culpa de tu padre, pero hasta ahora siempre has dicho que no querías volver.

Él carraspeó.

—Sí y así era, pero he estado reflexionando —admitió—. Con el dinero que saquemos de la venta de la casa de tu madre y de la venta de la mía, podríamos renovar de arriba abajo la casa de mis padres y hacernos con una verdadera joya en mitad del campo. Lejos de la gran ciudad, ¿entiendes? A mí me cuadra. Y los franceses son gente amable y acogedora.

—Eso lo dices porque eres medio francés —dijo ella a la ligera, aunque en su interior se había desencadenado el caos. Tragó y

ponderó lo que acababa de oír. ¿Se veía capaz de darle la espalda a su patria?

Al darse cuenta de que esa opción no parecía tan descabellada, resopló. En el fondo él llevaba razón. En Múnich vivían en el centro y Phil le había contado que la casa de sus padres se encontraba cerca de un parque nacional, en medio del campo. No sería tan mal sitio para dos niños pequeños.

Ladeó la cabeza, lo miró.

—Para convertir las palabras en hechos, primero habría que dar con alguien que quiera comprar mi casa.

Él asintió, la miró con un gesto de ánimo.

—Ya aparecerá.

—No sé —respondió ella titubeante—. ¿Acaso querrías vivir tú en una casa en la que hubiera ocurrido algo tan terrible?

CUATRO
CAOS

El regreso del colegio a casa es el mejor momento del día. Saber que he vuelto a sobrevivir lo peor y que antes de tener que ir para cama aún me queda un montón de horas en las que poder hacer lo que me da la gana, es una sensación genial.

Al contrario que mis compañeros de clase y que Sophie, yo apenas tengo que estudiar y aun así saco buenas notas. Los demás a veces me insultan llamándome cerebrito, pero no lo soy. Al contrario, escucho lo que cuentan los profes y ya. Me queda grabado automáticamente. Mamá dice que por eso soy algo muy especial. Que tengo algo así como un don, aunque no sé a qué se refiere.

Yo preferiría ser como los demás porque este estúpido don es la razón de por qué no les caigo bien a los demás.

Lo de cerebrito es el insulto más amable con el que me castigan. Y aunque me griten friki y víctima, con eso también trago.

Hay cosas peores. Sophie es la única a la que a pesar de todo le caigo bien.

Nos conocemos desde que éramos bebés. Nuestras madres se conocieron durante el embarazo y se hicieron amigas. Solo le llevo dos días a Sophie. Y por eso es que nos hemos criado como si fuéramos familia, a pesar de que la casita en la que viven Sophie y

sus padres está a más de quince minutos en coche. En bici me lleva algo más ir a visitar a Sophie.

Aunque tampoco hay mucho más que hacer en este diminuto pueblucho de mala muerte donde no hay más que campos, praderas y un par de casas. Hay quien dice que es un sitio idílico y por eso en verano suele venir gente de la ciudad para pasar aquí las vacaciones.

Es que no tienen ni idea de lo aburrido que es esto realmente.

No hay cine ni centro comercial ni parque infantil con inflables ni siquiera una piscina municipal. Para ir a darse un baño hay que ir a uno de los muchos arroyos diminutos de la zona y sentarse dentro.

En alguna ocasión también fuimos al mar, pero llegar nos llevaba media eternidad.

Les estuve comiendo el coco a Mamá y a Papá durante tres años para que montaran una piscina en nuestro jardín enorme para bañarnos Sophie y yo en verano.

El problema no era el dinero. Papá es abogado en la ciudad y gana bastante pasta. Y Mamá también gana dinero aunque no tiene que salir de casa para eso. En su día me costó mucho entender por qué mis padres, a pesar de eso, son tan rácanos. Hasta que me enteré del motivo. Decían que era de mala educación y poca consideración mostrar que se es rico. La mayoría de los vecinos tenían mucho menos que nosotros y no había que restregárselo.

Aunque no señalaran directamente a los padres de Sophie, no hizo falta.

Sé que las cosas en casa de Sophie son muy distintas. Su padre es albañil y su mamá no trabaja porque tiene que ocuparse de Sophie y de sus dos hermanos pequeños.

Puede que sea por eso por lo que Mamá y la mamá de Sophie queden cada vez menos. Mamá dijo el otro día que ella y Mona tienen vidas muy diferentes y que eso hace que la amistad se vaya enfriando, por muy amigas que hayan sido. ¿Será verdad? Yo más bien creo que los padres de Sophie nos tienen envidia porque no tenemos preocupaciones y porque vivimos en una casa mucho más grande que la suya.

Papá heredó la casa de sus padres y estos a su vez de los suyos.

Pero es verdad que, comparada con otras casas, la nuestra es enorme, aunque muy vieja.

Mamá dice que habría que pagar una porrada de dinero para sanearla y renovarla de arriba abajo, pero Papá no está por la labor. Quiere dejarlo todo tal cual está porque le recuerda a cuando era niño y a cuando aún vivían sus padres.

Mientras recorro los últimos metros que me separan de casa, me imagino cómo sería eso. Mi Papá de niño en esta casa enorme. Se hace raro. ¿Vería desde lejos, igual que yo ahora, a su madre colgando la ropa en el jardín o regando?

La idea me hace sonreír y entro muy despacio con mi bici por el portalón para observar a Mamá. En este instante está acuclillada en los macizos del jardín delantero y está tan concentrada que tarda en notar que he llegado. Le encanta la jardinería y, aunque a mí personalmente no me llama para nada la atención, de vez en cuando la ayudo a arrancar las malas hierbas.

Detengo la bici a la izquierda de la entrada, dejo la mochila en la gravilla del suelo, ignoro la mirada severa de Mamá, que ahora sí que me ha visto. Me regaña de inmediato:

—¡Anda con cuidado con la mochila! ¡Con lo cara que fue!

Cómo no, el dinero querido que hay que ahorrar, se me pasa por la cabeza.

A ver, que entiendo que no soporte que no ande con cuidado con mis cosas, que seguramente hayan costado un montón de pasta, pero que tenga que ser siempre tan tiquismiquis…

Me trago mi réplica y pregunto para calmarla:

—¿Quieres que te ayude?

Pero ella ni reacciona, solo me mira preocupada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? Pareces triste.

—Solo es un poco cansancio —digo para restarle importancia y con la esperanza de que no insista en el tema.

Pero es justo lo que hace; me pregunta:

—¿Has hablado con Sophie?

—No pudo ser. Estaba enferma —miento. Admitir que le sigo dando vueltas al hecho de que mi mejor amiga me olvidara ayer sin

más, sería demasiado bochornoso.

Mamá frunce el ceño, me mira sorprendida.

—No lo entiendo. Mona me ha llamado hace un rato y me ha contado lo de Leonie. De lo que le pasó a su hermano y que por eso no pudo venir Sophie ayer. ¿Es que no te lo ha dicho?

Hago un gesto de rechazo con los hombros y me temo que me estoy poniendo como un tomate por no decir la verdad.

—Qué raro —dice Mamá sin quitarme los ojos de encima.

—A ver, ¿quieres que te ayude o no? —Mi voz suena caprichosa, como de bebé, pero Mamá me sigue mirando de manera tan penetrante que me siento al descubierto. Nadie me conoce tan bien como ella, ni siquiera Papá.

Una vez más, Mamá parece saber exactamente lo que me está pasando por la cabeza. No sé cómo, pero ella siempre identifica mi estado de ánimo. Incluso Sophie se ha dado cuenta de eso. En una ocasión dijo maliciosamente que Mamá es como una gallina clueca, siempre encima. Que era porque solo me tenía a mí.

—¿Es que no te parece triste lo que le pasó al niñito? —La voz de Mamá se cuela en mis pensamientos.

—Si no lo conocía —me defiendo enseguida y no entiendo que lo del niño le afecte tanto a Mamá, tanto que está a punto de llorar.

Mamá sacude la cabeza sin poder dar crédito, me mira como si yo hubiera hecho algo malo.

—¡Pero conoces a Leonie, va a tu colegio!

Yo asiento, bajo la mirada porque no quiero que Mamá vea que todo esto me da igual. Leonie y los demás idiotas de clase me los paso por el forro de los cojones, como dice Papá.

Si casi todos me ignoran. Y el resto me tortura con regularidad puntual. Leonie entre ellos.

Por supuesto, el hermano de Leonie no tiene culpa de que su hermana sea gilipollas, pero sienta bien saber que ahora está sufriendo por la muerte de su hermanito.

Eso no lo puedo decir en voz alta, claro. Mamá se cabrearía muchísimo si estuviera al tanto de mis oscuros pensamientos. Es casi como si en el fondo me tuviera un poco de miedo.

—Los padres de Leonie están destrozados, ¿sabes? Nadie debería tener que enterrar a su propio hijo —trata de apelar a mi conciencia.

Y entonces pillo por fin por qué reacciona de manera tan intensa a la muerte de un niño desconocido. No se trata del niño desconocido. En realidad se trata de mí. Lo que le pasó al niño me podría haber pasado a mí – eso es lo que le da tanto miedo. Y eso sienta tan bien como el abrazo fuerte que me da.

Me llega de inmediato su olor. El perfume que huele a flores mezclado con su olor corporal que, incluso tras haber estado varias horas trabajando en el jardín, no apesta ni de lejos como el sudor de Papá.

—Te quiero —me susurra y oigo sus latidos del corazón.

De repente me aparta, me mira.

—Mona dijo que Sophie tiene pensado pasarse hoy. ¿Te viene bien o tienes otros planes?

Pienso: ¿Qué otros planes voy a tener? ¿Es que Mamá cree acaso que tengo muchos amigos con los que pasar el rato? Pero no me veo capaz de decirle que para mí solo existe Sophie. Cuando no estoy con Sophie voy por ahí, sin rumbo, matando el tiempo hasta la hora de la cena.

—Nos hemos peleado —explico, con más acritud de la necesaria.

Pero Mamá sacude la cabeza con decisión.

—La vida es demasiado valiosa como para malgastarla con peleas. No quiero que te conviertas en una persona rencorosa como tu padre. Cuando llegue tu amiga, ¡os vais a sentar y a arreglar el problema!

—¿Sigues de morros conmigo? —pregunta Sophie y me mira mientras le cuelgan las piernas dentro del agua de nuestra piscina.

—¿De dónde sacas que estoy de morros contigo?

Ella suelta una risa tonta.

—Pues por cómo me miras…

—¿Y cómo te miro?

—Como con ganas de retorcerme el cuello.

Me encojo de hombros porque no sé qué contestar sin parecer imbécil. Pero por nada del mundo voy a admitir nada. Que piense lo que le dé la gana.

La sonrisa se esfuma de la cara de Sophie, vuelve a estar triste.

—Leonie me dio mucha pena —explica—. Tan solo quise distraerla un poco y por eso me quedé haciéndole compañía.

Murmullo algo, clavo la mirada en la superficie del agua, me paro a pensar en sus palabras. Pero no acabo de entender a qué se refiere. Hasta ahora siempre he pensado que ni Sophie ni yo soportábamos a Leonie. Y por eso no entiendo por qué ha preferido a Leonie antes que a mí.

De repente se levanta, respira hondo y me mira.

—¿Quieres saber lo que he averiguado?

A regañadientes le devuelvo la mirada porque ya me imagino lo que viene ahora.

—No es estúpida como pensábamos, ¿sabes? —prosigue Sophie —. De hecho, Leonie es bastante maja. A ti seguro que también te caería bien si la conocieras un poco mejor.

—¿Qué? —No me lo puedo creer. Esto es peor de lo que me imaginaba. Le clavo una mirada furiosa—. ¿Es que ya se te ha olvidado todo? Leonie siempre está cuando los demás montan su espectáculo miserable en mi contra. Incluso estuvo cuando Luca me hizo la zancadilla y casi me caigo por las escaleras. Aún oigo su risa de caballo.

—Bah, eso —dijo Sophie restándole importancia—. Ha dicho que lo siente y la creo.

—Ah, bueno, entonces… —digo, me levanto y doy los dos pasos hasta la base del trampolín, corro hacia el borde y me tiro al agua con las piernas encogidas.

Sophie y yo llamamos a este salto bomba culera y cada verano nos retamos a ver quién consigue el estallido más potente sobre la superficie.

Nado hacia la escalera, salgo de la piscina, arranco otro intento para llevarme el título mundial en bombas culeras.

—Me toca a mí —dice Sophie tras una sentida eternidad y se levanta para hacer lo mismo que yo. Por un momento planteo decirle «¡No!». Al fin y al cabo es mi piscina y el jardín de mis padres. Pero ¿y luego?

No, no puedo hacer eso. Sophie es la única amiga que tengo. No puedo ahuyentarla también a ella.

—Vale —digo y me encojo de hombros—. De todos modos no vas a poder superarme. —Y espero a que Sophie llegue a mi lado y se posicione para saltar.

Finalmente coge carrerilla y, aunque solo son tres o cuatro zancadas hasta el final del trampolín, me da la impresión de que consigue mucho más impulso que yo. Lo cual es una tontería si me paro a pensarlo.

Lo que pasa es que Sophie es capaz de coger mucha más altura que yo. En general, sabe hacer muchas cosas mejor que yo. Y aunque normalmente me da igual, hoy me molesta.

Con una punzada en el pecho observo cómo su cuerpo delgado sale disparado al aire y cómo a continuación impacta en el agua como una bala de cañón. Las salpicaduras que provoca llegan casi hasta los parterres de Mamá.

Cuando está de vuelta en la escalerilla, salgo corriendo yo, me impulso del trampolín con los pies, estiro los brazos hacia arriba, me encojo para convertirme en una bola y me dejo caer.

Pero nada más rozar mi piel el agua ya sé que no he conseguido superar el salto de Sophie.

Mira en mi dirección, saca los pulgares hacia arriba, pero veo en su cara lo que está pensando realmente.

¡Mindundi!

Lleva la palabra escrita en la frente, no tiene ni que pronunciarla.

Durante un rato nos turnamos saltando hasta que se me pasan las ganas. ¿Para qué seguir? No soy capaz de vencer a Sophie. Hoy no…

Justo cuando quiero proponerle jugar a otra cosa, se oye un ruido fuerte. Como un *plong* hueco y metálico, luego un crujido que da miedo. Me giro despacio, veo que Sophie está flotando en la

superficie mientras que el agua a su alrededor va cogiendo un tinte rojo.

No se mueve.

No emite ningún sonido.

¿Está… muerta?

La posibilidad no me asusta ni experimento tristeza.

En mi interior no hay nada, solo un vacío. Y un vago interés: ¿qué significa aquello?

¿Qué era eso que deseé hace unas horas en el colegio?

Que ojalá hubiera muerto Sophie en vez del hermano de Leonie.

¿Esto es culpa mía?

¿He sido yo quien ha causado esto solo por haberlo deseado?

Y en caso afirmativo, ¿qué posibilidades hay de que vuelva a conseguirlo otra vez más?

CINCO
ANNIKA

—Nena, hemos llegado. —La voz de Phil entró en su cerebro como amortiguada por niebla. Annika parpadeó y miró por la ventanilla. Pero, a pesar de la entrada iluminada, tan solo discernió el contorno de la casa que durante las próximas semanas se convertiría en su hogar.

Decepcionada por solo poder ver parte del jardín de la entrada, dejó vagar la mirada. Pero no había nada que ver, el resto de la propiedad estaba completamente a oscuras.

—Voy a adelantarme y saludar a Catrin —anunció Phil.

Annika asintió con la cabeza, desabrochó el cinturón de seguridad, respiró hondo. Por fin había llegado el momento de conocer a Linda, su suegra. Observó tensa cómo se abría la amplia puerta principal y salía una mujer delgada de unos setenta años, cómo se acercaba a prisa a Phil, lo envolvía en un abrazo.

A sus espaldas sonó un pitido monótono y de poca intensidad. ¡Lenny! Él y su Nintendo Switch era casi inseparables.

A sus diez años, su hijo ya tenía demasiados cachivaches electrónicos. Por ejemplo, la susodicha Nintendo y una Playstation de última generación, con pantalla enorme incluida – todo ello, regalos de la abuela. Su madre había mimado demasiado al nieto y le había cumplido los caprichos más caros.

Los dos estaban muy unidos y sabía que el niño echaba tanto de menos a su abuela como ella a su madre.

Tragó para desprenderse de tanta emoción fuerte y al mirar hacia fuera, elevó una oración al cielo. Deseaba de todo corazón que su hijo encontrara en la madre de Phil a una abuela que le aliviara un poco su dolor. Bastaba con que estuviera ahí para el niño.

Phil le había comentado que el derrame cerebral había causado daños considerables y que su madre ahora dependía de una silla de ruedas. Sin ella apenas lograba dar cinco pasos. Además, le había afectado al habla, ya que el coágulo había dañado casi por completo el lóbulo temporal.

A esto se sumaban los episodios en los que confundía recuerdos, olvidaba cosas, nombres y hasta acontecimientos importantes de su vida. No era demencia ni Alzheimer: todo se debía al daño cerebral provocado por una caída.

Annika no alcanzaba a imaginar cómo se sentiría aquella mujer ahora que, para colmo de males, también había perdido a su marido.

Se giró hacia Lenny en el asiento de atrás.

—Basta por hoy, jovencito, y ahora fuera, ¿vale?

—Jo, mamá —protestó Lenny—. Estoy en mitad de una ronda. Ahora no puedo parar o volveré a perder.

—Piénsatelo bien —le avisó y trató de transmitir severidad a su voz. Pero le resultaba casi imposible conseguirlo. No era capaz de negarle nada a su hijo, en ese sentido era como su madre. Esbozó una amplia sonrisa—. Las sobras para los últimos.

Lenny alzó la vista, frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que voy a pedirme la habitación más guay. A no ser que seas más rápido que yo.

Lenny se lo pensó unos segundos, pero luego se apeó y corrió hacia la casa.

Siempre había sido un diablillo al que no le importaba lo más mínimo lo que opinaran los demás. Pero sobre todo era un niño feliz, alegre y muy pillo. Pero hoy, sin embargo, hubiera deseado que fuera un poco más comedido.

Phil no parecía haberse enterado de nada, estaba inmerso en la conversación con Catrin.

Annika decidió de momento solo coger su bolso de mano y presentarse ella misma. Ya buscaría a Lenny después para pedirle que al menos los primeros días se cortara un poco.

Se acercó a ellos, le sonrió a la mujer.

—Usted debe de ser Catrin —dijo, le tendió la mano a la mujer a lo cual esta contestó con un aluvión de palabras de las que no entendió ni la primera.

—Catrin no habla alemán —le recordó Phil.

—Lo siento. —Probó con el inglés, pero la mujer tan solo hizo un gesto de disculpa con la cara.

Annika miró a Phil.

—¿Inglés tampoco?

—Me temo que no —respondió él sonriendo, luego hizo las introducciones en francés.

Annika escuchó fascinada. Oír a su marido hablar en francés resultaba muy sexy, aun sin entender ni una sola palabra. Era un idioma que desde siempre le había resultado fascinante, a pesar de no haber llegado a aprenderlo nunca.

Miró a su marido.

—¿Te importa si os dejo solos y me meto en casa? Voy a coger unas cuantas cosas, pero las maletas pesadas te las dejo a ti. —Pícara le guiñó un ojo a Phil, se puso de puntillas, le dio un beso en la punta de la nariz—. Te quiero —le susurró antes de volver al coche y abrir el maletero. Sacó uno de los bolsos más ligeros. Luego recogió los peluches del asiento de atrás y emprendió el camino hacia la entrada de la casa.

Ya casi en la puerta, notó una mano en el hombro.

Annika se giró de golpe, vio a Catrin detrás de ella mirándola con un interés extraño. Una mezcla de curiosidad, lástima… y otra cosa más que no supo identificar.

Annika se detuvo desconcertada cuando Catrin le dijo algo que no entendió.

—Te está dando el pésame por tu pérdida —tradujo Phil. Luego siguió una pausa antes de que Catrin añadiera algo más, que

tampoco entendió.

Miró a Phil en busca de ayuda, pero este permaneció tenso y encogiéndose de hombros. Esta vez no tradujo nada.

Annika no supo cómo reaccionar. Acabó por asentir con la cabeza y le dio las gracias con un *merci*, una de las pocas palabras que sabía en francés.

Al ver que la mirada de Catrin se dirigía al mono horripilante de Lenny, se rio.

—Dile a Catrin que es inofensivo —le pidió a Phil guiñándole un ojo. Pero su marido no se enteró. Parecía estar inmerso en sus propios pensamientos.

—¿Cariño?

Sin reacción.

—¡Phil! —volvió a intentarlo, con un poco más de impaciencia.

Por fin la miró, alzó las cejas.

—Da igual —dijo ella—. Voy a entrar y saludar a tu madre. —A punto de subir el primer peldaño, oyó a Phil inspirar profundamente.

—Catrin dice que ya está durmiendo. Eso tendrá que esperar a mañana.

Annika gimió para sus adentros al pensar en el ruido que seguramente ya habría montado Lenny en el interior de la casa. Mejor pararlo antes de que despertara a la madre de Phil.

Pasó la mirada de Phil a Catrin.

—*Au revoir* —dijo amablemente, sin embargo, al darse cuenta de cómo la estaba mirando Catrin, se estremeció un poco.

Ya no era la lástima de hacía un momento. Los ojos de aquella mujer irradiaban un recelo flagrante.

SEIS
MIEDO

Un grito agudo me arranca de mi parálisis.

Llega desde arriba.

Entonces veo a Mamá salir corriendo de la casa. Sube por el solárium que construyó Papá, viene hacia mí, se detiene a mi lado y se queda mirando fijamente el agua y el cuerpo inerte de Sophie flotando en la superficie.

Yo, sin embargo, no consigo apartar la mirada del rostro de Mamá.

Está horriblemente pálida, casi blanca, y se le pueden ver las venitas azules. Está temblando de pies a cabeza.

Pero en eso aparta la mirada de golpe, se tira al agua, agarra la pierna de Sophie. Tira de ella, le da la vuelta a Sophie para que quede boca arriba. Luego le hace algo en la garganta. No lo veo bien – la observo en trance por la fascinación.

Al mirarme, veo lágrimas en sus ojos.

—No tiene pulso.

La voz de Mamá no es más que un susurro, suena frágil.

Sin poder evitarlo me vienen a la cabeza los floreros de cristal que colecciona. En una ocasión le rompí uno por retozar más de la cuenta.

Me acerco más al borde del trampolín, los ojos fijos en Sophie. Sigo sin entender muy bien qué acaba de pasar. Es como si estuviera viendo una peli. Resulta raro ver a Mamá llorar en silencio. Murmulla algo que apenas entiendo.

Algo así como *pesadilla*, pero no podría jurarlo.

Y entonces, Mamá me mira.

—Escucha. Tenemos que sacarla del agua. ¡Ya!

Yo no reacciono, solo me quedo observando sus esfuerzos, cómo arrastra a Sophie a lo largo de la superficie hasta el borde. Entonces se oye un golpe. Es la cabeza de Sophie que ha chocado con el borde de la piscina. Mamá sigue afanándose. Ahora coloca sus brazos debajo del cuerpo de Sophie, lo alza, intenta sacarlo del agua

—Tienes que ayudarme —gime con esfuerzo—. Sola no puedo.

Sus ojos reflejan miedo en estado puro. Se la ve tan desesperada e impotente. Nunca la había visto así.

Tengo que ayudarla, no puedo dejar que lo haga sola, entiendo por fin.

Me acuclillo, estiro los brazos, agarro a Sophie por los hombros para que Mamá solo tenga que subirla un poco más y empujarla sobre la madera de la terraza.

Ahora el cuerpo de Sophie yace a mi lado.

Pero yo solo puedo mirar a Mamá.

Observo cómo sale de la piscina, se arrodilla junto al cuerpo inerte y apoya la oreja en el pecho de este.

—Tengo que intentarlo —farfulla, luego coloca ambas manos sobre el pecho de Sophie y empieza a presionar.

Entre medias no deja de insuflarle aire por la nariz hasta que, llegado a un punto, para agotada y rompe a llorar desesperadamente. Me mira.

—Ve a casa, cariño, y tráeme el teléfono.

Me levanto y me pongo a hacer lo que me ha pedido porque cualquier cosa es mejor que seguir aquí.

Mientras que Mamá telefonea poco después, me quedo mirando el cuerpo sin vida de mi mejor amiga y espero a que por fin ocurra algo dentro de mí. Pero nada. Solo me preocupa Mamá. Y me da miedo lo que pueda pensar ahora de mí.

«Creo que se trata de una conmoción*»,* la oigo decir y noto su mirada clavada en mí.

No sé muy bien qué es una conmoción, aunque conozco la palabra. Pero si Mamá dice que es una conmoción, entonces es que lo es.

De repente silencio. Mamá ha finalizado la llamada. Extiende sus manos hacia mí, poco después me encuentro entre sus brazos, noto que me acaricia suavemente la espalda.

—No es culpa tuya —la oigo susurrar con voz ahogada—. Tú no tienes culpa alguna. Estabas en *shock*, ¿a que sí?

Me aparta un poco hacia atrás, se acuclilla delante de mí, me mira seria a través de sus ojos irritados por el llanto.

—¿Quieres decirme qué ha pasado?

Abro la boca, la vuelvo a cerrar, trago.

—Estabais saltando —me ayuda con voz temblorosa—. La última vez que miré por la ventana, no parabais de zambulliros. ¿Recuerdas si se resbaló?

Clavo mis ojos en los de Mamá, busco la diminuta mancha gris en medio de todo aquel azul, me pierdo en ella.

—Cariño —me insiste—. ¡Por favor, habla! ¿Se resbaló?

Por fin consigo decir algo, aunque suena más bien a un graznido, no parece mi voz.

—Sí. Sophie quería elevarse mucho y luego hacer una bomba culera —me oigo contestar—. Pero entonces se giró de lado en el aire. Se dio con la cabeza contra el borde de la piscina —explico. No sé si en realidad fue eso lo que pasó. Pero no pudo haber ocurrido de otra forma, ¿no?

—¿Por qué no pediste auxilio?

—La sangre tiñó el agua —suelto y recuerdo que esa imagen me prendó y fascinó.

—O sea que el susto te paralizó, ¿no podías ni moverte ni hablar?

Asiento con la cabeza. Si Mamá lo dice, entonces es que fue así.

—Tienes que contárselo tal cual a la policía, ¿me oyes? Diles eso y todo saldrá bien.

—Tengo miedo, Mamá.

Me mira y por una milésima de segundo se mueven sus párpados, eso solo ocurre cuando está nerviosa o en estado de pánico.

—Yo también —responde finalmente con tono neutro—. ¿Cómo voy a explicarle esto a Mona?

Cuento cuatro. Delante de la entrada a nuestra propiedad hay cuatro coches de policía. Más una ambulancia y el coche de los padres de Sophie. Su madre se desmayó al ver a Sophie. Un enfermero está ahora mismo atendiéndola. Su papá parece estar a punto de abalanzarse sobre Mamá. Y eso que ella no tiene culpa de nada, a pesar de que los policías no dejen de hacerle siempre la misma pregunta:

—¿Acaso no sabe que no se puede dejar a los niños sin supervisión en una piscina tan grande?

No comprendo la pregunta. Ni que fuéramos bebés.

De hecho, es lo que dice Mamá. O algo parecido, pero es verdad. Que sabemos nadar, que ella estaba haciendo la comida cuando pasó, pero que estaba pendiente vigilándonos por la ventana.

Empiezo a preguntarme por qué son tan duros con Mamá y me da miedo que puedan llevársela y encerrarla. Pero luego los polis la dejan tranquila.

Papá aún no ha vuelto. Pero está de camino, dice Mamá. Que ha dejado todo plantado y que debería de estar aquí de un momento a otro.

La agente de policía, una mujer algo mayor, con el pelo oscuro y canas, está ahora conmigo y me mira.

—Sophie y tú, ¿ya habíais jugado a esto antes? ¿A lo de tirarse a la piscina?

Yo asiento con la cabeza.

—Y hoy, ¿hubo algo que fuera diferente a otras veces? ¿Sophie dijo algo? ¿Que no se sentía bien? ¿Que estaba mareada?

—Solo estaba triste —digo honestamente.

—¿Triste? ¿Y eso por qué?

—Por lo del niñito.

La agente frunce el ceño.

—¿Qué niñito?

—El hermano de Leonie. Ha muerto y eso que solo tenía tres años.

La agente hace una mueca.

—Esa Leonie, ¿es amiga vuestra?

—Es amiga de Sophie.

—¿Tuya no?

—Sophie era amiga mía.

La agente hace un gesto de empatía.

—Lo sé, cariño, eso ya me lo ha dicho tu mamá. —Distraída mira hacia sus compañeros, que están precintando la piscina con unas cintas amarillas.

Luego vuelve a mirarme, muy seria.

—El papá de Sophie me ha contado antes que os habéis peleado, tu amiga y tú.

—Eso no fue ninguna pelea —digo yo y es también es verdad.

Sophie me hizo daño y he decidido que ya no puede ser más mi amiga. Eso, bien mirado, no es una pelea. Es solo que me he dado cuenta de que no puedo perdonárselo.

—Ninguna pelea. Entonces ¿qué fue? —pregunta la agente.

Me encojo de hombros.

—No lo sé —digo porque no se me ocurre qué es lo que quiere oír—. ¿Van a

arrestarme?

La agente abre sorprendida la boca.

—¿Y por qué debería hacer algo así?

—Como no ayudé a Sophie. Mamá dice que entré en *shock* y que por eso no podía moverme ni gritar. Pero sé que la omisión de auxilio es un delito grave.

—¿Y tú querías ayudarla? —pregunta la policía.

—No lo sé —respondo—. No era capaz de pensar, de moverme, y por eso no sé decir qué quería hacer y qué no.

La agente asiente con la cabeza, me dedica una sonrisa afectuosa. ¡Qué alivio! Parece que he dicho lo correcto.

Pero cuando de repente se oyen voces fuertes, el alivio se esfuma. Veo a Papá correr hacia Mamá y abrazarla, como si fuera ella la que se hubiera caído a la piscina y se hubiera hecho daño.

Y entonces me mira a mí, suelta a Mamá, viene hacia mí, me coge en brazos como si fuera un bebé y no pesara nada. Me abraza muy fuerte, se pone a llorar.

Me imagino que está súper aliviado de que no me haya pasado nada, que ese cuerpo sin vida tirado en el suelo, ahora cubierto con una lona, no sea el mío.

Vuelve a dejarme en el suelo, me mira primero a mí y luego a la agente.

—Ha sido un accidente, ¿me oye? Nadie ha hecho nada malo. —Su mirada vuelve a mí y me asusto.

¿Por qué me mira tan raro, como si quisiera transmitirme algo? Eso no me mola nada. *Porque es así, ¿no?*, parece estar preguntándome con la mirada y por primera vez en mi vida no consigo mantenérsela.

SIETE
ANNIKA

Notó un cuerpo pesado hundirse a su lado, en el colchón, una mano que se acercaba desde atrás, poco después una ligera presión contra la parte posterior. Al instante le entró calor. Se giró dentro del abrazo de Phil, bostezó disimuladamente.

—¿Llevas mucho rato despierto? —preguntó.

—Unas dos horas —fue la respuesta ronca mientras le deslizaba la mano por debajo de la camiseta.

Ella soltó una risita cuando él le hizo cosquillas en el pezón.

—He preparado el desayuno.

—¿En serio? Pensaba que…

—¿Sexo mañanero? ¿Antes del desayuno? Me encantaría, pero hoy no.

—Entonces ¿para mí qué hay? —preguntó ella sonriendo.

—Pues lo que siempre quieres, mi amor: tortitas, huevo revuelto con tostadas, *croissants*… lo que te apetezca.

Ella estiró el cuello, le besó la punta de la nariz.

—Me has convencido. Me quedo con todo y contigo también.

—Eso espero —fue la respuesta pícara.

—¿Y tu madre? ¿Ya se ha despertado?

—Hace siglos, como acaba de decirme.

—¿Tiene problemas de insomnio?

El rostro de Phil se ensombreció, suspiró.

—Según Catrin, está así desde la muerte de mi padre. Se pasa las noches dando vueltas en la cama, mirando el techo, como con la esperanza de seguirle pronto. Catrin dice que ha perdido las ganas de vivir.

Annika se giró del todo hacia él para poder mirar a su marido directamente a los ojos.

—Lo siento, Phil. Pero ahora nos tiene a nosotros. Ya verás, va a recuperarse de su duelo y a recuperar las ganas de vivir. Estoy convencida.

Una breve sonrisa trajo luz a su rostro, antes de volver a ponerse serio.

—Hay algo más. Ni me atrevo a decírtelo…

—¿Ha pasado algo?

—No exactamente. Pero voy a tener que dejarte a solas con ella durante un par de horas.

—Entonces sí pasa algo.

—No, no. Nada especial. Es solo que tengo que salir a comprar porque no hay casi nada en casa.

—Ah, bueno, pero eso no es ningún problema —dijo ella aliviada, ya contaba con lo peor.

—Si quieres, me encargo yo.

—Pero si no conoces la zona.

Ella se rio.

—¿Y para qué están los navegadores?

—No es solo la compra —explicó—. Tengo que hablar urgentemente con el abogado de mis padres. Hay unas cuantas cosas que hay que aclarar. Mi padre dejó un testamento escrito y quiero hacerme una idea de la situación económica de mis padres.

—¿Y eso es tan importante? Si acabamos de llegar.

—Creo que sí. Debería saber con qué medios cuento cuando me ponga a buscar asistencia para mi madre.

—Entiendo —respondió Annika, tragó con esfuerzo—. ¿Tu madre sabe que hemos venido por eso?

—Es una mujer inteligente, eso no ha cambiado con la enfermedad. Sabe que ni Catrin ni nosotros dos podremos

quedarnos aquí a cuidarla permanentemente. Y no cabe la menor duda de que necesita ayuda.

—¿Qué tal lo lleva?

—Parece aliviada.

—¿Le has hablado de mí?

—¿Para qué? Estás aquí. Dentro de unos minutos va a conocerte y creo que le hace mucha ilusión. —Se detuvo, preocupado frunció el ceño—. Solo te pido que seas amable y que no le comentes lo que pasó, ¿vale?

Un pinchazo agudo se hizo notar en su interior. Sus recuerdos más sombríos no tardaron en llegar. Era casi como volver a estar en aquel lugar oscuro en el que había estado hasta hacía unos pocos días. Tan solo la perspectiva del viaje inminente a Francia la había traído de vuelta a la luz.

Asintió con la cabeza y aceptó sin decir nada.

A base de fuerza de voluntad echó todo a un lado, lo alejó de su mente para concentrarse única y exclusivamente en el aquí y ahora.

—Explícame una vez más el estado exacto de tu madre para no equivocarme con nada. ¿Qué he de tener en cuenta cuando me quede luego a solas con ella?

—Apenas es capaz de hablar, pero aun así lo intenta —explicó Phil—. Si escuchas atentamente se pueden pillar algunas sílabas y palabras sueltas y a final acabas entendiendo lo que intenta decirte. En cuanto a su rutina diaria de higiene, se las va arreglando sola. Se lava lo mejor que puede, es capaz de vestirse sola, excepto ponerse las medias. Y al baño también consigue ir sin ayuda.

—¿Entonces en qué exactamente hay que ayudarla?

—Pues en todo lo demás —dijo Phil algo inseguro—. Tendremos que averiguar qué es todo lo demás. Su estado depende del día. Catrin dice que a veces le da la impresión de que sobra, que no la necesita para nada, y luego hay días que está hasta arriba de trabajo. Sea como fuere, mi madre no debe acometer ninguna tarea que pueda resultar peligrosa, como cocinar, por ejemplo. De vez en cuando parece que lo intenta, pero fracasa por culpa de la movilidad limitada. A Catrin le parece demasiado peligroso dejarla trajinar en la cocina o salir al exterior.

—De la cocina puedo encargarme yo, no hay mayor problema por eso —se ofreció Annika—. Siempre y cuando tu madre no sea demasiado delicada en lo que atañe a sus comidas, creo que será lo mejor para todos. Y si siente la necesidad de salir a tomar el aire, pues la acompaño.

Phil cerró aliviado los ojos.

—Gracias. Y gracias por cargar con esto.

Al volver a mirarla, su mirada seguía reflejando cierta inseguridad.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con voz suave, le acarició la mejilla —. ¿Alguna cosa más que debería saber o tener en cuenta?

Él le cogió la mano, le besó la palma, resopló.

—Sí, y será mejor que te lo diga cuanto antes.

—¿De qué se trata? —preguntó ella ligeramente alarmada.

—Esta mañana he llamado a unas cuantas residencias de la tercera edad para averiguar cómo andamos de posibilidades.

—¿Y no muy bien?

Él sacudió la cabeza y suspiró.

—Las dos residencias más cercanas están llenas y tienen una lista de espera kilométrica.

—Así que tienes que buscar algo más lejos… entiendo.

—En el peor de los casos, en una ciudad grande —dijo él rechinando los dientes—. Y eso no le va a gustar nada a mi madre.

Cuando media hora más tarde Annika entraba recién duchada en la cocina, lo hizo algo nerviosa. El primer encuentro con su suegra enferma era muy importante y no quería cometer ni un solo error.

Pasó la mano derecha por la pernera del mono que llevaba puesto, carraspeó nerviosa. Phil, que en esos momentos estaba accionando la cocina, se giró de golpe hacia ella y le sonrió.

—¡Aquí está! Mamá, te presento a mi bellísima esposa Annika.

Linda, sentada en la silla de ruedas junto a la cocina, la miró y también sonrió.

Annika, que había esperado encontrarse con una anciana, titubeó. Linda Bernard era una mujer atractiva que había conservado su aspecto juvenil y, dejando aparte el hecho de estar enferma, parecía darle mucha importancia a su imagen. Llevaba el pelo al estilo bob, teñido de rubio y era delgada como una chica. Al invitar sonriente a Annika con un gesto de la mano a que se acercara, esta se fijó en la manicura cuidada que lucía. Llevaba ropa negra porque seguía de luto, pero iba tan elegante que parecía estar a punto de salir de fiesta. En vez de llevar un chándal holgado – que sería lo que hubiera escogido ella en caso de encontrarse en el estado de Linda – su suegra llevaba un pantalón elegante con una blusa de gasa a juego. Pero lo que más la sorprendió fue ver que iba discretamente maquillada.

Miró insegura a Phil, luego se acercó a Linda, le tendió la mano.

—Encantada de conocerla por fin en persona, Linda.

Su suegra esbozó una boca, ignoró, sin embargo, la mano. En vez de eso extendió los brazos.

Annika le devolvió el gesto, le dio un fuerte abrazo a la mujer. Tras separarse, Linda se la quedó mirando con una mezcla de curiosidad y severidad. Luego abrió la boca y emitió un sonido que no supo interpretar. Le pidió ayuda a Phil con la mirada.

—Creo que quiere que os tuteéis —tradujo él con una sonrisa pilla.

Annika, sonriendo, aceptó con un gesto afirmativo.

—Por mí, encantada, Linda. Yo soy Annika, aunque tu hijo también me llama Anni.

—Ann... —salió de la boca de Linda mientras tomaba la mano de Annika y la miraba con ojos brillantes. Luego juntó los labios para formar otra palabra—. Apa.

Annika miró confundida a Phil y de nuevo a Linda.

—Creo que te he entendido —gritó aliviada—. ¡Has dicho guapa!

Linda asintió con la cabeza, soltó una carcajada sonora que recordaba más a una jovenzuela que a una mujer de setenta años.

—Muchas gracias por el cumplido —añadió Annika, le lanzó una mirada a Phil, que estaba asimilando la escena visiblemente emocionado.

—¿Empezamos? —preguntó y señaló la mesa, que ya estaba puesta y en la que no faltaba de nada.

Annika asintió.

—Pero antes tengo que subir un momento, ¿vale?

Salió corriendo de la cocina, subió las escaleras, se detuvo delante de la habitación que Lenny había escogido ayer como la suya. Era la antigua habitación de Phil según había averiguado. Apoyó con cuidado la oreja contra la madera de la vieja puerta y se quedó escuchando. No se oía absolutamente nada al otro lado. Abrió con cuidado la puerta, miró a través de una rendija hacia dentro, vio que su hijo seguía profundamente dormido.

De vuelta en la cocina, Annika se sentó, se sirvió tortitas, las untó con una buena capa de mermelada.

Mientras comía, notó la mirada de Linda clavada en ella y se sintió algo incómoda, aunque no supo explicar por qué.

—Ya le he dicho a mi madre que luego vais a quedar un par de horas a solas. Le hace ilusión pasar un rato contigo.

—He pensado que podríamos salir a pasear un poco —comentó Annika, sonriendo en dirección a Linda—. He leído en internet que el bosque de esta zona es mágico y precioso.

Linda se rio, dejó la cuchara con la que estaba comiendo el trocito que le había cortado Phil.

—Lentos —soltó por fin, la miró con simpatía.

—No entiendo —repuso Annika desconcertada.

—Mamá dice que no son más que cuentos.

—Ah, vale —respondió Annika con una sonrisa tonta—. Ya lo sé, pero, aun así, a mí esas viejas leyendas me fascinan. El Rey Arturo, su espada mágica Excálibur, la hechicera Morgana y el Portal de los Secretos. Me chiflan los mitos y me encantaría poder ver el lugar en el que supuestamente tuvieron lugar.

—Si quieres, puedes ir por la tarde. Mientras mi madre queda descansando un poco —propuso Phil.

Annika miró a Linda en busca de su opinión.

—¿Qué te parece, Linda? Podríamos explorar la zona juntas. Hace un día maravilloso y el aire fresco nos vendrá bien a las dos. —Linda ladeó la cabeza y Annika se fijó en las lágrimas de emoción que asomaron a sus ojos—. ¿Eso es un sí?

Linda se quitó con la mano sana un mechón de la cara y asintió con la cabeza.

Tras el desayuno, Annika se dispuso a subir para despertar a Lenny, pero Phil la interceptó al pie de las escaleras, la rodeó con sus brazos, la besó.

—Gracias —le susurró al oído—, por ser tan buena con mi madre.

—¿Y por qué iba a no serlo? —respondió Annika—. Es encantadora. Me pregunto cómo es capaz de aplicarse el maquillaje de forma tan perfecta con solo una mano funcional. Yo no lo consigo ni con dos manos sanas.

Él soltó una risita, la besó en la boca.

—Años de práctica. Siempre ha sido muy coqueta. La necesidad es la madre del ingenio, ¿no lo sabías?

Annika se desprendió del abrazo, lo miró seria.

—Para ser sincera, me imaginaba a tu madre muy diferente.

—¿Cómo?

—Pues, más parecida a la mía.

—¿Estás decepcionada?

—¡Qué va! ¡Para nada! Todo lo contrario. Parece mucho más joven de lo que realmente es. Es guapísima, lo que hace que su estado físico resulte todavía más trágico. Precisamente, como la veo joven y llena de vida, digo que su discapacidad parece aún más difícil de llevar. Ya sé que no tiene sentido lo que estoy diciendo, pero creo que entiendes a qué me refiero.

Phil asintió pensativo.

—A día de hoy me sigue costando verla en ese estado. Era una mujer fuerte y llena de vida. Pasaba por los sitios como un huracán,

dejando huella allí por donde iba. Le encantaba hacer cosas al aire libre. Ahora, sin embargo, se pasa el día sentada en su silla de ruedas, obligada a matar el tiempo como sea. A mí me da que le pesan más las limitaciones impuestas por la enfermedad que la muerte de mi padre.

Annika ponderó las palabras de Phil.

—Puede que sea una mezcla de ambas. Ya es bastante duro verse obligado a renunciar a la propia autonomía. Más que duro, devastador. Pero con la muerte de tu padre ha tenido que prescindir de otro elemento importante de su vida y de su pasado.

Phil esbozó una sonrisa.

—Me parece estar oyendo a la enfermera que hay en ti.

Annika le pellizcó juguetona el brazo.

—Largo de aquí, venga. Ya nos las apañaremos, prometido.

—¿Tengo que llamarla abuela? —quiso saber Lenny, aún medio dormido y deslumbrado por la claridad repentina que inundó la habitación.

—Claro que no —respondió Annika—. Haz como yo y llámala simplemente Linda.

Lenny asintió con la cabeza.

—¿En serio parece una dama?

Annika se rio.

—Un poco. Lo que está claro es que no es como te imaginarías a tu abuela.

Lenny hizo una mueca.

—Echo de menos a la abuela.

Ella le pasó la mano por la cara, asintió.

—Yo también la echo de menos. Pero ¿sabes qué? Puede que te lleves bien con Linda. Eso estaría genial, ¿no te parece?

—La abuela no estaba enferma, hablaba y jugaba conmigo.

—Lo sé, cariño, pero tenemos que intentar adaptarnos a la situación actual. Linda ha perdido a su marido, ella también está

triste. Puede que haya sido el destino el que nos haya juntado.

—¿Para qué?

—Tal vez para apoyarnos mutuamente.

Lenny asintió con la cabeza, aunque no muy convencido.

—No me gusta este sitio.

—¿Y eso?

—La casa da algo de miedo.

—Es que es antigua.

—Hace ruidos por la noche.

—¿En serio?

Lenny asintió fuertemente con la cabeza.

—Me levanté para ir a hacer pis y casi me meo del miedo.

Ella sonrió.

—Ya te acostumbrarás… y esta habitación… —se interrumpió, miró alrededor— está hecha a tu medida.

—¿A Phil no le importa que me quede en ella?

—¿Por qué no? A él no creo que le haga ya ilusión dormir en su antigua habitación.

—¿Tú crees?

—Sé incluso que le mola más dormir conmigo.

—¿Cosas de mayores?

Annika se rio.

—Eso es. —Le dio un golpecito cariñoso en el muslo—. Venga, a levantarse. Tienes que desayunar y luego vamos a salir a pasear con Linda.

—¿Y estás segura de que en esta casa no hay fantasmas?

Annika soltó una carcajada.

—Pero ¿desde cuándo crees en fantasmas?

—No lo hago —replicó Lenny—. Pero en esta casa da la impresión de que va a aparecer uno a la vuelta de la esquina solo para asustarme.

—Puedo afirmar que no he leído nada sobre la existencia de fantasmas por esta zona —dijo con una sonrisa bromista—. Pero el bosque que hay detrás de la casa está encantado.

—¡Bobadas! —gritó su hijo a la vez que saltaba de la cama.

—Te lo juro —dijo con la voz del convencimiento—. En él se esconde un portal que da a un mundo secreto.

—¿Como en la peli que vimos el otro día?

—Parecido.

Le siguió al cuarto de baño, donde se lavó con la punta de los dedos, luego volvió corriendo a la habitación para vestirse.

—Y ahora a desayunar —dijo ella, reteniéndolo cariñosamente por el brazo, dándole un beso gordo en la mejilla.

—¡Mamá! —protestó él picado—. Que ya no soy un bebé.

Cuando llegaron abajo, Linda estaba en el salón apretando las teclas del mando a distancia del televisor.

—Quiero presentarte a alguien —dijo Annika en voz baja para no asustar a Linda.

Observó a Linda maniobrar la silla de ruedas para girarse hacia ellos.

—Este es Lennard, mejor dicho, Lenny, mi hijo.

Linda la miró primero a ella, luego al niño, alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Tiene diez años y el mes que viene celebramos su decimoprimer cumpleaños —explicó Annika y con la cabeza le hizo un gesto de invitación a Lenny—. Ve y saluda a Linda. No muerde.

Annika lo vio acercarse titubeante a la mujer, girándose constantemente hacia ella, como para asegurarse de que su madre seguía allí.

Ella lo animó con una sonrisa. Cuando llegó a la altura de Linda, se detuvo y le tendió obedientemente la mano.

—Mamá ha dicho que no tengo que llamarte abuela.

Annika inspiró hondo, tuvo que controlarse para no reprender a Lenny. Esperó y observó cómo Linda dirigía la mirada hacia ella, obviando a Lenny.

Sin emitir ningún sonido formó con los labios la palabra «perdón», pero Linda no reaccionó, tan solo la miró sin poder dar crédito.

—Creo que no le gusto —emitió Lenny en voz baja.

Ella frunció el ceño enfadada, pero se tragó la reprimenda que estuvo a punto de soltarle.

—No ha querido ofenderte —dijo dirigiéndose a Linda, consciente de su tono brusco—. Si a ti no te importa, Lenny también va a dirigirse a ti por tu nombre. ¿Te parece bien?

Su suegra abrió los ojos de golpe, luego sacudió la cabeza con vehemencia, hizo un gesto de rechazo.

Lenny se puso a llorar.

Annika le lanzó una mirada acusadora a Linda, se sintió completamente sobrepasada.

—Está… Ven, tienes que comer algo —acabó diciéndole a su hijo, lo cogió del hombro y lo sacó del salón. En el umbral de la puerta se volvió de nuevo hacia Linda.

Esta los estaba mirando con ojos sombríos. A pesar del calor que hacía, un escalofrío recorrió el cuerpo de Annika.

OCHO
PARA MAMÁ

—Pero ¿qué pintas son esas? —Mamá me mira con los ojos muy abiertos, llorando otra vez, cosa que no solo me parece gracioso, sino que también me cabrea.

Me cuelo a su lado, solo quiero desaparecer en mi habitación y que me dejen en paz. Pero no llego ni a las escaleras porque me coge del brazo y me detiene.

—Pero ¿qué ha pasado, cariño? Por favor, ¡tienes que hablar conmigo!

—Me he caído —gruño, incapaz de mirarla. Es más que evidente que no me cree ni una sola palabra. Pero noto su mirada ardiente sobre mí y no me queda otra que mirarla.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunta en voz baja y me doy cuenta de lo desesperada que está.

Niego con la cabeza, aunque sigo viendo a las das dos figuras delante de mí.

—Contrólate —farfullo con voz intencionadamente brusca—. En serio, solo me he caído.

—No es culpa tuya, ¿me oyes, cariño? Digan lo que digan y por muy crueles que sean contigo, tu no tuviste culpa alguna.

—Lo sé —murmullo—. Lo de Sophie fue un accidente, solo un accidente.

—Si me dices cómo se llaman los que te atacaron, puedo ayudarte, ¿entiendes? Papá puede ir a hablar con sus padres y yo voy a decirles a los profesores que no te pierdan de vista. Tenemos que asegurarnos de que al menos en el colegio y por el camino estés a salvo.

Yo tan solo sacudo la cabeza sin mucha convicción, sin embargo, no consigo impedir que siga hablando y mirándome consternada, los ojos dirigidos a mis vaqueros rasgados. Luego los alza hacia mis brazos, cubiertos de arañazos y moratones.

—Esto no puede seguir así —explica decidida—. Hay que hacer algo, sino aun vas a acabar en el hospital por culpa de esa banda de asociales.

Respiro hondo, reúno todas mis fuerzas para que Mamá no me note en la voz temblorosa lo mucho que me afecta todo esto.

—No, Mamá. Tranquila, no hay por qué alterarse. Estoy bien. En serio.

Cuando por fin me suelta, salgo corriendo hacia el piso de arriba, me atrinchero en mi habitación, cierro con llave y me apoyo contra la puerta como si con eso pudiera evitar que me siga.

Obviamente no funciona.

Ni un minuto más tarde oigo los pasos de mi madre acercándose, hasta que, cohibida, llama a mi puerta.

—La comida estará lista dentro de media hora, ¿vale?

—No tengo hambre —grito, observando el picaporte, pero esta vez permanece inmóvil. Espero que, después de tantos meses, Mamá haya comprendido por fin que no sirve de nada obligarme a hablar. No va a sonsacarme nada.

Oigo su suspiro amortiguado por culpa de la puerta, sus pasos lentos alejándose, luego el crujir de las escaleras mientras vuelve a bajar.

Sin fuerzas me meto en cama, me escondo bajo las mantas, cierro los ojos.

Desde que ha muerto Sophie, Mamá siente la necesidad insaciable de tener que hablar conmigo sobre ello. Cree que lo necesito para superar mejor el duelo. ¡Si la que más sufre es ella! Yo solo quiero olvidar. ¡Quiero olvidar a Sophie!

Pero no es tan fácil.

Está el día de su entierro. Espeluznante…

Es como si fuera ayer. Sigo viendo a Mona volviéndose loca. Cómo, hecha una furia, atacó a Mamá. La acusó no haber cumplido con su obligación de supervisión. Lo cual es una estupidez porque Sophie no se ahogó, sino que murió por un golpe en la cabeza. Eso lo dijo el médico forense.

Mamá pensó que Mona había reaccionado de manera tan exagerada por el dolor. Pero ya ha caído de la burra, todos nosotros hemos caído de la burra.

La familia entera de Sophie nos odia y nos culpa de lo ocurrido. Si al menos se lo guardaran, pero no. Aprovechan cualquier ocasión para poner a todo el mundo en nuestra contra y para hablar mal de nosotros. Es como si transmitieran su odio al resto de la gente como un virus malo. De repente es como si nos conocieran todos. Pero no en plan bien. Somos los proscritos.

Por un lado cotillean y hablan mal de nosotros a nuestras espaldas, por otro, nos ignoran cuando pasan a nuestro lado, como si no nos vieran. De vez en cuando nos llegan cartas en las que llaman a Mamá puta maldita o zorra estúpida. Dicen que ella es la culpable de que haya tenido que morir una niña.

Los peores son mis compañeros de clase. Es como si se hubieran puesto como objetivo acabar conmigo, por solidaridad con la familia de Sophie.

Todo esto resulta bastante duro y, si por Mamá fuera, nos mudaríamos. Pero está Papá. Él insiste en quedar, nos sermonea que huir no es la solución. Ni siquiera deja que cambie de colegio.

Cualquiera de las dos opciones sería lo mismo que confesar, le oí protestar el otro día. Desde entonces ya no se habla ni de mudanza ni de cambiar de colegio.

Cada vez que pillo a Mamá mirándome así de triste, me empieza a picar el cuerpo. Ojalá pudiera hablarle del plan que he trazado para acallar por fin a todos esos idiotas, para castigarlos por todo lo que nos están haciendo a Mamá y a mí.

Solo de pensarlo se me dispara el corazón. Estoy impaciente por llevarlo a la práctica. Y saber que se va a acabar pronto, me llena de

satisfacción.

El alivio me hace reír y de repente me muero de hambre. Hay que hacer algo para remediarlo. Me dirijo a la cocina, en la que mi madre está delante de los hornillos, con sacudidas en los hombros.

¡Otra vez no!

¡Estoy hartándome de tanto llanto!

Pero ¿qué puedo hacer yo?

La observo sollozar en silencio. Trata de ocultármelo, se limpia rápidamente la cara con la mano al oírme llegar.

La rodeo con mis brazos, hundo mi cara en su camiseta, inspiro su aroma, la aprieto lo más fuerte que puedo.

Ya solo quedan dos días más, me gustaría revelarle para consolarla.

Pero me lo callo, por supuesto. Aprieto los labios hasta formar una línea mientras la miro disimuladamente. ¡Me cuesta un huevo controlarme, refrenar mi ilusión y no sonreír!

—Puede que tu padre tenga razón al afirmar que nos dejarán en paz cuando haya transcurrido algo de tiempo y las aguas se hayan calmado un poco —susurra Mamá con voz rota.

Vaya, Mamá. Se te nota a leguas que ni tú te lo crees.

—Seguro que sí —le prometo, guardándome por qué lo tengo tan claro. Y no tiene nada que ver con calmarse las aguas.

Mamá me aparta un poco, me mira cariñosamente.

—Eres muy valiente, cariño, ¿Sabes que estoy muy orgullosa de ti? —Me acaricia la mejilla, esboza una sonrisa que no llega a sus ojos—. Aun así, no hay por qué tolerarlo todo, ¿me oyes? Tu padre podría hablar con los padres de esos niños. Les haría entender que si siguen torturándote así, podría haber consecuencias legales.

—¡No, Mamá, por favor, no! ¿Quieres que me tomen por un bebé gilipollas? —Frunzo el ceño—. ¡Si ya no me querían antes, antes de que pasara lo de Sophie! ¿Qué crees que pasará si os metéis Papá y tú? ¡Entonces seré el bebé de la clase para los siglos de los siglos!

—Pero ¿no ves que tengo que hacer algo, cariño? No me puedo quedar de brazos cruzados viendo cómo te humillan, cómo te hacen daño. Si eres un pedazo de pan que no le haría daño ni a una mosca.

Me asusto al darme cuenta del significado de eso.

¿Lo he entendido bien? ¿Mi propia madre me considera demasiado débil como para defenderme sin ayuda de nadie? ¡No puede hablar en serio! Noto la rabia apoderándose de mí, me suelto. A punto de protestar se me ocurre que esa imagen que tiene Mamá de mí será lo que dentro de muy poco me va a hacer falta.

—¿Sabes qué, Mamá? Combatir la violencia con violencia nunca es la mejor solución. —Pongo la guinda con una de esas frases sabihondas de Papá que tanto me tocan la moral.

En condiciones normales Mamá se partiría con mi imitación de Papá, pero esta vez mi intento lamentable de animarla no funciona. Tan solo me mira con ojos tristes y asiente.

—Lo sé —dice en voz baja.

La observo sin decir nada, me doy cuenta de que Mamá no puede sospechar bajo ningún concepto quién está detrás del infierno que va a estallar dentro de poco.

NUEVE
ANNIKA

—Las dos residencias que encontré ayer también están al completo —se quejó Phil—. La gerencia me dijo que de todos modos mandara una solicitud, que ya ellos se pondrían en contacto conmigo, pero estoy empezando a perder la esperanza.

Annika asintió con empatía.

—No queda otra que seguir intentándolo.

Phil suspiró.

—Ya van dos semanas, cariño. Y no he conseguido nada de nada.

—¿Qué pasa con esa agencia que proporciona asistencia en el hogar?

—También llamé, obviamente. De momento solo proporcionan gente para el cuidado de día, no para la noche. Pero nosotros necesitamos a alguien que se quede las veinticuatro horas del día con mi madre.

—¿Aquí no hay centros sociales con gente que se pasa varias veces al día? Al fin y al cabo, tu madre no es un caso serio de dependencia. Puede que con eso sea suficiente.

—Te basas en estos últimos días en los que se ha sentido muy bien, pero ¿y si empeora de nuevo? Cuando estaba Catrin, había días en los que apenas era capaz de salir de cama, en los que ni recordaba que Padre había muerto.

—¿La examinaron para descartar demencia o Alzheimer?

—Sí. No tiene nada de eso. El cerebro se vio muy dañado por el derrame a lo que luego se sumó el ictus. Según los médicos, su estado no es predecible. De ahí el problema. Tú misma has visto durante estas últimas semanas, que de vez en cuando se pone un poco… difícil.

Annika contempló la arruga de preocupación que se formó en la frente de su marido. Se le notaban las noches en vela, el estrés.

—En el peor de los casos nos la llevamos para nuestra casa y le buscamos con calma un sitio en una residencia en Alemania.

Él se sobresaltó un poco, la miró incrédulo.

—¿En serio sigues considerando esa opción?

Ella asintió.

—Veo lo mucho que te está afectando todo esto, así que: sí. Tu madre te importa mucho y yo quiero que seas feliz, a pesar de los problemillas que pueda tener yo con ella.

Se acercó a ella, la abrazó.

—Es una propuesta estupenda, cariño, pero no es tan fácil. Ya te he explicado cómo le afectaría. Lleva décadas viviendo en Francia, ama este país. Dudo mucho que permita que la arranquen de aquí. Por no mencionar que en Alemania tendríamos que pagarlo todo de nuestro bolsillo. Eso minaría enormemente mi presupuesto, lo que significa que primero tendría que vender esta casa. —Negó con la cabeza—. Hay que encontrar otra solución. —Su rostro se volvió pétreo de repente.

—Cariño, hay algo más que no me estás contando. Venga, ¡suéltalo ya!

—He intentado solucionarlo de otra manera, pero…

—Phil, ¿de qué se trata?

Él se mesó el cabello.

—Lo siento, pero tendré que volar a casa por un par de días para ver a uno de mis clientes. Se trata de una cantidad de seis cifras. No puedo aplazarlo ni dejar que se ocupe otro.

Ella sacudió la cabeza consternada.

—¡Precisamente ahora! ¿Y de verdad que no puede ocuparse ningún otro compañero?

—Me temo que no. Se trata de mi cliente. No puedo permitirme cabrearlo diciéndole que espere.

—O sea, ¿que tienes que irte y yo me quedaré sola con tu madre?

Él tragó y asintió descorazonado.

—Solo un par de días, tal vez tres. Cuatro como mucho.

—No puedo, Phil. De verdad que no. ¡Si ni siquiera le caigo bien a tu madre!

Phil la miró pasmado.

—Pero ¿de dónde sacas eso? Si parecía que os habíais caído bien desde el primer momento.

—Sí, eso pensaba yo también, pero cuanto más tiempo pasa, más raro reacciona ante mi presencia. ¿No te has fijado en cómo me observa a veces? Es como si deseara que le hubieras presentado a otra como nuera.

—Eso son imaginaciones tuyas, Anni. ¿Por qué iba a no quererte? No es ciega, ve lo feliz que me haces.

—¿Y Lenny? Con él se comporta como si no soportara su existencia. Cuando se lo presenté, se volvió loca y desde entonces Lenny le tiene miedo. —Se calló para dar con las palabras adecuadas —. Cuando ella está cerca, tú también te comportas de otra manera conmigo. Como más distanciado, a veces incluso, molesto, como si por mi culpa estuvieras bajo presión.

Él cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás.

—Puede que tengas razón, cariño. Por favor, perdóname. Ahora que estamos aquí soy realmente consciente de lo mucho que ha tenido que sufrir mi madre por no haberla visitado nunca, y solo por culpa de mi padre. Ni siquiera la llamaba con regularidad, siempre partía de la base de que mis padres se las estarían arreglando bien.

—No sé por qué te recriminas eso. Lo que cuenta es que ahora estés aquí. No hay madre que pueda desear un hijo más amoroso que tú.

—Pero están todos esos años en los que no fue así. Durante todo ese tiempo no perdí ni un solo minuto en pensar en cómo estaría mi madre, en que ya no nos veíamos. Acepté como un hecho que nos fuéramos distanciando. Echando la vista atrás, me doy cuenta de lo

mal que me porté y no puedo hacer nada para cambiarlo. Puede que en mi subconsciente intente ahora compensarlo y que reaccione con indignación al percatarme de que las cosas no funcionan así.

—Te estás fustigando demasiado. Al fin y al cabo, hemos venido para encontrar la mejor solución para ella. Una solución que le vaya bien. En mi opinión eso vale mucho. Además, tu padre lleva gran parte de la culpa de que se enfriara tanto vuestra relación. Si hubiese sido mejor padre, las cosas ahora serían muy diferentes. —Lo abrazó, colocó la mejilla contra el pecho de él.

Mientras inhalaba su aroma masculino, se preguntó por qué no encontraba el valor de contarle lo que realmente opinaba de la situación en esta casa. No era solo el distanciamiento de Phil, sino más bien el hecho de que en presencia de su suegra se sentía torpe, débil y necesitada. Lo cual no tenía ningún sentido porque era Linda y no ella la que estaba atada a una silla de ruedas y la que dependía de ellos dos. Así que tendría que ser por el comportamiento de Phil. Por cómo hablaba con ella cuando no estaban a solas.

Trató desesperadamente de explicar y cuestionar aquel comportamiento. ¿A qué venía aquel malhumor que sacaba Phil a veces? ¿Y a qué venía esa impaciencia repentina para acto seguido actuar de manera exageradamente afectuosa?

¿Y por qué con Linda presente se sentía ella casi siempre como la tercera en discordia? Como alguien a quien se le tolera, pero que no es bienvenido.

Alzó los ojos hacia Phil, parpadeó.

—Me da apuro lo que voy a decir ahora, pero tengo la sensación de que tu madre preferiría tenerte para ella solita. Y lo entiendo, comprendo por qué actúa de manera tan cariñosa y posesiva contigo, mientras que a mí me considera más bien un lastre. —Se calló para combatir las lágrimas—. Y claro que también comprendo tu papel en todo esto, puedo entender que quieras mantener el equilibrio y que por eso estés estresado. Pero puede que también solo sea… —Se calló, sollozó.

—*Shh*, cariño, no. —Phil la trajo de vuelta a sus brazos, le acarició la espalda—. ¡Soy un egoísta! No hago más que hablar de mi madre y de mí y me olvido por completo de cómo debes de

sentirte tú con este tándem madre-hijo cuando acabas de perder a la tuya. La echas de menos, ¿verdad?

Annika alzó los ojos hacia él, asintió desesperada.

—¡Cada maldito segundo! —Sin embargo, se calló que eso solo era parte del problema, que la mayor parte de su dolor se la llevaba el comportamiento de él para con ella.

Annika vio a Lenny ponerse los tenis en el pasillo.

—¿A dónde vas? —preguntó preocupada.

—A dar una vuelta —explicó él—. ¡Aquí dentro me aburro!

Annika esbozó una sonrisa.

—Te entiendo, pero no te alejes mucho de la casa, ¿vale? Phil está en el despacho arriba, aún le quedan un par de horas de trabajo. Y yo tengo que echarle de vez en cuando un vistazo a Linda y de paso preparar la cena.

—¿Qué hay para cenar? —quiso saber Lenny—. Espero que no otra vez verduras como el otro día.

—¿Qué tal espaguetis con salsa de tomate?

—¿Y con carne?

—Entonces sería salsa boloñesa.

—¿Y por qué no los haces con esa?

—Porque a tu abuela no le gusta la carne.

—¡Linda no es mi abuela! A mi abuela le gustaba la carne igual que a mí. Teníamos las mismas comidas favoritas.

Annika no pudo reprimir una sonrisa, aunque la pérdida de su madre seguía partiéndole el corazón.

La abuela de Lenny siempre decía que su comida favorita eran los filetes empanados con patatas fritas. Pero era mentira, solo lo decía para darle una alegría a Lenny. Lo que más le gustaba a su madre era el pescado, pero Lenny odiaba todo aquello que saliera del agua, incluso las gambas y los calamares rebozados.

Sonrió.

—Si quieres, le pido a Lenny que cuando pueda me traiga los ingredientes para tu plato favorito. A Linda le preparo otra cosa y listo.

A Lenny se le iluminó la cara, abrió la puerta.

—¿Vienes luego? —preguntó con medio cuerpo ya fuera.

—Por supuesto. Tan pronto haya dejado todo listo.

—¿Y puedes buscarme? —Lenny la miró con ojos pícaros.

—Vaya. Parece que alguien ha dado con el escondite perfecto…

Lenny soltó una risita.

—¿Y tú qué crees? ¿Apostamos a que no me encuentras?

—Ya se verá —respondió ella devolviéndole la sonrisa antes de que se cerrara la puerta.

—¿Puedo interrumpir un momento? —le preguntó a Phil metiendo la cabeza por la puerta entreabierta de su despacho.

Phil asintió sonriente, la invitó a entrar con un gesto de la mano. Al contrario que a la mañana, ahora parecía completamente relajado.

Se sentó en su regazo, le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Te falta mucho?

Él se encogió de hombros.

—Una hora, puede que hora y media. ¿Por?

—Quiero tomar el aire y me preguntaba si ofrecerle a tu madre que se venga conmigo.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Ver la tele en su habitación.

Él ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa, cariño? Te noto en la voz que estás un poco… cabreada.

—¿Cabreada? ¿A qué viene eso?

—A que solo estás fingiendo que todo va bien, pero no se me escapa que no es el caso.

—¡Bobadas!

—No creo. ¿Qué ha pasado ahora, Anni? ¿Otra vez mi madre? Venga, habla conmigo.

—Bueno, sí…

—¿Qué pasa con ella?

—Tengo la sensación de que me está evitando. Y no es la primera vez. Es como si cuanto menos contacto conmigo, mejor.

—¿Te lo ha dicho?

—En cierto modo. Cuando le he ofrecido antes que me hiciera compañía en la cocina mientras preparaba la cocina, me ha dado a entender que estaba cansada y que quería acostarse. Eso fue hace más de una hora, ¿vale? Y cuando pasé antes por delante de su habitación, la he oído reírse con algo de la tele.

—¿Estás cabreada porque está contenta? —Él la miró incrédulo.

Ella sacudió frustrada la cabeza.

—No porque esté contenta, sino porque a mí me despacha con una excusa estúpida y me miente descaradamente. Pero deja, ya sabía yo que no ibas a entenderlo.

—Cariño, —dijo él sonriendo—, ¿estás segura de no estar exagerando?

Ella se levantó de golpe, lo miró furiosa.

—¡Y ahora vas a decirme que son las hormonas! ¡Qué gilipollez!

Él se levantó, la cogió, la acercó a él.

—Estás embarazada, querida, y tienes las hormonas alteradas. Eso es un hecho. —Sacudió la cabeza con una sonrisa en la boca—. Al igual que el hecho de que mi madre es mayor y que de vez en cuando necesita su espacio.

—¡Pues que me lo diga!

—¿Acaso no lo hizo? ¿No te dijo que estaba cansada? Fue una manera educada de decirte que quería estar sola.

Annika suspiró. ¿Tendría razón Phil?

—¿Lo ves? Hemos resuelto el enigma —sonrió él.

Lo miró molesta, pero al final acabó riéndose también.

—Sí, puede. Es que como pronto voy a quedarme sola con ella durante unos días, mi idea era intimar con ella antes.

—Inténtalo de nuevo mañana y listo. O también podemos preguntarle luego si quiere hacernos compañía después de la cena,

si le apetece tomarse una copa de vino o ver una peli con nosotros.

—No es lo mismo ¡y lo sabes! Lo que yo quería era salir juntas a pasear un poco para charlar y conocernos un poco mejor. Y sí, ya sé que tu madre no habla bien, pero aun así quería intentarlo, ¿entiendes?

Él suspiró, frunció malhumorado el ceño, volvió a sentarse en la silla.

—Ya sé que tienes que trabajar —interpuso ella rápidamente y alzó las manos en un gesto apaciguador—. Y ya te dejo en paz, pero Lenny ha salido. Le he prometido que luego iría y jugaría al escondite con él. Por eso pensé que estaría bien que tu madre nos acompañara y de paso tomara algo el fresco.

De repente notó que algo se transformaba en los ojos de él.

—¡Ya está bien, Annika! ¡Para ya! Si mi madre quiere que la dejen tranquila, ¡pues acéptalo, joder! —La miró con gesto sombrío, se giró inesperadamente hacia la pantalla.

A Annika le pareció estar haciéndolo todo mal. ¿Acaso lo había molestado con su perorata?

Despacio emprendió la retirada, obligándose a callarse la boca.

—Cierra la puerta cuando salgas. —El tono de voz de Phil hizo estremecer a Annika. ¿Eran imaginaciones suyas o había articulado aquellas palabras con un tono frío como el hielo?

DIEZ
EL SUSTO

En clase muchas sillas siguen vacías. Con la mirada baja como siempre, me dirijo a mi sitio. Una vez en él, saco de la mochila mi estuche y la libreta, los tiro sobre el pupitre con la misma cara de asco de siempre.

Bien, listo. Nadie pudo haberse dado cuenta de que hoy no estoy como siempre. Con más ánimo. Casi feliz.

Desde que por el camino me crucé con la barrera policial, sé que mi plan ha funcionado. También se veían y oían a lo lejos las luces y sirenas de los coches de policía. A mi pregunta de qué había pasado los policías no quisieron contestar. Tampoco era necesario porque ya lo sé.

Ha habido un accidente horrible. Un accidente en el que podrían estar involucrados dos niños de mi clase. Solo de pensarlo me embarga una profunda satisfacción.

¿Qué les habrá pasado?

¿Se habrán roto todas las extremidades al salir volando por encima del manillar de la bici después de que a uno le fallaran los frenos y al otro se le saliera la rueda delantera de la horquilla?

Me cuesta no sonreír mientras me imagino a los dos pudriéndose en sus camas en el hospital, enyesados de pies a cabeza, mientras que fuera hace un calor de más de treinta grados a la sombra.

Repaso mentalmente mi lista: aparentar consternación, pero ¡sin exagerar! Todo el mundo sabe que esos idiotas no son precisamente amigos míos.

Si alguien me pregunta, mejor decir lo menos posible y andarse con ojo de no soltar nada que pueda delatarme.

Y procurar siempre aparentar horror, evitando contacto visual. Lo que me lleva de vuelta al punto número uno: no exagerar.

Al abrirse la puerta y entrar la Tanqueta Cabreada me doy cuenta al instante de que ha llorado.

Me muerdo la lengua para no soltar el gruñido que quiere escapárseme. Los ojos rojos por el llanto no encajan con esa tipa fría como un témpano de hielo. De hecho, hasta hace un momento creía firmemente que esa mujer no tenía sentimientos, ni corazón, por no tener hasta que no tiene sesera…

Vuelvo a bajar la mirada para evitar que nadie se fije en las comisuras de mis labios que quieren alzarse. Al volver a levantar los ojos, me atraviesa un susto de muerte. La Tanqueta Cabreada ya no está sola delante del pupitre del profesor. Está flanqueada por la directora del colegio y un policía. Los tres están muy serios, esperando a que entren por fin los más rezagados. Aparentemente, pero no.

Cuento cuatro sillas vacías.

—Vale, sugiero que vayamos empezando —dice por fin la profe. La voz va a juego con su expresión desencajada, con los ojos llorosos. Le tiembla la voz.

Si yo fuera policía, eso me resultaría sospechoso, se me pasa por la cabeza, y al instante tengo que luchar contra la risa tonta que me entra.

La Tanqueta Cabreada mira nerviosa al policía que tiene a su lado. Este le hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Ella carraspea.

—Hoy por la mañana ha habido un accidente terrible —prosigue con voz apagada, vuelve a carraspear, traga—. Todavía desconocemos el alcance total de la catástrofe en la que se han visto involucrados varios estudiantes de nuestro entorno. Lo que sí

podemos es decir que desgraciadamente no pinta nada bien para ellos. Aún no sabemos…

—¿Qué ha pasado? —la interrumpe una niña de la segunda fila.

La Tanqueta mira al policía en busca de ayuda. Este asiente, se hace cargo.

—Aun no conocemos los hechos exactos, pero parece que en el accidente están involucrados dos bicicletas, un camión y varios coches —explica de manera bastante más objetiva.

—¿Hay muertos? —grita Liam, un niño rechoncho con flequillo repeinado. Se le notan las ganas de enterarse de un chisme sensacionalista. Es como si le encantara que en este pueblucho aburrido por fin pasara algo.

La Tanqueta le lanza de inmediato una mirada severa lo que en mí evoca la imagen de una picadora de carne. Creo que le encantaría hacer picadillo a Liam, por su falta de tacto y respeto.

El policía también lo mira, acaba suspirando despacio y asiente.

—Me duele tener que decir esto, pero sí. Efectivamente.

—¿Esto es necesario? —lo interrumpe la directora—. ¡Que son niños, por Dios! ¡Los más pequeños apenas tienen nueve años!

El agente se encoge de hombros, como queriendo decir que no importa porque por esta zona las noticias corren como la pólvora. Obviamente no lo dice, pero tampoco hace falta. El caso es que esta noticia va a dejar a más de uno con la boca abierta…

Mi alegría interior se desvanece de golpe al darme cuenta de lo que acaba de decir el policía.

¿Muertos?

¡Efectivamente hay muertos!

Se me acelera el pulso y sin poder controlarme alzo la mano.

La Tanqueta me mira con cara de fastidio.

—Tengo ganas de vomitar —suelto—. ¿Puedo ir al baño?

Ella asiente y yo salgo corriendo del aula en dirección a los lavabos.

Allí me atrinchero en uno de los cubículos. El wáter tiene manchas de pis, como siempre, y por todas partes hay restos de papel higiénico – algunos seguramente usados. Pero me da igual.

Me siento en el suelo, apoyo la cabeza contra la pared, cierro los ojos.

Se ve que con mi acción de anoche no solo he causado que los dos idiotas que siempre se están metiendo conmigo estén fuera de combate un par de semanas, sino que he provocado un choque en cadena. Un accidente en el que se han visto involucradas personas inocentes que tal vez han tenido que morir por mi culpa.

¡No te lances!, susurra la voz en mi cabeza. *Nadie va a enterarse jamás de que ha sido cosa tuya.*

Abro los ojos, respiro hondo cuando se me ocurre una de las frases favoritas de Papá: *En toda guerra hay daños colaterales.*

La usa de vez en cuando, cuando habla de un caso de divorcio especialmente feo y Mamá le pegunta por los niños.

Todo daños colaterales.

A diferencia de Mamá, a mí la frase no me parece tan horrible. Simplemente lo clava.

A veces es necesario que haya víctimas para lograr el objetivo. Por supuesto que hubiera preferido que las víctimas fueran André y Joe. Hubiese sido lo justo. Aunque ese no era mi plan. La idea era que se rompieran un par de huesos y sufrieran por todo lo que me han hecho pasar día tras día.

Ahora sí que se me escapa una risa tonta. Me tapo la boca, ahogo cualquier sonido de raíz, estoy pendiente de los latidos de mi corazón, miro furtivamente por la rendija de la puerta hacia la zona de los lavabos. Pero no parece haber nadie más que yo.

Suelto un suspiro de alivio, pienso en los dos gilipollas que con un poco de suerte pronto estarán bajo tierra, comidos por los gusanos.

Pues parece que es verdad que al final todo el mundo recibe lo que se merece. ¡Igual que Sophie!

ONCE
ANNIKA

—Jo, Mamá —se quejó Lenny—. ¡No estás jugando!

Por muy mal cuerpo que le había dejado la conversación con Phil, tuvo que contenerse por no soltar una carcajada al ver la cara indignada de su hijo al salir a rastras de entre los arbustos. Se le habían metido hojas entre el pelo, llevaba el pantalón y la camiseta manchados de tierra, la cara tan tiznada de barro que parecía que se la había embadurnado a propósito para camuflarse.

—Estaba a punto de mirar en los arbustos, en serio. Has sido demasiado impaciente.

—Esto es aburrido —farfulló Lenny y la observó con recelo—. ¿Qué te pasa? ¿Has llorado?

—No es nada, cariño. Solo estoy un poco cansada. —Annika apartó de la cabeza la reacción helada de Phil y el hecho de que prácticamente la hubiera echado de su despacho. Se obligó a sonreír y le dio un cachete cariñoso a Lenny—. Y ahora, venga. Vuelve a esconderte mientras me tapo los ojos.

—No, ya no me apetece. ¿Por qué no vamos al bosque? Has dicho que en él hay hadas y magos.

Annika echó un vistazo al reloj.

—Se ha hecho tarde para eso, cariño. El bosque es enorme y ya falta poco para la cena. ¿Qué te parece si lo dejamos para el fin de

semana? Podríamos hacer una excursión solos tú y yo y pasaremos el día en el bosque.

Lenny la miró escéptico.

—¿Prometido?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y ahora qué hacemos? Jugar al escondite es aburrido.

—¿Qué te parece si jugamos al «veo, veo» de los colores?

—Vale. Empiezo yo. —Miró alrededor y sonrió—. Veo, veo.

—¿Qué ves?

—Una cosita.

—¿De qué color es?

—Azul.

Annika se levantó, dio un par de pasos, se giró sonriendo hacia su niño.

—¿Las flores de allí atrás?

—¡*Boh*! ¿No ves que son lila?

—¿El cobertizo?

—Es gris.

—Vale, ¡ya lo sé! —dijo ella con sonrisa de satisfacción—. El cielo.

—No.

Miró a Lenny, frunció el ceño.

—Aquí no hay nada que sea azul.

—Sí. Fíjate bien. —La miró con ojos penetrantes y una sonrisa malvada.

—¡Mi camiseta! —gritó finalmente y soltó una carcajada sonora —. Ahora me toca a mí.

Se giró en círculo y su mirada quedó clavada en la casa. Mejor dicho, en la ventana de la habitación de Linda. Se giró hacia Lenny.

—Veo, veo.—¿Qué ves?

—Una cosita.

—¿De qué color es?

—Rosa.

—¿Rosa? —protestó Lenny—. Rosa es tonto.

—Da igual —replicó ella—. He visto algo rosa. ¿Qué es?

Lenny hinchó los carrillos, miró alrededor, parecía estar escaneando de manera sistemática el entorno. Por si las moscas,

también se inspeccionó a sí mismo. Luego soltó un suspiro de alivio tan profundo que la hizo reír.

—No somos nosotros —le echó un cable.

—¡Pero aquí no hay nada rosa!

—¡Hay un montón!

Lenny volvió a mirar hasta que se fijó en una bicicleta vieja que Phil había subido del sótano y que había sido de su madre.

—¡La bici! —gritó.

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa amplia.

—Pero si es lo único rosa… —Dejó la frase a medias, mirando fijamente la ventana que ella había escogido—. Las flores de la tercera ventana de la izquierda.

—Por fin —soltó ella riéndose—. Estaba empezando a pensar que no lo descubrirías nunca. —Al notar movimiento en la cortina detrás de las macetas, titubeó. ¿No era la silueta de la cabeza de Linda la que se veía a través de la tela fina de la cortina?

Alzó el brazo, saludó. Lenny siguió su mirada, luego también levantó el brazo.

La cortina se agitó de repente y apareció la cara de Linda.

Así que, no se había equivocado.

Su suegra los estaba viendo, pero no les devolvió el saludo.

Annika dejó caer el brazo, suspiró.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Lenny—. ¿Por qué no saluda?

—No lo sé —respondió ella confusa—. Parece estar de malas o algo.

Lenny apartó la mirada de la ventana para dirigirla a su madre. Expresó sus dudas:

—No sé…

—¿Qué pasa, Lenny?

—Creo que me odia.

Annika se asustó, agarró a su hijo del brazo, lo atrajo hacia ella.

—Está enferma, cariño. Y la gente enferma a veces se comporta de manera rara. Y en el caso de Linda se le han juntado muchas cosas. Lo tiene complicado. Y es posible que sufra viéndonos a los demás jugando y saltando mientras que ella está atada a una silla

de ruedas. Pero eso no significa que sea mala o que no nos soporte, ¿vale?

Él asintió a regañadientes, se soltó, se giró de nuevo hacia la ventana.

Al ver Annika que Linda los seguía mirando, tragó. Lenny y ella estaban equivocados.

La cara de Linda no era de malhumor ni de repulsión…

Era una máscara.

Había abierto mucho los ojos.

¡El aspecto de Linda era el de pavor ante algo o alguien!

DOCE
ANNIKA

Había mandado a Lenny arriba a lavarse las manos y a cambiarse. Estaba a punto de ir a mirar cómo iba cuando la llamó Phil.

—Espera, cariño. Un momento solo.

Se giró hacia él, pero no dijo nada. No podía evitar seguir enfadada con él. Nunca le había hablado con aquel tono de voz de antes.

—Lo siento —se disculpó él contrito—. Lo que te he dicho antes no ha estado bien. Lo que pasa es que estoy estresado por el trabajo y por tener que irme dentro de poco, ¿entiendes? De momento es como si todo me superara.

Al instante se desvaneció su ira. Se apoyó contra el pecho de él, inhaló su aroma.

—Vamos a superarlo, ¿vale? Juntos. —Alzó los ojos hacia él, lo besó en la boca—. Puede que antes yo también me haya pasado un poco —admitió—. Lo único que pido de todo corazón es que tu madre y yo podamos ser amigas.

Phil alzó la mano, le apartó con cuidado un mechón de la cara, se lo colocó detrás de la oreja, le dio un beso en la punta de la nariz.

—Y lo seréis. ¡Seguro! ¿Recuerdas cómo te miró la primera vez que te vio? Estaba encantada con su nuera. Créeme, la conozco desde hace más tiempo que tú. —Le guiñó un ojo, se puso serio de

inmediato—. ¿Qué pasa, cariño? Hay algo más que te preocupa. ¿Qué es?

A punto de negarlo, se armó de valor.

—Antes, cuando estábamos fuera, la he visto en la ventana y la saludé con la mano. Estoy segurísima de que ella también me vio. Pero se quedó allí clavada, mirando fijamente en mi dirección, como si estuviera viendo a alguien que le diera mucho miedo.

Phil frunció el ceño.

—¿Quieres decir que crees que mi madre te tiene miedo?

—A mí o a otra cosa… —Calló, sacudió la cabeza—. Ya sé que suena raro. Disculpa, no quiero atosigarte con más cosas. Pero es que no consigo explicarme su mirada.

—*Hmm*, ¿sabes lo que creo? —Se paró, la miró pensativo—. Creo que simplemente se puso a mirar por la ventana sin ser consciente de lo que estaba viendo. Estaría ensimismada o no llevaría las gafas puestas.

Annika miró escéptica a Phil, suspiró.

—Tú siempre tienes una explicación lógica para todo. Siempre me dejas quedar como una tonta. —Resopló, asintió—. Seguramente tengas razón, como siempre.

La despertó un ruido.

Medio adormilada se incorporó y se puso a escuchar atentamente, pero no oyó nada. Excepto un silencio absoluto.

A punto de volver a dejarse caer en la almohada, oyó un llanto suave.

Asustada apartó las mantas, se levantó, miró a Phil, que dormía como un bendito sin enterarse de nada.

Se levantó con cuidado de no despertarlo, salió de puntillas al pasillo cerrando la puerta detrás de sí.

Se dirigió a la habitación de Lenny. Bajó con cuidado el picaporte, miró por la rendija de la puerta hacia la cama, suspiró aliviada al reconocer la protuberancia que formaba su cuerpo bajo las mantas.

Volvió a cerrar la puerta, bajó las escaleras, se topó con Linda en la cocina delante de la nevera abierta. Su silla de ruedas se encontraba en medio de un enorme charco de zumo de naranja mezclado con esquirlas de cristal. La pobre estaba llorando desesperadamente.

—Vaya —soltó Annika—. Espera que te ayudo.

Apartó la silla de ruedas con cuidado de no pisar los cristales, cogió un trapo del fregadero y limpió las ruedas lo mejor que pudo.

—Vuelvo enseguida —le dijo a su suegra, fue al cuarto de la lavadora que era donde se guardaban los productos de limpieza.

A los pocos minutos había limpiado aquel desastre y le estaba sonriendo a Linda.

—¿Ves? Todo en orden. ¿Quieres que te sirva un poco de zumo?

Pero Linda seguía sollozando por lo bajo. Parecía estar muy avergonzada. Apenas conseguía sostenerle la mirada a Annika.

—Linda, que no pasa nada —trató de tranquilizarla y le dio un apretón suave en el hombro—. ¿Qué te parece si nos preparo un té?

Linda seguía sin reaccionar, tan solo miraba al vacío.

Annika se acuclilló delante de la silla de ruedas, esperó hasta que se cruzaron sus miradas. Repitió la pregunta y esperó pacientemente hasta que Linda asintió levemente con la cabeza.

Annika, satisfecha, puso la tetera al fuego y preparó dos tazas.

—¿Te he hablado de nuestra boda? —dijo en un intento de levantar los ánimos y se sentó a la mesa frente a Linda.

Esta apenas reaccionó, tan solo la miraba. Pero Annika no dejó que eso la detuviera y prosiguió riéndose de paso.

—¿No te contó Phil lo que nos pasó delante del ayuntamiento? Seguro que no porque fue demasiado vergonzoso. Imagínate, Phil y yo posando para el fotógrafo y llega una puñetera paloma y me caga en todo el vestido de novia. —Recordó la escena todavía riéndose—. Ahora me río, pero aquel día no me hizo ninguna gracia. Aun así, Phil consiguió animarme diciendo que las cagadas de paloma traían suerte… —Se interrumpió, se levantó, vertió el agua que ya hervía en las tazas hasta cubrir las bolsas de té y volvió a sentarse a hacerle compañía a su suegra—. ¿Te imaginas lo cabreada que estaba? Mi vestido, que había escogido con tanto esmero,

completamente arruinado, mi humor por los suelos y ¿qué hace tu hijo? —Volvió a interrumpirse, sacudió la cabeza—. Sale corriendo para comprarme un quitamanchas en la tienda más cercana. Ese fue el motivo de que llegara con diez minutos de retraso a nuestra boda. Yo ya estaba desesperada, pensaba que en el último momento había cambiado de idea y puesto pies en polvorosa. —Al percatarse de que el rostro de Linda se estaba animando, Annika prosiguió—. Pero la cosa no quedó ahí… Más tarde, ya durante la celebración, ocurrió otro desastre. El colega de Phil que hizo de testigo gesticuló tanto mientras daba su discurso que sin querer hundió la mano en la tarta nupcial. Otra obra maestra sumamente cara arruinada.

Ahora Linda soltó una carcajada sonora, se rio hasta que le saltaron las lágrimas.

—Que no hubierais podido asistir entristeció mucho a Phil —dijo Annika en voz baja y miró seria a Linda—. Tú sobre todo eras la persona que más ilusión le hubiera hecho tener a su lado.

Linda hizo una mueca de dolor, asintió.

—Y por eso es tan bonito el hecho de que ahora estemos aquí. Phil te ha echado mucho de menos, ¿sabes? Habla maravillas de ti, te adora literalmente.

Su suegra sonrió encantada. Pero solo por un breve instante. En seguida tornó el gesto, se encerró en sí misma.

—Es por tu marido, el padre de Phil, ¿verdad? Era él el que no quiso venir a la boda. Mi madre hizo todo lo posible para hacerle cambiar de idea, pero en vano.

Linda la miró, abrió la boca.

—i… zón! —emitió y alzó un puño al aire.

Annika frunció el ceño, miró primero a Linda, luego el puño. Por fin empezó a entender.

—¿Quieres decir cabezón? ¿Que tu marido era demasiado cabezón como para dar el brazo a torcer?

Linda asintió contenta y Annika se sintió un poco orgullosa de sí misma porque por fin estaba logrando mantener una conversación de verdad con su suegra.

Los ojos de Linda volvieron a nublarse.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

Asentimiento de cabeza.

Annika alargó la mano por encima del mantel, cogió la de Linda, le dio un apretón suave.

—Phil y yo vamos a hacer todo lo posible para hacer que tu vida sea lo más amena y agradable posible.

Linda sonrió con lágrimas en los ojos.

—Te quiere más que a nada en el mundo, ¿sabes? Dice que es tan feliz gracias a tener una madre como tú.

Annika notó que de hablar tanto de las madres se le estaba formando un nudo en la garganta. Tragó, carraspeó. Tardó en notar la mirada escrutadora de Linda clavada en ella.

Se enderezó, pero a su suegra no le pasó desapercibido que algo había cambiado, que una nube oscura pendía ahora sobre ellas como la espada de Damocles.

—Mi madre —explicó en voz baja—. La echo mucho de menos. Y en momentos como este es cuando más noto su ausencia.

Se calló al notar que la voz se le quebraba y que estaba a punto de romper a llorar. La mirada interrogante de Linda le bastó para darse cuenta de que acababa de cometer un error.

Phil le había insistido expresamente en no comentar nada sobre la causa de la muerte de su madre para no alterar a Linda. Por eso dijo en voz baja:

—Fue una desgracia. Una desgracia terrible.

Linda frunció el ceño, ladeó la cabeza, tan solo la miró.

Durante un rato largo.

No se movió, parecía estar a la espera de algo.

Al principio, Annika no supo cómo interpretar el comportamiento de Linda, pero comprendió.

Linda no la creía. ¡La había pillado!

TRECE
LOBOS Y CORDEROS

—¿Conocías a esos chicos? —quiere saber Padre a la cena y me mira con esos rayos X que tiene por ojos.

Me intranquiliza un poco.

Ya hace dos días del accidente. Dos días en los que sí me entró el canguelo de que la policía fuera a descubrirme.

Y ahora Padre con sus preguntas. ¿Qué le digo si luego quiere saber más cosas?

Vale, actué con mucho cuidado, trato de tranquilizarme. Y con astucia. No corté el cable del freno, sino que lo manipulé aflojando los tornillos. Y en la bici del otro idiota solo abrí media vuelta el tornillo de la horquilla delantera. Los tíos esos hacen las acrobacias más locas con sus bicis, solo para impresionar a las chicas y hacerse los guais. Para hacerlo, muchos tiran del manillar y van varios metros solo sobre la rueda trasera.

Tuvo que haber sido eso. El tornillo se desprendió y la rueda se soltó y cogió ruta y por eso el otro fue a parar de cabezas contra el asfalto. Su colega, que iba justo detrás, seguramente quiso frenar, pero, como cabía de esperar, el freno no funcionó. Al menos, eso es lo que me imagino que sucedió.

Con lo que no había contado yo era con que todo eso ocurriera en hora punta en una de las carreteras más transitadas de la zona.

La verdad es que no sé cómo ocurrió exactamente porque la radio macuto del pueblucho este funciona como el juego del teléfono *escacharrado*: todo el mundo añade algo de cosecha propia.

Es posible que el camión que venía de frente tuviera que frenar a fondo cuando se cayeron los chavales. Los otros coches fueron colisionando uno tras otro contra las bicis, dos de ellos, contra el camión atravesado en la carretera. Lo único que sé a ciencia cierta es que murieron tres personas, que al menos cuatro han sigo ingresadas con heridas graves en el policlínico.

—¿Ahora dormimos con los ojos abiertos o qué?

Con la sangre hirviéndome trato de volver a concentrarme en Papá, que sigue insistiendo—. Te he preguntado algo. ¿Conocías a esos chicos?

—Van en mi clase —contesto sin darle mayor importancia. Con Papá hay que tener cuidado con lo que se dice. Es muy listo y las caza al vuelo, debe de ser por su trabajo. Como es abogado está siempre con lo de las leyes y los derechos – no es nada fácil colársela.

Pero de momento, llega Mamá a mi rescate. Sacude la cabeza horrorizada.

—¡Por Dios! Pero ¿cómo es que no nos lo has contado?

—Si me he enterado hoy por la mañana. Sabía lo del accidente porque vino un policía a clase, pero no sabían exactamente a quién le había tocado.

Mamá me estudia a través de su flequillo, hasta que me doy cuenta de que mis palabras han sonado muy duras.

—A quién le había tocado —repite ella con desaprobación—. He oído que uno de los chicos ha muerto. Se cayó de la bicicleta y lo arrolló un camión que venía en sentido contrario. El otro tuvo más suerte, sigue vivo, pero está en coma. Ni idea de si volverá a despertar, y si lo hace, cómo…

Se calla, se tapa la cara con las manos, permanece petrificada durante varios segundos.

Sé perfectamente qué está pasando. Se está imaginando que podría haber sido yo. Pobre Mamá. Me levanto, voy hacia ella, la abrazo lo más fuerte que puedo.

Mamá es alguien capaz de imaginarse las cosas, las ve y las vive de verdad, como si fueran reales. Dice que es como si tuviera un cine en la cabeza… Supongo que todas las madres lo tienen en momentos como este.

Cuando me devuelve el abrazo, me doy cuenta de que Papá me sigue escudriñando con ojos serios.

¿Acaso sospecha que yo he tenido algo que ver?

No, eso es completamente imposible. Nadie me ha visto. Me escapé de casa en plena noche, cogí la bici e hice lo mío. Al volver, mis padres seguían dormidos.

Pero entonces ¿qué significa esa mirada rara suya?

Se la devuelvo, arqueo las cejas en gesto interrogante.

—¿Eran amigos tuyos?

—No.

—¿Tenías algún problema con ellos?

—¿A qué te refieres? —interviene Mamá.

—No te he preguntado a ti —la acalla Papá.

Mamá parece ofendida, pero él ni la mira.

A quien sí mira es a mí, esperando, casi al acecho.

—Se metían conmigo, como todos los demás —contesto ateniéndome a la verdad—. Ya desde el principio, pero desde la muerte de Sophie empeoró.

Mamá abre mucho los ojos.

—¿Eran esos los niños por los que últimamente volvías con tanta aflicción a casa?

—¿Qué significa aflicción? —pregunto, aunque sé perfectamente qué significa.

—Contesta a la pregunta y dejaros de bobadas —me espeta Papá cabreado. Me ha vuelto a calar y sabe perfectamente qué estoy haciendo.

Suspiro y asiento.

—Sí, eran dos de los niños.

Mamá extiende la mano sobre el mantel para coger la mía y apretármela con suavidad.

No sé a qué viene este gesto. ¿Quiere hacerme entender que está aliviada porque ahora ya no podrán torturarme? No, a Mamá

jamás se le pasaría algo así por la cabeza, ella solo quiere lo mejor para todo el mundo, cree en la bondad humana, siempre parte de la base de que los problemas al final se arreglan solos. Pero no…

¡Nunca se solucionan solos!

Noto que me está acariciando la mano con el pulgar, quiero mirarla, pero no puedo.

—Es posible que haya sido intencionado. —Por fin Papá ha soltado la bomba.

Mamá abre mucho los ojos, consternada.

—¿De dónde has sacado eso?

—Tengo mis fuentes —es lo único que dice Papá y suspira. Luego me mira. Me atraviesa con su mirada.

Sé exactamente lo que está pasando dentro de su cabeza.

Primero Sophie y ahora estos dos chicos. Y con los tres hubo problemas…

Se endereza, carraspea, entrecierra los ojos.

—¡Escúchame bien! Si se te acerca la policía para hablar contigo, no dices ni pío. ¿Entendido? Les dices que me llamen a mí. ¿Está claro?

Mamá suelta un quejido ahogado.

—¿Crees que podría darse el caso?

Papá asiente sombrío.

—Hay muchas personas involucradas en el accidente, hay muertos y heridos graves. Como exista la más mínima posibilidad de que las bicicletas hayan sido manipuladas, ¡la primera puerta a la que van a llamar será la nuestra!

Traga, baja la mirada, como si estuviera reflexionando sobre algo muy importante. Por fin levanta los ojos, que se agarran como una ventosa a mi cara. Es como si quisiera a la fuerza, solo mediante su fuerza de voluntad, penetrar en mi cabeza y leer su contenido.

Luego algo cambia en su mirada.

Veo oscuridad.

Me asusta.

Abre la boca, la vuelve a cerrar.

Sigue mirándome, sin más. Por dentro estoy empezando a retorcerme de dolor bajo su mirada.

—Bueno, yo lo haría —es lo que de repente sale disparado de su boca. Luego se levanta de golpe, se marcha de la cocina.

CATORCE
ANNIKA

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber Annika dirigiéndose a Phil, el cual estaba saliendo del cuarto de baño. Estaba desnudo, tan solo llevaba una toalla envuelta alrededor de la cadera.

—Deja que adivine… No sabes cómo impedir lanzarte sobre este cuerpo escultural y por eso quieres pedirme que me vista lo antes posible. ¿Tengo razón?

—Sí, me cuesta, sin lugar a duda —le siguió ella la broma y le acarició juguetona el pecho.

Él volvió a meterse en cama, la besó.

—Soy todo tuyo…

Ella se rio, le hizo cosquillas, luego se puso seria.

—Es por tu madre. Anoche estuve charlando con ella.

Él se la quedó mirando.

—Anda, por eso no estabas en cama cuando me desperté. Pensaba que estarías en el cuarto de baño.

Annika resumió en pocas palabras el pequeño accidente de Linda y la conversación subsiguiente que había tenido lugar a pesar de la barrera lingüística.

—¿Y la pregunta es...?

Annika lo miró pensativa.

—Linda quería saber qué le había pasado a mi madre. Me atuve a lo acordado y no le conté lo que pasó realmente.

—¿Y?

—Bueno. Conoces a tu madre mejor que yo, seguramente sepas lo perspicaz que es.

—¿A qué te refieres?

—Tuve la sensación de que no me creía, ¿entiendes? Me miraba como diciendo: «Vale, y ahora desde el principio, pero ¡esta vez sin mentiras!»

Phil sacudió la cabeza, se levantó de la cama, la miró con gesto sombrío.

—Cariño, te estás imaginando cosas, como siempre.

—No estabas ahí —se rebeló ella—. Estoy convencida de que tu madre sospecha que hay gato encerrado, que le he mentido.

—¡Bobadas! No le has mentido, tan solo no le has dicho toda la verdad, y eso por su propio bien.

—Entonces, ¿no lo sabe?

—¿A qué te refieres?

—¿No sabe que no fue un accidente?

—¡Claro que no! ¿Por qué iba a pedirte que no le contaras nada si luego voy yo y se lo cuento a tus espaldas? Eso no tiene sentido.

Ella suspiró, se encogió de hombros.

—Es que cuando me miró de aquella manera me sentí como pillada haciendo algo malo.

—A ver, entiendo que esa horrible historia de tu madre te persiga. Su muerte no te suelta, la echas de menos y se te nota. Cada vez que hablas de ella, tu gesto se ensombrece, refleja tu dolor. Estás sufriendo. Mi madre no está ciega, lo ve. Seguro que por eso sospecha que hay algo más.

Annika asintió. Phil había conseguido neutralizar sus dudas una vez más. Al menos un poco. Trató de controlarse. Si seguía insistiendo ahora en sus sospechas de que Linda sabía más de lo que les hacía creer, tan solo conseguiría enfadar a Phil.

—Oye, ¿y cómo reaccionó a lo de mi embarazo? —dijo para cambiar de tema.

—Haces cada pregunta… —exclamó él y le notó en la cara que volvía a relajarse—. Se volvió loca de alegría. Por cierto, fue justo el día después de nuestra llegada. —La estudió, le cogió la barbilla para obligarla a mirarlo—. Di, ¿por qué preguntas eso ahora? ¿Sigues dudando?

—*Bah*, solo por saber…

—Por favor, Annika, sé sincera conmigo. ¿No seguirás con eso de que no te soporta? ¿O sí?

Ella suspiró.

—Cariño —Phil reajustó la toalla, volvió a meterse en cama—, mi madre hace mucho ya que te adora. Y disfruta con nuestra presencia aquí. Créeme, por favor.

—Entonces ¿por qué no sale casi nunca de su habitación? Si ni siquiera come con nosotros. Se aísla deliberadamente…

Él suspiró ligeramente.

—Sí. A mí eso también me duele, pero puedo entenderla. Mira, se ve impedida por culpa de la parálisis, su habilidad motriz fina está afectada. Las comidas representan un desafío para ella. —Se interrumpió en busca de las palabras adecuadas—. Era una mujer muy orgullosa, preciosa, fuerte, con éxito laboral. Una madre maravillosa. Lo que pasa es que ahora le cuesta aceptar que ya no es una persona independiente. Eso es duro de asimilar y de conciliar con su orgullo, con la imagen que le gustaría seguir teniendo de sí misma.

—Pero si sigue siendo una mujer preciosa —objetó Annika.

—Sí y le cuesta lo suyo en su estado. Pero hay muchas cosas que ya no puede hacer sola. Tengo que cortarle la comida en trozos pequeños y aun así le cuesta masticarlos. Puede que le resulte incómodo comer delante de otras personas no mermadas en sus capacidades. A eso súmale que nosotros cuando comemos no paramos de hablar y que ella no puede participar en la conversación. Si lo piensas bien, no dejamos de recordarle que para ella ya nada es como era y por eso prefiere refugiarse en su propio mundo.

Annika asimiló las palabras y reflexionó, al fin asintió. ¿Acaso no le había dicho ella algo parecido a Lenny? Pero precisamente esa era la cuestión.

—Puede que tengas razón, cariño, es solo que… Tenía la esperanza de que fuera algo así como una abuela para Lenny. Una abuela de verdad, como lo fue mi madre. Obviamente soy consciente de que por culpa de sus males tiene sus limitaciones y no se la puede exigir tanto. Aun así, sería bonito si pudiera hacerle algo más de caso. Es un niño y no entiende por qué lo trata con tanta frialdad. Para entenderlo, él intentó justificarlo con que es por culpa de la enfermedad y no suya. Echa mucho de menos a mi madre y por eso a veces busca el contacto con la tuya. Anhela su atención.

De nuevo volvió a aparecer una sombra en el rostro de Phil mientras la miraba pensativo. Finalmente, carraspeó.

—Pero eso no se puede forzar, cariño. Sé que te cuesta dejar que fluyan las cosas que no puedes controlar, pero en el caso de Madre acéptalo como es.

Ella se apartó un poco, notó cómo la rabia brotaba en ella.

—¿Acabas de decirme indirectamente que soy una madre helicóptero?

A él le hizo gracia aquello.

—A mí me lo parece. Y el hecho de que tú misma hayas interpretado de esa manera mis palabras, lo confirma.

—¡Apuesto lo que sea a que tu madre era igual que yo! O como lo fue mi madre toda su vida conmigo… Solo porque queramos a nuestros hijos por encima de todo y solo queramos lo mejor para ellos, no significa que seamos como gallinas cluecas. —Cogió aire, se sentó en la cama, tiró de la manta hasta la barbilla, a modo de escudo—. ¿Sabes lo que pienso? Puede que lo que pasa es que tu madre tiene un problema con el hecho de que ahora estés casado. ¿Se te ha pasado por la cabeza en algún momento? Las madres tienden a adorar a sus hijos varones y tener que compartirlos con la esposa puede resultar frustrante.

Lo miró echando chispas por los ojos, vio la sonrisa que intentaba asomar a los labios de él. ¡No la estaba tomando en serio! Se estaba burlando de ella.

—Phil, no estoy bromeando. Estoy hablando muy en serio. Linda tuvo que renunciar a ti durante muchos años y ahora vas y traes una esposa. Es muy posible que no sea capaz de soltar a su hijo.

También podría ser que esté cabreada porque piense que soy yo la que quiere mandarla a una residencia.

—Ahora sí que estás diciendo tonterías, cariño, y lo sabes. —Phil la miró con una mezcla de incredulidad y lástima—. No peleemos más, por favor. Para ser sincero – y espero que no te tomes a mal tanta sinceridad – tu madre siempre me recordó un poco a la mía. —Su expresión cambió de repente y por un momento Annika creyó ver lágrimas en sus ojos—. Esa fue la razón de por qué adoré a tu madre desde el primer instante, ¿entiendes? Yo también la echo de menos. ¡Cada maldito segundo!

Annika apartó la manta a patadas, se levantó, abrazó a Phil.

—Lo siento, cariño. No pretendía ser insensible ni montar una competición de madres. Es solo que… —No pudo reprimir un sollozo —. No lo aguanto más. Ese malnacido sigue suelto por ahí, campando a sus anchas, contento y despreocupado ¡y la policía no hace nada de nada! ¿Por qué no hacen su maldito trabajo?

QUINCE
ANNIKA

—¿Me ayudas a recoger? —le preguntó a Lenny, que estaba metiéndose el último bocado de carne en la boca.

Le había pedido a Phil que comprara algo de pollo y luego había preparado su especialidad: san jacobos sin rebozado con verduras y patatas al horno.

A Phil le encantaba como cocinaba y se había zampado la comida en un abrir y cerrar de ojos y había vuelto a subir a seguir trabajando un poco más.

—Un poco de ayuda me vendría muy bien la verdad —repitió Annika.

—Jo, mamá. ¿Tiene que ser? Quiero jugar o ver una peli.

Annika se plantó delante de su hijo negando con la cabeza.

—Y yo no quiero que te comportes como un pachá, escaqueándote siempre de las tareas de casa.

—¿Como Phil?

Ella se rio.

—Phil no es ningún pachá y tampoco se escaquea, sino que está trabajando en su despacho y ganando dinero.

—Puede que algún día yo también gane dinero como el tío ese de YouTube…

—¿Te refieres al jugador profesional? ¿No habíamos hablado ya de eso? Ese tío es una excepción, no la regla. No hay prácticamente nadie que puede ganarse la vida jugando, ni hacerse rico. Y por eso tú vas a aprender una profesión de verdad. Y esa enseñanza incluye echar una mano en casa desde ya y entender que la vida no se compone solo de jugar y aventuras.

—Todavía soy un niño. No tengo que entender nada —farfulló Lenny.

Annika le tendió sonriendo un paño haciendo caso omiso de sus refunfuños.

—Venga, trae —dijo Lenny con gesto sombrío, cogió el paño y el primer plato.

—Y si ahora, además, me pones buena cara, puede que hable con Phil para que el fin de semana nos lleve a la playa.

—Pensaba que íbamos a ir de excursión al bosque encantado.

—Y lo haremos. Pero, como eres un tío listo, sabrás que hay un sábado y un domingo.

—¿Vamos al bosque y a la playa?

Annika le dedicó una sonrisa conspiradora.

—Creo que sí. Hablaré con Phil. Seguro que nos va a hacer el favor y haremos una excursión de verdad. La semana que viene tiene que irse por un par de días y eso significa que nos quedaremos los tres solos.

—¿Solos con Linda? ¿Solo tú y yo? —Lenny la miró dubitativo—. Eso no va a salir bien. ¡Se va a liar parda! —gritó con voz teatral, como para imitarla.

Annika lo salpicó con el agua del fregadero.

—Venga. Largo de aquí, pequeño tahúr.

Lenny formó un puño de victoria y desapareció.

Mientras ella seguía ocupándose de los platos, se puso a pensar qué les traerían los días sin Phil. Tan solo de imaginárselo le entraba la zozobra. Sin Phil se mermaban las ganas de vivir. Pero al menos aún le quedaba su hijo.

Suspiró, tomó una decisión.

Terminó yendo a la habitación de Linda y llamó a la puerta. Esperó unos segundos antes de accionar el picaporte.

—¿Se puede? —le preguntó a su suegra—. ¿O molesto?

Linda sonrió, hizo un diminuto movimiento con la cabeza.

Annika se alegró, fue hacia ella, se sentó en un sillón a su lado.

—Gracias por concederme unos minutos —le dijo sonriente.

La respuesta fue un movimiento de hombros apenas perceptible.

—Pasa lo siguiente: Phil y yo todavía no tenemos un nombre para el bebé. ¿Te lo puedes creer? —Le pareció ver algo parecido a una sonrisa en el rostro de Linda—. Aunque también es cierto que aún no sabemos si va a ser niño o niña. Queremos que sea una sorpresa. ¿Ya te lo ha comentado Phil?

Linda asintió y ahora, efectivamente, sonrió.

—¿Qué te parece si nos ayudas a encontrar un nombre tanto para niño como para niña? Así estaremos preparados.

Linda frunció el ceño, se encogió de hombros para mostrar su impotencia, luego señaló la boca.

—Sí, ya sé —la tranquilizó Linda rápidamente—. Pero se me ha ocurrido algo para que nos salga a pesar de todo. Yo te voy diciendo nombres y cuando diga uno que te gusta, alzas la mano.

Ahí estaba otra vez: la sonrisa de Linda.

Annika se alegró y le guiñó un ojo.

—Vamos allá.

Dijo varios nombres de niño observando a Linda para interpretar cualquier movimiento. Al llegar al nombre de Samuel, Linda movió el dedo índice.

—¿Te gusta Samuel?

Asentimiento de cabeza.

Annika tomó nota y sonrió ensimismada.

—¡Samuel! A mí también me gusta ese nombre. Se puede abreviar a Sam… Sí, es un nombre genial.

Luego enumeró varios nombres de niña que le gustaban y una vez más se movió la mano de Linda al llegar al nombre de Emma. Annika se rio.

—Justo ese era mi favorito. A Phil le gusta más Emily, pero seguro que llegaremos a un acuerdo. —Respiró hondo—. ¿Lo ves? Ya te dije que nos las arreglaríamos.

Linda se limpió una lágrima de emoción que había surgido en el borde del ojo y por una milésima de segundo Annika fue inmensamente feliz. Por fin estaban conectando. Le entraron ganas de darle un fuerte abrazo de agradecimiento, pero se contuvo. Su relación todavía era demasiado frágil para eso.

—Tu hijo está súper emocionado con la llegada del bebé —le contó a su suegra—. Parece un niño pequeño deseando que llegue el gran día.

Linda alzó la mano sana, la colocó en el pecho, lo que debía de significar que a ella le pasaba lo mismo.

Annika sonrió emocionada y decidió contarle más cosas.

—Cuando el padre biológico de Lenny nos dejó en la estacada de la noche a la mañana, para mí fue un golpe muy duro. Nunca quise ser madre soltera. Pero no me quedó otra, tenía que arreglármelas como fuera. Llegó el momento en que empecé a conocer a otros hombres, pero la cosa nunca llegaba más allá de una o dos citas. Tan pronto les revelaba que era madre de un niño pequeño, desaparecían. —Se aseguró de que Linda seguía atenta—. ¿Quieres saber cómo conocí a Phil?

Otro movimiento ligero de la cabeza.

Sonrió feliz al recordarlo.

—Para mí fue como un sueño, yo, que ya había dejado de creer en ellos. Phil me conquistó al instante. —Se calló, respiró hondo—. Incluso mi madre lo aceptó desde el primer momento y lo quiso como a un hijo. Me dijo: «Agárralo fuerte, no dejes que se vaya nunca más.»

Annika tragó para controlar la ola de emociones en su interior. Lo que le estaba contando a Linda, eran confidencias de lo más profundo de su corazón. Carraspeó, inspiró hondo.

—Phil no es solo un hombre maravilloso y una buena persona. Es sobre todo un padre amoroso. Nunca ha dejado que Lenny se sintiera diferente por no ser su hijo biológico. Y por esa misma razón mi hijo adora a Phil. Y Phil, tu hijo, está como loco por…

Un estruendo interrumpió a Annika.

Sorprendida se quedó mirando los restos del frutero de cristal que hasta hacía unos segundos había estado en la mesa entre

ambas y que ahora yacía hecho añicos en el suelo.

Miró consternada a su suegra, se sobresaltó.

Linda estaba temblando de pies a cabeza.

¿Estaría dándole uno de sus ataques?

Annika se levantó de golpe para cogerle la muñeca y comprobarle el pulso, pero su suegra se apartó. La estaba mirando con los ojos muy abiertos.

¿Era rabia lo que había en sus ojos?

¿Odio?

¿Aversión?

No fue capaz de identificarlo, pero una cosa sí que sabía a ciencia cierta: su suegra había tirado el frutero a propósito. La cuestión era: ¿por qué?

DIECISÉIS
FARSA

Mamá y yo estamos en el jardín, tomando limonada casera y disfrutando de los últimos rayos de sol del día. No hablamos, permanecemos en un silencio tranquilo que se desvanecerá tan pronto llegue Papá a casa. Últimamente está insoportable y creo que es por lo del accidente. Desde que sabe que los dos niños muertos iban en mi clase, ve fantasmas por todos los lados y tiene la paranoia de que lo espían.

El otro día llegó a casa y pensó que yo estaba en mi habitación, pero me enteré de todo lo que estuvo cuchicheando con Mamá: está convencido de que la gente se lo queda mirando.

Mamá lo lleva mucho mejor. Le dijo que eran imaginaciones suyas. Que dejara de preocuparse. ¿Y qué le responde él? «Claro, para ti es muy sencillo, pero la reputación que está en juego es la mía.»

Y siguieron. También hablaron de mí. Que si la policía llegaba a sospechar de mí, entonces él podría ir despidiéndose.

Ahí fue cuando me metí en mi habitación de verdad. Esas peleas constantes de mis padres resultan insoportables. Y van a más. Siempre es él quien empieza. Se ve que así compensa el miedo ante lo que supuestamente podría venirnos encima. Es como si solo

hubiera un único tema de conversación – el horroroso accidente en el que perdieron la vida varias personas.

Incluso en el colegio no se habla de otra cosa. Todo el mundo va por ahí haciendo conjeturas locas y todos sospechan de todos. En serio, ¡menudo rollo! Me imagino que en el entorno de Papá pasará algo parecido.

Papá está convencido de que un día de estos la policía va a llamar a nuestra puerta.

Miro a Mamá. Ha cerrado los ojos y tiene la cara enfocada hacia el sol poniente. Ella es la que más sufre con el malhumor de Papá porque tan pronto se tambalea la paz familiar, ella se siente mal.

Ojalá pudiera calmarlo, por el bien de Mamá, decirle que no tiene por qué preocuparse. Que la policía – da igual lo que dure la investigación – jamás va a encontrar pruebas que demuestren al cien por cien que el accidente fue consecuencia de un sabotaje.

Oigo a lo lejos el ruido de un motor. Mamá, que también pareció haberlo oído, tan solo pestañea adormilada. Se levanta, me mira.

—Voy a entrar, cariño. Tengo que preparar la cena.

—¿Qué hay?

—*Gulasch* de ternera con puré de patata.

—Jo. ¿Cuándo vas a hacer algo que me guste a mí? —me quejo, miro a Mamá con cara de mala leche.

En vez de enfadarse conmigo por protestar por la comida, se ríe, me acaricia el pelo.

—¿Prefieres *pizza*?

Asiento con la mosca detrás de la oreja.

—Me queda una en el congelador. Si quieres, la meto en el horno.

—No, deja. Que luego Papá protesta porque a mí me haces algo aparte.

Mamá hace una mueca, sin embargo, no dice nada.

Ella se mete en casa, yo quedo para repantingarme en el balancín del jardín, observó a Papá subir con el coche por la entrada y finalmente, apearse.

Veo al instante que está de mejor humor que los días de atrás.

En una mano lleva la americana, en la otra el maletín y viene hacia mí. Se sienta frente a mí en una de las sillas de jardín.

—¿Todo bien?

Asiento suspicaz.

—Ya he hecho los deberes.

—Bien.

—Y le he ayudado a Mamá en el jardín.

—Mejor incluso. —Me mira muy serio—. ¿Alguna vez reparaste tu bici sin ayuda de nadie?

Lo miro, niego con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si todos los años llevas las bicis a que las revisen en el taller? Además, yo no sabría hacer algo así. —Levanto las manos, sonrío—. Si tú mismo dices siempre que tengo dos manos izquierdas.

Hace una mueca, suspira.

—Está bien, cariño. Era solo para asegurarme. Hay un montón de cosas que pueden salir mal, ¿sabes?

Alzo las cejas.

—¿A qué te refieres?

—El accidente —me explica mi padre—. Hoy me he enterado de que pocos días antes de la tragedia el padre de uno de los niños le reparó no sé qué en el cable Bowden. Parece que no apretó bien los tornillos. Y en el caso del otro niño se desprendió la rueda delantera porque estaba siempre haciéndole cosas a la bici. Se ve que este accidente horrible ocurrió solamente porque un hombre y un niño se creyeron mejores mecánicos de lo que en realidad eran.

Tengo que controlarme para no soltar una carcajada. Con los ojos muy abiertos miro a Papá.

—¡Qué faena! —emito, espero que con voz lo suficientemente triste para sonar convincente.

Papá asiente con la cabeza.

—Puede que esos niños fueran terribles y malvados contigo, pero no se merecían eso. Nadie se merece algo así. —Suspira—. No quisiera estar en la piel de ese padre… Pensar que un hijo mío ha muerto de manera tan salvaje solo por no saber apretar dos diminutos tornillos…

Asiento, miro sin mirar nada en concreto a la vez que en mi interior se desencadena una tormenta. Lo único que asimilo es que por fin estoy a salvo. Me he librado. No es que lo pusiera en duda en ningún momento. Pero ahora que parece seguro al cien por cien me apetece echarme un baile de celebración y alivio.

Papá se levanta, me dedica una última mirada penetrante, como si supiera que mi rostro cariacontecido no es más que una farsa. Parece aliviado y desconfiado a la vez. Es como si a pesar de todo siguiera buscando en mi cara algún indicio de que se ha equivocado conmigo, que todos están equivocados. Pero sigo con mi pantomima, incluso me sale una lágrima de cocodrilo.

Al final me sonríe de corazón.

—Te quiero, cariño. Lo sabes, ¿verdad?

Lo miro, asiento.

—Y yo a ti.

Esto de mentir se me da cada vez mejor.

DIECISIETE
ANNIKA

La despertó un ruido. Annika se incorporó adormilada y vio que fuera todavía estaba todo oscuro. Tuvo que mirar dos veces hasta reconocer la silueta de Phil. Maldiciendo por lo bajo, rebuscando en un cajón.

—¿Se puede saber qué estás buscando en mitad de la noche? —le preguntó medio dormida—. ¿Qué hora es?

Él se giró de golpe.

—Lo siento, cariño, no quería despertarte. Aún no son las cinco.

—No importa —lo tranquilizó ella—. Yo también voy a levantarme, así podré disfrutar de tu presencia el máximo tiempo posible.

Él soltó una risa tonta.

—Ni que fuera a marcharme varios meses. Que solo van a ser un par de días, mujer.

—Ya, pero voy a echarte igualmente de menos. Y no lo digo solo porque no sé cómo va a funcionar lo de tu madre.

—Tú, como siempre, preocupándote demasiado —dijo Phil—. Mi madre se pasa gran parte del día en su habitación. Tiene su propio baño. Apenas vas a verla. Llévale la comida o ayúdala si quiere prepararse un té. Cuando vayas a salir, pregúntale si necesita algo. Y

ya está. No hay más. Si a mí también me echa cuando le ofrezco mi ayuda para vestirla o desvestirla.

—¿Y si le da un ataque durante tu ausencia? ¿O si empeora?

—¿Qué va a pasar con lo que tú no puedas? ¿Tengo que recordarte que eres enfermera? ¿Quién, si no tú, va a saber lidiar mejor con cualquier urgencia?

—Cierto —admitió ella a regañadientes—. Pero en mi trabajo me ocupaba de desconocidos. Los enfermos eran mis pacientes. Linda es mi suegra y ninguna desconocida, eso me complica las cosas. Hay una relación más cercana, me falta la distancia con la que manejarme de manera profesional.

—Estoy convencido al cien por cien de que vas a estar a la altura. ¿Qué fue lo que pasó el fin de semana? No conoces la zona, pero insististe en hacer una excursión y, como yo no tenía tiempo, cogiste el coche y arrancaste sin más, tú sola. Te pasaste todo el día fuera y cuando volviste a la noche estabas encantada y no parabas de enumerar todos los sitios en los que habías estado.

Annika sonrió feliz. Sí, había sido un gran día. Le había prometido a Lenny una excursión, un día de aventuras y senderismo. Juntos habían paseado por el bosque de Brocelianda, visitado la tumba del Gigante – un megalito –, luego habían seguido en busca de la tumba de Merlín. A continuación su hijo se había empeñado en querer ver también la casa de Viviane – otro monumento megalítico en el que supuestamente vivía un hada.

A Lenny le había decepcionado un poco haber quedado sin tiempo para ver el Portal de los secretos, pero la cola para comprar las entradas era demasiado larga como para esperar durante horas bajo un sol abrasador.

Se había tenido que conformar con la espada Excalibur. Durante al menos diez minutos había intentado en vano sacarla de la roca.

Ahora el plan era el siguiente fin de semana visitar el Bosque encantado de Huelgoat.

Ella hubiera preferido ir a la playa antes que al bosque, pero llegar a ella, incluso con poco tráfico, llevaba casi una hora. En plena temporada, con todo lleno de turistas, el doble.

Apartó las mantas, se levantó.

—Va a salir todo bien —dijo, esforzándose por sonar despreocupada.

Phil la atrajo hacia él, la abrazó.

—¡Esa es mi Annika! Te las vas a arreglar perfectamente.

Ella apoyó la cabeza en su hombro, inhaló su aroma.

—¿A qué hora tienes que irte?

—Algo antes de las siete. El vuelo sale a las once y me lleva casi dos horas llegar al aeropuerto de Nantes.

—Entonces voy a bajar a preparar el desayuno.

—No hace falta, cariño. No tengo hambre. Ya comeré algo en el aeropuerto.

—Pero si allí todo es carísimo.

Él sonrió divertido.

—Tampoco es que sea tan pobre. Para comprar un *croissant* debería de llegarme. ¿Por qué no te vuelves a meter en cama y sigues durmiendo un poco más? Antes de arrancar, subo a despedirme.

Estuvo a punto de protestar, pero lo dejó.

Linda seguramente ya estaría levantada, deseando disfrutar de la compañía de su hijo antes de que este se marchara por varios días.

Volvió a la cama, bostezó con ganas, cerró los ojos y ya casi se había dormido cuando Phil desapareció en el cuarto de baño.

—Tengo que irme. —La voz suave de Phil le llegó desde muy lejos al subconsciente. Pues sí, había vuelto a quedarse dormida. Parpadeó, se incorporó, dejó que le diera un fuerte abrazo, le devolvió la mirada seria—. Vas a poder, ¿vale?

Ella forzó una sonrisa.

—Claro. Si tú lo dices.

—Nada de si yo lo digo, cariño. Vas a poder y punto.

—Venga, lárgate —dijo todavía adormilada, le dio un golpe cariñoso en el hombro—. No vaya a ser que pierdas el avión por mi culpa.

La besó una última vez en la boca.

—Mi madre ya está levantada y se ha quedado mirando la tele.

—¿Ya ha desayunado?

—Sí. Le he llevado yo el desayuno. Así que, quédate en cama y duerme.

—Ya veremos —respondió ella, se estiró—. La verdad es que para ser tan temprano me siento bastante en forma. Bien puedo levantarme y bajar.

Observó a Phil mientras este salía por la puerta, lo saludó una última vez antes de que se cerrase la puerta.

Suspiró y se dejó caer en las almohadas, intentó no pensar en el día que estaba por arrancar sin su marido al lado. ¿Qué había dicho Phil? *Tú, como siempre, preocupándote demasiado.*

¿Sería cierto? No le había dicho nada a Phil sobre lo del frutero de cristal que una Linda furiosa había barrido de la mesa.

Tú madre ha tenido un pequeño traspié, había comentado en vez de eso. Se había levantado y limpiado aquel desastre, granjeándose una mirada interrogante de su suegra.

¿Por qué no le contaste lo que ocurrió realmente?

¿Porque quería ahorrarle más preocupaciones a Phil? ¿O por un mecanismo de autodefensa?¿Había querido evitar quedar siempre como la nuera protestona?

Era un cliché que nunca le había gustado y por eso siempre lo había rechazado.

¿Se había ido por eso de la habitación sin articular ni una sola palabra más? ¿Por eso había rehuido el contacto con Linda durante todo el fin de semana?

No tenía ni idea de cuáles habían sido sus motivos. Pero si por ella fuera, seguiría así, evitando a Linda. Sin embargo, tras la marcha de Phil no le quedaba otra que volver a acercarse a ella.

Y puede que fuera lo correcto. Asintió para sí misma, decidió reparar la tensa relación con su suegra. Phil estaría encantado si, a su regreso, las dos efectivamente hubieran logrado hacerse amigas. Y para decir verdad, ya habían compartido momentos de cercanía. Se basaría en ellos para seguir forjando la amistad.

Se levantó llena de energía, fue al cuarto de baño. Al mirarse en el espejo, hizo una mueca. Luego puso las manos sobre la barriga, se guiñó un ojo.

—Malo será que entre los tres no consigamos domar a esa vieja bruja.

—Venga, cariño. Entremos y ven a ayudarme con la cena.

Lenny la miró consternado.

—¿En serio?

—Si no quieres…

—No. Prefiero quedarme fuera. Ya entraré cuando la comida esté lista.

Annika le dedicó a su hijo una mirada de fingida decepción.

—Pues nada. Tendré que preparar los diez platos del menú yo solita.

Él gruñó.

—A mí me basta con patatas fritas.

—Te las haré cuando estemos en nuestra casa, ¿vale? Linda no tiene freidora y las del horno no saben igual. ¡Tú mismo lo dijiste!

Lenny hizo una mueca de frustración, frunció pensativo el ceño.

—Vale, entonces *pizza*.

—Ya es demasiado tarde para eso, señorito. Ya solo para que fermente la masa se necesitan una o dos horas.

—Jo, Mamá. Que no quiero otra vez verduras. Quiero comer comida de verdad.

—¿Quieres que prepare unos sándwiches? Si les ponemos queso fundido son casi como una *pizza*.

—Vale —aceptó Lenny no muy convencido. Se quedó mirando la punta del zapato.

—¿Qué pasa? Si tú no eres de los que protestan siempre por la comida.

—Esto es súper aburrido. Y la casa me da miedo. Está llena de esquinas oscuras. Y de noche cruje todo.

—¿Es por Phil? ¿Porque no está?

—Es un hombre. Si entrara un ladrón, él al menos podría protegernos.

—Aquí estamos completamente apartados. ¿Quién iba a venir hasta aquí a hacernos daño?

—¿Y si sí? ¿Acaso nos va a defender Linda? ¿Va a perseguir al ladrón sentada en su silla de ruedas y atizarle con el mango de la escoba?

Annika soltó una carcajada sonora.

—¡Pasas demasiado tiempo jugando cosas raras en tu consola! Venga, pasa para dentro. Ahora vas a ayudarme a preparar los sándwiches. Si por culpa tuya se me van los planes al traste, lo menos que puedes hacer es echar una mano.

—¡No hay manera! —gritó Lenny al volver a entrar en la cocina.

Annika lo miró, alzó las cejas.

—¿A qué viene eso?

—Le he preguntado a Linda si quería cenar con nosotros. No quiere.

—¿Ha intentado hablar contigo?

—Apenas me ha mirado. No dijo ni pío. Estuvo todo el rato mirando la tele. Así que me piré.

Annika suspiró, dejó los dos últimos sándwiches en la bandeja, reflexionó.

—Vale —dijo finalmente—. Voy a probar yo.

Salió de la cocina, llamó a la puerta de Linda, entró.

Su suegra estaba riéndose por algo divertido que estaban dando en la tele. Después giró la cara hacia ella.

—La comida está dentro de nada. Espero que tengas hambre.

Linda la miró amablemente, se frotó sonriente la barriga, lo que debía de significar que se alegraba de que estuviera lista la cena.

—He preparado sándwiches. Para ti con mucho verde y queso desnatado, por supuesto. Ese que te gusta. ¿Te parece bien?

Linda asintió, abrió la boca.

—Na … ien.

Annika supuso que eso significaba «suena bien» y le sonrió.

—Genial. Vuelvo enseguida.

Volvió corriendo a la cocina, buscó una bandeja, apiló en ella varios platos y los decoró con los sándwiches. Luego añadió una botella de zumo y tres vasos.

—Ven —le ordenó a Lenny—. Si Linda no quiere bajar, subiremos nosotros.

Lenny infló los carrillos, sacudió la cabeza.

—¿Tiene que ser?

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Su habitación huele raro, a persona vieja.

—Eso no es verdad —lo regañó Annika—. Por no mencionar que es muy maleducado lo que acabas de decir. Así que mejor ahórrate esos comentarios. ¡Y ahora, en marcha!

Cogió la bandeja. Sonrió al ver a Lenny todavía protestando por lo bajo.

—¿Puedes abrirme la puerta, por favor? —le pidió girándose hacia él.

Nada.

—Lennard. Venga.

A sus espaldas oyó un gruñido de ofendido.

—Muy bien. Pues no —replicó ella enfadada. Agarró la bandeja con ambas manos, accionó el picaporte con el codo, luego abrió la puerta empujándola con el pie.

—Espero que te alegre tener un poco de compañía a la cena. —Le sonrió a Linda. En su fuero interno contaba con que esta protestaría enérgicamente, pero ocurrió lo contrario.

A Linda se le iluminó la cara y asintió contenta.

Annika estaba molesta. ¿Acaso Lenny le había mentido? De hecho, ¿le habría preguntado a Linda?

Recordó que Phil también había afirmado que su madre prefería comer a solas. Incluso le había explicado por qué. Puede que hoy tuviera un buen día y estuviera de muy buen humor …

Esperó a que Lenny se hubo acomodado en el sillón, dejó la bandeja en la mesa auxiliar, luego se sentó en el otro sillón de manera que la silla de ruedas de Linda quedara entre ambos formando los tres un semicírculo.

Cogió uno de los platos, colocó dos triángulos de sándwich en él, se lo pasó a Linda.

Luego miró a Lenny.

—Sírvete, cariño. Los de la izquierda llevan jamón y champiñones. Como tu *pizza* favorita.

Pero su hijo parecía todavía resentido. Había encogido las piernas y estaba medio tirado en el sillón mirando por la ventana para mostrar su rebeldía.

Suspiró, cogió un plato con un sándwich de salami y cebolla para ella y se puso a comer.

—¿Qué pasa? —dijo tras unos bocados dirigiéndose un poco molesta a Linda, que miraba en dirección a Lenny sin decir nada, sosteniendo sobre el regazo el plato con el sándwich sin tocar.

¿Tanto la molestaba el comportamiento de Lenny?

En el fondo la comprendía. Lenny estaba siendo realmente muy maleducado. Le echó una mirada estresada a su hijo, pero este siguió ignorándola.

Dejó su plato a un lado, se levantó soltando un leve suspiro, puso dos sándwiches sobre el único plato vacío que quedaba. Se lo tendió a Lenny.

—Por favor, cariño. Tienes que comer algo.

—No tengo hambre —gruñó él a modo de respuesta.

—¡He preparado los sándwiches a próposito para ti! —le recordó. Tuvo que controlarse para no perder la calma al ver que él seguía con su tozudez de no mirarla.

De reojo vio que Linda estaba inquieta moviéndose de un lado para otro en su silla de ruedas.

—¡Lennard! —gritó finalmente—. ¡Ya está bien de tonterías! Vamos a comer todos juntos y…

Annika se sobresaltó al notar que algo pasaba volando a su lado.

Un sándwich fue a parar en el regazo de Lenny. Abrió mucho los ojos sin poder dar crédito.

Lenny reaccionó por fin. Primero la miró a ella, luego a Linda. Con un gesto fuerte de la mano apartó el pan – que fue a parar al sillón. Se levantó de golpe y salió corriendo y llorando de la habitación.

Annika sacudió la cabeza, se giró hacia su suegra y se quedó de piedra. Linda tan solo la miraba con los ojos muy abiertos. Parecía estar fuera de sí.

Annika se la quedó mirando por un momento, sin entender nada. Tenía que poner orden en su cabeza para entender qué acababa de ocurrir.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó consternada—. Sí, es verdad, Lenny se ha portado mal, pero ¡eso no es razón para lanzarle la comida! Lo has… —Se calló, se controló—. ¡Lo has asustado, Linda!

Recogió los pedazos del sándwich deshecho esparcidos por el sillón, los dejó enfadada en la bandeja, miró a su suegra con ojos interrogantes. Pero Linda eludió su mirada.

—¿Entiendes a lo que me refiero? Él todavía es un niño, pero tú… ¡tú eres una mujer adulta!

Se quedó esperando, pero de Linda no salió nada.

Annika alargó el brazo para coger el plato de Linda que balanceaba tanto que amenazaba con caérsele del regazo. A punto de agarrarlo, su suegra se sobresaltó y la apartó con un único movimiento de pánico.

—¡NO! —articuló con toda claridad.

Sin palabras, Annika se la quedó mirando, se apartó al registrar la expresión de su rostro.

A su suegra se le habían humedecido los ojos y le temblaba la barbilla. Parecía estar a punto de romper a llorar.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó con voz suave, a la vez que se preguntaba a sí misma si no había sido demasiado dura con ella. Se acercó, extendió el brazo para tocarle el hombro y calmarla porque estaba temblando de pies a cabeza.

¿Le estaría dando un ataque?

¿Justo ahora que no estaba Phil?

Al cruzarse sus miradas, algo se encogió en el interior de Annika.

¡No!
Aquello no tenía que ver con la enfermedad de Linda.
Su suegra tenía un miedo terrible.
¡La temía a ella!

DIECIOCHO
TRAMPA

—Me voy dentro de media hora, cariño. —Mamá me mira a través de la puerta entornada, como para asegurarse de que no vaya a hacer ninguna locura durante su ausencia.

—Vale —farfullo. ¿Qué voy a decirle si no? Ella es la adulta y por lo tanto puede hacer lo que le dé la gana. No como yo… Pero ese es otro tema.

—No te preocupes. A medianoche como mucho habré vuelto.

—Si no me preocupo —le aseguro, fiel a la verdad. Pero me pica la curiosidad—: ¿A qué restaurante vais esta vez?

La observo, pero Mamá no percibe ni en mis ojos ni en mi voz que estoy a la expectativa. Ya no se fija en nada de mí.

—Ni idea —es su respuesta lapidaria—. Adam ha escogido el local.

¡Adam, por supuesto! ¡Cómo no!

Cierra la puerta de mi habitación y a los pocos segundos la oigo poner música en la suya – mientras se arregla, supongo.

¡Adam! Me parto.

El tío es un cliente de Mamá, o eso es lo que dice ella. Pero últimamente quedan bastante para salir a comer. Por lo visto están con un proyecto que tienen en común.

Sin embargo, hasta un ciego vería que, cuando quedan, no cuchichean sobre el trabajo.

¿Que cómo lo sé?

Llevo bastante tiempo observando a Mamá y, cuando sale Adam en la conversación, se sonroja y se le pone mirada de boba. Solo por esto no me hubiera dado cuenta, pero me he fijado en cómo se arregla cuando queda con él. Se emperifolla con los mejores trapitos, los zapatos con el tacón más alto y un montón de maquillaje.

Lo que me extraña es que Papá no se entere de nada o que le dé igual. Suele quedarse hasta muy tarde en la oficina y a veces ni vuelve a casa. Supuestamente porque no le vale la pena venirse desde la ciudad solo para dormir un par de horas en casa. Que para eso mejor quedarse allá.

Se ve que ha alquilado un apartamento diminuto, que es donde se queda cuando se le ha hecho demasiado tarde.

Delante mía actúan los dos como si eso fuera lo más normal. Pero tengo ojos y sesera. Hace mucho que me he dado cuenta de que el matrimonio de mis padres está pasando por un bache.

Fue hace un par de años, con la muerte de Sophie y luego el accidente de mis compañeros de clase. La policía catalogó ambas tragedias como accidentes horribles. Pero a Papá esa conclusión nunca acabó de convencerlo. Instintivamente parece sospechar que detrás de esas acciones se esconde algo muy diferente.

Un día empezó a traer montones de libros a casa. Tochones sobre trastornos y enfermedades psíquicos. Los libros en sí y sus indagaciones en estas obras selectas los guarda bajo llave, siempre pendiente de que yo no husmee a escondidas.

Hasta el punto de que ha convertido incluso su lectura en algo secreto. Solo saca los tochos de la estantería cuando cree estar solo y sin vigilancia.

Pero cuando Mamá se enteró, se enfadó tanto con él que se puso como una fiera, cogió todos los libros y los tiró a la basura. A Papá no le hizo ninguna gracia.

Eso fue hace un año, más o menos. Ese día discutieron por primera vez a lo grande. Papá llamó a Mamá ignorante e ingenua, le

echó en cara que miraba para otro lado para no ver lo evidente. Mamá huyó llorando a su habitación, se encerró con llave y no dejó que entrara nadie. Ni siquiera yo.

Al día siguiente anduvo con pies de plomo conmigo, tratando de averiguar si me había enterado de lo de la discusión.

Fue bastante repugnante. Automáticamente, me puse de parte de Mamá, cabreándome aún más con Papá. Pero ¿por qué permitía que la degradara así, como si ella no tuviera ni voz ni voto?

Desde esa pelea no dejo de preguntarme si no sería mejor que Papá ya no volviera más. La mera idea me va gustando cada día más. Y en este preciso instante, de solo pensarlo, me recorre un escalofrío muy agradable.

Llaman a la puerta y me arrancan de mis ensoñaciones.

Acto seguido se planta Mamá en la habitación, da un giro de tres cientos sesenta grados.

—¿Qué tal estoy? —quiere saber.

No soy el público adecuado.

¿Por qué tiene que preguntarme precisamente a mí si está lo suficientemente guapa para ese tal Adam?

Obviamente no le digo eso, sino que la estudió a fondo.

—Guapa —es mi veredicto. Y lo digo en serio.

Hace poco Mamá cambió de peinado, se cortó el pelo. Ahora lleva un corte moderno, se maquilla habitualmente y está siempre estrenando vestidos nuevos. El de hoy es rojo, rojo. Le queda genial. No parece Mamá. Adam se va a quedar de piedra cuando la vea.

Se sienta junto a mí en la cama, me mira, me aparta un mechón de la frente, me hace cosquillas en el mentón.

—¿Puedo fiarme de ti de que a las nueve más tardar te vas a meter en cama? Mañana hay colegio…

Asiento sin decir nada.

—Porque con Elle te llevas bien, ¿no?

Resoplo.

—No hace falta que venga. No necesito niñera. Ni que fuera un bebé…

—Ja ja —dice Mamá—. Buen intento. ¿Qué pasa con Elle? ¿Os lleváis bien o no?

—Es guay. Y sabe contar historias de terror.

—¿Te cae bien?

Así así, pienso, pero asiento con la cabeza.

Mamá me da un beso en la frente, me atusa el pelo y asiente satisfecha.

—Estupendo. En la nevera hay comida para Elle y para ti. Solo hay que calentarla en el microondas. Y cuando te diga que es hora de que te vayas para cama, le haces caso. ¿Entendido?

Asiento, pero a escondidas pongo los ojos en blanco. Se va. La oigo bajar y dar aún un par de vueltas en la planta baja.

¿Y ahora qué? Cojo el libro que estaba leyendo, vuelvo a leer el último párrafo para retomar la lectura, pero la verdad es que no me apetece leer.

Oigo el timbre de casa, a Mamá darle instrucciones a mi supuesta niñera.

Me acuesto de espaldas, miro el techo, pienso en Elle. Tiene diecisiete años, o sea, solo cuatro más que yo y – como diría Mamá – es más lista que el hambre. Pero lo esconde muy bien. Mamá la tiene por una chica muy buena y educada.

¡Si supiera!

Me rio al pensar qué diría Mamá si descubriera que lo único que hace Elle cuando está aquí es hablar con su novio e invitarlo a que se venga. Luego tomarán – como hicieron el otro día – unas copas del *whisky* bueno de Papá, del más caro, y se fumarán en la terraza no sé qué porquería que huele a meado de gato. La última vez que lo hicieron se pasaron el resto de la noche riéndose como tontos y besuqueándose en el sofá. A mí me mandaron para arriba, a mi cuarto. Que aquello no era para niños.

Me rio al pensar en la cara de tonta que se le va a quedar a Elle cuando le enseñe las fotos que saqué a escondidas el otro día.

Cuando por fin oigo el coche de Mamá arrancar y las ruedas pasar por encima de la gravilla de la entrada, cojo las fotos. Las he escondido bien, no me queda otra desde que a Padre le da por poner mi habitación patas arriba, sin previo aviso, para averiguar si atesoro artículos prohibidos.

Para las fotos de Elle he soltado una tabla del parqué – el escondite perfecto.

De muy buen humor me dirijo a la planta baja, donde Elle ya se ha acomodado en el sofá de la sala. Ya está otra vez pegada al teléfono de cháchara con alguien. Sin embargo, a diferencia de otros días, hoy su voz suena molesta, casi cabreada.

Ni siquiera me mira para saludarme. Así que paso a su lado sin decir nada, me siento en el sillón de enfrente.

Cuando se cruzan nuestras miradas, sonrió. Sonrisa que ella comenta poniendo los ojos en blanco para mostrar su fastidio.

—No puedo seguir hablando. Ha llegado la criatura. Ya lo aclararemos luego.

La persona al otro lado de la línea no parece ser el novio. La voz de Elle suena diferente. Y también se la ve diferente. Me lleva un momento descubrir a qué se debe. Para empezar, sus uñas, que normalmente siempre están súper cuidadas, hoy, sin embargo, están mordidas y, además, sucias. Luego las ojeras, que ni siquiera el maquillaje puede disimular. Tiene cara de enferma. Resopla fuerte, pegada al teléfono, antes de seguir hablando.

—Como me entere que es verdad, ¡la mato! ¿Qué se ha creído esa puta de mierda? —grita de repente al micrófono del teléfono.

Al mirarme de nuevo, se asusta un poco, hincha los carrillos.

—Cari, seguimos luego. Te llamo pasadas las nueve, ¿vale?

Cuando por fin cuelga, la miro, sin más. Pero incluso eso hoy la pone de los nervios.

—¿Qué? —me grita, y eso que normalmente siempre procura ser amable conmigo, aunque sé que lo hace solo por la guita que le da Mamá. En realidad no le apetece lo más mínimo estar conmigo.

—¿Tormenta en el paraíso? —pregunto y quedo a la expectativa. Acto seguido se pone a llorar.

Se levanta de golpe, corre al cuarto de baño, cierra con llave.

Corro detrás de ella, pego la oreja a la puerta, la oigo llorar.

—¿Va todo bien? —pregunto, aunque es evidente que no. No puedo reprimir soltar una risita tonta.

—¡Largo! —me grita desde dentro y decido que es el momento idóneo para soltarlo todo.

—Será mejor que salgas. Tengo una sorpresita para ti —le digo y deslizo una foto por debajo de la puerta. ¡No podría haberla escogido mejor! Se ve a Elle, desnuda de cintura para arriba, sentada sobre el regazo de Caraculo mientras que este le babea las tetas.

DIECINUEVE
ANNIKA

—¡Lenny! —Annika se incorporó de golpe de entre las almohadas, parpadeó en la oscuridad.

¿Había soñado? No, la había sobresaltado algo. Tragó, pero tenía la garganta seca, notó que estaba empapada en sudor. La camiseta se le había pegado al cuerpo, estaba desagradablemente mojada y, aun así y a pesar del calor que hacía en el dormitorio, estaba tiritando.

Estaba subiendo la manta hasta la punta de la nariz cuando oyó una especie de gemido tenue.

Apenas perceptible, como una queja.

Así que era real. ¡No había sido un sueño!

Se liberó de las mantas, se levantó, salió de la habitación para ir a la de Lenny, accionó el picaporte.

Cuando por fin comprendió que su cama estaba vacía, se le paró el corazón. Corrió hacia la cama, puso la mano sobre la sábana.

¡Fría!

Cogió una bocanada de aire.

Estaría en el cuarto de baño.

Corrió a la habitación de al lado, abrió la puerta. Pero tampoco estaba ahí.

Fue hacia las escaleras con el corazón en un puño.

—¿Cielito, Lenny, estás ahí abajo? —lo llamó con una voz, que incluso a ella le pareció demasiado aguda, casi histérica.

Mientras corría escaleras abajo, una voz interior la instaba a mantener la calma para, con su pánico, no asustar a Lenny. A medio camino le pareció oír un llanto. Procedía de la habitación de Linda.

Annika fue corriendo hacia allí, abrió la puerta de golpe, entró.

Buscó a tientas el interruptor hasta que por fin dio con él y encendió la luz. Se sobresaltó al ver a su suegra sentada erguida en la cama.

Linda parecía haber visto un fantasma.

Estaba tan blanca como la pared a su espalda.

Tenía los ojos muy abiertos, la estaba mirando asustada.

Entonces lo vio…

La ropa de Linda estaba esparramada por todo el suelo, sus medicinas, tiradas por la cama. La puerta del cuarto de baño, abierta.

—¿Lenny? —volvió a llamar—. ¿Estás ahí dentro?

Rodeó la cama de Linda para correr hacia la puerta, encendió la luz del baño, se detuvo de golpe al ver la escena frente a ella. Era como si un tornado hubiera arrasado el cuarto de baño. En *shock* regresó al dormitorio, miró interrogante a su suegra.

—¡Cielo santo, Linda! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Ha sido Lenny el causante de este desastre?

Linda tan solo la miraba consternada, temblando de pies a cabeza.

—Mi hijo, Linda, ¿sabes dónde está?

Pero de su suegra no salió ni un solo sonido, seguía mirándola completamente perturbada.

—¡Linda! —le espetó Annika de manera brusca—. ¿Sabes qué? ¡Lenny no está en su cuarto! ¿Lo has visto? ¿Y quién ha montado este maldito caos?

Se acercó aún más a la cama de Linda, sin embargo, se detuvo de golpe al notar que esta intentaba alejarse de ella.

—Dios mío, pero ¿qué está pasando aquí? —farfulló Annika, sacudió la cabeza, salió corriendo.

—¡Lennard! ¿Dónde estás? —gritó y empezó a inspeccionar la planta baja. Al llegar a la cocina y encender la luz, soltó un jadeo. Todas las puertas de los armarios y los cajones estaban abiertos, los cacharros esparcidos por todas partes. En la encimera se apilaban platos, tazas, vasos y fuentes. Las ollas y sartenes estaban en el suelo, la cubertería, en el fregadero, como si alguien la hubiera tirado allí a propósito. Incluso el contenido de la nevera estaba esparcido por el suelo.

Annika fue corriendo al salón, donde se topó con el mismo desastre. Habían vaciado todos los armarios y cajones y repartido el contenido por toda la habitación.

Consternada cogió una bocanada de aire, notó que los músculos le fallaban. Cayó al suelo, jadeando.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

¿Dónde estaba Lenny?

Repasó los últimos acontecimientos.

¡El incidente en la cena!

Linda le había lanzado comida al niño, con lo que lo había asustado muchísimo. Cuando lo había metido en cama, su hijo había llorado y le había preguntado qué había hecho mal.

Le había costado mucho calmarlo.

Pero ¿lo había calmado de verdad?

No, le había hecho ver que en el incidente él llevaba parte de culpa, por su comportamiento terco al negarse a comer.

¿Era esta su venganza?

¿Había destrozado la planta baja y luego se había escondido para darle un susto de muerte a Linda?

Se levantó, volvió corriendo al pasillo. ¿Dónde le quedaba por mirar?

¡La despensa!

Se precipitó hacia allí, abrió la puerta de golpe, pero nada.

Puede que en el baño de invitados, se le pasó por la cabeza. Pero allí tampoco encontró a Lenny.

—Cariño, estoy empezando a asustarme —gritó, tratando de hacerlo con voz calmada—. Si sales ahora, te prometo que no voy a regañarte.

Silencio.

Dio un par de vueltas de tres cientos sesenta grados, se paró, escuchó, reflexionó.

Acto seguido regresó corriendo a la habitación de Linda, miró debajo de la cama y luego en el armario empotrado. Se giró despacio hacia Linda.

—No está —dijo y tuvo que controlarse para no romper a llorar.

Miró a su suegra, pero de momento estaba claro que esta no iba a brindarle ayuda alguna. La mujer seguía asustada, tenía los ojos llorosos. Luego abrió la boca.

—Co… co….

—¿Qué? —Annika la miró, estudió su rostro, pero este solo desprendía miedo y susto, nada más.

—¿Qué intentas decirme?

La anciana extendió el brazo, señaló la puerta. Le temblaba la mano.

Annika se dio la vuelta, miró a través de la puerta hacia el pasillo.

—¡No te entiendo, Linda!

—¡Co! —Ya no había pánico en la voz de Linda, sino enojo.

Y entonces empezó a entender.

Se giró de golpe hacia ella.

—¡Loco!… ¿Es eso lo que intentas decir?

La mujer la miró, apretó los labios.

—Te refieres a mi hijo, ¿verdad? ¿Dices que está loco? ¿Por haber montado este desastre?

Linda giró la cabeza hacia un lado para eludir su mirada.

Annika respiró hondo.

—¡Lenny no está loco, Linda! ¡Solamente está cabreado porque le lanzaste el sándwich! Has herido sus sentimientos y cree que no le quieres porque no es tu nieto biológico.

Se calló, negó con la cabeza al darse cuenta de que Linda hacía oídos sordos.

—¡Vale! ¡Pues no! —gritó, salió alterada al pasillo.

¿Dónde demonios se había metido Lenny?

Había mirado en todas partes.

¿Estaría en el sótano?

Pero a Lenny le daba miedo bajar solo a los sótanos. ¿Por qué iba a hacerlo en una casa que no era la suya?

Volvió a fijarse en su alrededor, en las escaleras concretamente, vio que un carpintero había colocado puertas en el hueco de estas.

¡El nicho! El nicho que había debajo del último rellano.

El único rincón en el que no había mirado.

Se agachó, medio agachada, medio a rastras, se metió en la rendija estrecha, echó un vistazo, soltó un suspiro de alivio al ver dos pies desnudos que sobresalían entre la oscuridad.

—¡Por fin! Cariño, ven, sal. No estoy enfadada.

Lenny empezó a llorar.

Extendió la mano hacia él.

—Ven, mi vida. Volvamos a la cama.

El niño sollozó aún más fuerte.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó ella preocupada y también al borde de las lágrimas—. ¿Es por Linda? ¿Por lo mala que fue antes?

Él calló, luego oyó un ruido, se apartó despacio al percatarse de que su hijo había decidido salir de su escondite.

Cuando por fin hubieron salido los dos de aquel espacio, abrazó con fuerza a su hijo, lo más fuerte que pudo.

—Nos has dado un susto de muerte a Linda y a mí, jovencito. —Lo apartó de sí sin soltarlo, lo observó, lo miró muy seria—. Te he prometido que no te iba a regañar y voy a cumplir mi palabra. Aun así, quiero saber por qué has hecho esto.

Lenny se la quedó mirando, tragó.

—¡Le tengo miedo, mamá!

Ella se sobresaltó ligeramente.

—¿A quién?

Él apartó la mirada.

—¿A Linda?

No obtuvo respuesta.

—¿Lo destrozaste todo por eso?

—No fui yo. —Su voz no era más que un débil susurro. Volvió a mirarla, esta vez con los ojos inundados de lágrimas—. ¡Por favor, mamá, tienes que creerme! ¡No fui yo!

VEINTE
FRIKADA

Es verdad que no se puede ver nada a través de una puerta cerrada, pero aun así en mi cabeza soy capaz de ver a Elle con cara de susto mirando la foto.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Habéis salido favorecidos? ¿Te gusta la foto que os saqué?

Me llega un grito enfurecido, luego se abre la puerta y tengo a Elle de frente. Tiene la cara hinchada de tanto llorar, mechones de pelo pegados a las mejillas. Pero sus ojos me miran con tanta rabia que de manera automática retrocedo un paso.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta en voz amenazadoramente baja.

¡Dios, qué cabreada está! Tengo que controlarme para no soltar una carcajada. Alzo las cejas sin más.

—¿Y tú qué crees?

—¡Dímelo, joder! —me grita desesperada.

—Son mías —le explico y el orgullo me hace crecer un par de centímetros—. Las saqué el otro día después de que me mandaras para cama como si fuera un bebé para quedar a solas con el tío ese y besuquearos. Aquí, en nuestro sofá, mientras te pagan por cuidarme.

—¡Mie….!

—Yo que tú vigilaría lo que dices —la interrumpo apropiándome de una expresión que escuché el otro día y que se me quedó grabada.

—No te atreverás —dice Elle.

Sonrío, me siento genial.

—¿Que no me atreveré a qué? ¿A enseñarle estas fotos tan bonitas a otros? ¿A mis padres, por ejemplo?

Se le cae la barbilla de golpe al abrir la boca como una trampilla.

Está tan patidifusa que me hace reír. Pero se ve que mi risa la ha devuelto a la realidad. Sacude la cabeza, me embiste con tanta fuerza que me golpea la cabeza contra la pared.

Un dolor agudo me recorre desde el cerebro hasta la punta de los pies, luego me deja sin aliento.

La quedo mirando fijamente, pero no consigo articular ninguna palabra por culpa del dolor que me ha paralizado.

Oigo a Elle chillar, pero como desde muy lejos.

Me mira con los ojos muy abiertos, parece estar fuera de sí.

—¡Di, friki de mierda! ¿Tienes más fotos?

Me grita desde tan cerca que me salpica con su baba.

Al ver que no contesto, trata de agarrarme, me soba por todos los lados. Supongo que me está cacheando para ver si escondo más fotos. Pero logro escabullirme – tambaleando, eso sí, pero escabullirme al fin y al cabo. Mi mano izquierda tantea el bolsillo izquierdo en busca de la herramienta que he usado antes para sacar las fotos de debajo del parqué.

Mis dedos ya están tocando el mango del destornillador cuando, de repente, Elle se detiene y empieza a llorar.

Da media vuelta, huye hacia la cocina, se deja caer en una de las sillas. Cuando yo también llego, se sobresalta ligeramente.

—Siento haberte empujado y haberte hecho daño, ¿vale? —Lo dice en voz muy baja y casi parece sincera. Ni se da cuenta de que ya estoy detrás de ella. El odio y la rabia casi no me dejan respirar.

—De todos modos, de aquí en adelante tu madre tendrá que buscarse a otra persona que te cuide —dice igual de bajo—. Yo ya no voy a venir más.

Sigue farfullando, yo ya ni la oigo, me concentro única y exclusivamente en el destornillador. Lo agarro lo más fuerte que puedo, cojo aire. Elle se gira hacia mí, abre mucho los ojos al percatarse de mi cuerpo pegado al de ella. Baja la mirada lentamente mientras que mi mano sale disparada hacia arriba. Sin poder dar crédito, levanta la cabeza de golpe, me mira.

—¡Qué demonios…! —El resto de la frase se transforma en un gorgoteo.

Mi mano vuelve a salir disparada, atraviesa unas cuantas veces la piel fina de su cuello.

Ella parece estar en *shock*, no parece sentir dolor alguno. Se levanta de golpe, retrocede tambaleante para alejarse de mí, se agarra, demasiado tarde, el cuello. Le fallan las piernas. Cae boca abajo sobre las baldosas de la cocina.

La oigo gemir, emitir un sonido estertóreo.

Y luego nada más.

VEINTIUNO
ANNIKA

—Ve subiendo —le ordenó Annika a Lenny mientras limpiaba la cocina.

—¿Ya? ¡Pero si no son ni las nueve!

—¡Las nueve es tarde, señorito! No olvides cuántos años tienes.

—¡Pero prometiste que no me castigarías!

—Cierto. Ni siquiera te he reñido porque anoche merodearas por ahí y te escondieras. Y tampoco no he comentado el miedo que le hiciste pasar a Linda. Creo que no hace falta. Sabes muy bien que le diste un susto de muerte.

Annika lanzó la esponja al fregadero, miró a su hijo lanzando chispas por los ojos.

—¡Y ahora pasa para arriba! Por hoy ya he tenido bastante. Gracias a tu excursión en plan fantasma, me he pasado la noche en vela buscándote y luego recogiendo yo sola todo este desastre.

—Pero si te pregunté si querías que te ayudara. Pero dijiste que no —murmulla Lenny.

—Pues a ver si adivinas por qué.

Los hombros de Lenny empezaron a contraerse, como si fuera a romper a llorar de un momento a otro.

—Porque estoy muy decepcionada contigo, cariño. Te he pedido varias veces que te disculpes con Linda y tú sigues insistiendo en

que no fuiste tú. Es por eso por lo que te he mandado a tu cuarto, no por lo que hiciste anoche.

—¡Pero es que no fui yo! —gritó Lenny y ahora sí que rompió a llorar.

Annika se quedó mirando a su hijo, indefensa. Por un lado quería consolarlo, pero al mismo tiempo sabía que tenía que mantenerse firme. Lenny tenía que entender de una vez que había cometido un error.

—Veamos, Lennard. Una vez establecido que yo no fui y que tampoco fue Linda la que montó este desastre, porque no puede – a duras penas consigue pasar de la cama a la silla de ruedas – ¿qué opciones me quedan?

Lenny bajó la mirada, lloró aún más desesperadamente.

Annika suspiró, fue hacia él, al final sí lo estrechó entre sus brazos.

—Tranquilo, cariño. No hablemos más del tema, ¿vale? Todo ha vuelto a su sitio, tú estás bien, todos nos hemos recuperado dentro de lo que cabe. Ya hablaré yo luego con Linda y le pediré disculpas en tu nombre.

Notó cómo el cuerpo de Lenny se tensaba entre sus brazos, que se quería soltar. En sus ojos brillaba el reproche, le temblaba la barbilla.

—¡No fui yo, mamá! ¡Lo juro!

Ella se sobresaltó al reconocer una desesperación muda en sus ojos. Parecía completamente sincero y a la vez indefenso y desesperado, como si realmente fuera inocente.

Estaba confusa, luego se le encogió el estómago.

Se sentó a la mesa, le costó suprimir un gemido delante de su hijo. El dolor resultaba casi insoportable.

—¿Le pasa algo al bebé?

Ella negó con la cabeza, puso una mano sobre la protuberancia, suspiró aliviada al notar un ligero revoloteo.

—Creo que es el estrés. Me he pasado el día recogiendo. Es hora de descansar. Nada más.

—Vale. Entonces voy a subir a ponerme el pijama.

Miró a Lenny, le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Yo subo dentro de un rato. ¿Vale?

Una vez se hubo quedado sola en la cocina ya no pudo retener las lágrimas por más tiempo. Nada de esto tenía sentido. Lenny parecía tan sincero, y aun así, tenía que haber sido él porque Linda era físicamente incapaz.

¿O cabría alguna otra posibilidad? Se frotó las sienes al ocurrírsele otra explicación: ¿Sería su hijo sonámbulo?

Eso explicaría que negara de manera tan vehemente ser el responsable del drama de anoche.

La pena por la pérdida de la abuela, el cambio de ubicación – era muy probable que Lenny reaccionara así.

Al percatarse de que esta era la única explicación lógica posible, el llanto cesó. Se levantó, fue al cuarto de Linda, titubeó delante de la puerta. Ese día solo había visto a su suegra en dos ocasiones: al llevarle el desayuno y luego la cena.

Linda parecía seguir bajo los efectos del incidente de anoche, parecía cansada, por lo que no le había ofrecido a hacer algo juntas.

Llamó con cuidado a la puerta, entró. Linda estaba sentada en su silla de ruedas, eludía su mirada, pero al menos había tomado la cena.

—Vengo a decirte de parte de Lenny que lo siente.

Nada.

Annika se sentó en el sillón frente a ella, buscando contacto visual.

—Creo que Lenny ha tenido que sufrir un episodio de sonambulismo y por eso no sabe lo que ha hecho.

Linda no se movió, centrada en el televisor, obviando la presencia de Annika en la habitación.

Pero Annika no se dio por vencida, siguió hablando.

—El niño tiene que asimilar y lidiar con demasiadas cosas. El fallecimiento de su abuela, este sitio que le es extraño, la ausencia de Phil… Supongo que le está costando más de lo que me imaginaba. —Volvió a buscar contacto visual con la suegra.

Pero Linda seguía con los ojos clavados en la pantalla del televisor

Annika suspiró.

—Espero de corazón que se lo perdones, Linda. No es más que un niño y estoy convencida de que no pretendía hacerte nada malo.

Al abrir la puerta de la habitación de Lenny, vio que su hijo ya se había metido en cama, le había dado la espalda.

Se acercó a él, se sentó en el borde de la cama, le acarició la espalda.

—Te quiero mucho, cariño.

Él se giró hacia ella, la miró.

—¿Me crees? ¿Crees que no fui yo?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces ¿no tengo que disculparme con Linda?

—Se lo he explicado. No te preocupes.

Él alzó las cejas.

—No quiero hablar más de esto.

Ella asintió.

—¿Podemos mañana hacer algo juntos?

Ella frunció el ceño.

—Nada de excursiones largas, cariño. Hasta que venga Phil no podemos. No me quedo tranquila dejando a Linda tanto tiempo sola.

Al ver la decepción reflejada en el rostro de Lenny, inspiró hondo.

—Se me ocurre una cosa. ¿Qué te parece si mañana hacemos galletas? Tú y yo una tarde solos en la cocina. Cuando eras pequeño te encantaba hacer galletas. ¿Te acuerdas?

—¡¿Quieres hacer galletas de navidad en verano?! Además, ya no soy ningún bebé.

—Pues yo me comería galletas todo el año, me da igual si hace frío o calor. Y que conste que nunca se es demasiado mayor para comer galletas. —Le guiñó un ojo a su hijo, que parecía seguir molesto—. ¿Qué? ¿Qué me dices?

—Vaaale… —aceptó Lenny.

—Genial. —Le besó la frente—. Entonces tú y yo ya tenemos plan para mañana.

Le costaba respirar. Era como si un bloque de piedra sobre el pecho la hundiera cada vez más en el colchón.

Trató de moverse, pero sus extremidades no le respondieron.

¿Estaba atrapada en una pesadilla?

Parpadeó para adaptarse a la oscuridad, pero incluso los párpados parecían haberse paralizado. No le quedó otra que permanecer tendida y mirar la oscuridad.

De repente un ruido.

Surgió de muy cerca.

¡Pegado a ella!

Desesperada intentó girar la cabeza, pero parecía haber perdido el control sobre su cuerpo.

Luego oyó algo parecido a arañazos.

¿Lenny, eres tú, cariño?, quiso gritar, pero de sus labios no salió ni un solo sonido.

Sin embargo, era un hecho: ¡Había alguien más en la habitación!

Alguien que se estaba burlando de su impotencia.

Luego pasos.

Es imposible que haya sido Lenny, se le pasó por la cabeza.

¿Habría sido Linda?

Pero ¿cómo iba a haber llegado esa mujer hasta aquí?

¿Y qué se le perdía en su habitación en mitad de la noche?

Oyó un susurro. Una voz, apenas perceptible, y aun así, perfectamente entendible.

¡Todo esto es culpa tuya!

Las palabras le incendiaron el cuerpo, casi le provocaron dolor físico.

De repente percibió un olor.

Metálico, asqueroso, aterrador.

La cabeza empezó a darle vueltas.

Aquel olor no le era desconocido.

¿Era sangre?

VEINTIDÓS
DESCUBRIMIENTO

Un chillido horrible me arranca de mi parálisis. Me cuesta apartar los ojos del charco de sangre en el suelo de la cocina – del cuerpo sin vida de mi niñera.

Giro la cabeza lentamente, veo a mi madre en el marco de la puerta.

¿Qué está haciendo aquí? ¡Si nunca llega antes de medianoche! A veces incluso mucho más tarde.

Mi mirada se dirige al reloj de la cocina. Pasa un poco de las once. ¿Qué significa esto? Y ¿cuánto tiempo llevo mirando este cuerpo sin vida?

Vuelvo a hacerlo.

Me fijo en que la sangre en el suelo ya está algo seca y pegajosa. Y me fijo en otra cosa más: las extremidades de Elle han adquirido el tono pálido de la porcelana, a la luz mortecina de la cocina parecen de cera.

Qué raro todo, como si no tuviera nada que ver conmigo.

Mi mirada vuelve hacia Mamá, que sigue petrificada mirando el cadáver, como si su cerebro no asimilara lo que sus ojos ya han reconocido hace tiempo.

Transcurren unos cuantos segundos más de silencio angustioso, antes de que me mire. Pero algo no encaja en su mirada. Es como si

me viera por primera vez.

Abre la boca, pero no emite ni un solo sonido. Por fin entra del todo en la cocina, camina con movimientos anormalmente tiesos hacia el cuerpo que yace en el suelo, rodeando con mucho cuidado el charco de sangre, como si no quisiera mancharse los zapatos elegantes. Se acuclilla junto al cuerpo de Elle pálido como la cera. Su rostro parece cincelado en piedra, no soy capaz de detectar ni un solo movimiento. Lo único que percibo es que la caja torácica de Madre se hincha con cada respiración, como si le faltara el aire y estuviera desesperada por cogerlo.

Titubeante extiende la mano, con el dedo índice y el del medio busca alguna señal de vida en la muñeca de Elle.

—Está muerta —constata. Como si eso no se supiera nada más verla… Su voz suena frágil y ha hablado tan bajito que parece que alguien le hubiera bajado el volumen casi del todo.

Vuelve a levantarse, aunque sigue varios segundos más dándome la espalda, hasta que por fin se gira, pasa a mi lado y se va a la sala de estar.

Es como si yo fuera invisible – no existo.

Sin poder dar crédito miro a Madre, que a estas alturas me recuerda a un robot. Con la diferencia de que los robots no se sirven aguardiente como está haciendo ella. Ha cogido la botella de papá del armario, la ha descorchado y ahora está tomando un trago a morro.

Es como si el alcohol le hubiera afectado por fin los sentidos, porque me mira. Esta vez de manera consciente, me reconoce. De su garganta se escapa un sollozo, rompe a llorar, se deja caer en el suelo agarrando firmemente la botella de Padre.

—Lo siento, Mamá —es lo único que logro articular porque yo soy otro manojo de nervios más y no entiendo cómo pudo haber pasado esto. Nunca se me había pasado por la cabeza hacerle seriamente daño a Elle, ya no hablemos de matarla.

Pasó sin más.

Me enfureció tanto que ocasionó en mí una especie de cortocircuito y todo en mí se independizó y fue por libre.

Por fin entra movimiento en el cuerpo de mi madre. Deja la botella a un lado, se levanta con mucho esfuerzo, viene hacia mí y me da tremenda bofetada.

Es la primera vez en mi vida que me pega. Sin poder creérmelo me llevo la mano a la mejilla. Nos miramos durante varios segundos, luego mi madre vuelve a romper a llorar. Me estrecha entre sus brazos. Siento el temblor de su cuerpo, le devuelvo el abrazo, hundo mi cabeza contra su pecho.

—¿Puedes explicármelo? —susurra entre dos hipidos, me aprieta aun más fuerte que antes.

En cuestión de segundos sopeso si debo contarle la verdad. Sin perderla de vista.

Trato de interpretar la expresión de su rostro.

La mirada de Madre es dura. Resulta un *shock* para mí, darme cuenta de que desde el momento en que ha visto el cadáver de Elle, Madre no ha dudado ni un solo segundo de que he sido yo.

¿Por qué?

Puede haber otra explicación.

Alguien pudo haberse colado en casa y matado a Elle mientras esta trataba de protegerme.

Algún admirador de Elle pudo haberla acechado y haberse vuelto loco.

También pudo haber sido un accidente lamentable.

Sin embargo, ninguna de estas posibilidades parece pasarle por la cabeza a mi madre mientras me mira a través de ojos entornados.

Me está asustando.

¿Qué hago? ¿Qué le digo?

¿Cómo le explico esto?

Trago, parpadeo para luchar contra las lágrimas. De repente se apodera de mí el pánico.

—Creo que Papá tiene razón, Mamá… ¡No estoy bien!

VEINTITRÉS
ANNIKA

—¿Por qué no has llamado antes? Te he mandado un montón de mensajes.

La imagen de la pantalla del móvil mostraba a un Phil irritado.

—Lo siento, cariño, pero desde que he llegado no hago más que correr de una reunión a otra. Llevo dos días llegando tardísimo al hotel y no quería despertarte. Por eso no he llamado.

—Bueno, vale —cedió ella—. Pero ya no sé qué más hacer.

—¿Ha pasado algo?

—Tu madre no está bien. No sé lo que le pasa —contestó ella.

—¿Qué ha pasado ahora? —Phil sonó harto.

—¡Linda odia a mi hijo!

Phil apretó tanto los labios que parecían una raya más que una boca, la miraba como si estuviera tratando con una loca.

—¿De dónde sacas eso?

—Ya sabes que lo ignora, que no quiere tratar con él….

—Vale. ¿Y?

—¡El otro día le lanzó incluso un sándwich a Lenny!

—¿Que hizo qué?

Annika resumió lo ocurrido desde su marcha, finalmente se encogió de hombros.

—Anoche la cosa se volvió escalofriante. Alguien entró en mi cuarto.

—¿Lenny?

—¡No! —respondió ella decidida—. No pudo haber sido él, así que la única otra opción que queda es Linda.

Phil alzó las cejas para mostrar su incredulidad.

—Pero ¿qué dices? Es completamente imposible que mi madre subiera las escaleras hasta la primera planta. Y un extraño tampoco sería capaz de meterse en casa.

—No me digas. ¿Estás seguro?

—Sí. Mi padre cambió todas las cerraduras de la casa por cierres de seguridad. Te aseguro que esas no se fuerzan tan fácilmente. Además, si alguien hubiera intentado entrar a través de una ventana o una puerta, hubiera saltado la alarma. O sea, es completamente imposible que alguien se metiera en casa.

—¡Pero en mi habitación había alguien!

—Vale. Dejemos eso de momento —pidió Phil—. Me preocupa mucho más esa planta baja asolada. ¿Qué significa eso?

—Ya te lo explicaré luego —dijo Annika—. Tras el ataque con el sándwich, Lenny se enfadó con Linda. Por eso lo hizo, pero no a propósito…

—¿Cómo se puede hacer algo así sin que sea a propósito? —la interrumpió Phil.

—Déjame acabar de hablar. Tuve una conversación con Lenny. Niega en rotundo haber sido él y creo que está siendo sincero. Lo que significa que puede que sea sonámbulo.

Phil cerró los ojos, parecía estar perdiendo los nervios. Al volver a abrirlos habló con impaciencia y agitado.

—Escucha, cariño. Vuelvo dentro de dos días. ¿Crees que serás capaz de aguantar?

Annika tragó.

—¿No hay manera de que vuelvas antes?

—Imposible. A no ser que quiera cabrear a mi cliente.

Ella suspiró.

—Todo lo que está pasando, me da miedo, ¿sabes? Anoche me sentí expuesta, impotente, indefensa.

La mirada de Phil era seria.

—Ahora escúchame bien, por favor. ¡Anoche no entró nadie en tu habitación! ¡Tuviste una pesadilla!

—¿Por qué me hablas como si estuviera loca? Como si no supiera distinguir entre un sueño y la realidad —se enfadó ella. Sin embargo, se calló que en el fondo ella misma había barajado esa posibilidad. No quedaba descartado que, efectivamente, hubiera vuelto a dormirse y que en su subconsciente se hubieran confundido sueño y realidad. Lo cual también explicaría por qué esta mañana no había encontrado ningún indicio de un intruso.

Así que se había sentado a repasar todo mentalmente. El hecho de no haber podido ni hablar ni gritar, ni siquiera moverse. El olor a sangre. Todo esto la había inquietado mucho, pero al inspeccionar la habitación no había encontrado nada sospechoso.

¿De verdad habían sido imaginaciones suyas?

Recordó que ya de pequeña sufría parálisis del sueño.

Annika tragó. Lo que estaba diciendo Phil, tenía toda la lógica del mundo y ella tampoco era capaz de imaginarse a su suegra subiendo las escaleras.

Y aun así… quedaba un resquicio de recelo.

—Vale —admitió ante Phil—. Aunque me haya imaginado la visita de un extraño, sigue la desconfianza con respecto a Linda. No te rías de mí, pero me da miedo.

—¿Mi madre? —Phil se rio con ganas.

—¡Pues sí! No entiendo por qué es tan rara. A veces es como si estuviera furiosa conmigo. Otras como si me tuviera mucho miedo. Y eso que cuando llegamos me pareció muy amable, todo un encanto. De verdad creí que nuestra visita le había hecho mucha ilusión, pero ahora…

—¿Por qué no la dejas en paz hasta mi regreso? Llévale la comida, pregúntale de vez en cuando si necesita algo. Aparte de eso, déjala a su aire. Todavía no os conocéis bien, por no mencionar que por culpa de su enfermedad ahora es impredecible. Necesita tiempo, nada más. Deberías concedérselo.

—Pero si mis intenciones eran buenas cuando le ofrecí comer todos juntos. Y la otra noche cuando aún estabas, no le importó

charlar conmigo.

—Estoy seguro de que pronto vais a llevaros muy bien. Así que no fuerces nada. Y mucho menos cuando estáis solas en casa.

—¿A pesar de todo sigues siendo optimista?

—Conozco a mi madre desde hace más tiempo que tú.

Ella suspiró.

—Puede que por eso resulte tan intimidante, porque no estás.

Phil esbozó una sonrisa.

—Te lo repito: solo dos días más. Pasarán en un abrir y cerrar de ojos.

Ella asintió.

—¿Volveremos a hablar? ¿Esta noche o mañana?

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte que sea a horas razonables. Así que no te enfades conmigo si te despierto.

Le lanzó un beso a través de la pantalla del móvil.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Phil cuando ella ya pensaba que iba colgar.

—Galletas. Se lo prometí a Lenny.

La sonrisa de Phil se congeló. Entonces oyó una voz al fondo.

—Tengo que colgar —soltó él, casi aliviado por la interrupción.

Ella quiso añadir algo más, pero la pantalla ya se estaba negra. ¡Phil había colgado sin más!

VEINTICUATRO
EL OJITO DERECHO DE MAMÁ

Su mirada lo dice todo. Es como si mi madre estuviera sintiendo dolor físico, pero en realidad es su corazón el que en estos momentos está siendo destrozado.

A mí también me está afectando.

—¿Por qué? —pregunta mientras me mira a través de sus ojos anegados en lágrimas.

—Elle me atacó.

Mamá da un paso atrás, asustada, incluso me empuja para alejarme de ella.

—¿Qué has dicho?

—Por las fotos. Elle no era tan buena como crees.

—¿De qué estás hablando?

—No es que quiera chivarme ni nada por el estilo, pero Elle hacía cosas cuando estaba aquí. Me callé porque no quería que te preocuparas. Por eso no dije nunca nada.

—¡Dios mío, criatura! ¿A qué te refieres?

Trastabillando le hablo de ella y Caraculo y de lo que hacían cuando se suponía que Elle debía estar cuidándome. No me callo nada, le cuento la que montaban en casa mi niñera y su novio.

—¿Que fumaban porros en mi casa y que se ponían ciegos de alcohol?

—Y luego tenían sexo en el sofá y en el jardín. —Asiento con la cabeza.

—Y el tío ese, su novio, ¿te insultó?

Asiento con la vergüenza reflejada en el rostro.

—La última vez que estuvo, sí.

—¿Y Elle? ¿Qué hizo ella? ¿No le paró los pies?

—No. Era otra cuando estaba con él. Yo los molestaba. Me gritaba si no me iba directamente para cama. A veces era muy descarada.

—Pero hoy, ¿hoy ese chico no vino?

Le cuento a Mamá lo de la llamada telefónica entre Elle y su amiga.

—¿Eso quiere decir que rompió con él?

Me encojo de hombros.

—Y por eso estaba enfadada.

—Muchísimo. Sí.

—¿Y qué fotos son esas que hiciste?

Me sonrojo, le hablo de ellas, de que las saqué la última vez cuando Elle y su novio se estuvieron besuqueando en el salón.

—¿Y al verlas te atacó?

Me muerdo el labio antes de contestar.

—Solo quería mosquearla un poco.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes?

—¡Ya te lo he dicho! No me gusta chivarme —contesto tirando de los mocos.

—Entonces, ¿a qué vino lo de las fotos?

Me encojo de hombros.

—No quería que Elle fuera tan mala conmigo, que no me mandara para cama como si fuera un bebé. Pensé que, si la asustaba diciéndole que te enseñaría las fotos, me dejaría en paz y no me mandaría para cama tan pronto.

—¿Por eso le mostraste una foto? ¿Para chantajearla?

Mamá parece estar furiosa, pero noto que esa furia no va dirigida solo contra mí.

Otra vez me encojo de hombros, porque fue justo por eso.

—¿Elle te pegó? ¿Ella o su novio?

Asiento.

—Elle me empujó contra la pared y me gritó. Me entró mucho miedo. Pensé que iba a darme una paliza de lo cabreada que estaba.

—¿Y luego? ¿Qué pasó después?

—La verdad es que no lo recuerdo bien —digo—. Metí las manos en el bolsillo al alejarme de ella. Y ahí estaba el destornillador de Papá en mi bolsillo. Y entonces pasó. Sin más.

—O sea, ¿que en el fondo fue defensa propia? ¡No querías matarla, sino protegerte!

Asiento con la cabeza, bajo la mirada.

—¡Hay que llamar a la policía!

Mi cabeza se alza de golpe.

—¡No van a creerme!

—¿Por qué no? Si tienes pruebas ¿o no? Las fotos, la separación de su novio y dices que te empujó… ¿Tienes un chichón?

Me toco la cabeza buscando el sitio con el que me golpeé contra la pared. Asiento.

—Duele un montón.

Mamá asiente convulsivamente.

—Eso es. ¡Justo así se lo vamos a contar!

—Pero ¿qué pasa con Papá? —pregunto—. ¡Él sí que no va a creerme! Desde el accidente está súper raro conmigo, como si creyera que… —Me callo de golpe, la miro, suplicante—. Creo que también me culpa de la muerte de Sophie.

Mamá me mira asustada, luego esquiva mi mirada. Reflexiona, varios largos segundos, antes de volver a mirarme.

—Pero eso fueron accidentes, cariño, ¿o no? Sophie y después lo de los dos chicos.

La miro, finjo perplejidad.

—¿Pero tú qué crees, Mamá? ¿Qué iba a ser si no? ¡Si ya sabes lo que le conté a la policía! No tuve nada que ver. Ni idea por qué piensa Papá eso de mí. A veces creo que me odia.

Mamá coge aire, me mira.

—Eso ni lo pienses, ¿vale? Papá te quiere. Es solo que… no sé…

—¿Qué, Mamá? ¿Qué le pasa a Papá conmigo? —Meto todas mis emociones en esa pregunta, tengo que hacer pasar mi temor a que

me descubran por desesperación y dolor antes de seguir hablando—. Tiene que ser por su trabajo. Por eso es tan desconfiado con todo el mundo.

Mamá me mira. Tiene el rostro distorsionado por culpa de la desesperación.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto en voz baja—. Los padres de Elle van a empezar a preocuparse si no vuelve a su casa.

Mamá se cuadra.

—Efectivamente, lo harán —constata. Me agarra de los hombros, me mira intensamente—. ¿Confías en mí?

Asiento con la cabeza.

—Entonces ahora escúchame bien. No podemos cometer ni el más mínimo error, ¿entendido?

—Tengo miedo, Mamá.

Me mira, hace una mueca.

—Yo también, cariño. Pero vamos a solucionar esto, te lo prometo. ¡Tú y yo somos un equipo! ¡Pase lo que pase!

VEINTICINCO
ANNIKA

—¿Qué te parece? —le preguntó Annika a Lenny—. ¡Podemos competir con cualquier pastelería!

—*Mmhh* —fue lo único que pudo emitir Lenny con la boca llena.

Llevaban toda la tarde haciendo galletas y habían hecho cuatro clases diferentes. Dos rellenas de mermelada y dos de chocolate. Y a pesar de que un sinfín de galletas ya había desaparecido en la boca de su hijo, seguían quedando un montón. Muchas más que latas había donde guardarlas.

Annika miró a Lenny, que estaba metiéndose una galleta de mermelada de albaricoque en la boca.

—¿Podrías llevarle unas cuantas a Linda?

Lenny puso los ojos en blanco, negó con la cabeza.

—No puedes pedirme eso. ¡No pienso entrar voluntariamente en la habitación de esa vieja bruja!

Annika se tuvo que controlar para que no la viera sonreír, al contrario, trató de lanzarle una mirada seria.

—¡Venga, cariño! No seas malo. Ya hemos hablado de eso. Linda está muy enferma y le cuesta lidiar con su suerte. Puede que le haga ilusión que le lleves algo dulce.

—Pero no quiero.

Annika suspiró, luego colocó una selección de galletas en un plato y se dirigió, con el plato en la mano, ella misma a la habitación de su suegra. Delante de la puerta se detuvo, titubeó un momento luego llamó con los nudillos y entró.

Linda estaba como siempre sentada en la silla de ruedas mirando la tele.

—Tengo algo para ti —explicó Annika y le tendió el plato con las galletas.

Linda la miró, sonrió.

—Hemos estado toda la tarde haciéndolas. Por eso la cena hoy va a ser muy ligera. ¿Te parecen bien unos huevos fritos?

Linda asintió, probó una galleta, asintió una vez más para expresar su aprobación.

—¿Te gustan?

Otro asentimiento.

—Phil ha llamado. Por fin. Te manda saludos.

No los había mandado, pero quería ver la reacción de su suegra.

Linda la miró, luego giró los ojos hacia el móvil que llevaba metido en un compartimento de la silla.

Se lo había comprado Phil y le había explicado cómo se podía usar a pesar de las barreras lingüísticas.

—¿A ti también te ha llamado?

Linda asintió, la taladró con la mirada.

Una sensación desagradable se extendió por el interior de Annika. ¿Y ahora qué significaba esta mirada? ¿Que Phil llamaba a su madre con regularidad? ¿Era eso? En ese caso, ¿qué le había contado? ¿Acaso sabía que ella, Annika, sospechaba de Linda en lo que a la visita nocturna se refería? ¿Y todo lo demás?

—Volveré más tarde y te traeré la cena —le comunicó a Linda y abandonó la habitación.

Cerró la puerta con la sensación de haber sido traicionada. Traicionada por su propio marido.

Volvió a la cocina, se sentó.

—¿Qué te pasa, Mami?

Se sobresaltó, miró a Lenny, que se había colocado a su lado.

—No es nada, cielo. Es solo que estoy agotada, ¿sabes? Eso pasa a veces cuando se está embarazada. No se aguanta tanto como antes. Las hormonas se vuelven locas.

Lenny posó una mano en la barriga de su madre.

—¿Está durmiendo?

Ella asintió sonriendo.

—Eso parece.

Colocó su mano sobre la de su hijo al notar de repente una presión en sentido contrario. Alguien parecía haber despertado. Sonrió. Era bonito sentir una nueva vida dentro del cuerpo.

—¿Te hace ilusión la llegada del bebé? —quiso saber Lenny.

Ella asintió, sonrió feliz.

—Sí.

—¿Y prefieres niño o niña?

—Lo que quiero es que venga sano. ¿Y tú? ¿Qué te gustaría más: un hermanito o una hermanita?

Lenny se quedó mirando pensativo la barriga de su madre.

—Yo también quiero que nazca sano, pero…

—Pero ¿qué?

—¿Y si después ya no me quieres?

Ella se quedó de piedra, cogió la cara de Lenny entre sus manos, lo miró muy seria.

—Tú y este bebé sois mi vida, ¿me oyes? Os quiero a los dos por igual.

—¿Y si ya no me necesitas cuando nazca?

Un dolor agudo le atravesó el pecho. Era como si le estuvieran machacando el corazón. Abrazó a Lenny con todas sus fuerzas.

—Eres mi hijo, mi Todo, cariño. ¡Voy a necesitarte siempre! ¡Siempre te querré!

Él se liberó, la miró escéptico.

—¿Y si el bebé me tiene miedo? ¿O si me odia igual que Linda? ¿Entonces qué, Mami? ¿Seguirás queriéndome y seguirás queriendo que esté contigo?

VEINTISÉIS
ANNIKA

Notó cosquillas en la nariz. Medio dormida buscó a tientas la caja de pañuelos que tenía en la mesilla de noche, cuando oyó un sonido metálico. Parpadeó adormilada, se limpió la nariz. Y después cogió el móvil para mirar qué hora era.

Se sorprendió al ver que ya eran casi las ocho. ¿Por qué se sentía tan cansada? Si ayer se había acostado temprano. Volvió a dejarse caer en la almohada, tiró de las mantas hacia arriba del todo. Solo unos minutitos más…

Se acurrucó bajo las mantas. De lado, con las manos debajo de la cara. Su postura favorita para dormir.

Pero algo le resultó raro.

No era como siempre.

Se acomodó, se arropó mejor entre las mantas cuando algo blando la hizo detenerse. Lo tenía bajo la mano junto al cuello, encima de la manta.

Se incorporó un poco, frunció el ceño al ver mechones rubios sobre el dibujo del edredón. Los cogió, mientras los observaba sintió algo raro en su interior.

Luego un cosquilleo en la nuca y la espalda. Se tocó, agarró un manojo pequeño de pelo, tiró de él. No sintió resistencia alguna en el cuero cabelludo. Asustada se quedó mirando el revoltijo de pelo

que tenía en la mano, luego lo tiró sobre la manta, volvió a tocarse la cabeza. Completamente confundida se pasó la mano por el cráneo. ¿Qué era eso? ¿A qué venía esa sensación de barba mal cortada?

Apartó la manta, echó los pies fuera de la cama, pisó algo duro y frío en el suelo.

¡El ruido metálico de antes!

Miró hacia abajo, vio unas tijeras entre las zapatillas. Las recogió.

Se le paró el corazón cuando clavó los ojos en ellas, luego se apoderó de ella el pánico.

Annika saltó de la cama, fue corriendo al cuarto de baño.

Al acercarse al lavabo, encima del cual colgaba el espejo, cerró los ojos. La asustaba la posible imagen que vería reflejada. Contó mentalmente hasta tres, luego abrió los ojos de golpe, se tambaleó hacia atrás.

Sin poder dar crédito, tiraba de los mechones, que ya no llegaban hasta la espalda como solían hacerlo, sino que acababan irregulares y deshilachados a mitad del cuello. Hasta había zonas casi calvas. Giró la cabeza para mirarse desde todos los ángulos, creyó estar atrapada en una pesadilla.

Despertaría de un momento a otro y todo volvería a ser igual que antes.

Eso no era real, como mucho era una alucinación.

Pero la imagen reflejada en el espejo y sus manos comprobantes sí eran reales.

Volvió a asegurarse, pasó de nuevo la mano por el cráneo desfigurado, por lo que quedaba de su melena.

¿Cómo y cuándo había podido ocurrir?

Anoche se había metido en cama, había hecho una trenza como siempre.

No quedaba nada, parecía una gallina desplumada.

¿Quién había podido hacerle algo así?

Volvió corriendo a la habitación, cogió las tijeras.

No era un instrumento pensado para cortar el cabello, eran unas tijeras de cocina normales y corrientes.

Se fijó primero en la cama, luego en el suelo.

Fue entonces cuando vio que todo estaba cubierto de pelo largo y rubio.

Solamente había una única persona en casa que podía haberle hecho eso y ese descubrimiento fue como una descarga eléctrica.

¡Lenny!

—¡Lenny! —gritó furibunda, salió disparada por la puerta hacia la suya, sin importarle lo temprano que era. Con la mano ya en el picaporte, se fijó en los numerosos arañazos que tenía en el brazo. Escocían, algunos sangraban.

Se detuvo consternada, se quedó mirando los largos arañazos, comprobó el otro brazo, que no estaba mucho mejor.

¡Esto no tenía ningún sentido!

Que no se hubiera despertado mientras Lenny le estaba cortando el pelo – vale. Pero ¿estos arañazos? Tenía que haberlos notado, tenía que haber despertado con ellos.

Accionó el picaporte de la puerta del cuarto de su hijo, abrió la puerta de un empujón, fue hacia la cama de Lenny, lo sacudió.

De la boca del niño salió un leve gemido, pero seguía profundamente dormido.

—¡Lennard! —le gritó, soltando un gallo—. ¡Despierta!

Por fin entró movimiento en el cuerpecito. Su hijo se estiró bostezando, luego entreabrió los ojos. Al verla, los abrió del todo, asustado.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo, Mami?

—¡Fuiste tú! —le echó ella en cara—. Porque estás enfadado conmigo, por lo que sea. Es así, ¿verdad? —Recordó la conversación que habían mantenido anoche—. ¿Por qué, Lenny? ¿Tienes celos del bebé? —prosiguió, ahora con voz más suave—. ¿Crees que lo quiero más que a ti?

Lenny hizo una mueca, empezó a temblarle la barbilla. Negó despacio con la cabeza, los ojos todavía clavados en la cabeza de su madre.

—Mami, yo no fui. —Rompió a llorar—. ¡Y tampoco tengo celos de mi hermanito!

—Entonces, ¿a qué vino lo de anoche? Dijiste que temías que cuando hubiera nacido el bebé ya no querría tenerte a mi lado.

Lenny la miró, se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Tengo miedo de que ya no me quieras porque tienes problemas por mi culpa. Con Phil y con su mamá.

Ella sacudió la cabeza, miró fijamente a su hijo.

Su rabia por la cabeza desfigurada se había esfumado, tan solo quedaba impotencia en estado puro.

—No sé de dónde sacas esas bobadas, cariño. Que Linda sea tan rara no tiene nada que ver contigo. Es porque está enferma. Además, ella y Phil llevaban siglos sin verse. Ella también tiene que ir acostumbrándose a que su hijo se haya casado y que vaya a ser padre. —Miró a Lenny, ladeó la cabeza—. Y ahora, por favor, dime la verdad, cariño, ¿estás enfadado conmigo por alguna razón?

Negación con la cabeza.

—¿Y qué pasa con la abuela? Sé que la echas de menos, pero ¿es posible que me culpes a mí de su muerte? ¿Por no haber estado con ella cuando ocurrió?

Lenny abrió mucho los ojos.

—¡Pero si no es culpa tuya que la abuela esté ahora en el cielo! ¡Eso fue cosa de los hombres malos! Si está bien que no estuvieras con ella, que si no, ¡ahora tú seguro que también estarías muerta!

Ella extendió los brazos, abrazó a su hijo lo más fuerte que pudo.

—¡Mamá, suelta! ¡Que me ahogas! —jadeó, se liberó, la miró muy serio. Entonces sus ojos se posaron en los brazos de ella—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has rascado?

Ella rozó las heridas con la punta de los dedos, se encogió de hombros, impotente.

—Anoche cuando me fui para cama no los tenía —fue la respuesta confusa emitida con voz temblorosa.

—Yo jamás te haría daño. Tienes que creerme —le aseguró Lenny.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Y tampoco te he cortado el pelo!

Miró a Lenny, suspiró.

—Entonces, ¿quién fue?

Él apartó la mirada, se mordió el labio inferior y señaló con la cabeza hacia la puerta.

—¿Linda? ¡No! ¡Ni lo pienses! —soltó ella—. No pudo haber sido Linda. Aunque hubiera conseguido – no sé cómo – subir las escaleras, sigue estando la parálisis. ¡Es imposible cortar el pelo con solo una mano funcional!

Los ojos de Lenny se habían llenado de lágrimas.

—¡No me crees!

—¡Sí, cariño! —Se calmó, trató de hablar tranquilamente—. Sé que no querías hacerlo. Pero al igual que el otro día, cuando lo del destrozo de abajo, puede que no fueras tú. Ni siquiera eras consciente de lo que estabas haciendo. —Cogió aire, le secó una lágrima que le estaba resbalando por la mejilla—. Tan pronto vuelva Phil tenemos que sentarnos y hablar los tres, ¿vale? Lo mejor será que tú y yo volvamos a casa y hablemos con un médico. El médico podrá ayudarte a impedir que vuelva a ocurrir algo así.

Annika estaba delante del espejo, a punto de arreglar el desastre de su cabeza para que no pareciera un nido abandonado, cuando sonó su móvil. Lo había dejado en el dormitorio.

Soltando un suspiro, dejó las tijeras a un lado, volvió a la habitación adosada para coger la llamada.

En la pantalla apareció la cara de Phil.

—Esto se va a poner interesante —murmuró, aceptó la llamada, puso el manos libres, pero ignoró la petición de Phil de conectar la cámara.

—Hola, cariño —lo saludó, lo más normal que pudo.

—Pon la cámara —pidió él, en vez de devolverle el saludo—. Quiero ver a mi preciosa esposa.

Va a quedarse a cuadros, pensó, suspiró.

—Vale, pero prométeme que no te vas a reír. —Antes de obtener una respuesta, le dio al botón de la cámara y contuvo la respiración de manera instintiva.

Cuando por fin pudo verla, quedó ojiplático, pero no dijo nada. El susto lo había dejado sin palabras.

—Ya sé que tengo una pinta horrible —balbuceó ella avergonzada —. Estaba a punto de suavizar un poco este desastre con algún tijeretazo por aquí y por allá.

Él abrió la boca, pero seguía sin salir ningún sonido de ella.

Ella sacudió frustrada la cabeza.

—¡Venga, pregunta! —le espetó—. ¡Yo estoy igual de atónita que tú!

La cara de él se transformó.

Parecía estar enfadado.

—¿Qué significa eso? —gruñó—. ¿Qué le has hecho al pelo?

—¿Cómo dices? —La voz brusca de Phil la asustó. Luego soltó una carcajada histérica—. ¿En serio crees que he sido yo?

Él frunció el ceño, la estudió sin decir nada.

—¡Maldita sea! —gritó ella—. Fue Lenny, ¿vale? Debió de tener otro episodio de sonambulismo. —Colocó el brazo izquierdo delante de la cámara para mostrarle a Phil los arañazos—. También hizo esto. Yo ni me enteré. Tuvo que haberse levantado en plena noche para bajar a la cocina, coger las tijeras y luego hacerme esto. Supongo que las horas que pasamos ayer haciendo galletas me agotaron tanto que dormí como un tronco. ¡No me enteré de nada!

Él inspiró hondo, sacudió la cabeza.

—¿Qué significa eso? —quiso saber ella, enfadada—. ¿No estarás pensando que lo hizo a propósito? —Se calló al percatarse de que también había sido lo primero que le había pasado por la cabeza a ella—. Ayer hablamos del bebé —explicó—. Lenny dijo algo que me partió el corazón. Cree que cuando haya nacido al bebé ya no lo querré a él conmigo. Por eso hoy a la mañana la primera persona en la que pensé que pudo haber hecho esto fue él, por rabia o celos, pero ahora… —Miró a Phil seriamente—. Creo que no sabe lo que hace porque efectivamente es sonámbulo.

Al ver que Phil seguía mirándola sin poder dar crédito, se enfureció.

—¿Qué pasa? ¿Acaso crees que fue tu madre la que me ha dejado así?

—Claro que no —replicó él cortante y, aunque parecía querer añadir algo más, no dijo nada.

Permanecieron un rato mirándose. Luego fue él quien, soltando un suspiro, apartó la mirada.

—Ya no aguanto más —murmuró él con voz tan baja que apenas lo oyó.

La miró una última vez y luego la pantalla se volvió negra.

VEINTISIETE
LOBO CON PIEL DE CORDERO

—¡Ya han pasado más de dos semanas! —se queja Padre. Noto cómo le vibra la voz. No hace falta que diga nada más.

Desde entonces nuestra vida ya no es como era.

Padre está siempre a la expectativa, es como si se esperara lo peor, aunque no sepa nada concreto. Sin embargo, parece sospechar algo y se imagina lo que podría venirle encima, si la policía al final sí nos pilla.

A mí eso no me preocupa. Mamá y yo hemos borrado minuciosamente todo rastro y eliminado todas las huellas. Mamá dice que estuvo una hora conduciendo para esconder los restos sin vida de Elle en el bosque mientras que yo me encargaba de la casa. Mamá me explicó detalladamente qué tenía que hacer para que la policía no encontrara ni rastro de sangre en casa.

Nos pudimos ahorrar las molestias.

Es verdad que vino la policía y que nos hicieron preguntas –varias veces incluso –, pero a ninguno se le ocurrió registrar la casa, ya ni hablemos de comprobar si había huellas de sangre. Lo que sí hicieron fue creer cada palabra del cuento que se inventó Mamá.

Declaramos que Elle se fue cuando mi madre regresó de una reunión de negocios. Mamá ni pestañeó cuando declaró que Elle

parecía trastornada y que parecía haber llorado mucho. Que antes de marcharse había farfullado algo acerca de una pelea con el novio.

A nadie se le ocurrió la posibilidad de que a Elle le pudo haber pasado algo aquí en casa. Lo que sí quedó claro bien pronto fue que Caraculo debía de ser el tío con el que se peleó. La policía averiguó que no tenía coartada para la supuesta hora de la desaparición de Elle.

Creen que le ha hecho algo, pero como no tienen pruebas contra él, excepto su falta de coartada, sigue libre. Entre otras razones porque su abogado – un socio de Papá – lo defendió con uñas y dientes. La policía dijo que también cabía la posibilidad de que Elle se hubiera escapado de casa.

Esa es la teoría a la que se aferran desesperadamente los padres de Elle. Siguen en los medios pidiendo ayuda a la ciudadanía para buscar a su hija.

Eso sí, aparte de ellos, hay muy pocos que creen que Caraculo sea inocente, entre ellos mi padre. Me enteré cuando escuché una conversación entre Mamá y él.

«El chico me parece sincero», insistió convencidísimo Padre.

Madre lo contradijo y le preguntó que cómo podía estar tan seguro.

«Sus ojos reflejan preocupación real por esa chica. Tendría que estar muy loco para fingir eso. Además, nunca ha hecho nada malo y viene de buena familia. Incluso los padres de Elle están convencidos de que no tiene nada que ver con su desaparición.»

«Eres abogado, no policía», dijo entonces Mamá, pero Padre no se dejó convencer.

«No fue él. ¡Ya lo verás!», su sentencia final en cada discusión en la que se trate este tema.

No tengo muy claro que sea porque Elle estuvo en nuestra casa antes de desaparecer o por el comportamiento extraño de Mamá desde entonces, pero Padre está todavía más receloso que antes. No es capaz de mirarme a los ojos y pasa más noches que antes durmiendo fuera de casa.

Pero ahora mismo están los dos en casa, discutiendo tan fuerte que llegan fragmentos de la conversación hasta la planta de arriba.

—… ya deberían tener alguna pista o al menos haber encontrado el cadáver —oigo decirle a Padre—. La chica no pudo haberse esfumado sin más.

—Puede que, efectivamente, se haya fugado —responde Mamá y la admiro por lo tranquila que se queda.

Padre suelta un gruñido.

—Pero ¿a dónde iba a ir? ¿Acaso al extranjero? ¿Sin dinero ni ropa?

—Es posible. Puede que tenga amigos con los que quedarse. O puede que haya hecho *autostop* y a estas alturas ya esté muy lejos.

—Y aunque así fuera, tenía que haberse enterado ya de que todo el país está patas arriba por su culpa. Conozco a Elle desde hace años – ella no haría algo así. Jamás le haría a su familia algo tan horrible.

—¿Por qué me miras así? —La voz de Mamá es de pronto aguda y de repente, silencio. No oigo nada.

¡Mis padres están hablando en susurros!

Sin hacer ruido me acerco al descansillo de las escaleras, bajo despacito, me quedo detrás de la pared para poder oír mejor.

Me asomo tras la esquina para echar un vistazo, veo a Padre gesticulando como un loco y hablando tan bajo que sigo sin poder oír nada.

—Pero ¿se te ha ido la pinza? —Mamá alza la voz, casi le sale un gallo—. ¡Eso fueron accidentes! Fue culpa de la propia Sophie. Y el caso de los chicos también estaba claro. ¡Si la policía descubrió qué había causado el accidente! ¿Cómo eres capaz de imaginar que…? —Se calla.

Cuando vuelvo a asomarme veo a Padre gesticular con las manos y hablarle en voz baja a mi madre, parece haber perdido los estribos despotricando.

De repente Mamá rompe a llorar.

—No entiendo cómo puedes estar tan ciega, aunque seas su madre —dice ahora Padre con voz más fuerte—. Lo único que tienes que hacer es repasar los hechos. La reacción al accidente… Como si no hubiera pasado nada. Y eso que ese día perdieron la vida tres personas. Antes de eso, la pobre Sophie. Eran amigos desde que

eran bebés. ¿Y cómo reaccionó? Ni una palabra de tristeza o pena. ¡Ni una sola lágrima! ¡Eso no puede ser normal! Puede que vaya siendo hora de que busquemos ayuda.

Sus palabras me asustan tanto que mis músculos se niegan a hacer su trabajo y me tengo que sentar.

—¿Ayuda? ¿Para quién? —Mamá parece haberse vuelto a controlar porque ahora suena furiosa—. ¿Cómo se te ocurre pensar que nuestro hijo tiene que ver algo con todo esto? Que podría estar chiflado. ¡Es un buen chico, maldita sea!

Padre suelta una risa que suena de todo menos alegre.

—Créeme, cariño, nadie desea más que yo que haya una explicación racional para todo y que yo esté completamente equivocado. —Se calla, parece estar buscando las palabras adecuadas. De repente rompe a llorar—. Nuestro hijo me da miedo, cariño, muchísimo miedo. Y reconozco que estoy deseando que por fin sea adulto y desaparezca. ¡Es un lobo con piel de cordero!

Silencio.

Más silencio.

Luego una bofetada sonora.

—Quiero que te largues. ¿Me oyes? ¡Lárgate y no vuelvas nunca más! —Mamá solloza por lo bajo, luego oigo algo que parece un forcejeo—. ¡LARGO! —grita ella de repente con tanta fuerza que me asusto.

Me levanto de golpe, consigo llegar arriba justo a tiempo de evitar que me vea Padre, que aparece en ese mismo instante en el pasillo. No me ve porque me he escondido a la sombra de la cómoda. Pero supongo que se imagina que lo he oído todo porque mira justo en mi dirección. Entonces se gira hacia Mamá, que acaba de aparecer detrás de él, con las manos apoyadas en la cadera y echando chispas por los ojos.

—¡Lárgate de una vez!

—Ya sabes dónde encontrarme cuando necesites ayuda.

—¡Que os den a ti y a tu ayuda!

—Llegará el día en el que tu castillo de naipes se desmorone.

—¡Quiero que te calles!

—Recordarás mis palabras… te lo aseguro, pero puede que para entonces ya sea demasiado tarde. ¿No lo entiendes? Va a arrastrar a mucha más gente a la desgracia y ¡tú serás la culpable!

VEINTIOCHO
ANNIKA

Cuando le pareció que su cabello volvía a estar medianamente presentable, se atrevió a bajar.

Lenny se había metido en su habitación. Seguramente lo había asustado al culparlo por lo del pelo y por el tono brusco con el que le había hablado. También podría ser porque antes la había encontrado en el cuarto de baño, llorando. Seguramente había pensado que estaba triste por el pelo.

—Venga, Mami —le había dicho mirándola a través de sus enormes ojos y abrazándola con fuerza—. ¡Si tú siempre estás guapa!

Aquel gesto y esas palabras la habían emocionado tanto que decidió dejar el asunto como estaba. ¿De qué serviría contarle a Lenny que lloraba por culpa de Phil y su reacción repugnante al teléfono?

Aun ahora, una hora más tarde, seguía consternada, herida y sin saber qué hacer. No acababa de entender por qué Phil había colgado así sin más ni por qué la dejaba completamente sola con todas las preocupaciones.

Al fin y al cabo, la había dejado con su madre. Una mujer a la que apenas conocía. En una casa y un entorno desconocidos para ella.

Delante de la puerta de Linda se planteó si llamar y ver cómo estaba. Para no despertarla, pegó la oreja a la puerta y escuchó. Le llegó un murmullo de voces, lo que significaba que su suegra seguía despierta. Conociendo a Linda estaría arreglada, perfectamente maquillada y peinada y sentada delante del televisor en su silla de ruedas.

Una imagen que le trajo a la mente algo muy doloroso: su propia madre era solo un poquito más joven que Linda cuando había muerto.

Pero a diferencia de Linda, su madre había tenido una existencia plena que había valido la pena vivir. Había gozado de salud, estaba en forma y fuerte, a pesar de la edad, y hasta el final había conservado los mismos pájaros en la cabeza que su nieto Lenny.

Era incluso mucho más valiente y atrevida que Annika. Su madre se había subido a la montaña rusa con Lenny cuando ella no se había atrevido. Y la de horas que había pasado saltando con Lenny en los hinchables como si fuera una niña más. En el fondo su madre nunca dejó de ser una niña, adoraba a Lenny, igual que él a ella.

Por primera vez fue consciente de verdad de que el estado de salud de Linda no solo implicaba limitaciones físicas con las que tenía que lidiar, sino que había mucho más. Habría muchas cosas en la vida de su primer nieto que a Linda le serían denegadas.

La mera idea entristeció a Annika, sin embargo, siguió con el hilo de sus pensamientos.

¿Qué le quedaba a Linda?

¿Qué pasaría si, efectivamente, encontraban una residencia donde pudieran hacerse cargo de Linda?

Aparte de que tendrían todavía menos ocasiones de verse, había muchas cosas que Linda no compartiría con ellos. Nada de excursiones en familia, nada de ir juntos al cine, ni siquiera ir de compras le sería concedido. Linda jamás jugaría con su nieto en la arena – todo aquello que a su propia madre la había llenado de orgullo y alegría, a su suegra le quedaba vedado.

Eso era horrible, desolador.

Por fin llamó a la puerta y entró.

Linda estaba delante del televisor y le sonrió. Entonces titubeó, se llevó la mano sana a la cabeza, la miró incrédula.

—Tocaba un cambio de *look.* —Así explicó Annika su desafortunado aspecto. ¿De qué serviría contarle a Linda toda la historia de las tijeras? Pero la mirada pensativa de Linda sumada a sus propios pensamientos recientes, la destrozó, por lo que rompió a llorar sin previo aviso. Tomó asiento en uno de los sillones, maldijo para sus adentros las hormonas alteradas que la hacían perder el control constantemente.

—Es por el embarazo —se justificó tirando de los mocos cuando se hubo recuperado un poco—. Ya llevo bastante tiempo así, llorando por cualquier tontería.

Linda asintió sonriendo y empatizando. Aparentemente se alegraba de poder disfrutar de la compañía de Annika.

Annika se conmovió y decidió contar la verdad.

—Este corte —explicó—, no fui yo. Lo hizo Lenny. Le está costando adaptarse a todos estos cambios… La muerte de su abuela, antes de eso mi boda, el bebé… Son demasiadas cosas para un niño, ¿entiendes?

Linda solo la miró y por una milésima de segundo Annika creyó ver una lágrima en los ojos de la mujer.

—Ese niño es lo más grande de mi vida —continuó—, pero tiene miedo por lo del bebé. Teme que vaya a sacarle el puesto, que deje de jugar un papel importante en mi vida cuando haya nacido el hermanito. Supongo que es por eso por lo que le dan estos episodios de sonambulismo. ¿Recuerdas el caos que montó el otro día aquí abajo? Parecía decirlo de corazón cuando insistía en que no había sido él. Y cuando esta mañana me vio de esta guisa, se asustó visiblemente. Se disgustó muchísimo cuando lo acusé de haberme hecho esto. Parecía tan triste, tan perdido… Imposible que fuera teatro. ¡Está sufriendo, Linda! Y su alma está tratando de buscar un respiro haciéndolo vagar por ahí dormido y montar todo este caos. Es su manera de pedir ayuda, pero Phil… —Se calló de golpe, miró a Linda—. Tu hijo no lo entiende, es como si hubiera perdido la paciencia con el niño, con lo bien que se han llevado siempre… ¡No acabo de entender qué ha cambiado!

Linda la observó en silencio, luego extendió un brazo, la miraba con cariño, casi con gesto maternal.

Annika le devolvió el detalle, agarró la mano de Linda, se la apretó agradecida.

Su suegra abrió la boca, intentó pronunciar una palabra, sacudió la cabeza. Luego se soltó, puso la mano en el pecho, después la señaló a ella.

—¿Mi madre?

Linda asintió con la cabeza, alzó las cejas en forma de interrogante.

—¿Quieres saber cómo era?

Una sonrisa.

—Era perfecta. No pude haber tenido una madre mejor. Siempre tuvo mucha paciencia conmigo, y eso que fui una niña difícil y rebelde. Era mi amiga. Me dejó ser quien yo era. Nunca me obligó a tomar un camino que yo no quería tomar. Me apoyaba. Siempre. Pasara lo que pasara. Y lo mismo con Lenny. Fue una abuela genial. Desde el momento en que nació, lo adoró, lo inundó de amor, gracias a lo cual el pequeño apenas echó de menos al padre que lo abandonó. Ella lo era todo para nosotros. Y por eso resulta tan difícil de aceptar que nunca más volveremos a verla.

Linda negó rápidamente con la cabeza, alzó la mano y extendió un dedo hacia el cielo, la miró sonriente con ojos anegados en lágrimas.

—¿Crees en eso? —soltó Annika—. ¿En Dios y en que hay vida después de la muerte? ¿En serio crees que algún día volveremos a ver a nuestros seres queridos?

Linda puso la mano sobre el pecho y asintió con vehemencia, mientras que no apartaba los ojos de ella.

—Sería maravilloso —admitió Annika—. Lo que pasa es que soy atea, al igual que mi madre. Nunca hablamos sobre lo que vendría después de la muerte, pero mi madre creía que el sentido de la vida era sacar lo mejor de nuestro paso por la Tierra, sin perder jamás de vista nuestra propia humanidad.

Una Linda comprensiva pareció reflexionar.

—Mi madre era una buena persona de verdad, siempre dispuesta a ayudar y muy generosa. Precisamente eso hace que resulte tan horrible que… —En mitad de la frase se calló asustada. Inspiró hondo. Le había prometido a Phil jamás hablar con su madre sobre lo ocurrido. Había faltado poco para irse de la lengua.

Notó la mirada interrogante de Linda, negó con la cabeza.

—No puedo, Linda. Por favor, perdóname.

La mujer la miró y de repente su rostro se volvió casi receloso.

—Se lo he tenido que prometer a Phil. Dice que te alterarías.

Linda frunció el ceño, abrió la boca. Luego cerró los ojos como para concentrarse.

—A… aa… —Se calló, abrió los ojos, hizo aspavientos de impaciencia y rabia a la vez.

—¿Te refieres al accidente?

Linda asintió con fuerza, le clavó la mirada.

—¿Quieres saber qué pasó exactamente?

Otro asentimiento.

Annika suspiró.

Da igual, pensó. Phil la había dejado sola con su madre y ella ya no podía mentirle a Linda ni una sola vez más.

—No fue un accidente —confesó finalmente—. A mi madre la asesinaron.

Un sonido ahogado salió de la garganta de Linda, luego alzó la mano sana hasta la boca, la miró y negó con la cabeza sin poder dar crédito.

—Un robo —explicó Annika, controlándose para no romper a llorar—. El ladrón cogió todos los objetos de valor y estaba a punto de largarse con el botín. Mi madre debió de atraparlo con las manos en la masa a lo que la golpeó y la mató sin más.

Linda la estaba mirando con los ojos y la boca muy abiertos. Temblaba. De repente intentó calmarse. Cerró la boca, tragó, se concentró.

—¿U…. ando?

—¿Que cuándo fue eso?

La mujer asintió.

—Hace poco. —Suspiró—. A veces las alegrías y las penas van de la mano… Ese mismo día me enteré de que estaba embarazada. Si no fuera por el apoyo de tu hijo, jamás hubiera podido superarlo.

Linda emitió un sollozo. Luego sacudió la cabeza, se puso a frotar la pierna convulsivamente.

Annika la miró desconcertada. La reacción de Linda a su sinceridad resultaba tan inquietante que no pudo evitar preguntarse si, efectivamente, no habría sido un error, revelarle la brutal verdad.

Phil la mataría si por culpa suya a su madre le daba un ataque o, peor aún, un infarto. A punto de levantarse para estrechar a Linda entre sus brazos y tranquilizarla, Linda frenó el movimiento de la mano en seco, le lanzó una mirada vacía y formó un puño.

—¡Il!

Annika se sobresaltó.

—¿Quieres decir Phil? ¿Te refieres a tu hijo? ¿Qué pasa con él?

Los ojos de Linda clarearon y se pegaron a ella como una lapa. Luego negó con la cabeza, cogió bocanadas de aire.

—Él…. no…. —Se calló frustrada, se golpeó el pecho, emitió un pequeño grito—. Él no… ¡Él… no… es! —Linda se desmoronó agotada. Rompió a llorar sin complejo alguno.

Annika se la quedó mirando confundida, notó cómo se le ponía piel de gallina.

—¿A qué te refieres, Linda? ¿Qué significa eso?

Pero su suegra no emitió ni un solo sonido más y ahora era labor de Annika darle sentido a lo dicho, lo insinuado, lo conjeturado.

¿Acababa Linda de hacerle entender que Phil no era su hijo?

VEINTINUEVE
ANNIKA

—¿No te ha gustado? —le preguntó a Linda, que apenas había tocado la lasaña.

Linda hizo una mueca, colocó la mano sobre el estómago.

—¿No te sientes bien?

Su suegra se encogió de hombros, parecía más perdida incluso. Desde su conversación por la mañana era como si Linda se hubiera retirado a su propio mundo, se hubiera encapsulado en un dolor que ni siquiera podía expresar.

Le puso una mano en el hombro, la estudió, pero Linda no reaccionó.

Annika cogió el plato, lo llevó de vuelta a la cocina, lo dejó en la encimera, se sentó y se puso a pensar. Resultaba raro lo aislada que se sentía de golpe. Incluso Lenny apenas hablaba, se limitaba a lo esencial, la evitaba.

Sí, después de cenar le había ayudado a recoger la mesa, y sin quejarse, pero nada más acabar había desaparecido en su habitación. Ni siquiera había tratado de negociar el poder salir o quedarse más tiempo levantado.

Cuando le había propuesto ver una película juntos, había rechazado la propuesta con un movimiento de cabeza. La última vez

que se había aislado de esa manera fue poco después de la muerte de su abuela.

Annika suspiró.

Le preocupaba mucho el comportamiento de Lenny. Pero también le daba quebraderos de cabeza lo que Linda había soltado por la mañana.

¿En serio había intentado comunicarle que Phil no era hijo suyo?

Ojalá pudiera llamarlo y preguntarle qué opinaba al respecto. Pero seguía enfadada con él, por eso ignoraba tanto sus mensajes como las llamadas.

¿Qué demonios había intentado decirle Linda?

¿Que Phil era adoptado?

Pero ¿a qué venía eso? ¿Qué tenía que ver? Las madres adoptivas creaban vínculos igual de fuertes con sus hijos, para ellas eran como sus propios hijos. Pero al recordar el contexto en el que habían surgido las palabras de Linda, le entraron dudas.

¿No se había referido hacía poco a los cambios de humor causados por las hormonas?

Sacudió la cabeza. Así no avanzaba, sin embargo, por mucho que le urgía a Annika preguntarle a Linda al respecto, se contuvo. No quería alterar aún más a la pobre mujer.

Se planteó si preparar una taza de té, pero decidió que sería mejor meterse bajo la ducha para aclarar las ideas. De camino al cuarto de baño, llamó a la puerta de Lenny, accionó el picaporte, metió la cabeza por una rendija.

Al registrar que no estaba en su habitación, titubeó.

También miró en el cuarto de baño, luego en su propio dormitorio y finalmente en el despacho de Phil. Pero nada…

Annika tragó, se obligó a mantener la calma. ¿Sería una situación similar a la del otro día cuando se había escondido en el hueco de debajo de las escaleras?

Sí, cabía esa posibilidad.

Volvió a bajar a prisa, registró la planta baja y por último también aquel escondrijo.

Pero Lenny no aparecía por ningún lado.

Llamó a la puerta de Linda, la abrió, vio que esta tampoco estaba en su habitación. Sin embargo, el televisor estaba en marcha y la puerta del cuarto de baño estaba cerrada, lo que significaba que estaría refrescándose o haciendo sus necesidades. Y Lenny no la molestaría bajo ningún concepto en esas circunstancias.

Pues solo quedaban el sótano o el jardín.

Con el corazón en un puño corrió hacia la puerta que daba al sótano, accionó el picaporte. Estaba cerrada con ella, es decir, Lenny no podía estar allí abajo. Tragó. ¿Dónde se había metido?

Annika se miró. Seguía con las zapatillas de casa puestas. Así no podía salir porque se clavaría una piedra en la suela. Las quitó y se puso los tenis. Con ellos puestos salió corriendo al jardín.

Llamó por Lenny, se giró en todas las direcciones.

Pero no vio a su hijo por ningún lado.

—¡Lenny! —gritó histérica—. Da igual dónde estés, sal. Esto no tiene ninguna gracia, ¿entendido?

Nada.

Ninguna risita, ningún arbusto moviéndose.

Miró en la caseta que había al final de la finca, corrió a mirar en el invernadero enorme que estaba en la parte izquierda de la casa, medio escondido tras unos setos. Nada tampoco.

¿Se había escapado?

Pero ¿a dónde? Su hijo no conocía la zona y no había nada cerca que le interesara tanto como para ir él solo hasta allí.

Detrás de la casa solo había bosque.

De repente le costó respirar.

Estaba empezando a oscurecer. Si Lenny había ido al bosque, no contaba con mucho tiempo para encontrarlo antes de que cerrara la noche.

Salió corriendo por el sendero estrecho que llevaba hasta la valla que hacía de frontera entre la propiedad y el bosque público.

¿Habría saltado la valla y se había puesto en marcha él solito porque la situación en la casa se le había vuelto insostenible?

Jamás había hecho nada parecido. Pero ¿qué sabría ella lo que pasaba dentro de la cabeza de un niño traumatizado?

La sobrevino un temblor al imaginarse a su pobre hijo solo de noche en el bosque si no lograba encontrarlo a tiempo.

A punto de saltar ella misma la valla, oyó un gemido lejano. Muy bajito, casi imperceptible, pero, aun así, real.

¡Era Lenny!

Pero los gemidos no procedían del bosque. Procedían de algún sitio de la casa.

—¡Cariño! —lo llamó lo más fuerte que pudo—. ¿Dónde estás?

Los gemidos se convirtieron en sollozos a medida que se acercaba a la casa.

—Lenny, cariño, puedo oírte, pero no te veo. ¿Dónde estás?

—Aquí abajo. Por favor, mamá, tengo miedo.

Ella se paró en seco, miró alrededor.

—Cariño, sigue hablándome. Dime dónde estás.

—Justo delante tuya. Te estoy viendo.

Annika giró la cabeza hacia la dirección de donde provenía la voz.

Lenny tenía que estar en algún sitio de la casa, pero ya había buscado por todas partes.

De repente, por el rabillo del ojo, vio un movimiento.

Una mano sobresalía de entre los barrotes de la ventana del sótano.

—¡Dios mío, cariño! ¿Qué haces ahí abajo? —gritó mientras se precipitaba hacia él—. ¿Por qué estás en el sótano?

—Alguien me ha encerrado aquí.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué?

—Bajé porque quería saber qué hay aquí abajo y al volver a subir la puerta estaba cerrada con llave. ¡Te llamé, pero no viniste! —Había reproche en su voz.

—Estaba aquí fuera, cariño, buscándote. Te he buscado por todas partes y ahora iba a ir al bosque a seguir buscándote allí.

—¿Me abres? ¡Por favor, Mamá, lo siento de veras!

Ella se quedó de piedra.

—¿No creerás en serio que fui yo la que hizo esto?

Lenny se quedó mirando la cabeza de su madre, su cabello, pero no dijo nada.

—Cariño, te juro que iba a subir a darme una ducha después de mirar cómo estabas, cuando me di cuenta de que no estabas en tu habitación.

—¡Pero alguien me encerró!

¡Linda! Se incorporó rápida como una flecha, corrió hacia la casa, desde allí al sótano, giró la llave. Acababa de abrir la puerta cuando Lenny se abalanzó sobre ella.

—Mi pobre niño —susurró mientras lo estrechaba entre sus brazos. Entonces se apoderó la rabia de ella. Lo miró.

—No te muevas del sitio, ¿entendido?

Lenny asintió con la cabeza.

Fue a la habitación de Linda, entró sin llamar. Su suegra estaba como siempre sentada delante del televisor, sin embargo, se había puesto un chándal. Se giró hacia ella con una mirada interrogante, se asustó un poco al ver lo furiosa que estaba Annika.

—¿Has sido tú? —preguntó lanzando chispas por los ojos—. ¿Has encerrado a mi hijo en el sótano?

Linda soltó un suspiro largo, bajó la mirada.

Luego negó con la cabeza.

—¿No has salido al pasillo ni cerrado la puerta con llave detrás de Lennard?

Linda volvió a negar con la cabeza. Esta vez con movimientos más lentos, como si estuviera tratando con una descerebrada.

Annika apoyó las manos en la cadera, carraspeó.

—¿Sabes lo que pasa, Linda? ¡Que no te creo! Rechazas a mi hijo y es evidente que no es de tu agrado. ¡Y ahora esto! Lenny cree que lo he encerrado en el sótano, cuando fuiste tú quien lo hizo. Tuviste que oírlo gritar mientras yo estaba fuera buscándolo. ¿Por qué no le abriste?

Linda le sostuvo la mirada, cogió aire, luego lo expulsó, aparentemente en un gesto mudo de impotencia y desesperación.

Luego alzó la mano, la señaló con el dedo, abrió la boca.

—¡Tú…!

—¿Qué pasa conmigo? ¿Que encierro a mi hijo y que luego ni lo recuerdo? ¡Eso no tiene ningún sentido!

Linda cerró los ojos, se tensó, abrió y cerró la boca repetidas veces, parecía luchar desesperadamente contra su barrera lingüística. Al final abrió mucho los ojos, la miró triste y afligida a la vez.

—¡Tú…. Loca!

TREINTA
ANNIKA

—¡Que te den! —murmuró tras echar un vistazo a la pantalla del móvil. Furiosa lo metió en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Era la sexta vez que Phil intentaba contactar con ella, pero no se veía con fuerzas para aceptar la llamada y hablar con él.

No le perdonaba que la última vez le hubiera colgado sin más, dejándola más o menos sola con los problemas. Pero había más: desde que habían venido a Francia, a la casa de su madre, se habían distanciado en vez de acercarse. Y no era solo una sensación, había hechos concretos y estaba su manera de actuar que tanto la estaba afectando.

Costaba encontrar las palabras para describir lo que les estaba pasando exactamente. Sin embargo, era innegable que entre ella y Phil se había abierto una brecha que día a día parecía más insuperable.

¿Cómo iba a lidiar con eso? No podía seguir ignorando para siempre sus llamadas. Sumida en sus pensamientos más oscuros, subió las escaleras. Una vez arriba fue al cuarto de baño para prepararse para la noche.

Mientras se cepillaba los dientes, trató de ignorar su reflejo en el espejo. La pérdida de su melena resultaba dolorosa, pero mucho

más dolorosa había sido la reacción de Phil. Se había enfadado con ella por lo del pelo.

De camino a su habitación quiso pasar primero por la de Lenny cuando volvió a sonar el móvil.

¡Phil!

Sin saber qué hacer se quedó mirando la pantalla, luego se armó de valor, aceptó la llamada y pulsó el botón de la cámara.

—¿Se puede saber qué está pasando ahí? —le espetó Phil con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros.

—Ha sido un día con mucho trajín —fue la respuesta vaga.

—¿A qué te refieres? ¿Va todo bien?

Annika sopesó qué contarle y qué era mejor guardarse cuando volvió a oír en su cabeza el balbuceo de Linda del otro día:

¡Él… no… es!

Por muy grande que era su necesidad de pedirle una explicación al respecto de aquella aseveración, decidió no contarle nada. Ya había de sobra con otras cosas.

—Linda encerró hoy a mi hijo en el sótano. —Eso sí se lo contó.

—¿Qué?

—Has oído bien. Eso fue lo que hizo. —Annika repitió su acusación—. Yo estaba destrozada porque no lo encontraba. Estaba a punto de meterme en el bosque para buscarlo allí cuando oí sus sollozos de impotencia. ¡Pobrecito! ¡Estaba encerrado en el sótano, completamente a oscuras!

—Cariño. —Phil trató de apaciguarla, pero ella negó rotundamente con la cabeza.

—No intentes convencerme de que estoy exagerando —gritó con más fuerza de la que pretendía—. Tu madre odia a Lenny y no tengo ni idea de por qué. ¡Joder!

El rostro de Phil se convirtió en una máscara.

—¡Ya está bien, Annika! ¡Baja ya de las nubes! Esto tiene que parar. —Calló, la miró muy serio—. Ya no puedo más, cariño, ¿lo entiendes? Estoy preocupado por ti, por tu estado de ánimo. Tus reacciones, el estrés que te estás causando a ti misma. ¡Esto no es bueno para nuestro bebé!

—¿Nuestro bebé? ¿Eso es lo único que te preocupa? Lennard es tan hijo mío como la criaturilla que llevo en el vientre. Amo a mis dos hijos más que a nada en el mundo y, si tu madre le declara la guerra a uno de ellos, ¡digo yo que tendré todo el derecho del mundo a alterarme! Y ni se te ocurra venirme con la excusa de que tu madre está enferma, ¿me oyes? Tú madre no está tan impedida como creemos. A veces pienso que es todo teatro.

Phil permaneció en silencio, tan solo le lanzaba miradas sombrías. Finalmente carraspeó.

—A mi regreso hablaremos con calma de todo, ¿vale, cariño?

Ella resopló, asintió con la cabeza.

—¿Cuándo va a ser eso?

Él esbozó una sonrisa.

—Mañana por la mañana. —Alejó un poco el móvil para que ella pudiera ver que estaba haciendo las maletas.

La atravesó una oleada de alivio.

—Esa es la mejor noticia que he tenido en días. —Cerró los ojos por un momento, respiró hondo, volvió a abrirlos para mirarlo—. ¿Puedo fiarme de ti? ¿De verdad vas a venir mañana?

Él asintió, pero ya no sonreía.

—¿Serás capaz de aguantar un par de horas más con mi madre, sin que os tiréis de los pelos?

Ella hizo una mueca.

—Muy gracioso. ¡Pregúntaselo a ella!

La llamada dejó a Annika alicaída. Cada pelea con Phil le costaba demasiadas fuerzas. A eso había que añadir que en estos momentos se sentía de todo menos fuerte. Tenía las hormonas revolucionadas desde el comienzo del embarazo. Cualquier nimiedad la hacía llorar, perdía los nervios a la primera de cambio, reaccionaba con demasiada intensidad ante todo.

Respiró hondo, guardó el móvil, fue a la habitación de Lenny.

Se acercó sigilosamente a su cama para no despertarlo, pero al llegar, él apartó las mantas de golpe.

—¿Puedes quedarte un poquito, mamá? —preguntó adormilado, era la voz de su niño, el de siempre.

Se le encogió el corazón.

Se metió debajo de las mantas, lo abrazó, frotó su cara contra la espalda de él, inhaló su dulce aroma. Chicle y arándanos, el gel favorito de Lenny desde que tenía tres años.

—Te quiero, mami —farfulló, la agarró de la mano para pegarse más a ella, suspiró contento. Permanecieron así tendidos un buen rato, disfrutando de la cercanía del otro, sin más, cuando de repente el cuerpo de Lenny se tensó.

—Antes, ¿te peleaste con Phil por mi culpa?

Annika, que estaba a punto de quedar dormida, despertó de golpe.

—¡Claro que no! Fue por Linda, por encerrarte en el sótano.

—Últimamente siempre estáis discutiendo —susurró él—. Eso me pone triste, mamá. A veces pienso que Phil ya no me quiere como antes. Desde que estamos aquí casi no habla conmigo. Y tampoco quiere jugar conmigo.

—Pues cuando vuelva mañana, pídeselo —sugirió ella—. Pídele que juegue contigo al fútbol o a lo que sea, pero juntos. Podríais hacer una excursión a la playa.

—¿Crees que Phil va a querer?

—¡Por supuesto! Te quiere mucho, cariño. Ya lo sabes.

Silencio.

Luego un suspiro.

—Creo que Phil está así porque está muy preocupado por ti.

Annika se quedó de piedra, lo abrazó con más fuerza.

—¿Por qué lo dices?

—Pasas mucho tiempo conmigo. Siempre te pones de mi lado.

—Soy tu mamá, cariño, y las mamás hacen eso. Pasar todo el tiempo posible con sus hijos porque llegará el día en el que tendrán que soltarlos y dejarlos volar.

—Yo seguiré queriéndote mucho. Más que a nada en el mundo.

Ella se rio.

—Lo dudo mucho, pero es el ciclo de la vida. Tenemos hijos, los criamos, dejamos que se vayan para que puedan tener sus propios hijos.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—A lo mejor deberías soltarme ya y no esperar a que sea mayor. Así las cosas entre Phil y tú volverán a arreglarse.

Annika empezó a sudar, sobresaltada.

—Por favor, no digas esas cosas —farfulló preocupada—. ¡Me das mucho miedo! —Lo sacudió ligeramente, pero él no reaccionó—. Phil es mi marido y lo quiero, por supuesto, pero tú eres mi hijo, mi Todo… Lo sabes, ¿a que sí? No me puedo imaginar la vida sin ti. ¡Y tampoco quiero hacerlo!

Se calló, escuchó atenta la respiración de Lenny.

Se había quedado dormido.

TREINTA Y UNO
ANNIKA

La despertó un martilleo.

Adormilada se tapó la cabeza con las mantas, tratando de ahogar el ruido.

Ya casi se había vuelto a quedar a dormir cuando lo oyó de nuevo.

Implacable, exigente, ruidoso. Demasiado ruidoso como para ignorarlo.

Era como si alguien estuviera al otro lado de la puerta, golpeándola con el puño.

Parpadeó confusa, palpó a tientas en busca del móvil que había dejado en la mesilla de noche, lo encendió. Eran las tres de la madrugada. ¿A quién demonios se le ocurría despertar a la gente en plena noche?

Más golpes.

¡Lenny! Si oía los golpes, despertaría, se asustaría y, en el peor de los casos, no pegaría ojo durante el resto de la noche.

Se enfadó.

Apartó las mantas de golpe, sacó las piernas de cama, bajó a la planta baja. Ya casi en la puerta se dio cuenta de que solo llevaba una camiseta corta y que iba descalza.

Da igual, pensó. Quien estaba molestando debía enterarse de que la había despertado de malas maneras.

Accionó el picaporte y, apenas hubo abierto la puerta, entró Catrin, con una mujer joven de remolque, pasando sin más a su lado.

—Vale… —murmuró Annika, completamente sobrepasada por la situación, se las quedó mirando mientras se lanzaban hacia la habitación de Linda.

Cerró la puerta y las siguió, mientras una sensación rara se iba apoderando de ella.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó. Entonces recordó que Catrin no hablaba su idioma.

La joven se giró hacia ella.

—Soy Monique. Catrin es mi madre y estamos aquí porque Linda nos ha mandado un mensaje. Necesita nuestra ayuda —explicó la joven hablando un inglés perfecto.

Annika alzó las cejas.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué iba Linda a llamaros a vosotras si necesitara ayuda? Yo estoy aquí, podría haberme acercado a mirar qué le pasa. ¿Por qué no me llamó? Hubiese oído sus voces.

Monique la miró indecisa, luego se giró hacia Catrin y Linda y habló con ellas en francés. Volvió a dirigirse a Annika.

—Linda dice que le tiene miedo, Annika. Parece ser que estuvo usted en su habitación y la pegó.

Annika dio un paso atrás, soltó una carcajada que incluso a ella le pareció risa de histérica.

—¿Que la he pegado?

Monique asintió, atenta a Linda y a ella.

—¿Se puede saber qué mierdas vas contando por ahí? —le espetó Annika a su suegra, dio un paso hacia ella. La mujer se encogió instintivamente, protegió su rostro con el brazo sano.

Annika palideció al descubrir los moratones en el brazo de Linda. Eran marcas de dedos y – no le cabía la menor duda – no las tenía cuando le había dado las buenas noches.

Tampoco fue hasta ese momento que se fijó en el labio y el ojo hinchados de Linda.

—¡Eso no he sido yo, Linda! —exclamó consternada—. Estaba durmiendo hasta hace nada. ¿Cómo puedes afirmar algo así?

Linda se puso a llorar.

Annika desvió la mirada hacia Catrin, luego hacia la hija de esta.

—¿Por qué iba a querer darle una paliza a mi suegra? —le preguntó a la joven, usando también el inglés como idioma de comunicación.

—Linda dice que desde que llegaron se comporta usted de una manera extraña y que le tiene mucho miedo. Dice estar muy enfadada con Philly por haberla expuesto a semejante situación.

—Jamás le he tocado un solo pelo a Linda —insistió Annika, acentuando cada sílaba, aunque con la voz temblorosa por la rabia —. Fue todo lo contrario. Es Linda la que se comporta muy rara desde que se ha ido Phil. ¡El otro día le lanzó un sándwich a mi hijo y ayer lo encerró en el sótano! ¡El pobre estaba asustadísimo!

Observó a Monique diciéndole algo en francés a su madre, la cual, a raíz de eso, la miró consternada a ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Monique—. ¿Por qué me mira su madre de esa manera? Como si me hubiese vuelto loca.

De repente, la joven no se vio capaz de seguir mirándola a los ojos. Se centró en un punto fijo en el suelo mientras que entre su madre y Linda había estallado una discusión. Al final, Monique volvió a mirarla.

—Siento mucho lo de su hijo —soltó.

Annika frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

La joven tragó, luego miró incómoda a su madre.

Pero no llegó nada más. Se extendió un manto de silencio sobre ellas y las miradas afectadas de las tres mujeres se clavaron en ella.

¡Lenny! ¡Le ha pasado algo a Lenny! Annika inspiró hondo, se recompuso, salió corriendo de la habitación, subió las escaleras, abrió de un tirón la puerta del cuarto de Lenny – se acercó a la cama con el corazón saliéndole del pecho.

¡Lenny! ¡No estaba!

Le vino a la cabeza lo que acababa de decir la hija de Catrin.

«Siento mucho lo de su hijo.»

Tragó aire.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

Su corazón palpitaba, martilleaba en un *staccato* frenético contra sus costillas mientras ella se precipitaba escaleras abajo.

—¿Dónde está mi hijo, maldita sea? —soltó una vez se hubo vuelto a reunir con las otras mujeres en la habitación.

Monique se giró hacia ella. Catrin se había acomodado en la cama junto a Linda y le estaba aplicando una pomada en los hematomas.

—¿Qué ha dicho?

Annika se dio cuenta de que había hablado en alemán, así que repitió la pregunta en inglés.

La joven sacudió la cabeza para indicar que no la entendía. También Catrin y Linda la estudiaron con el escepticismo reflejado en sus rostros.

De repente se hizo un silencio absoluto en aquella habitación.

—No entiendo a qué se refiere —lo rompió Monique, mirándola incómoda—. Linda dice que usted no tiene ningún hijo.

TREINTA Y DOS
DAÑOS COLATERALES Y UN PEÓN SACRIFICADO

SEIS MESES ANTES

Si alguien llega a preguntarme alguna vez – en mi lecho de muerte, por ejemplo – qué es de lo que más me arrepiento, solo habrá una única cosa.

Los daños colaterales de mis acciones.

Pero vayamos por orden y empecemos por una aclaración importante. Mis acciones, si se me permite llamarlas así, estaban todas justificadas y no me arrepiento de ninguna de ellas.

No me arrepiento de no haber ayudado a mi mejor amiga Sophie cuando tuvo el accidente en nuestra piscina, ni que los dos chavales de mi clase tuvieran el accidente. Uno de ellos lleva décadas criando malvas y el otro tiene que arreglárselas atado a una silla de ruedas. Lo que me inquietó un poco en su día fueron los daños colaterales del accidente. Una mujer joven y su hijo pequeño murieron cuando la caja del camión volcó sobre el coche en el que iban. Tras una inspección exhaustiva por parte de la policía resultó que parte del accidente había sido responsabilidad de la empresa de transporte por no haberle hecho un mantenimiento a fondo al camión.

Y luego está lo de mi antigua niñera…

¿Cómo se suele decir? Cada quien es artífice de su propio destino. Pues justo eso aplica a la desgracia que se buscó esa desvergonzada e irresponsable. Desafió el destino, el suyo y el mío, y recibió lo que se merecía.

No me da pena que la chica tuviera que morir, sino que mi madre fuera la víctima.

Y hay algo más de lo que me arrepiento. Y de todo corazón. Lamento haberle concedido tiempo a mi padre, no haberlo matado antes de que dejara a mi madre tullida y le rompiera el corazón a mi esposa.

Un gemido me arranca de mis pensamientos turbios y he de obligarme a volver al aquí y ahora.

La sangre en el parqué es roja y espesa. Se cuela muy despacio entre las rendijas estrechas de los listones de madera.

Contemplo la cara destrozada, la herida abierta en la parte izquierda del cráneo, ahí donde la sien se ha hundido a causa de mi primer golpe. Cierro los ojos durante un instante. No porque la escena me resulte insoportable ni asquerosa, sino porque me cuesta mirar ese ojo que todavía no se ha hinchado lo suficiente como para cerrarse del todo.

Esto no estaba planeado, ni siquiera lo he hecho de manera consciente. Vine para darle una sorpresa a la mujer que amo. Y ahora, he aquí esta porquería.

Se me escapa un jadeo furioso.

¡Padre!

¿Por qué tuvo que inmiscuirse? ¿Por qué, tras todos estos años de silencio, tuvo que contárselo a alguien precisamente hoy?

¿Fue su maldad la que lo llevó a destrozarme la vida precisamente hoy y después de cargar ya con Madre sobre su conciencia? Siento cómo se me agarrotan los músculos de pura rabia.

Cuando vuelvo a mirar, ese ojo sigue estudiándome.

Es como si quisiera burlarse de mí y decirme:

«¡Eres un perdedor! ¡No has podido conmigo!»

Me cuesta tragar porque soy consciente de que no cuento con mucho tiempo para borrar mis huellas, hacer que todo parezca un atraco. Aunque antes…

Deslizo los ojos hacia la caja torácica que yace en el suelo a mis pies. Sigue subiendo y bajando ligeramente, lo que significa que tengo que acelerar el proceso.

Extiendo mi mano para agarrar el florero de plomo, a punto de asestar otro golpe, oigo un ruido a mis espaldas.

En vez de girarme, quedo como en trance mirando la mujer tirada en el suelo.

Se abre su boca ensangrentada, deja a la vista unos cuantos dientes rotos, pero aparte de un graznido de desesperación no sale ningún sonido entendible.

Entonces empieza a temblar su cuerpo. Es casi como si sus últimos vestigios de vida se movilizaran para decir algo.

Se oye un jadeo.

Luego oigo un llanto detrás de mí.

Dios, no, por favor, no, es lo que me pasa por la cabeza y de repente me doy cuenta de que hay otra cosa más de la que seguramente me arrepiente al final de mi vida.

Inspiro hondo, noto que se me revuelven las tripas.

No quiero hacer esto, bien lo sabe Dios, pero no me queda otra. Noto el amargor de la bilis en la boca, tengo que controlarme en serio para no perder los nervios. Luego me doy lentamente la vuelta.

Para la mujer tirada en el suelo hay tiempo. No va a ir a ninguna parte.

El problema que está a poco más de dos pasos de mí es mucho mayor.

Suspiro, aterrado clavo mis ojos en los dos ojos azules, muy abiertos.

No tienes otra alternativa, no te queda otra, me digo para infundirme ánimo.

¡Aunque con ello no solo le partiré el corazón a la mujer que amo, sino que, además, su mundo entero se desmoronará!

TREINTA Y TRES
ANNIKA

Durante varios segundos que se extendieron hasta el infinito, en la estancia reinó el silencio.

Luego resopló con fuerza.

—¿Se ha vuelto usted loca? —recriminó Annika a la joven—. ¡Por supuesto que tengo un hijo! Se llama Lenny. La madre de usted lo vio cuando llegamos.

Monique le dijo algo a su madre, luego volvió a mirar a Linda.

—Mamá dice que no había ningún niño. Y Linda también dice que Phil y usted vinieron solos. —La joven se interrumpió, miró desesperada hacia las otras dos mujeres, luego otra vez a ella—. Oiga, ¿no será mejor que llamemos a un médico? Creo… creemos que necesita usted ayuda. Urgentemente. Philippe no debió haberla traído así en este estado.

¡No, no y otra vez no!

En cuestión de segundos toda la rabia que Annika había ido acumulando estalló y tomó el control. Apartó a Monique de un empujón, con tanta fuerza que la golpeó contra el armazón de la cama.

—¡Miente! —gritó Annika quebrándosele la voz. Luego miró a Linda—. ¿Qué jueguecito de mierda te traes entre manos? ¿Phil está al tanto?

Nadie contestó. Todas, excepto ella, parecían paralizadas de espanto.

Soltó una risa amarga.

—¡Claro! —dijo llevada por la frustración—. Por supuesto que está al tanto. —Miró a Linda, luego al dúo madre-hija—. ¿Dónde está mi hijo? ¡Si no me lo decís, llamo a la policía!

Silencio incómodo.

Monique carraspeó, sin embargo, se mantuvo a distancia.

—Linda dice que Philippe le contó que Lenny estaba con la madre de usted cuando ocurrió. Que él también… —Sacudió la cabeza, se calló, bajó la mirada.

Annika notó que se estaba mareando.

Se apartó de las tres mujeres, pero sin perderlas de vista.

—Lenny no estaba con su abuela cuando la asaltaron. ¡Estaba conmigo en casa!

Monique alzó la cabeza, pero sin mirarla.

—Lo siento, Annika, pero eso mismo fue lo que Philippe le contó también a mi madre cuando llegaron ustedes aquí. Que en aquel atraco mataron tanto a su madre como a su hijo. Y que por eso ahora usted tiene problemas psíquicos. Usted niega la realidad, ¿entiende?

—Miente usted. —La voz de Annika apenas fue un susurro. Era como si en cuestión de una milésima de segundo toda energía hubiera desaparecido de su cuerpo. Se dejó caer al suelo, negó con la cabeza—. Eso no es verdad —balbuceó una y otra vez, cerró los ojos.

De repente surgió una imagen en su mente.

¿Qué había ocurrido aquella aciaga mañana después de haberle contado a Phil el día anterior que iba a ser padre?

Nada, solo vacío.

Trató de rememorar aquel día, antes de decírselo. ¿No había llevado a Lenny a casa de su abuela para, durante una cena romántica a solas, contarle a Phil la buena nueva? ¿Sin que nadie los molestara, todo muy romántico?

Trató de concentrarse. Sin embargo, en su cabeza había algo, una barrera, que estaba bloqueándole los recuerdos.

¡Había sido su madre y no Lenny la que había muerto aquella noche! Esa era la verdad, ¿o no?

Tragó. Se concentró.

Aparecieron imágenes nuevas, fragmentos.

Nada más entrar en la casa, ya había sabido que algo no iba bien. ¿Sería por el olor fuerte o por el silencio sepulcral que reinaba? No sabría decirlo.

Entonces la había encontrado… en el suelo de la cocina, en medio de un charco monstruoso de sangre. Apenas reconocible.

Annika tragó para bajar las arcadas al ver en su mente y con total nitidez la imagen de su madre muerta. Sus manos se convirtieron en puños, sacudió la cabeza.

¡No! ¡Aquel día aciago solo había encontrado a su madre!

¡Estaba completamente segura!

Trató de pensar en otra cosa, pero ya era demasiado tarde. La barrera en su cerebro fue cediendo poco a poco, revelando a cada paso recuerdos repartidos en diminutos fragmentos.

Los tenis favoritos de Lenny colocados junto a los de su abuela.

La mochila del colegio tirada en el pasillo.

Jadeó.

Por fin reconoció que la imagen horrible de su madre no era lo único que su mente le había ocultado hasta ahora y encerrado bajo llave – para protegerla.

Un dolor agudo le atravesó el pecho.

Los pensamientos inundaron su cabeza en un intento por transmitirle algo.

Linda, que parecía no soportar a Lenny. Lo había ignorado desde el primer día.

Le había lanzado comida, se había comportado como una loca. Pero ¿y si en realidad la loca era ella?

Se rodeó el cuerpo con los brazos, se encogió sobre sí misma.

Luego, el comportamiento de Phil hacia ella. Sus palabras diciendo que ya no aguantaba más.

Y por último, todos los incidentes extraños ocurridos en la casa desde que se había ido su marido.

Alzó los ojos, miró a Linda, que ya no la observaba con odio, sino llena de lástima. Igual que las otras dos mujeres presentes.

Annika se levantó mal como pudo, fue hacia su suegra, cogió el brazo de esta, estudió los hematomas. Luego puso los dedos sobre los moratones.

—He sido yo —susurró con tan poca voz que casi no se la oyó, miró a Linda. Esta asintió con la cabeza y lágrimas en los ojos—. Y el caos aquí abajo, mi pelo, la puerta del sótano cerrada con llave, todo eso también he sido yo. —Volvió a sentarse en el suelo, ahora al lado de Linda, luego alzó la mirada hacia Monique—. ¿Puedo utilizar su móvil un momento?

La joven asintió con la cabeza, se lo tendió.

Con dedos ágiles marcó el número de la única persona en la que confiaba – tanto como había hecho en su madre. Dejó que sonara, se preparó y vio, finalmente, la cara de su mejor amiga en la pantalla.

—¡Dios mío! —exclamó esta, mirándola aún medio dormida—. Pero ¡qué pintas tienes, cari! ¿Qué ha pasado?

—Solo una pregunta —dijo Annika, yendo directamente al grano, con voz temblorosa a causa del miedo. Cogió aire, se concentró para formular la pregunta cuya respuesta en realidad no quería oír, pero quería… no, necesitaba una certeza del cien por cien—. Lenny… ¿de verdad está… muerto?

Sarah se la quedó mirando espantada, abrió la boca, volvió a cerrarla acto seguido.

—Por favor —insistió Annika, consciente de que su propia voz le sonaba extraña—. ¡Tienes que decírmelo! La noche que mataron a mi madre, esa noche, ¿perdió también la vida mi hijo?

Sarah la miró, rompió a llorar, pero asintió.

—Sí, cari —emitió entre dos sollozos—. Esa noche también murió tu Lenny. Y ojalá hubiera podido darte ahora otra respuesta.

TREINTA Y CUATRO
ANNIKA

—¿Cómo se encuentra? —Monique la observaba con cara de preocupación.

A Annika le costó entender a qué se refería. Estaba confundida, la cara de la joven se borraba ante sus ojos una y otra vez. Tan solo se fijó en que parecía trasnochada.

Ahora también se inclinó Catrin sobre ella y le dijo algo en francés a su hija. Esta tradujo.

—Nos ha dado un susto de muerte.

Annika pestañeó. *¡Susto!*

Miró a su alrededor, vio que ya no se encontraba en la habitación de Linda. Estaba tendida en el sofá del salón. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Se incorporó.

—¿Qué ha pasado?

Las otras dos se miraron inseguras, luego se dirigieron hacia ella.

—Se desmayó usted, Annika, así sin más —explicó Monique—. Mi madre y yo la trajimos aquí para que pudiera descansar.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Al principio solo un par de segundos… —Monique se interrumpió, parecía no tener muy claro qué decir.

—¿Y luego? No lo recuerdo.

—Recuperó usted la consciencia por un momento —dijo Monique —. Y recordó… bueno… parece que fueron demasiadas emociones—. Volvió a callar, la miró con compasión—. Siento muchísimo lo que le pasó a su hijo Lenny y a su madre.

¡Lenny!

El nombre aceleró su corazón. Se incorporó, quiso correr hacia la planta de arriba cuando se dio cuenta del significado de las palabras de Monique. Y luego recordó la conversación telefónica con Sarah.

Había hecho preguntas y recibido respuestas que le habían partido el corazón en mil pedazos. De repente todo había cobrado sentido.

—Lenny… —emitió entre sollozos.

Su hijito estaba, efectivamente, muerto porque un monstruo desalmado se lo había arrebatado. ¡Así sin más!

Ocultó el rostro tras las manos, se encogió cuando la sacudió un golpe en la barriga.

Rápidamente colocó la mano en la tripa, inspiró hondo. Le costó porque el dolor pesaba sobre ella como plomo. Pero tenía que seguir viviendo, como fuera, porque ya no estaba sola. Ahora también estaba el bebé en su barriga. El hermanito de Lenny.

Se encogió de dolor al tomar conciencia de que su hijo había muerto sin llegar a saber que pronto se convertiría en un hermano mayor.

Miró a las dos mujeres.

—No sé lo que me pasa.

Catrin bajó los ojos, pero Monique la miró muy seria, se acercó, se sentó a su lado.

—No soy médica, pero creo que ha sufrido usted una especie de colapso emocional. Por eso desarrolló usted las alucinaciones con Lenny que, al menos a usted, le parecían completamente reales. Como lo quería usted tanto, no podía soltarlo.

Annika oyó las palabras y entendió. No fue capaz de decir nada. Tenía un nudo en la garganta.

—No se trata de ninguna locura —dijo Monique y le cogió la mano para transmitirle su empatía—. Lo que pasa es que es terriblemente triste. Linda trató de decírselo, intentó hacerle ver qué

estaba pasando porque la estaba asustando. Nunca quiso hacerle daño.

Annika asintió.

—Por eso hice todas esas cosas. Destrocé la casa, desfiguré mi cabello y le pegué a Linda. Porque algo dentro de mí sabía que estaba perdida en una quimera.

—Puede que también fuera por un sentimiento de culpa. Las madres tendemos a querer proteger a nuestros hijos las veinticuatro horas del día y nos olvidamos de que crecen, de que algún día incluso serán adultos, en la mayoría de los casos mucho antes de lo que nos gustaría. Sin embargo, hemos de darles la oportunidad de adquirir sus propias experiencias, aunque nos cueste por culpa de esa necesidad instintiva de protegerlos que llevamos en nuestro interior.

—¿Usted también tiene hijos?

Monique asintió sonriendo.

—Un bebé. Emma. Acaba de cumplir un mes.

Annika la miró con ojos inundados en lágrimas.

—¿Cómo voy a poder seguir viviendo sin mi hijo? —Se calló, buscó desesperadamente las palabras adecuadas—. Sé que tengo que controlarme y no perder el juicio por el bien de mi bebé, pero no sé cómo hacerlo. Aún no.

—Aprenderá —la animó Monique con cariño—. Cada día un poco más.

—Lo echo tanto de menos —susurró Annika.

—Está con usted —respondió la joven, la miró muy seria—. Estoy convencida. Él querría que siguiera usted adelante, que viviera su vida.

Annika tragó, quiso levantarse.

—¿Quiere que la ayude? —se ofreció Monique,

—Solo quiero subir al piso de arriba a coger mi móvil. Tengo que llamar a mi marido.

Monique miró a su madre, llevada por el pánico, luego otra vez a ella.

—Deberíamos volver con Linda, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Catrin se había acercado, la estaba mirando. Luego le echó una mirada extraña a su hija y asintió vehementemente con la cabeza.

—Vale, *maman* —murmuró Monique y volvió a dirigirse a Annika —. *Maman* tiene razón: tengo que contarle toda la verdad.

—¿Es que hay más? —preguntó Annika con la voz quebrada.

—Mientras estaba usted inconsciente, estuvimos conversando con Linda. O mejor dicho, lo intentamos. Su suegra transcribió unas cuantas palabras y hemos llegado a la conclusión de que… —Se interrumpió, sacudió la cabeza—. Esto me resulta muy difícil —emitió para disculparse—. ¡No debería llamar a su marido! ¡Bajo ningún concepto!

Annika se sobresaltó.

—¿Por qué no? No entiendo.

Monique volvió a comunicarse con su madre, que parecía querer convencerla de algo, a la vez que subrayaba sus palabras asintiendo con la cabeza.

—Su marido, Philippe —dijo Monique con voz baja, como si le costara articular aquellas palabras—. ¡Es un asesino!

TREINTA Y CINCO
ANNIKA

Annika clavó los ojos en Monique, consternada.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Linda guardó silencio todos estos años. Mi madre y yo también nos acabamos de enterar. —Hizo una pausa para serenarse—. Como ya he dicho antes, las madres tendemos a querer proteger a nuestros hijos ante todo y todos. Linda también lo hizo y con ello cometió el error más grande de su vida.

—Sigo sin entender —balbuceó Annika.

—Philippe mató a una niña. Eso fue hace muchos años, cuando apenas tenía trece. Ella era su niñera y él la apuñaló sin más. Afirmó que ella lo había atacado y Linda le creyó. Por el amor que sentía por su hijo incluso estuvo dispuesta a encubrir ese acto horrendo y enterró el cuerpo en el bosque.

—Eso no…. No… ¡No la creo! —Annika negó vehemente con la cabeza—. ¡No! ¡Jamás! Conozco a Phil. No es ningún asesino. Si no es capaz ni de matar una mosca.

—Aún hay más —dijo Monique, apretándole de nuevo la mano—. La mejor amiga de Philippe falleció en esta propiedad. Hace décadas de eso. Se llamaba Sophie. Linda encontró a la niña sin vida flotando en la piscina. Si he entendido bien a Linda, Phil estaba quieto, mirando impasible el cuerpo muerto en el agua. Linda no paraba de

repetirse que la falta de reacción de Phil se debía al *shock*, hasta que comprendió que había algo más que no estaba dispuesta a aceptar. Luego murieron varias personas en un accidente. Dos de las víctimas eran niños que hostigaban a Philippe en el colegio. A su padre no le cupo entonces la menor duda de que su hijo había tenido algo que ver, pero Linda volvió a no querer creérselo. También puede ser que prefiriera mirar hacia otro lado.

—¿Qué intenta decirme exactamente? —le espetó Annika, consciente de que a esas alturas temblaba de arriba abajo.

Monique emitió un suspiro profundo.

—Linda se enteró de la existencia de usted hace muy poco. Si he interpretado bien las notas que nos ha pasado, la fecha de la muerte de su madre y de su hijo coincide con la fecha en la que el padre de Phil tuvo que ausentarse durante un día. No le contó a Linda qué tenía pensado hacer, pero ella cree que quería ir a casa de la madre de usted para avisarla. Quería avisarlas a ambas de no confiar en su propio hijo. ¿Pilla la relación, Annika?

Annika abrió la boca, volvió a cerrarla acto seguido. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza tanto que ya no entendía nada.

—Creo que el marido de Linda consideraba a su hijo Phil capaz de hacerle algo malo también a la familia de usted.

Annika notó como su interior se convertía en un pedazo de hielo. Cogió aire.

—Entonces, la caída del padre de Phil, ¿no fue un accidente? Fue Phil el que… —No fue capaz de pronunciar las palabras, creyó estar ahogándose. Se aferró a la mano de Monique que seguía sobre la suya.

—Eso me temo.

Annika jadeó, cerró los ojos, se obligó a pensar en otra cosa, pero no pudo.

—Philippe estuvo aquí mientras yo estaba en la clínica.

—Sí, así tuvo que ser. —Monique le dirigió una mirada penetrante —. Es la teoría de la que parte Linda. Ella no llegó a verlo, pero…

—¿Pero…? —En la cabeza de Annika revoloteaban recuerdos fragmentados que iban formando una secuencia cronológica

entendible. Ella había estado internada en la clínica, con su marido constantemente a su lado. Excepto durante dos días… ¡Excepto aquellos dos días! ¿Cuándo había sido exactamente?

Annika se levantó de golpe, fue corriendo hacia la habitación de al lado, la de Linda, que la miró con los ojos muy abiertos.

—Phil mató a su propio padre. ¿Es eso verdad, Linda?

Su suegra asintió, rompió a llorar.

—Y lo disfrazó de accidente.

Otro asentimiento.

—Pero ¿por qué? ¿Y qué llevó a tu marido a romper su silencio después de tantos años? Eso no pudo ser casualidad.

Linda la miró, suspiró hondo. Luego señaló el cajón de una cómoda junto a la pared.

Las rodillas de Annika parecían de goma cuando fue hacia allí y lo abrió. Al ver la foto enmarcada, guardada allí dentro, se sobresaltó.

En su mente volvieron a juntarse recuerdos sueltos para formar otra secuencia.

Los preparativos de la boda. Su madre se había enfadado muchísimo cuando el padre de Phil se había negado a aceptar la invitación a la boda. Así que le había mandado aquella foto de su hijo, rodeado de su nueva familia.

Annika cogió el marco, se lo entregó a Linda.

Tres personas sonrientes le devolvieron la mirada.

Phil, Lenny, ella misma…

—Fue por la foto, ¿verdad?

Su suegra bajó la mirada.

—Tu marido no te dijo nada para no preocuparte. Se marchó sin más para avisar a mi madre, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

Linda alzó la cabeza, la miró a través de ojos tristes.

Annika supuso que su suegra estaba pensando lo mismo que ella en esos momentos.

—Pero en vez de evitar el daño, lo que hizo fue ponerlo todo en marcha.

TREINTA Y SEIS
ANNIKA

Se estuvieron mirando durante lo que pareció una eternidad.

Vieron el espanto, el dolor, la atrasada aceptación de lo monstruoso en los ojos de la otra. Eso las unió de la manera más dolorosa posible.

—Crees que fue Phil, ¿verdad? —Annika rompió por fin el silencio, sintió que le fallaban las piernas. Fue a rastras hasta la cama de Linda, se sentó en el borde del colchón—. El otro día dijiste algo cuando estábamos comentando la muerte de mi madre. Fue algo sobre Phil que tardé en comprender.

Linda siguió mirándola, sin moverse.

—A eso es a lo que me refería —provino desde la puerta.

Annika giró la cabeza de golpe, vio a Catrin y a su hija allí de pie.

—Por eso creo que es mejor que llame a la policía y no a Philippe. Linda está por fin dispuesta a declarar.

Annika miró a su suegra.

—Va a volver a lo largo del día de hoy. Seguramente a lo largo de la mañana.

Linda asintió.

—¿Quiere que me encargue yo? —preguntó Monique.

Annika se giró hacia ella, negó con la cabeza.

—Primero tengo que oírselo decir a él. Luego llamaré a la policía.

—Eso no es una buena idea —protestó Monique—. Philippe es un hombre peligroso como ya sabemos ahora.

—No va a hacerme nada —aseguró Annika—. Estoy embarazada de él. Jamás le haría daño a su propio hijo. Cuando le dije que iba a ser papá, se volvió loco de alegría. No va a arriesgarse a que le pase algo al bebé.

Catrin dijo algo en francés, a lo que Monique le respondió. Entonces la amiga de Linda, Catrin, miró espantada a Annika y soltó una verborrea nerviosa.

—Mi madre dice que ese hombre es un psicópata que no respeta la vida de nadie. Philippe le hizo mucho daño a tanta gente que tampoco se detendrá ante usted o Linda.

Annika se levantó, fue hacia las dos mujeres.

—Lennard era mi hijo. Por eso tengo que oírselo decir. Por favor, entiéndanlo. Tengo que oírle admitir que fue él. Después de eso, llamo a la policía.

—En ese caso, mi madre y yo vamos a quedarnos aquí.

Annika miró a ambas, negó con la cabeza.

—Estoy casada con el asesino de mi hijo. Con el asesino de mi madre. No pienso permitir que, bajo ningún concepto, corran peligro más personas. —Cogió aire, miró a Monique—. Váyase a su casa, junto a su bebé, y llévese a su madre. Linda y yo vamos a estar bien. —Se giró hacia su suegra, alzó las cejas a modo de interrogación—. ¿Estás de acuerdo?

Linda la miró indecisa primero a ella, luego a Catrin y a la hija de esta. Luego asintió con la cabeza.

—¿Lo ven? Todo arreglado. Ustedes se van a su casa y yo les prometo no cometer ninguna insensatez. Esto se acaba aquí y hoy. ¡Se lo juro!

Monique le tradujo lo dicho a su madre, a lo cual Catrin agredió verbalmente a su hija. De repente la miraron las dos.

—*Maman* pregunta cuándo vuelve Philippe.

Annika miró a Linda, la cual dibujó algo con el dedo sobre el edredón.

—¿El avión llega sobre las nueve?

Linda asintió.

—Es decir, aterrizará en menos de dos horas y necesitará otras dos horas más para atravesar el tráfico de la mañana y llegar hasta aquí. —Annika volvió a mirar a las dos mujeres—. Tan pronto pise la casa, Linda les mandará un mensaje. Yo no necesitaré mucho tiempo para averiguar lo que quiero saber. Así que, llamen ustedes al cabo de un cuarto de hora y, si no cojo el teléfono, ¡llamen a la policía!

TREINTA Y SIETE
ANNIKA

Las horas que siguieron se alargaron como chicle y Annika no dejaba de preguntarse cómo era capaz de seguir manteniéndose en pie, de pensar con claridad.

Puede que por el shock.

¡No!

¡Ira! ¡Ira pura y dura!

Estaba eléctrica, necesitaba descargar lo que la estaba impulsando. Lo que por dentro la hacía estar en ebullición, pero por fuera mantener la calma. Lo llevaría a cabo. Llegaría hasta el final. Con sangre fría. Con la misma frialdad con la que Phil había eliminado a su familia y a todas esas personas.

Hasta hacía un par de horas había amado a Phil, había creído firmemente que envejecería a su lado. Pero ahora lo único en lo que podía pensar era en cómo confrontarlo con todo lo que había averiguado sobre él.

Cada músculo de su cuerpo estaba deseando retorcerle el cuello o clavarle un cuchillo en el cuerpo. Pero eso tampoco les devolvería la vida a su madre y a Lenny. El pecho se le encogió una vez más y tuvo que concentrarse en respirar. Se arrastró hasta la habitación de Linda. Su suegra estaba llorando y con los ojos fijos en una cajita abierta que tenía en su regazo. Al ver a Annika, la cerró de golpe.

A petición de Linda, Catrin se la había subido del sótano poco antes de irse en compañía de Monique. Seguramente contenía fotos de Phil niño o cualquier otro recuerdo nostálgico.

Annika se sentó en el sillón frente a Linda.

Guardaron silencio durante unos segundos, luego Linda empezó a moverse nerviosa en el asiento de su silla de ruedas.

—¿Has oído algo?

Annika se levantó de golpe, corrió hacia la ventana, pero ni rastro de Phil. Se giró hacia Linda, que la estaba mirando con ojos tristes. Luego Linda intentó decir algo, pero acabó rindiéndose. Tan solo puso la mano en el pecho y la miró suplicante.

Parecía querer decir *lo siento*.

—No fuiste tú —dijo Annika en voz baja—. ¡Fue tu hijo!

Pero, obviamente, Annika sabía a qué se refería Linda. Si no hubiese intentado proteger constantemente a su hijo descarriado, Lenny y su madre podrían seguir con vida.

Una patadita en su centro le recordó que había alguien más. Un ser inocente que quería vivir. Si no hubiera pasado todo esto, esta vida no existiría.

¡Entonces ahora no estaría embarazada!

Estaría, sería, podría…

¿Cómo solía decir de broma su madre? *Si el perro no se hubiera parado a cagar, hubiera atrapado la liebre*. Un dicho tonto, pero que daba en el clavo.

No era solo el silencio de Linda el que les había costado la vida a los dos.

También estaba el padre de Phil, que había decidido contar la verdad en el peor momento posible.

Estaba su propia madre, que había insistido en mandarle la foto.

Una concatenación de casualidades y acontecimientos que había desembocado en una catástrofe. El único culpable era Phil. Era un enfermo mental, un loco que debería estar encerrado bajo llave.

Un golpe metálico la trajo de vuelta al presente. También Linda parecía haberlo oído. Se había enderezado lo máximo posible, parecía un animal depredador al acecho.

Annika se levantó de golpe de su sillón, le echó una mirada a Linda.

—Avisa a Catrin y quédate donde estás, ¿entendido?

Linda asintió, metió la mano sana – ahora temblorosa – en el bolsillo de la silla.

Se miraron a los ojos hasta que el chirriar de la puerta de la entrada les indicó que Phil estaba en casa.

TREINTA Y OCHO
EL ENGAÑO

Nada más pisar la casa me doy cuenta de que algo ha cambiado. Se respira una especie de energía negativa que casi se puede palpar.

En eso sale de la habitación de mi madre.

Annika, la mujer a la que amo. Me basta una sola mirada para saber que lo ha descubierto. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, pero lo sabe. ¡Lo sabe todo!

Me mira sin decir nada, como queriendo preguntarme por qué, pero en sus ojos veo que mi mirada le basta como respuesta.

Se abalanza sobre mí con un grito distorsionado por el dolor, me golpea con los puños. Me pilla tan de sorpresa que ni siquiera me defiendo.

Luego, de un segundo a otro, su ira parece disiparse. Me contempla sin poder dar crédito, como si fuera un extraño.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —pregunta sin entonación alguna, me clava los ojos como si me estuviera viendo por primera vez—. Mi madre te quería como a un hijo y Lenny… para él eras como su padre.

Como sé que jamás entenderá mis motivos, me callo, la miro, quedo a la espera. ¿Cómo pudo averiguarlo?

El chirrido suave de goma sobre plaqueta me distrae por un momento. Madre sale de su habitación, me lanza una mirada

sombría.

—¿Tú? —sale de mis labios antes de poder frenarlo. Ahora entiendo qué significa.

Annika ya sabe que ha pasado semanas y meses imaginándose la presencia de su hijo. Miro a mi esposa, estudio su rostro, quiero descubrir lo que está pensando ahora que su furia parece haber desaparecido. Pero su rostro es impenetrable como una máscara.

Ya no hay sentimientos, ya no queda amor ni tampoco odio. ¡Solo desprecio en estado puro!

De golpe también comprendo otros hechos relacionados. Mi madre ha conseguido, no sé cómo, comunicarle a mi esposa que Lenny está muerto. Luego una cosa debió de llevar a otra.

Sigo sin entender cómo. Pero una cosa sí que sé: las he subestimado a ambas. Mi mirada se desliza hacia mi madre que no aparta los ojos de mí, indefensa.

Pero ¡eso ahora no importa!

Sé lo que tengo que hacer. Lo que voy a hacer dentro de un rato. Y por primera vez en mi vida lamento algo de verdad. Comprendo lo que significa perder a alguien realmente.

¡Ese bebé! Cuánto me hubiese gustado tenerlo entre mis brazos.

Verlo crecer.

Encontrarás a otra mujer. Tendrás hijos con ella.

Cuadro los hombros con decisión.

Decido que ha de parecer un suicidio. Y entonces asume el control esa parte de mí que desde siempre ha funcionado a la perfección.

Sopeso por un instante la situación, las circunstancias, las consecuencias.

Lo veo claro.

Van a creerme como siempre. Porque es obvio que mi madre se pondrá de mi parte, además, Annika tiene un historial trágico en su haber.

Me abalanzo sobre ella, quiero agarrarla, cuando suena una detonación. Milésimas de segundos después un golpe fuerte sacude mi cuerpo. Como en trance quedo mirando el cañón del arma que sostiene mi Madre.

Acto seguido rompe a llorar y deja caer la cosa esa. El arma – una reliquia de mi padre – va a parar al suelo.

Mis piernas ceden.

Poco después me mareo.

Abro la boca, la palabra *maman* en mis labios. Luego noto el impacto de mi cuerpo contra el suelo.

A duras penas consigo un último parpadeo…

EPILOGUE

El policía miró muy serio a Annika.

—¿Cómo se encuentra hoy? —Sus conocimientos del inglés no eran los mejores, pero bastaban para comunicarse entre ellos

—Ahora mismo, tengo poco tiempo para pensar —respondió ella —. Tengo que ocuparme de Linda y de los preparativos para nuestra vuelta a Alemania.

—Ya me he enterado de que va a llevarse a su suegra, que va a vivir con usted hasta que quede libre un sitio.

Annika se encogió de hombros.

—Ya solo nos tiene a una buena amiga y a mí. Catrin no puede cuidarla las veinticuatro horas del día. Tiene más de setenta y acaba de volver a ser abuela.

—Anda. —El policía sonrió pícaro—. ¿Así que el hijo menor también ya ha pasado por el altar?

—Eso parece.

Annika tragó, miró al policía.

—¿A qué ha venido?

—Philippe ha despertado del coma. Hace un par de días ya. Hemos tenido ocasión de hablar brevemente con él y está dispuesto a confesar.

Annika asintió con la cabeza.

—¿A qué tipo de castigo se enfrenta?

—Ninguno que deba preocuparla a usted. Jamás volverá a andar suelto por ahí. Todas las atrocidades que cometió aquí conllevarán cadena perpetua. Aparte de… —El agente se calló, indeciso.

—¿Qué?

—Según los médicos, no volverá a caminar jamás. La bala le destrozó la médula, por lo que pasará el resto de su vida atado a una silla de ruedas.

—Es decir, ¿no podrá volver a hacerle daño a nadie nunca más?

—¡Se lo garantizo! —El policía la miró con empatía en los ojos—. ¿Y usted? ¿Qué planes tiene ahora?

Annika tragó.

—Me levantaré cada mañana y respiraré. Voy a seguir viviendo, sin más.

—Ya sabe que no me refería a eso.

—Sé que tendré que buscar ayuda y lo haré nada más llegar a casa.

—¿Va a estar bien?

Annika se encogió de hombros.

—El futuro lo dirá.

Cuando se hubieron despedido, Annika volvió a entrar en la casa, chocando casi con Monique.

Miró a la mujer y al bebé que llevaba en brazos.

—¿Quiere cogerla?

Annika asintió, dejó que la joven le colocara aquel fardo en los brazos. Olía a felicidad en estado puro y a talco de bebé. Esbozó una sonrisa melancólica.

—¿A usted cuándo le toca?

—Aún me quedan diez semanas.

Monique quiso decir algo, pero titubeó. Luego pareció encontrar el valor.

—A pesar de todo, ¿va a ser capaz de alegrarse por la llegada del bebé?

—Más bien quiere preguntarme si seré capaz de querer a este hijo como quiero a Lenny. Si seré capaz de mirarle a los ojos día tras día, a pesar de la posibilidad real de que me recuerde al hombre que acabó con mi familia.

Monique tan solo la miró y guardó silencio.

Permanecieron así un rato, sin decir nada, luego Annika inspiró hondo.

—Solo la mitad de este bebé es de Phil. El resto lo he puesto yo. —Se interrumpió en busca de las palabras adecuadas—. Es parte de mí, de Lenny y también de mi madre. Así que sí, a pesar de todo, ¡voy a amarlo!

—¿Y ahora qué?

Annika se encogió de hombros.

—Voy a levantarme cada mañana y respirar. Le acabo de decir lo mismo al policía. Y cuando esté en Alemania, iré a terapia.

—Me refería a él, a Philippe, y a Linda, su madre.

—¡Que se pudra en la cárcel! O en su maldita silla de ruedas…

Sacudió la cabeza.

Ese monstruo jamás vería a su bebé. ¡Ya se encargaría ella de eso!

Un ruido la trajo de vuelta al momento. Se giró, vio a Linda en su silla venir hacia ella. Al ver a su suegra se le formó un nudo en la garganta. A ella era a quien le debía haber sobrevivido su ingenuidad. ¡Cuánto nos podemos equivocar con las personas!

Si Linda no le hubiera disparado a su hijo, ella ahora no estaría aquí.

Ya solo por eso, deseaba de todo corazón que su suegra no tuviera que rendir cuentas por encubrir el asesinato de aquella chica. La pobre había cometido un error y, ahora por segunda vez, ¡había pagado un precio muy alto por ello!

Annika opinaba que ya había sufrido bastante.

Linda le daba mucha pena porque en el fondo era otra víctima más de su hijo. Cuando el padre de Phil se había enterado de la muerte de la chica, se había enfurecido tanto que por un momento había perdido el control.

De ahí la lesión de Linda, como había averiguado Annika.

Su suegra había guardado el informe policial sobre el terrible hallazgo en el bosque – el detonante del ataque de furia de su marido.

Tragó, miró a Linda, le tendió la mano.

—En cuanto a nosotras… ya nos las arreglaremos, ¿verdad?

Su suegra dudó un instante, luego sonrió emocionada, aceptó la mano, la apretó.

Annika miró a Monique.

—Al fin y al cabo, ¡todos los niños necesitan una abuela!

FIN


DANIELA ARNOLD
EN LAS TINIEBLAS DEL BOSQUE
UN FIN DE SEMANA
EN PLENO BOSQUE
LA TRAMPA PERFECTA
UN THRILLER PSICOLÓGICO

SOBRE EL LIBRO

Una bonita invitación
para pasar un fin de semana en la naturaleza,
en pleno bosque.
¡La trampa perfecta!

La coronación de las vacaciones familiares...
Un fin de semana con los amigos nuevos en una isla preciosa en el norte de Alemania. Pero la reunión de amigos, aunque jovial al principio, dará un giro chocante.

El ambiente se viene abajo cuando uno de los niños suelta una acusación increíble.
De repente todo gira en torno a la pregunta más básica de todas:

¿Quién de ellos saldrá vivo de la isla?

Para mi vieja amiga del colegio: C.

Sé que no lees mis libros porque detestas los thrillers. Demasiada violencia, demasiada oscuridad, demasiado miedo.
Pero también sé que de algún modo te has enterado de esto… Y quiero que sepas lo feliz que me hace que, después de tantos años, no nos hayamos alejado.

Muchos cientos de kilómetros que nos separan, dos vidas cargadas de obligaciones.
Y aun así…

Ahí sigue ese NOSOTRAS, que, a lo largo de todos estos años, ha desafiado esta conexión tan especial que ya nos unía antaño. No hemos cambiado… Las dos loquitas de siempre, unidas contra viento y marea.

¡POR NOSOTRAS!

PROLOGUE

Notaba los párpados pesados, todo a su alrededor se había vuelto borroso, la cabeza amenazaba con caérsele sobre el pupitre pequeño que compartía con su compañera de mesa. La libró de quedarse dormida el golpe en las costillas que esta le asestó.

—Te ha preguntado algo —le susurró Anja, a la que todos llamaban Frettchen.

Carraspeó, se irguió asustada.

—No estabas atenta. ¡Como siempre!

—Perdón —murmulló y avergonzada bajó la mirada.

—Esta vez no cuela, señorita —fue la réplica de Frauke Hellmann, profesora en prácticas y su tutora para este curso—. Quiero hablar contigo al terminar las clases. Y hazte a la idea de que hoy vas a quedarte más tiempo del habitual.

Indignada miró a la profesora.

—¡Eso no va a poder ser! Mi madre se preocupa si vuelvo tarde a casa.

—Pues vete pensando en cómo explicarle tu tardanza. Estoy segura de que se te ocurrirá algo. —Le dedicó un gesto serio más y volvió a dirigirse al resto de la clase—. Y ahora espero que haya alguien que me dé la respuesta que la señorita Schmidt me ha quedado debiendo. ¿Algún voluntario?

Ute Lassen, la chapona de clase, alzó la mano.

Frauke Hellmann asintió con la cabeza.

Ute se incorporó de un salto, abrió la boca para responder, cuando un estruendo ahogó el resto de los sonidos. Procedía de fuera. Algunas de las alumnas chillaron con el susto, otras se sobresaltaron, otras se taparon los oídos con las manos.

—¿Qué leches ha sido eso? —gritó Oli, el matón de clase.

—Parecían disparos —opinó su colega Eddy.

Más gritos desde fuera, mientras, en el aula estalló el caos. Los alumnos se levantaron asustados para ir a apretujarse junto a la puerta. Frauke Hellmann se les anticipó, bloqueó la misma con los brazos extendidos.

—Vamos a quedarnos todos aquí —gritó para imponerse a la bulla reinante. Le tembló la voz y resultaba más que evidente que estaba muy asustada—. Hacedme el favor de volver a ocupar vuestros asientos. Voy a cerrar la puerta con llave —dijo y corrió hacia su mesa, sin perder de vista la puerta para que ninguno de sus alumnos saliera. Cogió el manojo de llaves del cajón, regresó con él a la puerta de clase. Con manos temblorosas introdujo la llave, cerró con doble vuelta y respiró aliviada.

Tras echarles una ojeada a los niños, que regresaban a sus sitios y se atrincheraban tras sus pupitres volcados, sacó el móvil y llamó a emergencias.

—Me llamo Hellmann —soltó cuando descolgaron. Cerró los ojos por una milésima de segundos—. Soy profesora en el colegio de secundaria de Ahlbeck. Necesitamos ayuda urgentemente. Alguien ha irrumpido en el edificio y está disparando un arma de fuego. Tienen que venir lo antes posible.

Anja, que imitando a los demás se había acuclillado detrás del pupitre, le hizo una seña.

—¿En serio? ¿Es un simulacro o algo por el estilo?

Pero el miedo que reflejaba Frauke Hellmann con su móvil en la mano, dejó bien claro que no se trataba de ningún simulacro. Su profesora parecía estar perdida y no saber qué hacer.

—Usted también tiene que esconderse —le gritó una alumna, pero Hellmann no reaccionó, estaba en *shock*.

Cuando alguien accionó el picaporte desde fuera, fue como si el vacío de la habitación se expandiera.

—¡Y una mierda! —soltó otra alumna—. ¡Esto no es ningún simulacro! ¡Esto es jodidamente serio!

Anja, su compañera de mesa, cogió aire como un pez, llevada por el pánico le hizo un gesto a Fabienne, que estaba acurrucada tras la silla situada en diagonal frente a ella. De tanto miedo que tenía parecía estar a punto de vomitar.

Otro estruendo. Esta vez no fue ningún tiro.

Más bien parecía que alguien estaba dándole una patada fuerte a la puerta. Y otra y otra…

La madera del marco acabó cediendo y dejó a la vista a una persona vestida con ropa de camuflaje militar que se abría camino a través de la puerta reventada. Llevaba además un pasamontañas por lo que no se le veía el rostro.

Se acurrucó aún más bajo el pupitre volcado, vio a Anja sollozar y barajó la idea de si taparle la boca. No hizo nada, tan solo se tapó la suya para evitar que se escapara ningún sonido.

Una de las chicas lanzó un grito cuando el tipo aquel avanzó entre las filas recto hacia la profesora, que seguía plantada allí de pie, tiesa como un palo.

Se detuvo delante de ella, el esternón se movió de manera violenta bajo la ropa de camuflaje, como si estuviera cogiendo mucho aire. Luego el silencio del aula se vio desgarrado por un estallido fuerte.

Unos cuantos alumnos empezaron a chillar desesperados, al ver a Frauke Hellmann desplomarse y quedar inmóvil en el suelo.

Oli, que siempre tenía que soltar un comentario de los suyos, estaba temblando tanto o más que Fabienne.

El enmascarado le dio un empujón con el pie a Frauke Hellmann, gruñó satisfecho.

Luego volvió a ponerse en marcha, miró detrás de todos los pupitres, hasta descubrir a Adrian y detenerse ante él.

Ella no tenía mucho trato con aquel chico. Solo sabía que era el portero del equipo del colegio. Un ligón que supuestamente cambiaba de novia cada semana.

Otro estruendo.

El grito de la compañera de pupitre de Adrian dio paso a unos gemidos trastornados.

Pero no cayó ningún disparo más.

Gracias a Dios, pensó para sus adentros. Luego miró a Anja, le cogió las manos temblorosas entre las suyas, cerró los ojos.

Nunca había sido muy creyente, pero en estos momentos rezó una oración muda. Necesitaban toda la ayuda posible…

Los pasos del hombre se acercaron.

Al ver las puntas de sus zapatos junto a ella, pensó que iba a vomitar.

Se despidió mentalmente de sus padres, de su hermano, de su mejor amiga, que hoy, por suerte, aquejada de gripe había tenido que quedar en casa.

El tipo aquel dio un paso más hasta quedar justo a su altura.

—Por favor —soltó, alzó la mano para protegerse—. Por favor. ¡Si no le hemos hecho nada!

El hombre le lanzó una mirada penetrante a través de la rendija del pasamontañas y tuvo la sensación de conocer aquellos ojos.

De conocerlos bien.

Cuando el hombre levantó la mano y se quitó aquella cosa de lana, un grito rasgó el silencio aterrador que se había extendido por el aula.

Tardó en entender que había sido ella quien había gritado. Se quedó mirando al hombre… quien en realidad no era más que un chico. Seguía sosteniendo el arma en su mano derecha, aunque no apuntándolas a Anja y a ella, sino apuntando al suelo.

—No entiendo —farfulló ahogada—. ¿Qué significa…? ¿Por qué has…? —Se interrumpió, ocultó la cara tras las manos, lloró desconsoladamente, sin ningún tipo de reparos.

Al notar que le tocaban el dorso de la mano, bajó los brazos, miró fijamente al chico. Se había acuclillado delante de ella y sonreía triste.

Había visto tantas veces aquellos ojos, conocía cada rasgo de su cara, habría podido pintarla de memoria.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó con voz ahogada.

Él suspiró.

—Creo que ya sabes por qué —gruñó.

—Papá va a odiarte por esto —soltó—. Puede incluso que te mate.

Su hermano negó con la cabeza.

—Papá no va a volver a atacarme ni a darme ni una sola paliza más. Mamá no va a tener que seguir aguantando todo ni tener que seguir siendo testigo de cómo ese malnacido me humilla.

Quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos, cuando de repente comprendió lo que implicaba aquello.

—¿Están…? ¿Los has…?

Su hermano esbozó una sonrisa, asintió.

—Les he pegado un tiro a todos aquellos que tienen la culpa de lo que le pasó a Sascha. A cada uno de ellos que me machacó por eso. A todos excepto a los dos gilipollas que por culpa de un resfriado no han sacado el culo de la cama. —Suspiró, sopesó indeciso el arma, se encogió de hombros—. Da igual —dijo, le sonrió —. Supongo que la pasma no tardará en llegar, así que será mejor que acabe con esto.

—Por favor —balbuceó ella—. No me hagas daño.

Él se encogió al oír aquellas palabras, hizo una mueca.

—Jamás te tocaría un pelo —le susurró—. Te quiero, ya lo sabes. Tú eres la única que siempre ha estado de mi lado y me ha apoyado.

Él bajó la cabeza, inspiró hondo.

Al volver a mirarla, tenía los ojos anegados en lágrimas.

Se oyeron a lo lejos las sirenas de la policía que acudía a toda prisa.

—Deja el arma —dijo con firmeza, miró a Thomas—. Entrégate, por favor, y todo saldrá bien.

Su hermano frunció el ceño, la miró como si estuviera tratando con una niña pequeña.

—He matado a ocho personas, hermanita. Nada va a volver a estar bien.

Se levantó, cogió aire, colocó el arma bajo la barbilla.

La miró una última vez más.

—Se me olvidaba. La foto —dijo apurado—. No he podido averiguar quién la hizo y la colgó. Ocúpate de eso.

Quiso incorporarse de golpe, arrancarle el arma de la mano, pero los músculos ya no le respondían.

Otro estruendo más hizo retemblar el aula. A continuación, su hermano se desplomó, la mirada vacía dirigida hacia ella, como para asegurarse de que no solo hubiera oído sus últimas palabras, sino de que también hubiera entendido su significado.

UNO
FEHMARN

MILLA

—¿Cómo vas?

Milla se giró de golpe, miró a Joe.

—¿A qué te refieres?

Él señaló sonriente las maletas.

—¿Has conseguido meterlo todo?

Ella hizo una mueca.

—Parece que me he vuelto a pasar comprando cosas.

—A mí aún me queda hueco en la maleta por si quieres que te guarde algo…

Ella lo miró, se acercó a él, le besó la punta de la nariz.

—¿Seguro que no quieres cambiar de opinión? A los niños les gusta esto. Les encantaría quedarse un par de días más.

Joe frunció el ceño.

—Ya se lo he confirmado a Theo. Sería muy feo echarse atrás ahora. Seguro que su mujer ya ha comprado avituallamiento para todos, para que no nos falte de nada. Y conociendo a Theo, ya habrá elaborado un plan minucioso para todo el fin de semana. —Le sonrió—. ¿Qué es lo que te preocupa realmente?

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Venga, cariño, que nos conocemos. Hay algo que te preocupa.

Ella se encogió de hombros, evitó su mirada.

—Ya sabes que no me siento a gusto con desconocidos y necesito mi tiempo para abrirme a los demás. Y ahora va y me veo obligada a pasar un fin de semana entero con esa gente.

—Theo es un tío genial, Milla. Confía en mí. Y seguro que su esposa también es un encanto.

—¿Cómo lo sabes? No la conoces, no la has visto nunca. Y en lo que se refiere a tu colega, ese tal Theo, a él tampoco lo conoces realmente.

—Eso no es del todo cierto.

Ella negó con la cabeza y lo miró.

—Tú y tus amigos de internet. ¿Cuánto tiempo lleváis chateando? ¿Un par de años, de meses? ¿Cuántas veces habéis quedado en persona? ¿Una vez?

—Dos.

—Sabes a lo que me refiero…

—¿En serio crees que vamos a meternos con nuestros hijos en la casa de un loco que luego va a perseguirnos con una motosierra?

Milla se lo quedó mirando, luego soltó una risita tonta.

—Eres idiota, ¿lo sabes?

—Solo quiero que no te preocupes, ¿vale? Es maravilloso conocer a gente nueva. Y más cuando de ahí puede surgir una bonita amistad, como la que tengo con Theo. ¿No sería maravilloso que tú te llevaras igual de bien con su mujer?

Ella lo miró con la duda reflejada en el rostro, acabó asintiendo.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, ya verás. Y los niños también van a pasárselo en grande, prometido. La propiedad de Theo se encuentra cerca de la playa de Ückeritz. Incluso tienen un lago pequeño. Lenny podría, por fin, aprender a pescar – si quiere, claro.

—No quiere —fue la respuesta que salió como un disparo.

Milla se giró, vio a su hijo, se rio al verle los morros de fastidio que había puesto.

—Sabéis que esas cosas resbaladizas me dan asco. Además, no quiero tener que darle a ningún ser vivo un castañazo en la cabeza,

eso lo tengo muy claro. ¡Eso es de salvajes!

—Y con esto, tema zanjado —comentó Milla las palabras de su hijo de nueve años, sonrió y le mesó el pelo rubio que había heredado del padre.

—Pero no hay quien te saque del agua, al igual que a tu hermana mayor. Josie y tú podéis ir a daros un baño, hacer una cabaña en el bosque, todo eso que les gusta hacer a los niños.

Lenny ladeó la cabeza, se quedó mirando a su padre.

—¿Hay por lo menos conexión a internet? ¡Me voy a volver loco si no puedo usar internet!

Joe alzó las manos al cielo teatralmente y fingiendo impotencia exclamó:

—Pero ¿qué hecho mal? Mi mujer es una paranoica y mi hijo un *friki*, casado con su ordenador.

—¡Papá! —contraatacó Lenny—. Yo no estoy enganchado como Josie. Pero quiero chatear con mis amigos, ¿vale? Además, estoy en medio de una partida. Si paso dos días sin conectarme, van a adelantarme todos los demás.

Joe le dirigió una mirada significativa a Milla.

—Ya —dijo esta sonriendo—. Es culpa mía que nuestro hijo esté mutando. Es que, ¿cómo pudo habérseme ocurrido regalarle un portátil por Navidad?

Joe sonrió, pero Milla sabía que Joe se tomaba aquello muy en serio. Si por él fuera, Lenny no hubiera tenido ordenador ni acceso a internet hasta los doce. Pero dado que todos sus amigos ya contaban con todo tipo de tecnología, había tenido que claudicar. Y así habían acabado teniendo un hijo de nueve años que llevaba el portátil incluso al baño. La situación con la hija no era mucho mejor. El móvil parecía habérsele incrustado en la mano. Josie llevaba el cacharro a todas partes, dependía del *pling* que indicaba que le había entrado un mensaje de WhatsApp.

—Creo que no vais a tener que preocuparos por eso —le explicó Joe a su hijo—. El trabajo de Theo tiene algo que ver con internet. Tiene unas cuantas tiendas y necesita acceso constante a la entrada de pedidos, lo que significa que internet no debería ser un problema.

—En ese caso —fue todo lo que dijo Lenny. Lo que equivalía a un «entonces vale». Volvió a retirarse a la salita del apartamento vacacional para transmitirle la buena nueva a su hermana.

Milla se rio cuando Joe la cogió de la mano y la hizo dar una vuelta como para animarla a bailar con él. Luego la abrazó, la miró muy serio.

—Me cuesta entenderte —le susurró al oído—. Has nacido en la isla más bonita de Alemania y, sin embargo, te niegas con uñas y dientes a volver a pisar tu tierra natal. ¿Por qué insistes siempre en venir solo a Fehmarn o a Sylt? ¿Qué te molesta tanto de Usedom?

Ella lo miró, hizo una mueca.

—Si tienes razón. Usedom es precioso, pero yo prefiero Fehmarn, me gusta más. Además, a ti también te gusta Sylt. Es más, adoras esta isla.

—Sí, pero eso no quita que me interese el sitio del que procedes. Llevamos más de trece años juntos y sigo sin hacerme una idea de cómo es el lugar en el que te criaste.

—Allí no hay nada especial. Ahlbeck es un centro turístico, Joe. A partir de finales de mayo aquello está plagado de gente. Yo ya lo odiaba de pequeña… toda esa gente que bloqueaba con sus coches la única carretera de acceso que une todos los pueblos. No había día en el verano en el que no hubiera atascos. —Se calló, se encogió de hombros—. Por eso me gusta tanto Fehmarn: es un lugar mucho más tranquilo, de contemplación. Aquí se puede desconectar de verdad.

Joe sonrió.

—¿No será que Usedom alberga un antiguo amor con el que no quieres cruzarte?

Milla se rio.

—Me conoces demasiado bien. —De golpe se puso seria—. La última vez que estuve en la isla fue hace quince años cuando falleció mi padre. Era un isleño en cuerpo y alma. Adoraba esa tierra, quiso que lo enterraran allí. Pero mi madre es como yo, mejor dicho, me parezco mucho a ella. Cuando murió Papá, recogió sus bártulos y se mudó a Múnich conmigo. Por eso ya no tengo motivos para querer visitar la isla, ¿entiendes? Mi padre ha muerto, mi madre vive en

Baviera, ¿por qué iba a querer pasar las vacaciones allí si hay sitios mucho mejores?

—¿No te quedan amigos en Usedom a los que te gustaría volver a ver después de tantos años?

Milla dio un pequeño respingo interiormente, porque ese era un tema delicado. Negó con la cabeza, en un gesto demasiado vehemente.

—Para decir la vedad, no.

—¿Y la tumba de tu padre? Al entierro fuiste, pero no volviste nunca más.

—Ya sabes lo que opino al respecto. La tumba solo contiene las cenizas de mi padre, no quién era él, no su esencia. Cuando quiero estar cerca de mi padre, pienso en él y ya. Y eso puedo hacerlo en cualquier sitio. También aquí.

Joe ladeó la cabeza, buscó su mirada.

—Vale, lo he pillado, no te gusta la isla, pero ¿podrías al menos tratar de disfrutar un poco estos próximos días? Hazlo por mí.

Ella se calló. Suspiró y trató de dorarse la píldora. Al fin y al cabo, no era más que un maldito fin de semana. Setenta y dos horas, puede que alguna más. Y Joe llevaba razón en cuanto a lo de la gente. Seguro que eran muy amables. Pero ¿y la isla en sí? Aquel lugar en el que… Desechó los recuerdos sombríos. Podía fingir ser una turista más siguiendo la corriente, contemplar el pasado desde la perspectiva de la distancia.

—Qué más da —soltó—. ¡Tan mal no saldrá!

DOS
USEDOM

SUSI

—¿Y si lo cancelamos todo? —soltó Susi echándole un vistazo a Theo.

—¿Y dejar escapar una oportunidad única? Estamos muy cerca. Si no lo hacemos ahora, no habrá mejor ocasión para quedar.

—No sé yo. ¿Y si no es como te lo imaginas?

—¿Johannes? —Theo echó una carcajada—. Es completamente inofensivo, créeme.

—Solo os habéis visto dos veces, Theo. Y siempre en compañía. No sabes nada acerca de ese hombre. En un chat se pueden decir muchas cosas. Pero lo que más me molesta es que aparezcan a la primera de cambio en la isla. ¿No podríais quedar unas cuantas veces más antes? ¿En terreno neutral?

—Te juro que no es un tío peligroso. Al contrario, cariño. Joe es todo un caballero. Amable, servicial, siempre pendiente de la reacción que provoca en los demás. Es incapaz de hacerle daño a una mosca.

—¡Los abogados no son gente amable! Más bien son unos codiciosos que retuercen la ley para beneficio propio.

—Joe no es de esos abogados. Trabaja como asesor legal para empresas enormes, ¿sabes?

Susi asintió con la cabeza, miró a Theo.

—¿Y ella? ¿Tu colega ha mencionado qué tal es ella?

—He sacado cierta información de las conversaciones que hemos mantenido. También es abogada, pero funcionaria. Creo que os vais a llevar bien.

—Pero ¿y los niños…?

—¿Qué les pasa a los niños?

Susi se giró hacia el columpio en el que estaba sentado Noah mirando al vacío.

—Ya he hablado un par de veces con él. Está al tanto y va a comportarse.

—Es que no me fío del todo de nuestro hijo.

Le guiñó un ojo a su mujer, sonrió.

Ella se relajó un poco, miró a Theo.

—¿Qué planes tienes exactamente para el sábado?

—Joe y yo vamos a ir de pesca, obviamente, y para la cena prepararemos lo que habremos pescado. Vosotras pasaréis el día con los niños. Charláis, vais de compras, a la playa – ya verás cómo va a ser un fin de semana maravilloso. Todo va a salir bien, tal como lo hemos acordado.

—¿Y qué pasa si Noah pierde los estribos? —Alzó los hombros, miró a Theo—. A veces tengo la sensación de no ser capaz de llegar hasta él. No como tú.

—No lo va a hacer —respondió él—. Hemos hablado con él, le hemos dicho lo importante que es este fin de semana para nosotros. Ha prometido controlarse.

—Noah tiene siete años. A esa edad los niños ya son en por sí impredecibles. Pero él… —Volvió a mirar en su dirección, suspiró—. Si empieza a soltar alguna de esas locuras suyas, si le da un ataque de llanto o si se autolesiona como el otro día, ¿cómo voy a quedar yo?

Theo la atrajo hacia él, la abrazó.

—Como una madre que ama a su hijo a pesar de las adversidades.

Permanecieron así abrazados un rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Luego Theo la apartó, le puso el dedo índice bajo la barbilla, le alzó la cara para que tuviera que mirarle a los ojos aunque no quisiera.

—Esto todo ha sido idea tuya, lo sabes, ¿verdad? Me propusiste invitar a mi colega de internet para que nuestras familias pudieran pasar juntas un fin de semana inolvidable.

—Ya lo sé —admitió ella de manera más brusca de la intencionada. No pudo evitar enfurecerse por habérselo recordado.

—Pero decir algo y planearlo mentalmente es muy distinto a vivirlo de verdad. Estoy preocupada, eso es todo.

—¿Preocupada por qué?

—Qué gracioso. ¿Te has parado a pensar qué pasará, si todo lo que pueda salir mal, sale mal? ¿Qué pasa si no nos soportamos o si no conseguimos congeniar? El fin de semana que nos estamos imaginando parte de la premisa de que confiamos los unos en los otros y nos entendemos.

Theo negó con la cabeza.

—Le estás dando demasiadas vueltas, cari. Deja que fluya. Ya se verá lo que pasa. Y en cuanto a Noah… —Se interrumpió, dio unos golpecitos al cristal de la ventana de la cocina para llamar la atención de su hijo.

El pequeño miró al instante en su dirección. Theo le invitó con un gesto de la mano a entrar en casa. Y efectivamente, Noah vino corriendo hacia la casa.

Pocos minutos después, Noah los estaba mirando expectante.

—¿Qué pasa?

Ella se acuclilló delante de él, respiró hondo.

—¿Recuerdas lo que Papi y yo te hemos dicho acerca del próximo fin de semana? ¿Que vamos a tener visita y que tendrás que intentar, bueno, ser normal?

Susi notó una mano en el hombro, alzó los ojos hacia Theo, que la miró con ceño hosco.

—Lo que quiere decir tu madre es que nos gustaría que te esforzaras de verdad. Sé un niño bueno. Nada más, ¿vale? ¿Crees que podrás hacerlo?

Noah asintió con la cabeza, pero no parecía muy contento.

Más bien daba la impresión de que daría lo que fuera para que ese fin de semana se terminara cuanto antes.

Al menos en cuanto a eso, parecían estar de acuerdo y haber un consenso tácito.

Ella le acarició el pelo, aunque sin sentir nada. Al contrario que Theo, que parecía florecer con su papel de padre.

Susi acarició la mejilla de Noah y le clavó una mirada penetrante.

—Solo quiero lo mejor para ti, mi tesorito… Al fin y al cabo, soy tu madre, Noah. ¡No lo olvides!

TRES
DE CAMINO A ÜCKERITZ

MILLA

—¿Falta mucho? —protestó Lenny desde el asiento de atrás.

También Josie, su hermana, no parecía muy contenta.

—Ahora podríamos estar tumbados en la playa o nadando —secundó las quejas de su hermano—. Pero no, en vez de eso, llevamos horas metidos en este montón de chatarra y lo único que podemos hacer es mirar por la ventanilla. Y solo porque a Papá se le ha antojado ir a visitar sí o sí a ese colega raro suyo de la pesca.

Joe le lanzó una mirada estresada por el retrovisor.

—Para el carro, señorita. ¿Cuántas veces he tenido que haceros de taxista a tus amigas y a ti llevándoos a no sé qué conciertos de la historia universal y luego teniendo que volver a recogeros? ¿Me has oído protestar alguna vez? ¡Yo no me he oído! ¡Y tú tampoco! Así que no debe de ser el viaje en coche lo que tanto te molesta.

Josie gimió, provocando con ello una sonrisa de satisfacción en Joe.

—Además, estamos cerca de Nienhagen. Allí vamos a parar, a tomar un descanso y a ir a dar un paseo por el Bosque de los fantasmas. ¿Habéis oído hablar de él?

—¿En serio tiene fantasmas? —preguntó Lenny con interés sincero.

—Es muy posible —contestó Joe risueño—. Pero bueno, el nombre le viene sobre todo porque tiene árboles con formas realmente espeluznantes. Vais a flipar, os lo prometo.

—¿Y después? ¿Cuánto nos quedará hasta llegar a Ückeritz?

—Desde Nienhagen queda poco —explicó Joe—. Y más teniendo en cuenta que vamos a parar también en Salzhaff para comer en un restaurante muy cuco que hay allí.

—Vale —dijo Josie—. Al menos algo guay en un día estúpido como este.

—¿No podrías echarme un cable? ¡Di algo tú también! —le espetó Joe a Milla, la cual, acurrucada en el asiento, se enteraba de la conversación familiar como a través de una cortina de niebla. Giró la cabeza hacia su marido y le sonrió con algo de malicia.

—Por esto vas a tener que pasar tú solito —respondió adormilada —. Pero Bosque de los fantasmas y restaurante suena prometedor. Incluso para nuestra prole quejica.

—¡Esto mola un montón! —exclamó Lenny entusiasmado cuando apenas una hora más tarde estaban en un acantilado de unos quince metros de profundidad observando la bahía. Desde allí se podían ver y admirar en todo su esplendor los árboles nudosos, desnudos y cubiertos de musgo, con sus ramas retorcidas alrededor de los troncos como si fueran dedos demasiado largos.

Incluso Josie accedió a emitir un comentario de entusiasmo:

—¡Es un poco como *El proyecto de la bruja de Blair!*

Milla se giró hacia ella.

—¿Cómo lo sabes? Esa es una peli de terror no apta para menores de dieciséis.

—¿En serio, Mamá? —dijo Josie irritada—. ¡Qué aguafiestas eres! Es una peli completamente inofensiva. No pasa gran cosa.

—Solo que acaban todos muertos —intervino Joe y le dirigió a su hija una mirada de seriedad fingida—. ¿Se puede saber dónde demonios miras esas cosas?

—En casa de Lisa —respondió Josie—. Tiene una tele en la habitación con acceso a Netflix. Ya hemos visto esa y también otras pelis de terror.

—¿Y de qué va? —quiso saber Lenny.

—Un grupo de realizadores jóvenes van a un bosque para investigar y rodar una peli acerca de una antigua leyenda sobre brujas. Creen que no es más que un cuento, pero enseguida descubren que en aquel bosque efectivamente pasan cosas raras. La bruja existe de verdad y al final los mata a todos.

—¡Josie! —soltó Milla, un poco fuerte de más—. ¡Que estás asustando a tu hermano con esa tontería de brujas asesinas!

Lenny la miró con el ceño fruncido, luego soltó una carcajada.

—Mamá, ¿en serio? ¡Que no le tengo miedo a una vieja huesuda que ni siquiera existe!

—¿Qué tal si en vez de discutir acerca de pelis raras disfrutamos sin más de estas maravillosas vistas? —intervino por fin Joe—. A saber cuándo volveremos a este sitio, así que, venga, a sacar los móviles y a hacer fotos. La mejor foto gana.

—¡Yo no tengo móvil, Papá! —se quejó indignado Lenny.

—Te dejo el mío —le dijo Joe—. Y luego me toca a mí.

—¿Y la mejor foto qué se lleva? —quiso saber Josie.

—A ver que piense… —pidió Joe y frunció el ceño—. ¿Qué os parece esto? Quien saque la mejor foto podrá pedir de postre el helado más grande del restaurante de Haff.

Joe había decidido que las fotos que se merecían el primer premio eran tanto la de Josie como la de Lenny por lo que los hermanos disfrutaban a lo grande con sus helados. Milla sin embargo, no paraba quieta. Se levantaba, se acercaba a la ventana, miraba a Joe, quien le devolvía una mirada interrogante.

—¿Se puede saber qué te pasa? Pareces un culo de mal asiento.

—Vuelvo enseguida, ¿vale?

Él asintió, frunció el ceño.

—Solo quiero acercarme un momento al agua, tomar algo de aire fresco y estirar un poco las piernas. ¡Lo necesito!

—¿Estás bien, cariño?

—Desde luego. Es solo que he comido demasiado —bromeó y para subrayar sus palabras, se frotó la barriga.

—Está bien. —Joe sonrió—. Pero no tardes. Nos quedan todavía dos horas y media de viaje y no sabemos si no nos encontraremos con algún atasco. Le dije a Theo que llegaríamos sobre las seis.

—¿Media hora? —preguntó Milla.

—Vale, pero no más —avisó Joe.

—Paga tú y ya luego nos vemos junto al coche.

Él asintió, la miró pensativo.

Ella cogió la rebeca del respaldo de la silla y se dio prisa en marchar antes de que él pudiera hacerle más preguntas que no quería contestar.

Por fin fuera y sola, Milla respiró hondo.

Le temblaban las piernas, y desde hacía rato ya. Desde que habían salido de Nienhagen, se sentía mal. Cada kilómetro que acortaban con su isla natal la estaba afectando.

Cuando hubo llegado a la orilla inspiró el aire del mar, a pesar de que el olor aquí abajo era de todo menos agradable. Olía a agua putrefacta y el agua salobre estaba sucia por culpa del alto contenido salino.

Y aun así, aquí abajo se sentía bastante más a gusto que en el restaurante con su familia.

Había albergado la esperanza de que la locuacidad de sus hijos y los ánimos de Joe la ayudarían a enfrentar el día de hoy con más optimismo, pero había sido todo lo contrario.

Estaba más nerviosa que por la mañana. Todo dentro de ella parecía estar gritándole que huyera. Largarse a las calladas, alejarse de todo lo que se le iba a venir encima. Por nada del mundo quería volver a Usedom. ¡Nunca más!

Cuando Joe la había despertado aquella mañana, su primer impulso había sido rogarle que cancelaran el viaje a Usedom.

Pero había notado la emoción de él, una emoción casi infantil, por pasar el fin de semana con su colega de internet y no había sido capaz de aguarle la fiesta. Joe jamás hubiera entendido por qué le repateaba tanto volver a aquel sitio. ¿Cómo iba a saberlo?

La culpa era de ella.

Desde que se conocían no había sido capaz de hablarle de la peor experiencia de su infancia. Sí, lo había intentado. Una y otra vez. Siempre esperando a que llegara el momento adecuado para contárselo todo. Pero ese momento se había ido retrasando primero de semana en semana y luego de mes en mes.

Hasta que un día se había dado cuenta de que jamás se lo contaría. Ni dentro de un año ni dentro de diez. No quería volver a hablar de aquello nunca más, ni siquiera quería pensar en ello.

Lo malo era que, sin querer, Joe ahora la estaba obligando a enfrentarse al pasado y lo odiaba por ello.

Cerró los ojos, trató de respirar con calma, se concentró en empujar esos pensamientos lúgubres a la esquina más recóndita de su subconsciente, pero en esta ocasión tampoco lo logró.

La vuelta inminente a Usedom pendía sobre ella como la espada de Damocles.

Volvió a abrir los ojos, le echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

No servía de nada.

No sabía cómo, pero de alguna manera iba a tener que sobrevivir los próximos dos días.

Por Joe.

Y en el fondo también por ella.

Al fin y al cabo era la mejor manera de enfrentarse y vencer a sus demonios.

¡Y justo eso era lo que iba a hacer!

Costase lo que costase…

CUATRO
LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

—¿Qué le pasa a Mamá? —quiso saber Josie y se inclinó hacia su padre, sentado en el asiento del conductor, mirando pensativo por la ventanilla.

—No tengo ni la más remota idea —murmuró él—. Puede que no le haya sentado bien la comida.

—¡No me refiero a la vomitona, Papá! Es solo que Mamá parece cabreada. Apenas habla. ¿Os habéis peleado?

—No, claro que no —protestó él—. Está un poco intranquila porque no conoce a la gente a la que vamos a visitar.

—A mí tampoco me mola —soltó Lenny—. ¿Y si son unos pirados?

—Para empezar, Theo no es ningún pirado —contestó Joe y a través del retrovisor le dirigió una mirada penetrante a Lenny—. Y tampoco creo que lo sea su mujer. Son gente normal como nosotros.

—Pues a mí Lenny sí que me parece un pirado —dijo Josie con una risa maliciosa.

—Entonces tú también —contraatacó su hermano—. A ver, ¿a quién le da por querer ir voluntariamente a clases de *shuffling*? Con lo ridículo que es ese baile.

Josie se cruzó de brazos, se quedó mirando fijamente a Lenny.

—Si tan ridículo te parece, ¿por qué practicas a escondidas?

—Eso no es practicar, es imitar —la corrigió él con aire de superioridad.

Su madre regresó con paso vacilante. Sin decir ni una palabra tomó asiento en su sitio de copiloto y cogió el cinturón de seguridad para abrochárselo.

Estaba blanca como la cera.

—¿Va todo bien? —quiso saber Papá y la miró preocupado.

—Arranca, venga —pidió ella con voz apagada—. Ya se me pasará.

—¿Seguro? —insistió él.

Ella tan solo asintió con la cabeza sin decir nada. Al igual que los hermanos. Era como si el mareo de Mamá les hubiera afectado a todos.

Cuando el navegador por fin anunció que tenían que salir de la carretera principal para meterse en una pista de grava que un poco más allá daba paso a un bosque, también a Josie se le puso un nudo en el estómago.

—Pensaba que era una broma, Papá —soltó—. ¿No vivirán en serio en pleno bosque?

—¿Broma por qué? —respondió su padre con una risa tonta—. ¿Acaso no os he prometido una aventura?

Durante un rato, en el coche reinó silencio absoluto.

A Lenny la idea de pasarse los próximos días en mitad de un bosque parecía hacerle tan poca gracia como a ella. Sin embargo, trató de disimularlo mirando por la ventanilla y guardando silencio.

Al cabo de un rato Mamá preguntó:

—¿No has dicho que tienen una casa enorme?

—Sí, tal como la ha descrito Theo, sí —respondió Papá.

—¿Y tú se lo has creído? ¡Venga ya, Papá! —lo regañó Josie—. Quiero decir, ¿qué puede aparecer al final de este camino? La casa será más bien una cabaña.

Lenny se rio.

—Seguro que el colega de Papá es en realidad un brujo que nos ha hecho venir a base de magia. Ya os imaginaréis para qué.

—Anda, ¿para qué?

—Pues para servirnos como menú para la cena. Nosotros seremos la comida.

—Bueno, si tanto sabes… —bromeó Papá—. Espera a ver el resto.

El camino trazó una curva muy cerrada a la derecha y desembocó en un claro. Estaban rodeados de árboles. Y en el centro del claro: aquella casa impresionante.

—¿Y eso qué es? —exclamó Josie—. ¡Eso no es una casa, eso es un jodido palacio! ¡Guau! No me lo puedo creer. —Se frotó los ojos. Aquel edificio impresionante le recordaba un poco la mansión de la familia de Edward Cullen de la segunda parte de *Crepúsculo*.

La fachada principal era casi en su totalidad de cristal y madera de color antracita, lo que significaba que sus habitantes no solo vivían en una casa en el bosque, sino que este, mediante un juego óptico, se fundía con el mismo formando un todo.

—No está mal la chabola —opinó Lenny a su lado.

Apenas hubo Papá aparcado el coche y apagado el motor, fue Lenny el primero en abrir la puerta y apearse.

—Bueno, al menos una que está entusiasmada —bromeó Papá y le dio un codazo cariñoso en el costado a Mamá—. ¿Y tú qué opinas?

—Lenny tiene razón —admitió Mamá—. La casa es una locura. Cuesta creer que les dejaran construir algo así en este entorno.

—¿Vamos? —preguntó Papá, se giró hacia ella.

Josie asintió con la cabeza, también se apeó, fue corriendo tras su hermano que ya se había encaminado hacia la casa.

Al abrirse la puerta y aparecer un tío más o menos de la misma edad de Papá, Josie respiró aliviada. Aquel hombre no tenía pinta de loco. Más bien de *hípster* guay, como los que trabajan en internet y a los que se les ocurren las cosas más disparatadas.

Lenny le sonrió a su hermana.

—¿Te has fijado en el pantalón que lleva?

Josie soltó una risita.

—Eso se llama atrevimiento… ¿Eso es una falda-pantalón para tíos?

Lenny asintió y le dio un golpe a su padre en la cadera.

—Menudo pajarraco has pescado en internet, Papá.

Lo cierto era que el atuendo de aquel hombre le recordaba a Josie la moda de los setenta, con aquellos colores chillones, todo tan ancho… Que ese tal Theo se hubiera atado la melena formando un moño en la parte superior de la cabeza ya no le llamó la atención. Comparado con Papá, hasta lo hacía parecer mucho más joven de lo que seguramente era.

Nada más verlo, el tipo le pareció guapete, pero prefirió callárselo. Ahora comprendía por fin la insistencia de Papá en pasar un par de días precisamente con este colega, de entre los muchos que tenía.

Theo era todo lo contrario a Papá, que jamás llevaría el pelo tan largo ni se lo ataría en una coleta o en un moño. Papá era el típico tío de camisa y demasiado pendiente de su aspecto físico. Se afeitaba todos los días, era casi maniático cuando se trataba de hacerse la manicura. Pero este Theo… Parecía importarle un bledo lo que pensara de él la gente.

Vestía como un *hippy* y, aparentemente, disfrutaba de poder tomarse esa libertad.

A Papá, tan estirado él, tenía que fascinarle Theo.

Se giró hacia sus padres, pilló a Mamá estudiando furtivamente a Theo.

—Creo que a Mamá le mola el colega de Papá —le susurró a su hermano, quien acto seguido hizo el gesto de una arcada.

—Vosotros debéis de ser Lennard y Josephine —dijo Theo, que había llegado junto a ellos. Sonriendo le tendió la mano, primero a ella, luego a Lenny.

—La gente suele llamarme Josie —contestó ella—. Y a mi hermano, Lenny.

Theo sonrió.

—Encantado de conocerte, Josie —dijo y se dirigió a su hermano.

La puerta de casa volvió a abrirse y por ella salió un niño de unos siete años, con el pelo oscuro, casi negro. Con la mirada baja se dirigió lentamente hacia ellos.

—Yo soy Josie —le dijo al pequeño y le tendió la mano, pero este no reaccionó.

Ella miró a su hermano, desconcertada, este se quedó observando con el ceño fruncido al niño.

—Este es Lenny. ¿Te apetece enseñarle tu habitación?

El niño seguía con los ojos clavados en el suelo y Josie se fijó en que estaba temblando, como si les tuviera muchísimo miedo.

—¿Pasa algo?

De nuevo, reacción cero.

Sorprendida se giró hacia Theo, pero este estaba saludando efusivamente a sus padres.

Volvió a mirar al niño.

—¿Nos dices cómo te llamas?

Por fin el niño la miró y Josie dio un pequeño paso atrás al ver la tristeza reflejada en aquellos ojos.

Sin saber qué hacer miró a Lenny.

—Soy Noah —dijo por fin el pequeño. Tenía una voz monótona y como ensayada. Estiró el brazo de manera un poco patosa para darle la mano. A ella le resultó tierno aquel gesto, pero también un poco inquietante.

¿Qué le pasaba a este niño?

No pudo evitar sentir un poco de miedo. Volvió a mirar a su hermano. A este parecía estar pasándole algo parecido que a ella.

—¿Por qué no les enseñas tu habitación? —lo animó Theo. Acto seguido una sacudida atravesó el cuerpo del niño. Hizo un gesto de asentimiento en dirección al padre, la miró primero a ella, luego a Lenny. Luego se dio la vuelta de golpe y salió corriendo hacia la casa.

—¿Sabes lo que más miedo me daría? —susurró Lenny a su lado.

Ella lo miró, se encogió de hombros.

—Que tuviera que dormir en la misma habitación que ese *friki*.

CINCO
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—Esta casa es una locura —le susurró Joe mientras seguía a Theo al interior, donde los recibió el aroma a especias.

—Estoy preparando lomo de corzo —les explicó Theo y se giró hacia ellos—. ¿Os gusta el venado?

Joe asintió entusiasmado y, aunque ella raras veces comía carne, Milla también le sonrió al colega de su marido.

Que cocinara él, la dejó impresionada.

—Mucho, además —contestó ella y se paró para absorber la atmósfera peculiar de aquella casa y su concepto de espacios abiertos.

La cocina, el salón y el comedor se fundían entre sí de manera fluida dado que no existían paredes de separación. La única división eran unas pocas columnas gruesas hechas de troncos trabajados de manera tosca que servían de estática. El mobiliario, sin embargo, era ultramoderno, creando así un contraste muy atractivo. Se sentía casi apabullada y estaba a punto de comentarlo con Joe cuando les llegaron voces alteradas desde arriba.

—Parece que los niños ya están arriba —observó sonriendo.

—Eso parece, sí —contestó Theo mirando hacia arriba—. Subamos nosotros también. Os enseñaré las habitaciones que os ha preparado mi mujer—. Theo los invitó con un gesto a subir por la escalera de caracol y oscura madera pulida que llevaba al primer piso.

—Estupendo —le agradeció Milla, que estaba deseando poder darse una ducha refrescante antes de comer.

—Pues seguidme.

Theo les precedió, siguiendo la algarabía de voces que se seguía oyendo.

Una vez arriba, vieron a Lenny y a Josie viniendo a su encuentro con caras compungidas.

—¿Qué pasa? —preguntó Milla preocupada.

—Noah se ha metido debajo de la cama y no quiere volver a salir. Creo que nos tiene miedo.

Theo emitió un pequeño gemido y con cara de fastidio se giró hacia ella y Joe.

—Tendría que haberos avisado. Mi hijo tiene una especie de minusvalía… un trastorno por así decirlo. Tiene el síndrome de Asperger. Es autista, ¿entendéis? —Luego se dirigió a los niños—. Puede que el comportamiento de Noah os resulte extraño, pero para él es completamente normal. Le cuesta lidiar con cambios y con desconocidos. Por eso le va a llevar un rato acostumbrarse a vosotros. Pero no os preocupéis, no tardará en abrirse.

Milla se dio cuenta de que las explicaciones de Theo habían calmado un poco a sus hijos.

Ella, sin embargo, se sentía como una intrusa y trató de interpretar el rostro de Theo.

—¿Seguro que no os importa a vosotros, y sobre todo a Noah, que pasemos aquí la noche? Bajo ningún concepto queremos ser una carga ni asustar a Noah. Podemos quedarnos en un hotel y luego venir a visitaros durante el día. Puede que así Noah se sienta más tranquilo y no le molestaríamos de noche. —Se calló que ella también preferiría dormir en un hotel.

Theo la observó durante unos segundos, luego negó enérgicamente con la cabeza.

—Ni hablar. Susi y yo hemos hablado con Noah y le hemos explicado que sois amigos de la familia y que no representáis ninguna amenaza. Va a tener que acostumbrarse a la situación. Se está haciendo mayor y no va a poder evitar el mundo para siempre.

Joe asintió comprensivo, pero Milla no lo tenía tan claro.

—Venid —los invitó Theo con una sonrisa, interrumpiendo así el silencio incómodo de Milla—. Voy a enseñaros vuestras habitaciones. —Se volvió hacia los niños—. Lenny, tú compartirás habitación con Noah. Hemos preparado el sofá que está junto a la pared. Tú, Josie, tendrás una habitación para ti sola—. Dio unos pocos pasos, abrió una puerta a la izquierda, la invitó con un gesto de la mano—. Esto es para ti, cielito.

Milla le echó un vistazo al cuarto, dio un resoplido de asombro, igual que Josy.

Las paredes eran de un cálido tono naranja, la cama con baldaquín colocada en el lado izquierdo era tan ancha que ocupaba casi una tercera parte de la habitación. No había armario, sino un sistema abierto de estanterías, todas en blanco, igual que la cama, de cuyo centro salía un escritorio hacia el interior de la habitación. Bajo el alféizar que hacía de sofá enorme al estar cubierto de almohadones esponjosos de color naranja, había estanterías de libros que se extendían por toda la fachada del ventanal.

—Esta habitación es un sueño —soltó Josie con la respiración cortada—. ¿Es que también tenéis una hija?

Theo negó, sonriendo, con la cabeza.

—Susi utiliza esta habitación para venir a leer. Es su sala de lectura. Y también cumple la útil función de habitación de invitados. Los dos tenemos familias muy grandes y solemos tener muchas visitas.

Josie se sentó en la cama con una sonrisa de satisfacción. Luego se levantó y fue hacia el alféizar, se arrodilló y estudió los lomos de los libros.

—Cuántos libros infantiles —observó sorprendida.

—¿A ti también te encanta leer? Mi mujer es una lectora ávida.

Josie asintió con la cabeza y sacó un tocho, lo hojeó.

—Susi siente debilidad por la novela fantástica —explicó Theo señalando la portada, en la que se veía un dragón—. A ella le da igual si son libros para niños, adolescentes o adultos. En ese sentido sigue siendo una niña, lo que me parece entrañable.

—Por cierto, ¿dónde está tu mujer? —preguntó Milla.

Theo sonrió.

—Haciendo la compra.

Milla se lo quedó mirando sin entender, a lo que él se encogió de hombros algo avergonzado.

—¿Cómo decirlo? Mi Susi es un poco olvidadiza… Es su único defecto. Un asado de venado tiene que llevar sí o sí bollos de patata y lombarda. Pues como se le olvidó comprarlos, ha tenido que volver a salir.

Ladeó la cabeza, señaló a Josie, que estaba enfrascada en el libro que había cogido.

—Vuestra hija está ocupada. ¿Os parece si os enseño mientras tanto vuestra morada?

Milla asintió agradecida y cogió la mano de Joe. Juntos siguieron a Theo hasta una puerta al final del pasillo. Inconscientemente apretó la mano de Joe un poco más cuando su anfitrión accionó el picaporte y abrió la puerta.

—Bienvenidos. Este es vuestro reino —les anunció.

Milla entró, sacudió asombrada la cabeza. También aquí había una fachada completa compuesta de ventanal. El alféizar también hacía de sofá y a su izquierda había una especie de plataforma de vigas de madera con un futón cubierto de cojines y pieles.

Esta estancia no resultaba tan ensoñadora como la anterior, sino más como una habitación exclusiva y cara de un hotel de cinco estrellas. Siguió inspeccionándola, conteniendo la respiración inconscientemente.

En la pared frente a la cama descubrió un armario abierto que consistía tan solo en una barra de metal atornillada a la pared y unos cuantos tablones de madera. Todo tenía un toque elegante y rústico a la vez, al igual que el sistema contiguo de estanterías compuesto por vigas de madera en cuyo centro había un televisor enorme de pantalla plana.

—El cuarto de baño está justo al lado. Tendréis que compartirlo con los niños —explicó Theo y señaló una puerta a la izquierda de la cama enorme.

—Vuestra casa es impresionante —soltó Milla admirada—. Me encanta. ¿Cómo conseguisteis los permisos para edificar algo así en este entorno?

Theo se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no constituyó problema alguno —explicó—. Este trozo del bosque es propiedad de la familia y no se encuentra dentro de la reserva natural de la isla. La única norma que resultó todo un desafío fue que no podíamos instalar ningún sistema de calefacción eléctrica, a gas o de gasóleo. Por eso tenemos calefacción de pelet en casa, que de paso también calienta el agua. Hemos instalado paneles solares en el tejado que abastecen de electricidad toda la casa. Eso sí, hubo que talar unos cuantos árboles porque tragaban demasiada luz solar. Pero incluso eso no fue ninguna sobreexplotación de la naturaleza. Utilizamos toda esa madera talada para introducirla y utilizarla en el diseño interior de la casa.

—Impresionante —soltó Joe—. Vivís como en el paraíso, en serio.

—No me quejo —dijo Joe riéndose. Dirigió la mirada desde Joe hacia ella—. Bueno, pues ahora voy a dejaros solos y voy a seguir atendiendo la comida. Vosotros refrescaros, descansad. Nos vemos abajo dentro de una hora más o menos.

—¡Oh dios mío! ¡Tienes que ver esto! —le gritó Joe.

Milla, que estaba deshaciendo las maletas, alzó la cabeza, se dirigió con el neceser en la mano al cuarto de baño.

—¡Santo cielo! —exclamó ella al ver la bañera doble ubicada en el centro de la estancia mirando al ventanal. Al otro lado de la habitación había una mampara que ocultaba la cabina de ducha a ras de suelo. Se giró, descubrió otra pared más, esta vez no de

cristal, sino de madera. Detrás estaban el inodoro y un lavabo de piedra natural.

—¿A qué has dicho que se dedica tu colega profesionalmente? —preguntó ella—. Para poder permitirse una casa así, Theo y su mujer tienen que estar forrados.

—Ya lo has oído, el bosque es propiedad de la familia. Supongo que habrá una buena herencia de por medio.

—Eso lo explicaría todo, sí —admitió Milla y miró con ojos anhelantes la bañera enorme—. ¿Podré darme un baño o sería demasiado descarado? —preguntó Milla.

—Bobadas —respondió Joe—. Ya has oído a Theo. Que nos sintamos como en casa.

Milla taponó el desagüe, abrió el grifo y se desnudó. Se estremeció ligeramente al notar dos brazos rodeando su cuerpo desnudo y Joe mordiéndole juguetonamente el cuello.

—Eso va a tener que quedar para más tarde —dijo con una risa tonta.

—¿Por? —preguntó Joe con voz ronca—. Aún nos queda casi una hora.

—¿Te has olvidado de los niños? Podrían entrar de un momento a otro. ¿No querrás traumatizarlos para el resto de sus vidas? A mí de pequeña me dio muchísimo asco pillar a mis padres en pleno acto sexual.

—¿Los pillaste? —preguntó Joe con una sonrisa maliciosa, le abarcó un pecho con la mano y lo masajeó suavemente.

Ella asintió sonriendo.

—A día de hoy esa imagen sigue grabada en mi memoria.

Joe se rio, le dio la vuelta y le besó la punta de la nariz.

—Vale, entonces luego. Cuando los niños estén durmiendo y reine el silencio en la casa, tú y yo tendremos una cita.

Milla se asustó al oír voces fuertes en la habitación de al lado. Se incorporó en la bañera, se puso a escuchar. Joe estaba hablándole a

Lenny, pero solo llegó a entender palabras sueltas.

Con un suspiro miró el reloj y se asustó. Ya casi había transcurrido la hora y ella aún tenía que vestirse, peinarse y maquillarse un poco. Sacó el tapón de la bañera, se levantó del agua y se giró para coger la toalla.

Al hacerlo sus ojos pasaron por el ventanal y vio a Theo corriendo a casa con unos cuantos leños en el brazo. En ese mismo instante él miró hacia arriba. Durante un segundo que se hizo eterno, ella quedó quieta, luego se apartó, se tapó apresuradamente y maldijo para sus adentros.

Cuando volvió a mirar por la ventana, esta vez envuelta en la toalla, Theo ya había desaparecido. Muy avergonzada resopló y aseguró la toalla con más fuerza alrededor del cuerpo.

Llamaron a la puerta.

—Mamá, soy yo. ¿Puedo entrar?

Milla abrió la puerta, se encontró frente a frente con Lenny, que la estaba mirando indignado.

—Pero ¿qué pasa?

Lenny miró alrededor, se escurrió para entrar en el baño y cerró la puerta.

—Pero di algo —insistió Milla.

—No pienso dormir bajo ningún concepto en la misma habitación que ese *friki* —susurró, como si temiera que pudieran oírle.

—¿Te refieres a Noah?

—¿A quién si no?

—¿Qué pasa con ese niño? —preguntó Milla preocupada.

—Me da muchísimo miedo, Mamá.

Ella tragó, miró a su hijo.

—Noah es un niño, Lenny. Y aun por encima más pequeño que tú. ¿Por qué ibas a tenerle miedo? Además, ya oíste lo que dijo Theo, es autista y no es culpa suya que su comportamiento sea un poco diferente. Yo diría que es más bien al contrario: él te tiene miedo a ti. Si Theo ya nos lo ha explicado.

Lenny negó con la cabeza.

—No has visto lo que ha hecho. —Resopló y se sentó en el borde de la bañera.

Ella se sentó a su saldo, lo cogió de la barbilla para que tuviera que mirarla.

—Cuéntame tranquilamente qué ha hecho Noah.

—Puso otra voz y me dijo que me largara. Y luego hizo esto… —Lenny dibujó con el dedo pulgar una línea de lado a lado de la garganta—. ¿A ti no te parece que eso es de pirados? ¡El chaval ese está enfermo!

Ella se lo quedó mirando, se encogió de hombros.

—Tiene siete años, Lennard. ¡Siete! Los niños a esa edad solo tienen bobadas en la cabeza. Seguro que solo pretendía asustarte un poco porque nota que no aceptas su manera de ser.

—¿En serio, Mamá? Te he avisado. Luego no te sorprendas si mañana por la mañana no estoy de una sola pieza. A saber qué planes tiene para mí ese *friki*.

—¡Ya está bien! —lo regañó ella indignada—. Y ahora ve a avisarle a tu hermana de que bajamos dentro de diez minutos. ¡Largo!

Cuando se hubo por fin vestido y maquillado, Joe soltó un pequeño silbido al verla.

—¿Tienes idea de lo preciosa que eres? —La atrajo hacia él, la besó, pero Milla lo apartó. Seguía dándole vueltas a la escena ocurrida con Theo—. Me ha visto, Joe. ¡Desnuda! —soltó.

Su marido frunció confundido el ceño.

—¿Quién?

—Pues tu colega. Me levanté en la bañera y él estaba fuera y miró hacia arriba y se me quedó mirando.

Joe soltó una carcajada.

—¿En serio?

Ella asintió compungida.

—Estoy súper avergonzada, Joe. Si por mí fuera, me pasaría el fin de semana aquí arriba en esta habitación.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué? Sigues siendo preciosa. Y eso que has dado a luz dos veces. El resto de las mujeres mataría por tener tu cuerpo.

—Pero él es un desconocido. Me da mucho corte y me resulta desagradable.

—¿Y te preocupas por eso, cariño?

—Pues sí, mira tú por dónde —replicó ella con tono obstinado. Había esperado un poco de comprensión por parte de Joe, o al menos un poco de mosqueo para con su colega.

Joe la seguía mirando risueño.

—Será mejor que lo olvides, cariño. Seguro que él está igual de avergonzado que tú. Venga, ahora vayamos a por los niños y bajemos a hacerle compañía a Theo en la cocina y tú… pues tú haces como si no hubiera ocurrido nada. En este tipo de situaciones es lo mejor. Haz como si nada, tú relajada, y ya verás qué rápido queda olvidado el tema.

Al llegar abajo, Theo estaba delante de la cocina, dándole vueltas a algo en una olla enorme. Se giró hacia ellos, los recibió con una sonrisa.

—Por fin habéis llegado. ¿Qué os parece? ¿Comemos fuera o mejor dentro? —Miró primero a Joe, luego a ella. Alzó las cejas a modo de interrogante.

—Fuera suena bien —contestó ella y notó que lo había hecho con voz apagada. Para Joe era fácil, hacer como si nada…

Joe se colocó junto a Theo, echó un vistazo dentro de la olla.

—Vaya, qué buena pinta. Estoy muerto de hambre.

Que Theo aprovechara la ocasión para guiñarle un ojo a ella, como si estuvieran unidos por un secreto íntimo, la chocó sobremanera. Notó que se estaba sonrojando. Apartó rápidamente los ojos de la mirada intensa de él: era como si pudiera atravesarla y leerle los pensamientos.

Carraspeó incómoda, recordó el consejo de Joe. *Haz como si no hubiera pasado nada*.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció—. Podría poner la mesa.

Theo negó con la cabeza de manera vehemente.

—¡De eso nada! Tenemos por costumbre mimar con los cinco sentidos a nuestros invitados. —Se detuvo, volvió a dirigirle una mirada penetrante—. La mesa la pondrá mi mujer, por supuesto. Pero podrías decirme qué te apetece beber. Pide lo que quieras. Tenemos de todo. ¿Qué tal una copa de champán?

Ella asintió titubeante.

—¿Y tú, colega? ¿Qué te apetece? —le preguntó Theo a Joe.

—¿Tienes cerveza?

—Obviamente. —Theo fue a la nevera, sacó una botella de Moët, la dejó en la encimera frente a los hornillos. Luego cogió dos botellas de cerveza y las colocó al lado.

Por fin se dirigió a Lenny y a Josie.

—¿Y vosotros, encantos, qué queréis?

—Nada de cola —intervino rápidamente Milla.

—¿Qué tal un zumo? ¿Os gusta el de melocotón?

Los dos asintieron con la cabeza y dejaron que Theo le diera a cada uno una botella pequeña de zumo de melocotón. Tampoco aceptó ayuda alguna para abrir las botellas. Las abrió y llenó una copa de champán para Milla.

Cuando por fin todos tuvieron algo de beber en la mano, se dirigió a su hijo, que esperaba callado en el centro de la estancia y miraba fijamente el suelo. Era el único que no tenía nada de beber.

—Noah, sé buen chico y ve a buscar a tu madre, ¿vale?

El niño se dio la vuelta sin decir ni una sola palabra y se fue arrastrando los pies.

—¡Salud! —dijo Theo y brindó chocando su botella contra la de Joe, luego le hizo un gesto con la cabeza a Milla—. A por vosotros y un fin de semana maravilloso.

—¿No será mejor esperar con el brindis a que haya llegado tu mujer? —preguntó Milla mirando indecisa su copa.

Theo sonrió, dio un buen trago a la botella.

—Cuando esté aquí, volvemos a brindar, así que, nada de timideces.

Milla dio un sorbito. Le gustaba el champán, solo que el Moët no era de sus favoritos. Demasiado seco y demasiado ácido. Pero procuró que no se le notara. *Haz como si todo fuera sobre ruedas*, volvió a decirse una vez más.

Unos pasos ligeros en la escalera anunciaron la llegada de otra persona. Se dio la vuelta. Esta tenía que ser la mujer de Theo. Una rubia grácil, con una figura casi juvenil vino hacia ella. Al darle la claridad del sol que penetraba por la ventana de frente, no pudo distinguirle la cara de inmediato.

—Aquí está —anunció Theo animado—. Esta es mi Susi. Susi, ven, saluda a nuestros invitados.

Cuando Susi llegó a la altura de Milla y esta reconoció los rasgos de su rostro, se estremeció.

También Susi se detuvo de manera abrupta, mirándola sin poder dar crédito.

—¡No puede ser! —soltó, sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —quiso saber Theo.

También Joe parecía confundido.

Aquel instante a Milla le resultó completamente irreal. Empezaron a pitarle los oídos y era como si no sintiera el suelo bajo los pies.

—¿Cariño? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

La voz de Joe le llegó a través de un manto de niebla espesa, no podía dejar de mirar a la mujer de Theo.

Esta esbozó una sonrisa amplia.

—¡Menuda sorpresa!

SEIS
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Superado el *shock* inicial, Milla soltó una carcajada de asombro.

—Cuando Theo mencionó a su mujer, en la vida se me hubiese ocurrido que pudieras ser tú. —Milla corrió hacia la mujer, se detuvo ante ella, indecisa de qué hacer. ¿Abrazarla? ¿Darle la mano?

Susi decidió por ella al extender los brazos y abrazarla encantada.

—¿Quién puede explicarnos lo que está pasando aquí? —preguntó Theo mirando a una y a otra.

Tampoco Joe entendía nada y, encogiéndose de hombros, tan solo miraba a Milla.

—¿Es que os conocéis?

Milla se soltó del abrazo fuerte de Susi.

—Vaya si nos conocemos. Susi y yo crecimos juntas y fuimos al mismo colegio.

—Eso es quedarse corta —intervino Susi—. Milla y yo éramos… cómo se dice ahora… *besties*… Éramos inseparables.

Los hombres se las quedaron mirando boquiabiertos, luego estallaron las carcajadas.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Theo—. Si esto no es una señal del universo de que vamos a pasar el mejor fin de semana de todos los tiempos…

—¿Seguro que nadie quiere repetir? —preguntó Theo a los comensales. Todos negaron al unísono con la cabeza. El ambiente era distendido e incluso Lenny y Josie se habían controlado y asimilado que su madre también era amiga de la anfitriona. Tan solo Noah no había abierto la boca hasta ahora y había clavado la mirada en la comida que tenía en el plato y que apenas había tocado.

De repente, le devolvió la mirada de preocupación a Milla. A esta le costó controlar el impulso de no mirar rápidamente hacia otro lado. Por fin entendió que su hijo se sintiera tan incómodo ante la presencia de Noah. Este niño emitía una oscuridad tenebrosa que no había percibido aún en ninguna otra persona.

Los ojos de Noah eran casi negros y reflejaban sentimientos que no podía explicar. ¿Dolor? ¿Miedo? ¿Desamparo? Sí, más bien eso. Ese niño parecía sentirse fuera de lugar.

Pero ¡eso no tenía ningún sentido!

¿Por qué iba a tenerles ese niño miedo a ellos?

Joe no asustaba a nadie. Todo lo contrario. Todo aquel que lo conocía lo consideraba un pedazo de pan – porque lo era.

¿Y ella? No, ella daba tan poco miedo como Lennard y Josephine. Que su familia tuviera ese efecto en el niño, tenía que deberse al autismo.

—Acabará acostumbrándose a vosotros —le susurró Susi, le apretó suavemente la mano—. No te preocupes.

Miró a su vieja amiga, asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Susi frunció el ceño.

—Unos ocho años. Al principio vivíamos en Kölpinsee, pero cuando heredamos el terreno y construimos la casa, nos mudamos aquí. En esta casa llevamos unos dos años.

—¿Te costó?

—¿A qué te refieres?

—¿Volver a vivir en la isla?

Susi se encogió de hombros.

—Al principio era raro, pero luego… —Tragó—. Es mi hogar —soltó—. Mejor dicho, nuestro hogar.

Milla bajó la mirada.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

—Para el entierro de mi padre.

—Me enteré. Lo siento mucho. Sé lo bien que os llevabais.

Milla miró a Susi.

—Yo también lo siento. Todo.

Susi frunció el ceño, de repente pareció distante y fría.

—¿Me ayudas a recoger? —preguntó tras una pausa demasiado larga.

—Claro. —Milla se levantó, apiló los platos vacíos y se dirigió hacia la casa.

Susi entró tras ella en la cocina, carraspeó.

—Él no está al tanto. Solo para que lo sepas.

Milla dejó los platos en la encimera, se giró hacia Susi.

—¿A qué te refieres?

—¡Lo sabes perfectamente!

Milla abrió mucho los ojos.

—Pero ¿qué pasa con…?

—No sabe nada de nada y así tiene que ser. ¡Por favor! No me apetece tener que lidiar con miradas de lástima ni nada parecido y mucho menos que mi marido me mire con otros ojos. Ni una palabra a nadie, ¿entendido?

Milla asintió con la cabeza.

—¿Y tú? ¿Se lo contaste a tu marido? ¿A tus hijos?

—He querido contárselo a Joe, pero nunca fui capaz.

—Mejor así —dijo Susi muy seria—. Lo pasado, pasado está. Nosotras estamos aquí y estamos bien, eso es lo único que importa.

Milla asintió, aunque hubiese querido decirle a su amiga que en este sitio estaba de todo menos bien. La isla y todos los recuerdos que conllevaba le provocaban un malestar casi físico.

—Theo ha dicho que eres abogada. —Tras un silencio incómodo, Susi cambió de tema.

Milla asintió.

—Ahora soy fiscal. Joe tiene su propio bufete, pero ya no quería seguir trabajando con él, ¿sabes? Mezclar trabajo y vida privada no me parecía lo correcto.

Susi asintió.

—Yo soy periodista —dijo luego—. Al trabajar por cuenta propia, puedo escribir lo que me dé la gana y ofrecer mis textos y vendérselos libremente a las editoriales interesadas. No es que me forre con eso, pero los ingresos de Theo son más que suficientes. Así que hicimos un trato: sería yo quien se ocuparía de Noah. Y te puedo asegurar que necesita un montón de atención.

Milla hizo una mueca empática.

—No es tan grave como puede parecer al principio, cuando lo ves por primera vez —explicó Susi—. Noah tiene una inteligencia superior a la media. Su déficit se limita al contacto social. No tiene amigos porque los demás niños le tienen miedo. A eso hay que sumarle las pesadillas y los ataques de pánico que pueden aparecer de un momento a otro. Según su psiquiatra, tanto lo uno como lo otro va a mejorar con el tiempo, pero ahora mismo es extremado. De hecho, quería pedirle a Theo que dejara este encuentro para más adelante, pero luego lo vi tan ilusionado… —Susi se calló, miró a Milla con expresión seria—. Te estoy contando esto para que sepas que cuando a Noah le da un ataque por la noche, pone la casa patas arriba. Estando al final del pasillo como estáis, no deberíais enteraros de mucho, pero sí que podría despertaros.

—Lenny va a compartir cuarto con Noah. Tal vez sería mejor que Noah durmiera solo, por si le da un ataque —sugirió Milla, recordando lo que le había contado Lenny.

—Qué va, ya nos las arreglaremos —dijo Susi y Milla se fijó en los ojos vidriosos de su amiga de la infancia. ¿Eso eran lágrimas?

Milla le dedicó una sonrisa cálida.

—Escucha, Susi. No queremos desbaratar vuestras vidas ni que Noah sufra con nuestra visita. ¿No sería mejor que nos fuéramos a un hotel? ¿Tú qué opinas?

Susi sacudió la cabeza, trató de controlar el llanto emergente. Abrazó a Milla, se puso a sollozar.

—No voy a permitir bajo ningún concepto que vuelvas a irte tan pronto.

Se oyeron gritos.

Lenny…

Milla se soltó de Susi, salió corriendo al exterior, vio a su hijo que venía hacia ella llorando y cojo. Josie corría detrás de él y negando con la cabeza.

Joe y Theo estaban tan absortos en su conversación, que ni se habían enterado del drama.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Milla a su hijo.

—Estaba jugando con Josie al escondite y tropecé con una raíz.

Milla se acuclilló, observó la rodilla abierta, se giró hacia Susi, que se había colocado a su espalda.

—¿Tienes algo para desinfectar? ¿Y una tirita grande o un esparadrapo?

Susi asintió muda, con los ojos clavados en la rodilla de Lenny. Entonces pareció despertar y dio media vuelta.

—Siéntate en el escalón —le ordenó Milla a su hijo, sacó un pañuelo de papel del bolsillo, limpió con cuidado y someramente la herida, haciendo caso omiso de los quejidos de Lenny.

Pero ¿dónde quedaba Susi con el botiquín? Miró hacia atrás para ver si aparecía.

Cuando hubieron transcurrido varios minutos y seguía sin aparecer, Milla miró a su hijo.

—Quédate aquí, ¿vale? No te muevas.

Él asintió gimoteando.

Milla desapareció en el interior de la casa, buscó a Susi, pero no la vio por ninguna parte.

Milla dio media vuelta, volvió a salir para reunirse con Joe y Theo.

—Necesito un antiséptico y tiritas. Lenny se ha abierto la rodilla.

—Dile a Susi que traiga el botiquín —dijo Theo.

—Ya lo he hecho, pero se ha ido y no ha vuelto.

Theo sonrió, se levantó.

—Seguro que no lo encuentra, como siempre. Mi mujer es muy descuidada, ¿sabéis? Deja las cosas en cualquier sitio y luego no encuentra nada. Será mejor que vaya yo.

—Deja —intervino Joe—. Tengo un botiquín en el coche.

Joe corrió hacia el coche y Milla volvió junto a Lenny. En ese preciso momento apareció Susi. Estaba saliendo de la casa y parecía alterada.

—He puesto la maldita casa patas arriba. No tengo ni idea de dónde está el botiquín.

Milla miró a su amiga, la tranquilizó.

—No pasa nada. Joe tiene uno en el coche. Ha ido a cogerlo.

Susi la miró como pidiendo disculpas.

—No llevamos el tiempo suficiente aquí como para tener un sitio concreto para todo. Me paso el día buscando cosas que ahora están aquí y luego allí.

—Sé de qué me hablas —respondió Milla, aunque no era verdad. Ella en su casa sabía perfectamente dónde estaban las cosas. Y eso que su marido ordenado la consideraba la reina del caos. Lo raro era que recordaba a Susi siendo todo lo contrario. Su amiga siempre había insistido en no cambiar nada de sitio en su habitación.

Miró a Susi, pero esta eludió su mirada.

¿Sería posible que su amiga supiera en qué estaba pensando?

—Aquí está. —Joe interrumpió sus pensamientos, le entregó el paquetito con el material para los primeros auxilios.

Con cuidado de no hacerle daño a Lenny, Milla le hizo las curas. Cuando ya casi hubo acabado, notó una corriente ligera a sus espaldas.

Echó un vistazo por encima del hombro, vio a Noah plantado allí de pie. La observaba, como en trance. Luego vio las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Milla miró a Susi, luego de nuevo a Noah.

Su amiga, al seguirle la mirada, se estremeció. Acto seguido se colocó junto a Noah.

—¿Qué te pasa, cariño? —Lo cogió en brazos, lo apretó contra ella. Pero el cuerpo del niño se tensó, parecía más asustado que aliviado.

A Joe tampoco le pasó desapercibida la desesperación del niño por librarse del abrazo de su madre. Noah no apartaba los ojos de Milla. Era como si no existiera su madre, tan solo estaba pendiente de su mirada.

Cuando Susi fue corriendo con el niño en brazos hacia Theo, las miradas de Milla y Joe se cruzaron.

Él asintió con la cabeza.

La había entendido sin necesidad de que dijera nada.

¡Eso había sido una escena realmente extraña!

SIETE
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

La despertó un grito. Se incorporó medio confundida y buscó a oscuras el móvil que había dejado en la mesilla de noche. Pero no estaba.

Parpadeó y trató de orientarse, hasta que recordó. No estaba en su casa, ni tampoco en Fehmarn. Estaba en Usedom, visitando a Theo y Susi en esta magnífica casa en pleno bosque.

Agotada se desplomó de nuevo sobre la almohada y reflexionó. ¿De verdad había sido un grito o más bien una pesadilla? ¿Y dónde había dejado el maldito móvil?

Oyó sollozos.

Eran reales. No se trataba de una pesadilla.

Oyó una puerta, pasos en el pasillo.

Metió los dedos bajo el futón, en busca todavía del móvil. Por fin lo encontró.

Lo cogió, deslizó el dedo por la pantalla, activó la linterna. Tras echarle un vistazo a Joe, que seguía durmiendo tranquilamente, se levantó, fue hacia la puerta, accionó el picaporte y tiró de la puerta hacia dentro. Una vez en el pasillo, vio que se abría la puerta de la

habitación de Noah. De ella salía Susi con su hijo de siete años en brazos. El niño lloraba desconsoladamente.

—Noah ha tenido una pesadilla —le explicó la amiga—. Ha despertado a Lenny. Tal vez deberías ir a ver cómo está.

Milla asintió, pasó la mirada de Susi a Noah, que había pasado a farfullar algo en voz baja para luego sollozar lastimosamente.

Pasó al lado de Susi y Noah y se metió en la habitación. Allí vio a su Lenny sentado tieso en la cama. La estaba mirando con los ojos muy abiertos, totalmente perturbado.

Cerró la puerta con cuidado, se sentó junto a Lenny en el sofá-cama.

—¿Qué ha pasado, mi niño? ¿Fuiste tú quien gritó de manera tan horrible o fue Noah?

Lenny infló los carrillos.

—¡Fui yo! Pero solo porque el *friki* ese me dio un susto de muerte.

—¡Lennard, no quiero que hables así de Noah! Sabes que no es culpa suya que a veces se comporte de manera algo extraña.

—Ya, ya —dijo Lenny con voz de fastidio—. Como es autista, puede comportarse como un maldito *friki*. Lo he pillado. Pero a mí me da miedo igual.

—¿Quieres contarme qué fue lo que pasó?

Lenny cogió aire, asintió.

—Yo estaba profundamente dormido, pero tenía como una sensación extraña. Creo que fue eso lo que me despertó. Al abrir los ojos, vi una sombra junto a mi cama. Al principio no pillé que era Noah, pero luego me tapó la boca y me susurró algo al oído. ¡Jopé, qué miedo!

—¿Y luego?

—Aparté su mano con un golpe y te llamé. Y entonces Noah empezó a llorar como un bebé.

Milla le apartó a Lenny un mechón que se le había quedado pegado a la frente empampada en sudor.

—¿No sería que estabas roncando, colega? ¿O hablando en sueños? ¿No podría ser que Noah se levantara a mirar cómo estabas y que te dijera que te callaras?

—¡Bobadas! —farfulló Lenny.

—Bueno, pero podría ser, ¿no? Puede que para que pararas te tapara la boca y te susurrara al oído. Sería posible ¿o no?

Lenny la miró consternado.

—Josie es la que ronca por culpa de los pólipos que tiene en la nariz. ¡No yo!

—¿Seguro? —Milla le dedicó una sonrisa maliciosa—. Creo recordar que a ti también ya te he oído barritar como a un elefante.

Había querido animar a Lenny, pero este tan solo sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡Pero no fue eso lo que pasó! Noah ya estaba raro antes.

—No me digas. ¿En qué sentido? ¿Dijo o hizo algo?

Lenny se encogió de hombros.

—Cuando nos metimos en cama ya estaba raro. Yo estaba acostado y quería dormir. Y entonces él vuelve a levantarse, se sienta en el suelo junto al sofá y no deja de mirarme. A oscuras solo vi su figura y, por si las moscas, volví a encender la luz. Le dije que se pirara. Pero él quedó allí, todo el rato dibujando con el dedo algo en la alfombra. Y de vez en cuando me miraba como un loco. Hasta que me harté y me di la vuelta hacia la pared.

Milla frunció el ceño, miró pensativa a Lenny.

—¿Y luego? Has dicho que te susurró algo al oído. ¿Qué te dijo?

Su hijo la miró indeciso.

—Total, no me vas a creer…

—Probemos.

Una sombra cruzó el rostro de Lenny, luego este soltó un resoplido, pero no dijo nada.

—Venga. Suéltalo ya —volvió a intentarlo Milla—. No puede ser tan malo.

Lenny la miró con lágrimas en los ojos.

—Me dijo: «No quiero que te mueras».

Milla se estremeció, se quedó mirando fijamente a su hijo.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros.

—Tú me preguntaste. Eso fue lo que me susurró al oído.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joe, nada más se hubo acostado a su lado.

—Noah le ha dado un susto de muerte a nuestro hijo.

Joe se giró hacia ella. La luz de la luna que entraba en la habitación bastaba para mostrar la preocupación reflejada en el rostro de Milla.

—No sé, pero el hijo de Susi es muy rarito para la edad que tiene.

—Déjate de rodeos. ¿Qué hizo el niño?

—Le dijo que no quiere que Lenny muera.

—Vaya, parece que le gusta nuestro hijo.

—Ese tipo de palabras saliendo de la boca de un niño de siete años no son normales.

—Noah tiene Asperger. Y esos niños… lo he buscado en Google, son… muy especiales.

—Ya lo sé —le espetó Milla—. Pero comprendo a Lenny. Primero Noah no le deja dormir y luego lo despierta asustándolo de esa manera. Supongo que a mí también me hubiera dado un yuyo si en plena noche alguien me tapara la boca y me susurrara cosas espeluznantes al oído.

—¿Dónde está Noah ahora?

—Susi se lo ha llevado con ella.

—Entonces todo en orden. Ahora nuestro hijo ya podrá dormir.

Notó la mano de Joe sobre su cadera, pero no estaba de humor para arrumacos. La frase extraña de Noah seguía rondándole la cabeza. Tampoco Joe parecía muy concentrado. Se apartó de ella, la observó.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Esa Susi… tú y ella, erais muy amigas, ¿no?

—Hace siglos de eso —esquivó ella.

—¿Y por qué habéis perdido el contacto a lo largo de todos estos años?

—Cosas de la vida —dijo ella, restándole importancia—. Susi se mudó al continente. Al principio aún nos escribíamos cartas, pero cada vez menos. Hasta que lo dejamos del todo. Eso es todo. Hasta hoy.

—Hay algo que no entiendo —murmuró Joe, sin apartar los ojos de ella.

—¿El qué?

—Pasan un montón de años y de repente, así sin más, el destino os vuelve a juntar. Pero en vez de alegrarte, tengo la impresión de que, desde que os habéis visto, lo único que quieres es esfumarte.

Ella se rio, asustada. Ojalá, Joe no notara que había dado en el clavo.

—Eso solo son imaginaciones tuyas, cariño. Y ahora, venga, a dormir.

OCHO
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

La asustó una especie de crujido. Levantó la cabeza, miró hacia la puerta, pero allí no había nada. Joe dormía como un bendito, roncando ligeramente.

Pero no eran sus ronquidos lo que había oído. Al fin y al cabo, estaba familiarizada con los ruidos que hacía Joe al respirar.

Milla se incorporó, buscó a tientas el móvil, pero, al igual que antes, no lo encontró.

Todo resultaba extraño en aquella habitación. Desacostumbrado.

Entonces recordó que había dejado el móvil junto al lavabo en el cuarto de baño.

Le echó un vistazo al reloj de pulsera y constató que aún no eran ni las cinco de la mañana. El asunto de Noah de antes, la preocupación de Lenny de que el otro niño pudiera hacerle algo la habían mantenido despierta mucho tiempo.

Apartó la manta, sacó las piernas, se sobresaltó al notar algo blando, caliente a sus pies.

¿Qué era eso?

Reptó hasta el otro extremo del futón, bajó por allí, fue corriendo al baño. Tras coger el móvil, activó la linterna y la dirigió hacia su

lado de la cama. Bajo la carcasa de madera yacía un cuerpo pequeño, enrollado, durmiendo tranquilamente en la alfombra.

Noah… Había traído su almohada y estaba abrazado a un peluche. Verlo allí conmovió tanto a Milla que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Volvió a meterse en cama, despertó a Joe.

—¿Qué pasa? —preguntó este con voz de sueño.

—Noah está durmiendo en la alfombra —susurró—. ¿Qué hacemos?

—Eh, nada, Milla. Deja que el pequeñajo duerma y duérmete tú también.

—Pero no podemos dejarle ahí en el suelo. ¿Qué pensará Susi cuando despierte y no encuentre a su hijo por ninguna parte? Tenemos que llevarlo de vuelta.

—¿Y luego? —preguntó Joe—. Cuando el peque comprenda qué está pasando seguro que se pone a llorar y despertará a todos. Déjalo ahí. Tampoco es que hubiera desaparecido del mapa.

—Pero ¿y si lo buscan sus padres? Dudo que entren así sin más en nuestra habitación…

Joe suspiró.

—Le estás dando demasiadas vueltas, cariño. Sigue durmiendo. Cuando despiertes de nuevo, el niño seguramente ya habrá vuelto a su habitación. Se irá igual que ha entrado. Puede que sea sonámbulo.

Milla se rindió por fin media hora más tarde. No había dejado de mirar preocupada cómo seguía Noah, dormido en el suelo junto a su lado de la cama. Ya no tenía sentido pensar en volver a dormir.

Menos mal que Noah y Joe seguían profundamente dormidos, por lo que se levantó tratando de no hacer ningún ruido para no despertarlos. Se metió de puntillas en el cuarto de baño, se lavó en un abrir y cerrar de ojos, se puso la ropa del día anterior y salió de la habitación.

No había nadie más levantado, pero eso le dio igual. Quería dar una vuelta por los alrededores, despejar la cabeza. Y para eso no había nada mejor que un paseo de madrugada.

Le apetecía muchísimo un café bien cargado, pero aquella máquina enorme, de color cromado y con un sinfín de botones tenía pinta de hacer un montón de ruido nada más conectarla.

El café tendría que esperar.

Sopesó por un momento si dejarle una nota a Susi, en caso de que se pusiera a buscar a su hijo, pero optó por no hacerlo. ¿Qué iba a decirle?

¿«Tu Noah está durmiendo en el suelo junto a nuestra cama»?

No. Estaba dándole demasiadas vueltas. Al fin y al cabo, era el hogar de Noah. Ella solo era una invitada.

Se puso la chaqueta y salió al exterior. Durante varios segundos inspiró profundamente, ansiosa por dejar que entrara en ella el aire fresco y el aroma intenso del bosque. Luego cogió el camino que salía del claro.

Decidida, caminó siempre recto, recorriendo a la inversa el mismo camino que atravesaba el bosque y por el que habían venido, hasta que llegó a la carretera. A cada paso que se alejaba de la casa, se iba sintiendo mejor.

Pero ¿por qué?

Al fin y al cabo, Susi no era una extraña. Al menos la Susi que conocía de antes, la que había sido como una hermana, hasta que una tontería lo había destruido todo entre ellas.

Milla volvió a sentir esa presión tan familiar en el estómago, ese malestar estomacal que se apoderaba de ella solo con pensar en el pasado.

Tenía que dejar de rumiar sobre eso porque, si no, perdería el suelo bajo los pies.

Pero ocurrió.

Se mareó y le entraron arcadas.

Miró a su alrededor, pero no vio ningún banco, ni siquiera un tocón donde poder sentarse – solo praderas y campos. Se dejó caer en la hierba, se tumbó de espaldas, quedó mirando el cielo azul sobre ella, se concentró en respirar.

Susi y ella eran unas crías.

Solo quince años. Unas niñas prácticamente.

Lo habían compartido todo.

Se habían contado todos sus pensamientos más íntimos.

Lo que habían experimentado juntas…

El primer día de colegio.

El primer enamoramiento.

Golpes emocionales duros.

Claro, de vez en cuando habían tenido encontronazos fuertes, pero siempre acababan reconciliándose.

Hasta que…

Todo cambió de la noche a la mañana. Por una tontería. Una riña que lo destruyó todo.

Milla volvió a incorporarse, notó la mejilla húmeda. Se tocó y entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

¿Sentiría Susi lo mismo?

¿Seguiría sufriendo con lo que había pasado?

Milla sacudió la cabeza. ¡Qué pregunta más estúpida!

Claro que lo hacía. Seguramente incluso más que ella.

Pero qué alegre y con qué franqueza había reaccionado ante el reencuentro. Aquello la dejó realmente impresionada. Incluso tras el *shock* inicial, a Susi no se le había notado nada.

Tan solo la alegría al verla…

¿O no?

Milla tragó.

¿Por qué no podía ella hacer lo mismo?

¿Era por la mala conciencia?

¿Sentimientos de culpabilidad tal vez?

Tragó.

No, no era nada de eso.

Se levantó, se encaminó de vuelta a la casa. Aunque a medida que iba acercándose, sus pasos se volvían cada vez más lentos y titubeantes.

Una vez hubo llegado a la casa y a las escaleras que llevaban a la entrada, se concedió algo más de tiempo, oyó risas, mucho antes de abrir la puerta y entrar.

Joe estaba intentado poner la cafetera en marcha. Susi y Theo lo rodeaban y observaban atentamente. Por un instante le sorprendió esa repartición de tareas, antes de llamar la atención sobre su propia persona.

—Buenos días a todo el mundo —exclamó, con la esperanza de que nadie notara que en aquella casa se sentía de todo menos a gusto.

Susi le echó una mirada sonriente por encima del hombro.

—El encanto de tu marido se ha ofrecido amablemente a revelarnos el misterio de nuestra máquina de café. La hemos comprado hace poco y seguimos sin saber cómo funciona. —La amiga se giró del todo hacia ella, la estudió—. ¿Va todo bien? Pareces trasnochada.

—Qué va, todo bien —contestó Milla al instante—. Solo lo normal. La primera noche en un ambiente extraño siempre me resulta un poco complicada. Por eso me he levantado temprano y he salido a dar un paseo.

Susi suspiró.

—¿Es por Noah? Os despertó a todos anoche. Pero voy a hablar con él, prometido. Supongo que está un poco nervioso y por eso ha alargado el día hacia la noche. Seguro que la noche que viene irá mejor.

Milla le restó importancia con un gesto de la mano.

—Si no fue para tanto —dijo—. Lenny se tranquilizó enseguida y volvió a dormirse. Mi inquietud no tiene que ver con nada de eso. Es solo que la primera noche no soy capaz de dormir ni en el hotel más lujoso. Siempre me lleva algo más aclimatarme. Noah no tiene culpa alguna.

Susi se le acercó, le dio un abrazo fuerte.

—Estoy tan contenta de que estés aquí. —Luego la apartó sin soltarla, la miró sonriendo.

A Milla le pareció sincera. Susi parecía efectivamente feliz por tenerla allí, pero ella… Seguía sin poder dominar esa sensación extraña en el estómago. Ese acto reflejo de querer huir con el que estaba lidiando desde anoche no había desaparecido aún.

—Yo también —logró articular, deseando que Susi no se diera cuenta de que era una mentira descarada.

—¡Cariño, lo he pillado por fin! —gritó Theo y atrajo de nuevo la atención de Susi.

Milla respiró aliviada.

Juntas se acercaron a la cafetera.

Theo, lleno de orgullo, le mostró a su mujer cómo funcionaba la máquina.

Todavía ensimismada en sus propios sentimientos, Milla se mantuvo algo alejada y observó a los tres y al objeto que reclamaba su atención. La monstruosa máquina de café, que tampoco ella se había atrevido a usar, ahora emitía los ruidos habituales. Pero no fue eso lo que la molestó.

La máquina estaba llena de polvo y en los laterales cromados había gotas de agua resecas. ¿En una cafetera nueva que los dueños no sabían manejar? Se acercó algo más. La máquina seguía teniendo aspecto de haber sido usada y no haber sido limpiada a fondo desde hacía tiempo. En la parte de atrás, en la tapa que cubría los granos de café, incluso faltaba una esquina. ¿Cómo podía ser si, según Susi y Theo, hacía poco que la cafetera había llegado a casa?

¿Se trataría de una cafetera usada adquirida a buen precio? ¿Les daba vergüenza admitirlo?

¡Qué raro!

Todo lo demás parecía elegante y exclusivo, seguramente carísimo. No le cuadraba que hubieran invertido en un aparato viejo.

¿O acaso no era oro todo lo que relucía? ¿No le iría tan bien a la pareja como parecía a primera vista?

Milla trató de ocultar su sorpresa.

—Voy a darme una ducha rápida —anunció y escapó corriendo hacia arriba para poner orden en su cabeza.

Una vez en el baño, se desnudó y cuando estaba a punto de meterse bajo la ducha, se abrió la puerta y entró Joe. A diferencia de otras veces, no se fijó en su cuerpo, sino que la miró muy serio a los ojos.

—Quería hablar a solas contigo —comenzó.

—¿Qué pasa?

—Susi, tu amiga. —Se interrumpió, sacudió la cabeza, parecía dar con las palabras adecuadas—. Estaba buscando a Noah y, obviamente, no daba con él porque estaba en nuestra habitación. Cuando me enteré, le mostré al niño que seguía dormido en el suelo.

—Sí, ¿y?

Él carraspeó.

—¿Qué pasa?

—Según ella, llevaba una eternidad buscándolo por toda la casa. Y cuando lo vio, reaccionó de manera bastante fuerte.

—¿En qué sentido?

—Empezó a gritar y a reñir, estaba extremadamente enfadada…

—¿Enfadada? ¿No aliviada?

—No. Cabreada de verdad. Cabreada con Noah y conmigo.

NUEVE
LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

Josie salió a hurtadillas de la habitación de sus padres, cerró la puerta tras de sí y respiró hondo. Luego se dirigió a la habitación de Noah, que compartía en estos momentos su hermano. Llamó dos veces a la puerta, la abrió, metió la cabeza entra la rendija.

—¿Puedes venir un momento? —le pidió a Lenny.

—Claro —respondió este, se levantó de un salto del sofá-cama y la siguió—. ¿Qué pasa? —preguntó en el pasillo.

Ella negó con la cabeza a modo conspirativo.

—Aquí no —dijo y lo invitó a seguir hacia delante, en dirección a su habitación de invitados. Una vez allí, cerró la puerta con cuidado, antes de empezar a susurrar, como si temiera que pudieran oírla—. Aquí está pasando algo raro. Papá también se ha dado cuenta. Se lo acaba de contar a Mamá.

—¿A qué te refieres? ¿A lo del *friki*?

—¿Te has enterado del cabreo que pilló su madre cuando lo encontró en la habitación de nuestros padres?

—No del todo. ¿Qué pasó?

—Por lo que he entendido, Noah se pasó un buen rato durmiendo con ellos en su habitación. Tirado en el suelo, junto a la

cama. ¿Te imaginas?

—No muy bien —contestó Lenny—. Solo me di cuenta de que no volvió para cama, pero no le di más vueltas. Como tras los chillidos Susi se lo llevó con ella… Supongo que esperó a que se durmieran sus padres para luego meterse a escondidas en la habitación de Mamá y Papá.

—Es de locos. ¿Por qué lo haría?

—Ni idea.

Josie volvió a mirar a la puerta, como si desconfiara de que los estuvieran espiando.

—¿Recuerdas que sus padres dijeron que Noah tenía problemas con la gente que no conoce? —preguntó a media voz.

—Sí, claro. Con eso disculparon su comportamiento en la mesa, cuando no dijo ni una sola palabra y todo eso.

—¡No hables tan alto! —lo avisó Josie.

—Vale, vale —aceptó Lenny y también bajó la voz—. Es todo muy raro. Si a Noah le asustan los extraños, ¿por qué se esconde en la habitación de Mamá y Papá y se queda a sobar allí tirado en el suelo junto a su cama en vez de con sus padres?

Josie miró a su hermano, asintió con la cabeza.

—Eso es lo que yo tampoco entiendo. Si le dan miedo los desconocidos, lo normal sería ir a esconderse a la habitación de sus propios padres.

—Hm. —Lenny la miró, se encogió de hombros—. Puede que no se diera cuenta de a dónde iba. Puede que sea sonámbulo. Con ese tío no me extrañaría nada.

Josie reflexionó, luego negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —quiso saber Lenny.

—Piensa —le ordenó Josie—. Si Noah realmente fuera sonámbulo, ya lo habría hecho con anterioridad, sus padres lo sabrían y seguro que nos hubieran dicho que a su hijo le da por fantasmar de noche por la casa adelante. Pero no mencionaron nada por el estilo, así que eso queda descartado.

Lenny resopló desconcertado.

—Pero ¿entonces por qué hace esas cosas espeluznantes?

—¿Espeluznantes? —Josie se quedó mirando pensativa a su hermano—. A mí ya no me parece que el comportamiento de Noah sea espeluznante o que dé miedo. Al principio sí, pero ahora…

—¿Qué ha cambiado?

—Para ser sincera, me parece mucho más espeluznante el comportamiento de sus padres. Si los comparas con Mamá y Papá, ¿qué te llama la atención?

Lenny se la quedó mirando perplejo.

—Ni idea.

—No son como los típicos padres. El padre de Noah se comporta como si él mismo aún fuera un niño. Habla con Noah como con un colega más. Y la madre, la tal Susi… —Josie se interrumpió para pensar cómo expresar lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Qué pasa con Susi? —quiso saber Lenny.

—Parece completamente sobrepasada. Casi como si no le gustara ser madre. Y tampoco es muy cariñosa con Noah. Es como si estuviera haciendo el paripé para que veamos qué genial es como madre. Pero es todo falso. Me temo que cuando nos hayamos ido, volverá a ser un témpano de hielo. Creo que no quiere a su hijo.

Lenny se la quedó mirando.

—No lo pillo.

Josie resopló.

—¿Recuerdas hará unos dos años cuando después del colegio me fui a la casa de una amiga? Se me había olvidado avisar en casa y aún no tenía móvil. A Mamá casi le da algo de lo preocupada que estaba y, cuando por fin me encontró, se puso a llorar de alegría. No se enfadó conmigo, tan solo estaba contentísima porque yo había vuelto y no me había pasado nada.

—¿Algo parecido como cuando me escondí y ninguno de vosotros me daba encontrado?

—Exacto —respondió Josie—. A Mamá simplemente se le cayó un gran peso de encima, estaba aliviada porque estabas bien. Pero Susi antes… ¿Has visto sus ojos cuando sacó a Noah a rastras de la habitación de Mamá y Papá? Estaba súper cabreada y pasó de que estuviera bien. Creo que eso no es normal. Como tampoco lo es el comportamiento de Noah con respecto a todos nosotros.

Lenny entrecerró los ojos.

—¿Crees que lo maltrata?

—Puede. Eso al menos explicaría por qué está tan perturbado.

—Quieres decir chalado.

—¡No! —Josie miró muy seria a su hermano—. ¡Piensa! Apenas habla, tiene pesadillas. Se te queda mirando fijamente cuando os quedáis a solas en la habitación. ¿Y si lo que pasa es que quiere decirte algo, pero no se atreve? Y sus padres… a ellos les preocupa que pueda contarle a alguien lo que pasa en casa. Por eso puede que le hayan amenazado con hacerle algo malo si cuenta lo que le hacen.

—¿Crees que son los dos?

Josie asintió con la cabeza.

—Creo que el padre sabe qué hace Susi y, aun así, se calla. Así también cobra sentido que trate a su hijo como si fuera un colega.

—¿Quieres decir que juegan al poli bueno y al poli malo con él?

—Inconscientemente sí. Susi es la que pierde los estribos porque no puede con la enfermedad de Noah o por lo que sea. Por eso lo trata como la mierda, porque cree que ella no se merecía un hijo así. Descarga sobre él toda su rabia, le pega. Puede que incluso le diga que lo odia. Y Theo… él se entera de lo que está pasando, claro, pero no puede o no quiere intervenir. Así que trata de arreglarlo, transmitiéndole a su hijo que es colega suyo.

Lenny asintió pensativo, luego alzó las cejas.

—Lo que lo convierte en un gilipollas todavía mayor, porque permite que su mujer le haga eso a su hijo. Lo acepta sin ayudar, piensa que queda arreglado si al menos él es amable con Noah.

Josie resopló, sacudió la cabeza.

—Ven conmigo —ordenó decidida.

—¿Vas a decírselo a Mamá y a Papá?

—No. Total, no nos creerían. Tengo una idea mejor.

Salió de la habitación, le hizo señas a Lenny para que la siguiera y se encaminó decidida a la habitación de Noah. Se detuvo delante de la puerta, pegó la oreja a ella. Luego llamó con los nudillos, accionó el picaporte.

El niño estaba sentado en el suelo, con los ojos clavados en su tren de juguete.

Ni siquiera alzó la cabeza para mirarla. Era como si le importara todo un bledo.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella de todos modos.

Reacción cero.

Se sentó frente a él, lo miró un rato sin decir nada. El niño tampoco reaccionó a eso.

Incluso cuando Lenny se dejó caer en el sofá-cama, soltando un suspiro sonoro, Noah no dijo ni mu.

Permaneció con la vista clavada en el suelo, parecía estar en su propio mundo.

—Oye, Noah. ¿Te importaría contarme por qué dormiste anoche en la habitación de nuestros padres? —le preguntó Josie en voz baja.

Nada.

—¿Tuviste una pesadilla?

Ninguna respuesta.

—Seguro que estabas muy asustado, ¿verdad? —Josie procuró mantener una voz cálida y amable. Tenía que llegar a Noah como fuese—. Cuando yo tenía tu edad, también tenía pesadillas horribles, ¿sabes? —Siguió parloteando sin más—. Soñaba con brujas y monstruos. Eran horripilantes, con dientes enormes y garras. Solía despertar empapada en sudor y luego ya no era capaz de volver a quedar dormida. Por eso me metía en la cama de Mamá y Papá. Con ellos no tenía miedo y todo estaba bien.

Miró a Lenny.

—A ti también te ha pasado, ¿verdad, hermanito?

Él la miró, parecía no entender. Ella abrió los ojos, le lanzó una mirada feroz, hasta que por fin Lenny hubo entendido qué estaba tratando de transmitirle.

—Ah, sí. Ya sé a qué te refieres —dijo para seguirle el juego—. Cuando vi la peli del *Hobbit*, también tuve pesadillas. El orco malvado me perseguía, quería comerme.

—¿Tú también has visto *El Hobbit*? —le preguntó Josie a Noah.

Al principio dio la impresión de que Noah volvería a no reaccionar a la pregunta, pero luego negó vacilante con la cabeza.

Josie respiró aliviada para sus adentros.

—¿Tus padres no te dejan ver esa peli?

Un asentimiento tímido con la cabeza.

—¿Te enfadaste con ellos por eso?

Él alzó la mirada, parecía sorprendido, luego negó con la cabeza.

—Y anoche —siguió tanteando ella—, ¿tuviste en serio una pesadilla?

Negación muda.

—Pero tenías miedo.

Asentimiento mudo.

—¿De nosotros?

Él bajó la mirada, lo negó sin decir palabra.

—¿De nuestros padres?

Otra negación.

—¿Te metiste por eso en su habitación? ¿Porque te caen bien, porque confías en ellos? Sabes que son buena gente, ¿verdad?

Noah volvió a alzar los ojos, se la quedó mirando un rato, finalmente asintió con la cabeza.

—Vale —concluyó Josie—. Así que no nos tenías miedo ni a nosotros ni a nuestros padres, pero ¿entonces a quién?

Silencio.

—Y ahora mismo… ¿tienes miedo? —intervino Lenny.

Noah miró a su hermano, luego asintió muy despacio.

—¿Puedes decirme a qué?

El niño pareció reflexionar, luego negó con la cabeza.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó Josie—. ¿Algo de lo que crees que no debes hablar con nadie?

Las manos de Noah se convirtieron en puños, pareció enfurecerse de repente.

—¿Alguien te ha hecho daño?

Él alzó la mirada, asintió titubeante.

—¿Pero no puedes decirlo?

Noah empezó a temblar repentinamente.

—Puedes confiar en mí, Noah. ¿Qué pasa? —preguntó Josie.

De repente, Noah empezó a sollozar por lo bajo.

Algo dentro de Josie se rompió. Se sintió irremediablemente sobrepasada.

—Hey, Noah, peque. Si no nos dices qué pasa, no podremos ayudarte.

—A nosotros nadie puede ayudarnos —soltó Noah de golpe.

Josie se sorprendió al darse cuenta de que esa era la primera oración completa que le había oído decir al niño. Además, sonó completamente normal.

—¿A quién te refieres con «nosotros», Noah? ¿A tus padres y a ti?

Él asintió.

—¿Son ellos los que te hacen daño? —Josie fue a por todas.

Durante un rato no pasó nada de nada, luego miró muy seria a Noah.

—Es tu madre, ¿verdad?

Noah hizo una mueca, pero no dijo nada. Luego rompió a llorar.

—¿Quieres que vaya a buscar a tu padre? —le propuso ella con delicadeza, con el dedo índice le alzó la barbilla, lo miró compasiva —. Él al menos parece más amable.

La expresión de Noah cambió de golpe. Si antes parecía desesperado, ahora tan solo era rabia lo que se veía. Negó vehemente con la cabeza, miró a Lenny y luego otra vez a Josie, a la vez que alzaba la mano, ponía el pulgar en el lado izquierdo de la garganta, se lo llevaba al otro lado. Un gesto inequívoco.

—No es tan amable como dice ser. ¿Es eso? —preguntó Josie.

Noah bajó la mirada, negó con la cabeza.

Ella miró a su hermano.

—¿Lo has oído, Lenny? Eso en cuanto a tu teoría de que Theo es guay con su hijo.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, piensa —le ordenó con una sonrisa de desprecio.

—¿Que lo único que hace es fingir ante Noah? —preguntó Lenny a media voz—. ¿Que solo hace como si fueran colegas?

Josie negó lentamente con la cabeza.

—No. Theo no finge ante Noah. Finge ante todos nosotros.

DIEZ
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—¿No deberíamos bajar ya? —preguntó Joe cuando por fin se hubieron vestido.

—¿Tienes hambre o a qué viene tanta prisa?

Él asintió.

—Me muero de hambre. ¿Acaso tú no?

Milla negó con la cabeza.

—La verdad es que no. ¿Sabes qué planes tienen Susi y Theo para hoy?

—De momento aún no. Anoche él comentó algo de que hoy haría bueno para ir de pesca. Supongo que querrá salir conmigo a pescar con mosca. Al fin y al cabo, ese fue el motivo de la invitación: la idea era pescar juntos en la laguna Achterwasser.

Ella asintió pensativa.

—¿Qué pasa?

—No es nada —respondió ella.

—Cariño, que no soy tonto. Le estás dando vueltas a algo.

—Para serte sincera, me gustaría estar hoy un rato a solas. Quiero ir a visitar la tumba de Papá, dar una vuelta por Ahlbeck, ver qué ha cambiado. Ya que estamos aquí, quiero aprovechar.

Él frunció el ceño.

—Pues hazlo. Estoy seguro de que Susi lo entenderá.

—¿Y si no? ¿Qué pasa si ya ha hecho planes para nosotras?

—En ese caso le dices que aplace esos planes para la tarde porque primero quieres ir al cementerio. No es nada del otro mundo. Quieres visitar a tu padre muerto. ¿Quién si no la mejor amiga de la infancia no entendería eso?

Milla miró a Joe, asintió.

—Tienes razón. Voy a contarle durante el desayuno mis planes y luego ya veré qué dice al respecto.

—Pues entonces, vamos —la animó Joe impaciente—. Recogemos a los niños y bajamos a la cocina. Está llegando el aroma a beicon frito hasta aquí arriba y se me está haciendo la boca agua.

Los ánimos en la mesa estaban divididos. Joe, Theo y Susi charlaban animados. Los niños, sin embargo, no decían ni mu, como si hubieran hecho un pacto.

Lenny se metía sin ganas trozos de tortita en la boca, sin notar siquiera que Theo le había metido trozos de fruta en la masa, cosa que su hijo detestaba.

Josie también jugaba desganada con el huevo revuelto, lo pinchaba con el tenedor, le echaba de vez en cuando miraditas a Noah, el cual a su vez parecía querer estar en cualquier sitio menos aquel.

Milla se dio cuenta de todo esto, pero no le encontró ninguna explicación, por lo que siguió atenta al parloteo de los adultos. El tema era la cafetera a la que Theo le había dado el título de monstruo que por fin había vencido.

—Efectivamente, encontré en internet un manual de instrucciones en formato vídeo —estaba explicando—. El vídeo tiene más de siete mil *Likes*, lo que significa que yo no soy el único palurdo que no se aclara con el chisme ese.

—No le des tantas vueltas —intervino Susi—. Es un aparato nuevo. ¿Cuánto crees que tardé yo en saber manejar el robot de cocina? Y eso que no tiene ni la tercera parte de mecánica que la cafetera esa.

Milla buscó la mirada de Joe, pero este estaba completamente centrado en Theo. ¿Acaso no se daba cuenta de lo contradictorio que resultaba todo aquello?

Esa cafetera ya era vieja y estaba usada. ¿A quién pretendían engañar Theo y Susi? ¿Y por qué? ¿Por qué mentían tan descaradamente? ¿Porque les daba vergüenza no saber manejar su propia máquina? ¿O había algo más?

¿Al final, no sería ella la que se ahogaba en una gota de agua, la que hacía una montaña de un granito de arena? ¿Reaccionaba de aquella manera hipersensible a cualquier incongruencia y minucia por haber vuelto después de tantos años y porque cada célula de su cuerpo se estaba rebelando contra ello, por dejar que los viejos sentimientos y recuerdos salieran a la superficie?

Miró hacia Susi, que se percató de que la estaba mirando. La amiga ladeó la cabeza, sonrió.

—¿Y tú y yo qué vamos a hacer hoy?

—La verdad es que yo tenía pensado… —empezó Milla.

—Pero ¿qué pregunta es esa? —la interrumpió Theo—. Las chicas os vais de compras y luego a la playa con los niños. Hace un tiempo maravilloso y vais a pasar un día perfecto.

Susi paseó la mirada desde su marido hacia Milla.

—¿Te parece bien?

Milla suspiró para sus adentros, luego asintió.

Joe la miró sorprendido, le guiñó un ojo, lo que la enfureció. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Estropearle el buen humor a Susi hablando de cementerios y recuerdos nostálgicos que quería revivir?

Hizo un gesto apenas perceptible de negación en dirección a Joe. Si se le ocurría dejarla ahora al descubierto, les estropearía a todos el día. Pero no hizo nada por el estilo, simplemente parecía estar contento con la aventura de hombres que le esperaba. Sin mujeres. Sin hijos. Tal como lo habían planeado. Él y su colega.

Susi, sin embargo, parecía querer asegurarse.

—¿Y vosotros? —preguntó mirando primero a su marido, luego a Joe.

—Nosotros vamos de pesca, como habíamos planeado. No hay cambios —dijo Theo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues todos contentos —constató Susi de buen humor y le echó una mirada de comprobación a su hijo, que seguía estoicamente con los ojos clavados en el plato. Frunció el ceño preocupada—. Cariño, ¿por qué no comes?

Noah no reaccionó. Ni siquiera alzó la mirada.

Susi se levantó de golpe, dio la vuelta a la mesa rápidamente, le puso la mano en la frente. Pero a Noah le debió de desagradar el contacto. Se estremeció.

Pero ¿eso no era algo normal en niños autistas?, se preguntó Milla, que se había informado al respecto en internet.

—No tiene fiebre —constató Susi y suspiró indecisa.

—Creo que lo que le pasa es que está cansado, nada más —dijo Milla—. Anoche no durmió mucho tumbado en nuestra habitación. —Sacó el tema conscientemente—. No creo que haya descansado lo suficiente, con lo que ronca Joe.

Esperó con cierta tensión a ver cómo reaccionaría Susi a la indirecta.

Pero esta ni la tuvo en cuenta, estaba centrada en Noah única y exclusivamente. Se inclinó sobre él.

—Ven que te llevo arriba, ¿vale? Te acuestas un poco y por la tarde ya veremos qué hacer. —Soltando un suspiro miró a Milla—. Me temo que lo de ir de compras no va a poder ser. Prefiero quedarme con Noah. No vaya a ser que esté incubando algo.

A Milla se le cayó un gran peso de encima. Al final podría poner en marcha su plan. Les pediría a los niños que guardaran silencio en el cementerio y luego se lo pasarían en grande yendo de compras los tres juntos.

Lenny gimió.

—Mami, no me apetece ir de tiendas. Tú y Josie sois súper lentas.

—Si quieres, puedes quedarte aquí —ofreció Susi sonriendo—. Siempre y cuando tu madre esté de acuerdo.

—Tengo una idea mejor —intervino Josie—. Lenny y yo nos quedamos con Noah y así podéis ir juntas a la ciudad.

Milla se percató de que Susi se quedó mirando perpleja primero a su hija y luego a Lenny.

—¿Haríais eso?

Josie asintió vehemente con la cabeza y Lenny se unió a ella.

—Pensaba que os costaba lo suyo lidiar con mi niño —dijo Susi con voz tan baja que casi no la oyeron.

Josie se encogió de hombros, se dirigió a Noah.

—Ya nos las arreglaremos, ¿verdad?

Noah la miró, asintió con la cabeza.

—Yo también me las arreglaré con él —confirmó Lenny—. No es que hable mucho, pero nos entendemos de todos modos.

Susi los miró a todos con el ceño fruncido, al principio no supo cómo reaccionar ante la sorprendente amistad que había surgido entre los tres.

También a Milla le sorprendió y tampoco supo qué pensar.

Pero Susi negó de manera resoluta.

—Es muy amable por vuestra parte, niños, pero no puedo dejar a Noah solo. No cuando está claro que no se encuentra bien… —Lo miró, ladeó la cabeza—. Mami va a quedarse contigo, cariño. No tengas miedo. —Balanceó su silla—. Ahora voy a llevarte arriba, ven, mi niño.

Milla observó a Noah levantarse a regañadientes, irse sin más, sin mirar atrás.

Miró a sus hijos, que la estaban mirando de manera muy intensa, como si quisieran decirle algo, pero no tuvo ocasión de preguntar.

Joe carraspeó. Ella giró la cabeza.

—Podrías ir al cementerio y dar una vuelta por Ahlbeck, luego hacerle algo de compañía a Susi. Puede que para entonces Noah ya se encuentre mejor. Así al menos podréis ir a la playa.

—¿He oído cementerio? —preguntó Susi, que había vuelto a la cocina sin que se dieran cuenta.

—¿Noah duerme? —preguntó Theo sin entrar al trapo a la pregunta de ella.

Ella negó con la cabeza.

—Está en su habitación. Quería descansar un poco. Supongo que Milla tiene razón. Fue una noche larga para él. —Se giró hacia ella—. ¿He oído bien? ¿Quieres ir al cementerio de Ahlbeck?

Milla asintió.

—Espero que no te importe. No tardaré.

Susi le restó importancia con un gesto de la mano.

—Malo será que no sea capaz de lidiar con tres niños. Tú ve a visitar a tu padre y luego te vas de compras tranquilamente. Tan pronto se encuentre mejor Noah, cojo a los niños y nos vamos a la playa. Reúnete allí con nosotros cuando hayas vuelto.

Milla miró a Lenny, luego a Josie.

—¿Os parece bien?

Los dos asintieron al unísono, cosa que raras veces ocurría. Ahí tenía que haber gato encerrado, pensó Milla.

—¡Pues listo! —exclamó Susi—. Los hombres se van de pesca, Milla se va sola y yo me quedo con los niños hasta que Noah se encuentre mejor y podamos ir a darnos un baño.

En la habitación, Milla se quedó mirando pensativa por la ventana y se sobresaltó al notar los brazos de Joe abrazándola desde atrás. Él la besó en el cuello, pero en esta ocasión este gesto cariñoso la dejó fría. Se dio la vuelta y lo miró pensativa.

—¿Has notado lo raro que ha sido todo?

—¿A qué te refieres?

—Primero lo de la cafetera. Dicen que es nueva, pero hasta un ciego vería que se trata de un aparato viejo.

—¿Acaso crees que la robaron? —bromeó él.

Ella resopló molesta.

—No estoy de broma, Joe. Es solo que me parece raro que ni Theo ni Susi sepan manejar esa máquina.

—Bueno, Theo es informático, no experto en máquinas ni ingeniero. No es manitas, eso es todo. Igual que yo.

—Ya, pero tú supiste al menos cómo encenderla y hacer que echara café.

—Porque conozco ese tipo de máquina —le explicó—. Es de la serie Gastro, salieron difíciles de manejar.

—Pero Theo miente al decir que es nueva.

—Puede que la hayan comprado hace poco de segunda mano.

—Eso también lo he pensado yo, pero fíjate en esta casa. ¿Hay algo aquí que te haga pensar que los habitantes de esta casa comprarían una cafetera usada? Cada detalle o aparato o pieza que forme parte de la decoración es jodidamente caro, eso hasta lo sé reconocer yo, que no tengo ni idea de estas cosas. ¿Por qué entonces una cafetera usada?

Joe se la quedó mirando, hizo una mueca.

—¿Qué es lo que te pasa de verdad? ¿A qué vienen estas dudas repentinas?

—El niño, Noah, no entiendo por qué ha dormido con nosotros en vez de quedarse con su madre. Y luego Susi. Es tan distinta a cómo la recordaba.

—¿A qué te refieres con distinta?

—No sé cómo describirlo. Es como si estuviera interpretando un papel. Y eso me tiene intranquila. Ya no me siento como antes cuando estoy con ella. Me siento mal, de alguna manera.

Joe la miró.

—Puede que sea por el entorno. Desde el principio no querías venir. Y ahora proyectas ese rechazo a tu antiguo hogar en tu amiga de la infancia.

Lo que Joe estaba diciendo tenía sentido, pero esa no era la razón de su inquietud. Sin embargo, en vez de sincerarse con él, solo asintió, para mantener la paz.

—Deberías estar contenta —dijo Joe sonriendo, la atrajo de nuevo hacia él—. Incluso los niños parecen estar a gusto, hasta se llevan bien con el rarito. ¿Te diste cuenta antes cómo hicieron piña solo para no tener que ir de compras contigo?

Milla asintió.

—Ahí hay gato encerrado… Josie no renunciaría nunca a ir de tiendas porque sabe que siempre acaba llevándose algo sin tener

que tocar su paga. Y hoy, sin embargo, insiste en quedarse con Lenny y Noah – ¿por qué?

Joe se encogió de hombros, le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tal vez porque los milagros sí existen.

Milla suspiró para sus adentros. Su maldito marido estaba en una nube y ella podría decir lo que fuera que él iba a encontrarle una explicación a todo, así que dijo simplemente:

—Voy a ver cómo están los niños antes de salir.

Se soltó, salió de la habitación. Sabía que su comportamiento a Joe le tenía que parecer el de una paranoica, pero le daba igual.

Notaba, sin más, que en esta casa, en esta familia, pasaba algo raro. Y no debería importarle. Al fin y al cabo, ya no era amiga íntima de Susi. No soportaría más traumas relacionados con la isla y por eso andaría con ojo.

Pocos minutos después llamó a la puerta de Josie, vio a Lenny sentado en el alféizar, entró.

—¿Qué está pasando aquí? —Esperó que la severidad de su voz les dejara bien claro que esperaba una respuesta sincera.

—Queremos quedarnos con Noah, en serio —explicó Lenny—. Creo que tiene miedo estando solo. Queremos cuidarlo, jugar con él e intentar hacernos amigos de verdad. Me da un poco de pena.

—Pensaba que lo tenías por un… cómo dijiste… *friki*.

Lenny se puso como un tomate.

—He cambiado de opinión. Noah no es ningún *friki*. Es solo que parece miedoso y por eso me da lástima y me quiero quedar con él.

—Que tú no quieras venir conmigo, tampoco me preocupa mucho que digamos —admitió Milla—. Pero, Josie, ¿qué pasa contigo? Si te encanta ir de compras. ¿Tú qué excusa tienes?

—Noah —fue la respuesta escueta de su hija—. Como acaba de decir Lenny, creo que tiene un miedo terrible.

—Y por eso se queda su madre con él.

Lenny y Josie se miraron sin decir nada, luego la miraron a ella.

—Ese es el problema —dijo su hija titubeante—. Creo que Noah les tiene mucho miedo a los dos. A sus propios padres.

ONCE
LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

—¿De dónde habéis sacado esa idea? —preguntó su madre, mirando interrogante primero a Lenny, luego a ella.

Josie suspiró.

—Noah se pasó el dedo por la garganta, ya sabes, el típico gesto de matón cuando quiere amenazar a alguien de muerte. Ya es la segunda vez que lo hace. Primero delante de Lenny y hace un rato también delante de mí.

—¿Así sin más o había una razón?

—Estábamos hablando de Theo. Creo que Noah quería hacerme entender que no es tan amable como parece.

Lenny, que estaba a su lado, se balanceaba nervioso de un pie a otro.

—Ahí lo tienes, Mamá. A mí no quisiste creerme. Ahora ha vuelto a hacerlo. Y ya te he contado lo que me dijo por la noche.

Josie frunció el ceño.

—Pero a mí no me lo has contado. ¿Qué ocurrió?

—Se lo conté a Mamá.

—¿El qué? Venga, di.

—El niño está enfermo, Lennard, o al menos tiene una deficiencia mental o como quiera que se considere el autismo —explicó Mamá —. Creo que le cuesta expresar que alguien le cae bien. Seguro que su intención no era ni la mitad de siniestra como te pareció.

—¿Qué dijo exactamente?

—«No quiero que mueras.»

Josie se quedó mirando a su hermano.

—¿Eso dijo anoche? ¿A ti?

Lenny asintió con la cabeza.

Milla fijó su atención en ambos.

—Por eso no entiendo que de repente queráis quedaros con Noah. Después de todo lo ocurrido, más bien me hubiera imaginado que aprovecharíais la primera ocasión que se os brindaran para salir de aquí. ¿Ha pasado algo mientras tanto entre vosotros y Noah de lo que yo no me haya enterado?

Josie pasó la mirada de su madre a Lenny, luego cuadró los hombros.

—¿Y qué? A veces es un poco rarito, pero no es más que un niño. Y yo voy a quedarme con él.

—Yo también. —Lenny sacó el labio inferior a modo de desafío.

—Vale —aceptó Milla—. Pues quedaros con Noah. Pero prometedme que no haréis ninguna tontería. Sobre todo no con Noah, ¿entendido?

Josie puso los ojos en blanco.

—Tengo doce años, no seis. Y si quieres saber por qué queremos quedarnos, te lo diré. Lenny y yo queremos averiguar qué pasa con Noah porque creemos que tiene que haber una razón para que Noah sea tan raro. Y no es por su enfermedad. Si sus padres tienen algo que ver, vamos a ayudarle.

—Muy bien. —Milla asintió—. Me parece genial que queráis apoyarle, pero hablad conmigo antes de emprender cualquier acción. Por favor. Y hablando del tema, ¿alguna cosa más que me hayáis ocultado? ¿Ha dicho Noah algo que os haga pensar que les tiene miedo a Susi y a Theo?

Josie resopló.

—No hace falta que lo diga. ¿No basta con que prefiera dormir en el felpudo de vuestra cama antes que con su madre? ¿Y por qué crees que despierta por las noches, tiene pesadillas y luego llora desesperadamente?

Milla alzó las cejas.

—¡Espera, Mamá, que eso no es todo! Ni siquiera quiere que llamemos a sus padres para decirles que no está bien.

—¿Así que en serio creéis que Susi y Theo lo maltratan?

Josie soltó un resoplido fuerte.

—Ni idea si son culpables de eso, pero tu amiga sobre todo, la Susi esa, se comporta muy raro con Noah. Puede que esté sobrepasada porque está enfermo y que lo descargue con Noah. Pero eso bien no está.

—Vale. —Milla se rindió—. Pero repito: prometedme que no actuaréis sin pensar. No atosiguéis a Noah. No le acuciéis para que diga algo que tal vez no quiera decir. Y tampoco llaméis a los servicios sociales ni nada parecido, ¿entendido?

Josie eludió la mirada de su madre.

—¡Josephine! ¡Quiero que me lo prometas!

—No voy a llamar a nadie.

—Eso ya lo dijiste en otra ocasión.

Josie mantuvo la mirada seria de Milla, presintiendo nada bueno.

—¿Recuerdas el asunto del perro de la señora Weber? —prosiguió, en efecto, Milla.

Josie se puso como un tomate.

—Estaba claro que ibas a sacar eso ahora —protestó—. Mis intenciones eran buenas. En serio pensaba que la Weber le pegaba y no le daba de comer.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Porque esa mujer es un bicho y porque siempre se portaba mal con nosotros. No quería que acariciáramos a Chappy o que le diéramos golosinas. Y como se pasaba las noches aullando, pues pensé que estaba sufriendo, por culpa de ella.

—¿Y también recuerdas lo que pasó cuando llamaste a la protectora de animales?

Lenny soltó una risita tonta.

Josie le dirigió una mirada furiosa, luego se dirigió a su madre.

—No sabía que Chappy tenía cáncer y que por eso estaba tan delgado y que solo podía comer determinadas cosas. Pero por eso también me disculpé con la señora Weber y lo siento. ¿Qué más quieres que diga?

—No quiero que aquí montes un circo parecido, ¿queda claro? Esta vez no se trata de un perro, sino de una persona. Se trata de Noah, de un niño que ya bastante tiene con qué cargar. Y los de los servicios sociales no se andan con chiquitas, ¿entiendes? Una acusación falsa puede poner patas arriba la vida de muchas personas. En mi trabajo he sido testigo de eso en más de una ocasión.

—Te lo prometo, Mamá. Nada de llamadas ni intentos de salvar a alguien sin antes haber hablado con Papá o contigo. ¿Te sirve?

—Vale. Me voy a fiar de ti —dijo Milla y miró a Lenny—. Y tú, compórtate, ¿vale? Si Susi te dice algo, le harás caso mientras yo no esté. Y repito: no atosiguéis a Noah, ¿entendido?

—¡Sí, mi capitán!

Al cabo de una hora escasa Susi salió para unirse a ellos en el jardín, las manos detrás de la espalda. Josie dejó la pelota con la que estaba jugando con Lenny y miró en su dirección.

—¿A quién le apetece un helado? —preguntó Susi con entonación conspiradora.

Lenny se encogió de hombros.

—Yo me tomaré uno.

Susi le sonrió a Josie.

—¿Y tú?

—Claro, ¿por qué no?

La sonrisa de Susi se ensanchó, sacó los brazos de detrás de la espalda, le tendió a cada uno un *Magnum* grande.

—Ya sabía yo. Que os aproveche. Dentro de media hora partimos a la playa.

—¿Noah ya está bien? —preguntó Josie.

Susi meció la cabeza.

—Voy a mirar cómo está dentro de un ratito. Se ha acostado, pero va siendo hora de despertarlo. Si duerme tanto de día, luego por la noche va a estar aún más activo. —Dirigió la mirada hacia Lenny—. Por cierto, me alegro de verdad de que os hayáis arreglado con mi niño. Le vendrán muy bien un par de amiguitos. Puede que pasar un poco de tiempo con otros niños le ayude.

—Noah es bastante guay cuando has pillado por fin cómo le regula la cabeza —dijo Lenny.

Susi lo estudió.

—¿Y tú lo has hecho? —preguntó en voz baja—. ¿Pillar cómo regula?

—¿A qué se refiere? —La voz de Lenny resultó un poco aguda de más, como si se sintiera desorientado.

—¿A qué va a ser? ¿Entiendes a mi hijo? Pensaba que te daba miedo. ¿No fue eso lo que le comentaste a tu madre? ¿No lo llamaste incluso *friki*?

Josie notó que su hermano se estaba poniendo tenso.

Ahora mucho cuidado con lo que dices, le pidió mentalmente a Lenny, como si con el mero poder de su mente pudiera llegar al oído de su hermano.

—¿Cómo sabe eso? —susurró Lenny.

—Oí vuestra conversación ayer.

Josie vio que su hermano se había ruborizado. Estaba como un tomate.

—Lo siento —soltó él—. No debí haber dicho algo así.

El rostro de Susi mudó a una sonrisa cálida.

—No pasa nada, Lenny. Estoy acostumbrada a que la gente desconfíe de Noah al principio. Los adultos no son mucho mejores en ese sentido. Y tú eres un niño pequeño. Es normal que el comportamiento de Noah resulte extraño al principio. Además, tiende a expresarse mal. A veces dice algo incomprensible, da a entender cosas erróneas sobre él mismo o su familia, ¿entendéis?

Josie asintió con la cabeza, le lanzó una mirada conspirativa a Lenny: ahora era mejor no decir nada más.

—Cambiemos de tema —exclamó Susi con una sonrisa radiante —. Voy a preparar algo para hacer un pícnic en la playa. ¿Qué os apetece comer?

—A mí me gustan los bocatas —soltó Lenny y Josie notó que respiraba aliviado. Igual que ella. Las insinuaciones de Susi también la habían intimidado.

—Y a mí me encantan los palitos de pepino y zanahoria o cualquier cosa sana —intervino ella.

Susi asintió lentamente.

—Pues entonces voy a ir a preparar unas cuantas delicias. Vosotros, mientras tanto, podéis preparar vuestros bolsos de la playa.

—Venga, tropa —dijo Susi tras haber extendido las mantas en la playa y haberse acomodado—. ¿Qué os apetece hacer? Podéis jugar a la pelota o hacer un castillo de arena. Pero nada de meteros en el agua sin mí. No quiero que pase nada. Milla jamás me lo perdonaría.

—Soy socorrista —replicó Josie molesta—. No necesito que nadie cuide de mí. ¡Ya sabía nadar con seis años!

Susi asintió impresionada.

—¿Y tú? —le preguntó a Lenny.

Lenny volvió a ruborizarse.

—Yo también sé nadar, aunque no estoy en la brigada de socorrismo acuático. Pero hasta hace poco estaba en un equipo de natación.

—¿Entonces los dos sois buenos nadadores?

Josie y su hermano asintieron al unísono.

—Vale, si es así, podéis meteros en el agua. Pero Noah… no sé…

—Cuidaremos de él —se ofreció Lenny rápidamente.

—Está a salvo con nosotros —corroboró Josie.

—Pero Noah no sabe nadar —objetó Susi—. Sería una responsabilidad muy grande y…

—¡Pero si sé nadar! —gritó Noah tan alto que todos se asustaron.

Se quedó mirando a Susi con los ojos muy abiertos. El niño estaba temblando de excitación. O puede que de rabia. Josie no lo tenía muy claro.

Lanzó una mirada algo irritada a Susi, que al principio pareció enfurecerse con el estallido de su hijo, pero que mudó enseguida de parecer y se rio de manera apaciguadora.

—Claro que sabes, mi hombrecito. —Les echó unas miradas cargadas de intención a Lenny y a Josie y les guiñó un ojo.

Josie asintió. Había captado el mensaje. No perdería de vista a Noah ni un solo segundo mientras estuvieran en el agua.

El agua del Mar Báltico estaba a tan solo veintidós grados y a los tres les había costado un poco meterse en el agua fría. Pero ahora que se habían metido hasta la cintura, ya se habían acostumbrado a la temperatura. Al menos Lenny y Josie. Noah sin embargo, situado al lado de Josie, se había agarrado con fuerza a su mano y tiritaba de frío.

—¿De verdad sabes nadar? —le preguntó ella.

Noah asintió con la cabeza.

—¿Te enfadaste porque tu madre dijo que no sabes?

Noah la miró, calló, cosa que ella interpretó como un sí.

—Entonces ¿por qué dice esas cosas? —preguntó Lenny.

Noah no le contestó, lo que no sorprendió a Josie.

Al menos parecía estar reflexionando sobre ello. Ya no tiritaba, pero ahora tenía los ojos anegados en lágrimas. A Josie le dio de golpe mucha pena.

¿Qué le estaría pasando por la cabeza a este niño de siete años? ¿Qué no tendría que tragarse?

Este niño le tocaba la fibra. Se trataba de algo completamente distinto a lo de Chappy. El perro le había dado pena, había malinterpretado su mirada triste. Y había odiado con todas sus fuerzas a la vieja Weber, al igual que todos sus amigos y amigas.

Cada vez que se les brindaba una oportunidad, le hacían una jugarreta. Le contestaban con descaro. Sabía que si hacía lo que Selina, su amiga, le había aconsejado, se metería problemas: llamar a la protectora de animales y pedir ayuda para Chappy.

Esto era diferente.

No sentía solamente lástima por Noah. Este niño había despertado su instinto protector y no era capaz de plantearse el dejarlo abandonado a su propia suerte. Tenía que descubrir obligatoriamente si iba bien encaminada con su sospecha de que los padres del niño le pegaban. O peor.

Se acordó de Tessa. Una niña de la clase de al lado. Nadie, ni las amigas, había sospechado que su padre la maltrataba desde hacía años. A ella también le había parecido una niña completamente normal, hasta que un día le dio por proyectar toda su rabia en un compañero de clase dándole una buena paliza. Y solo porque el niño le había preguntado que a qué se debían sus moratones.

Disimuladamente buscó estigmas traicioneros en el cuerpo de Noah. Como iba en bañador, pudo verle bien el resto del cuerpo. Que no viera ningún moratón no tenía por qué significar nada. Puede que ante la visita inminente, Susi y Theo simplemente anduvieran con cuidado.

¿O habría alguna otra explicación?

Solo de pensarlo se puso enferma. Carraspeó, tiró de Noah un poco más hacia el agua, solo para asegurarse de que Susi no pudiera oírla.

—¿Puedo preguntarte algo, Noah?

Él le apretó la mano algo más fuerte, lo que debería de significar tanto como un sí.

—Tus padres, Susi y Theo, cómo decirlo… ¿Te han tocado de manera inapropiada?

—¡Venga ya, Josie, que me entran arcadas! ¿Cómo se te ocurre preguntar esas mierdas? —intervino Lenny muy molesto.

—¡Tú, cállate! —increpó a su hermano. Luego volvió a dirigirse a Noah—. Quiero decir, si tus padres te han tocado de una manera que no es normal.

Se paró porque a Noah el agua ya le estaba llegando al cuello.

La respiración del pequeño era agitada, suspiró por lo bajo.

—Sois tontos —dijo por fin en voz baja. Su voz ya no sonó asustada sino resignada—. Los dos.

Se soltó, se dio la vuelta y regresó a la orilla luchando contra las olas. Una vez en la orilla se sentó allí mismo y empezó a hacer un castillo de arena.

Josie buscó a Susi con la mirada, pero esta estaba ocupada leyendo un libro y no parecía haberse enterado de que Noah ya no estaba en el agua.

—¿Qué acaba de decir? —preguntó Lenny.

Josie tragó.

—Que somos tontos. Los dos.

Él se la quedó mirando.

—¿En serio?

—Sí. Tú estabas buceando y volví a sacar el tema de los malos tratos.

—¡No me extraña! ¡Eso es asqueroso! ¿Cómo pudiste preguntarle algo así?

—¡Si solo estoy intentando ayudarle, Lennard! Y por si no te has dado cuenta: Noah no tiene ni un solo moratón. Solo quise asegurarme, ¿vale?

La miró, hizo una mueca.

—Se puede maltratar a alguien sin tener que pegarle.

Ella frunció el ceño.

—Por cierto, ¿cómo es que sabes de estas cosas?

—Porque no nací ayer.

—Vale, vale —soltó ella—. ¿Y tú qué sugieres que hagamos ahora?

Él la miró.

—Tenemos que aprovechar cualquier ocasión para sonsacarle.

—Pues vamos —dijo ella—. Salgamos a jugar con él, a lo que sea.

Cuando se unieron a él, Noah ni alzó los ojos.

Josie le echó un vistazo al castillo que había empezado a construir.

—¿Podemos jugar? —preguntó algo más fuerte de lo normal para que Susi se enterara.

Noah se encogió de hombros, lo que debía de significar tanto como que le daba igual y que ya no estaba molesto.

Ella se sentó a su lado en la arena, empezó a hacer un agujero con las manos.

Cuando Noah empezó a hacer un dibujo en la arena, ella se detuvo y se quedó mirando lo que estaba dibujando.

—¿Es una casa? —preguntó en voz baja, aunque era evidente.

Noah asintió con la cabeza, siguió dibujando sin detenerse. Una casa, al lado, unos palitos, personas, supuestamente. En total cuatro. Una casa y cuatro personas.

Josie miró el dibujo, luego a Noah.

—¿Quieres contarme algo? ¿Qué significa?

Noah guardó silencio, pero trazó una raya por debajo de los cuatro monigotes junto a la casa, lo que debía de significar tanto como que el foco de atención yacía allí. Ella frunció el ceño, miró a Lenny.

—¿Qué crees que quiere decirnos?

Su hermano miró los garabatos, hizo una mueca. Luego extendió el dedo, señaló uno de los monigotes que parecía más corpulento que los demás. Le sonrió.

—¿A quién te recuerda?

Ella se encogió de hombros.

Lenny se rio.

—Eres dura de entendederas, hermanita. ¡Eres tú! Noah nos ha pintado a nosotros. Mamá, Papá, tú y yo. —Miró al niño, alzó las cejas a modo de interrogante—. ¿Tengo razón, Noah?

El niño se quedó mirando un rato a Lenny, luego negó muy lentamente con la cabeza.

—¡Los dos sois duros de entendederas! —Su voz era débil, casi imperceptible. Al final hizo una mueca de rabia, borró el dibujo hasta quedar completamente irreconocible, clavó la mano en la arena, como si fuera una garra—. Ojalá no hubierais venido —soltó y se levantó. Luego arrojó la arena que llevaba en la mano directamente a los ojos de Lenny.

DOCE
AHLBECK

MILLA

Dejar a sus hijos en la casa con Susi e irse sin Joe le había resultado angustioso.

No solo por dejar a Lenny y a Josie al cuidado casi de una desconocida. Al fin y al cabo, transcurridos todos esos años, Susi ya no era una amiga de verdad en la que poder confiar. Si es que alguna vez lo había hecho; había llegado al punto de ponerlo en duda.

Lo no dicho de entonces, pero que seguía entre ellas, se manifestaba como una carga incluso más pesada. El mero recuerdo resultaba aplastante.

Al mismo tiempo, Milla era consciente de que las cosas no podían quedar así. Algún día tendría que sentarse con ella y hablar sobre todo lo que había ocurrido en el pasado. Pero ¿de verdad podría revelarle a Susi lo que la preocupaba desde entonces? ¿Le estaría permitido, sin tener que temer las consecuencias?

¿No conmocionaría con ello también a Susi, ahora que era evidente que le iba muy bien? ¿No les afectaría a los cimientos de su salud mental? ¿Y si volvía a abrir todas las compuertas?

¿Podía correr ese riesgo, solo para averiguar si su amiga sabía algo?

No había hablado con nadie sobre los acontecimientos de entonces, ni siquiera con sus padres. Sin embargo, el recuerdo la corroía, no la soltaba.

De repente sintió la necesidad de tirar del freno de mano y dar la vuelta. Regresar de inmediato junto a sus hijos, meterlos en el coche, largarse. Muy lejos. Lejos de esta isla, lejos de Susi y Theo – lejos incluso de Joe.

Amaba de todo corazón a su marido, pero a veces la ponía de los nervios que fuera tan crédulo, casi ingenuo, con su fe en la bondad de las personas. Y eso que siendo abogado tenía que enfrentarse a menudo con personajes turbios y con el lado oscuro de la vida.

Divorcios horribles.

Delitos.

Tragedias familiares.

Joe consideraba que conocía perfectamente a las personas, se fiaba de ese conocimiento. Lo consideraba una especie de instinto que hacía sonar todas las alarmas cuando se acercaba a personas que no le hacían bien, que incluso podrían hacerle daño.

¡Pero estaba tan equivocado!

Al fin y al cabo, se había acercado a ella. Se había enamorado de ella. Se había incluso casado con ella. Y ella era de todo menos buena persona.

Milla suspiró.

Ella ni siquiera era un buen partido… y algún día, estaba segura de ello, desde que la había convencido para tener una primera cita, él también lo entendería.

Al traspasar los raíles y ver el sendero estrecho que atravesaba el bosque y subía hacia el cementerio, se le aceleró el corazón.

En el pasado no solo había engañado a Joe, sino a cada una de las personas de su entorno. Pero lo más doloroso era saber que su querido padre se había tenido que ir sin haber descubierto quién era ella en realidad.

Cuando hubo llegado al aparcamiento, se dio cuenta de que se había olvidado traer flores.

Sopesó por un momento si dar la vuelta y regresar más tarde, pero al final se quedó. ¿Qué más daba si visitaba con o sin flores la tumba de su padre? Papá estaba muerto, enterrado desde hacía mucho. Y dondequiera que estuviese ahora, si es que existía una vida tras la muerte, seguro que le traería sin cuidado si encima de sus restos humanos había flores frescas o no.

Se encaminó lentamente hacia el portalón. Cada paso que la acercaba a la tumba de su padre resultaba más difícil.

Por un momento sopesó si llamar a su madre, pero desechó enseguida la idea. A sus más de treinta años y a estas alturas tendría que saber cómo lidiar con situaciones como esta.

Cuando hubo llegado a la tumba, se sentó en el suelo, quedó mirando la lápida durante un rato, intentó sentirse cerca de su padre. Ella no creía en esa fantasmada de la reencarnación o los contactos con el más allá, pero en momentos como este resultaba reconfortante creer que existía una conexión más allá de la muerte.

Dejó caer la cabeza lentamente sobre las rodillas encogidas, cerró los ojos.

Al parpadear y ser consciente de dónde se encontraba, la recorrió un escalofrío. Había refrescado notablemente y, al consultar la hora en el reloj, se asustó. Llevaba casi dos horas aquí sentada. A ella no le habían parecido más que minutos.

Se levantó, echó un último vistazo a la tumba, le lanzó un beso con la mano a la lápida en el extremo, luego dio media vuelta y salió corriendo hacia el coche.

Cuando hubo llegado, se dejó caer en el asiento del piloto y estuvo a punto de seguir el impulso de regresar lo antes posible a Ückeritz.

Pero algo se lo impedía.

Trató de escuchar su cuerpo y comprendió que necesitaba unos momentos para bajar a tierra.

Arrancó con calma el motor, regresó al pueblo a una velocidad más lenta de la permitida, giró para tomar la Avenida de la Playa. Tras encontrar un hueco en el aparcamiento ubicado tras la iglesia, estacionó el coche.

Dos minutos después estaba de camino hacia el paseo marítimo. Daría un paseo hasta el puente y luego iría de tiendas para comprar regalos.

No tardó en encontrar un pequeño detalle para cada uno. Solo le quedaba coger algo para Joe. Ensimismada, pensando en qué comprarle, se dirigió tranquilamente hacia una librería, cuando notó la sombra de una persona reflejada en el escaparate de al lado. La persona la estaba mirando sin disimulo.

Milla se giró.

—¿Nos conocemos?

La mujer se ruborizó.

—Yo diría que sí. Eres Milla, ¿no?

—Sí. —Intentó leer aquella cara, se fijó en los ojos de un azul pálido, reconoció la nariz llamativamente aguda… soltó un jadeo de incredulidad—. Eres Anja, ¿verdad? Anja Uhlig.

La mujer se rio.

—La misma. Aunque un poco más entrada en carnes. Los años, ya sabes. Pero tú estás casi igual que antes—. Anja cogió aire, la observó sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás de vacaciones?

—Algo parecido —soltó Milla—. Mi marido ha venido a visitar a un colega en Ückeritz.

—Entonces no estás lejos de Fabienne. ¿Ya os habéis visto?

Milla negó con la cabeza.

—No, pero me he reencontrado con Susi.

Anja sonrió.

—Hace siglos que no la veo. ¿También está de vacaciones?

—Vive en Ückeritz desde hace dos años.

—¿Qué dices? Qué raro, después de todo lo que tuvo que… —Anja dejó la frase a medio terminar, suspiró—. Dale recuerdos de mi parte.

—Claro. —Milla asintió, a punto de irse, Anja la agarró del brazo —. Ahí delante está el Hotel Mar Báltico. Podríamos sentarnos en la

terraza y tomar café y un pastel. Puede incluso que quede alguna caseta libre en la playa. ¿Qué te parece? ¿Nos tomamos un café y recordamos los viejos tiempos? Resulta tan reparador ver una cara conocida.

Milla echó un vistazo al reloj. Seguía necesitando un regalo para Joe y quería volver con sus hijos, pero rechazar la invitación de Anja sería descortés.

—Vale —aceptó—. Pero deja que entre rápidamente en la tienda. Tengo que comprar algo. Mientras, busca una mesa libre. Yo no tardo.

Cuando poco después, cargada con otra bolsa, entró en la terraza del Hotel Mar Báltico, vio a Anja, que, efectivamente, había conseguido una caseta abierta de mimbre y estaba encendiendo un cigarrillo.

De golpe sintió el deseo incontenible de fumar.

—¿Puedo cogerte uno? —le preguntó a Anja, señalando la cajetilla que estaba en la mesa.

Anja asintió con la cabeza, le pasó el mechero. Tras la primera calada profunda, tuvo que lidiar con la tos, pero por suerte, justo en ese momento se acercó el camarero con una jarra de agua que dejó en la mesa sin decir nada. Pidieron café, gofres belgas con nata y cerezas, se miraron sonrientes.

—Venga, cuenta. ¿Cómo te ha ido en todos estos años?

Milla suspiró.

—Que mi Papá murió seguro que ya lo sabes, ¿no?

—No. —La antigua compañera de clase la miró consternada—. ¿Cuándo ocurrió?

Milla hizo un gesto para restarle importancia.

—Hace una eternidad. Ya me he acostumbrado a que no esté conmigo. Aun así, me cuesta ir al cementerio, imaginarme que ahora yace allí bajo tierra.

—Él no —observó Anja—. Solo su carcasa.

Milla recordó que ya entonces Anja había tenido una vena esotérica. La miró, ladeó la cabeza.

—No creo en esas cosas, ¿sabes?

Anja se encogió de hombros.

—Tampoco tienes por qué. ¿Cómo está tu madre?

—Vive en Baviera con su nuevo marido. A solo un par de casas de nosotros.

Anja la miró perpleja.

—Eso sí que no me lo esperaba. Tus padres eran como uña y carne. Que fuera capaz de abandonar su querida isla… Vaya.

—Tras la muerte de Padre ya no le quedaba nadie en Usedom. Por eso aceptó mi propuesta de venirse a Baviera. Así puede ver a sus nietos siempre que quiera. Y tomando algo de distancia con su antigua vida, incluso ha podido empezar algo nuevo. Es feliz, no como con mi padre, pero aun así, feliz.

—¿Y tú? ¿Tú eres feliz?

—¿Te refieres a lo de tener a mi madre cerca?

Anja negó con la cabeza.

—Me refiero en general. Ni siquiera sé a qué te dedicas. ¿Trabajas?

—Estudié derecho, trabajé una temporada como abogada y ahora soy fiscal en la Audiencia provincial de Múnich.

—¡Vaya! Fiscal del estado, genial. —Anja la miraba impresionada —. Sabía que estudiarías, aunque pensaba que te dedicarías más bien a la rama médica.

Milla se rio.

—Para eso no me llegó la nota.

—Ay, la nota… —Anja sonrió—. Hablando de abuelas, así que tienes hijos. ¿Cuántos?

—Un niño de nueve años, una niña de casi trece.

—¿Y tienes marido?

Milla asintió.

—Johannes, o Joe, como lo llamo yo. Es estupendo.

—¿Cómo es?

—Bueno, es abogado —respondió Milla hartándose ya un poco de aquel interrogatorio—. ¿Y tú? —preguntó a su vez—. ¿Tú qué haces?

Anja suspiró.

—Resulta difícil encontrar trabajo en la isla. Por eso los jóvenes se marchan al continente. Y los pocos que quedan no encuentran trabajo porque se lo dan a la mano de obra más barata que viene del extranjero. Sobre todo los puestos en restauración.

—¿Tú qué estudiaste?

—Cocina —respondió Anja—. Además, hice un curso de pastelería artesanal: pastelillos bonitos, galletas y bombones rellenos, ese tipo de cosas. Pero ni con eso me quieren dar un puesto fijo. Mi marido y yo estamos pensando si mudarnos a Hamburgo. Estos trabajos temporales me están tocando la moral. Se cobra una miseria que no da para nada.

—¿Tenéis hijos?

Anja hizo una mueca.

—Dios me libre. Eso no es para mí. Sigo teniendo de sobra con mis siete hermanos. Y casi todos se han reproducido, lo que significa que soy once veces tía. Eso ya es bastante agotador.

—¿No quieres ser madre nunca?

Anja negó con la cabeza.

—Por suerte mi marido tampoco siente la necesidad de traer hijos a este mundo. Nos bastamos el uno al otro. Y no tener hijos también significa libertad.

—¿Y cómo es que aún no te has ido de la isla?

El rostro de Anja se ensombreció.

—No es tan fácil.

—¿Tu marido no quiere?

Anja sacudió la cabeza.

—Él sí que quiere, créeme. Mucho más que yo, pero hasta ahora… simplemente no ha sido factible. Puede que nunca lo sea.

—¿Por motivos económicos?

—¡Qué va, no! Más bien por motivos familiares.

Milla miró a Anja.

—¿Quieres hablar de ello?

—Para eso necesito una copa. —Le hizo un gesto al camarero para que se acercara—. ¿Para cuándo nuestras consumiciones? —le

espetó al joven. Luego suspiró—. Lo siento. Traiga también un gintónic. —Miró a Mila—. ¿Tú también quieres?

—Gracias, pero tengo que conducir.

El hombre desapareció y durante un rato reinó el silencio entre ambas.

Al final Anja soltó un hondo suspiro.

—Me he casado con Mike Berger. ¿Te suena el nombre?

Milla negó con la cabeza.

—Pero de Jannik Berger si te acuerdas, ¿no?

Milla frunció el ceño.

—¿No iba dos cursos por encima de nosotras?

—Era el mejor amigo de Rene Wolf. Y a Rene deberías conocerlo, ¿o no?

—¿No estuvo Susi saliendo con él?

Anja asintió.

—Y Fabienne estuvo con Rocco, antes de que él… —Se calló.

Milla rompió a sudar.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Jannik Berger era el hermano pequeño de Mike.

—O sea, que es tú cuñado.

—Lo era —respondió Anja.

—¿Qué significa eso?

Se encogió de hombros, guardó silencio mientras el camarero, completamente sobrepasado, les servía las bebidas y los gofres.

Por fin Anja volvió a mirarla.

—Significa que Jannik está muerto.

Milla abrió mucho los ojos, la miró sin poder creérselo.

—¿Qué pasó?

—El hermano de Mike murió hace dos años. Salió con el barco, seguramente se metió en una tormenta. Cuando encontraron su barco a la deriva, él no estaba. La guardia costera lo estuvo buscando durante días, pero nada.

—Lo siento —dijo Milla y miró a Anja con pena—. ¿Es por eso por lo que no podéis iros de aquí?

Anja suspiró.

—El padre de Mike y Jannik murió de cáncer hace un par de años. Luego el accidente… fue demasiado para su madre. La pobre no puede más psíquicamente y Mike no se ve capaz de dejarla sola.

—¿Ella no quiere irse? ¿Incluso después de todo lo ocurrido?

—A mi suegra le dio un ictus y ahora está en una residencia. Trasladarla a una residencia en el continente sería demasiado ajetreo para ella. Mike no quiere hacerle eso.

—¡Pobre tú! —exclamó Milla—. Así que estáis atrapados aquí.

Anja asintió.

—Al menos hasta que Dios le conceda a mi suegra su deseo más grande y se la lleve con Él. Quiere reunirse con su marido y con Jannik, ¿entiendes?

Milla asintió sin decir nada, esta historia tan trágica la había dejado sin palabras.

—Por cierto, Rene tampoco está ya entre nosotros.

A Milla se le abrió la boca.

—¿Te refieres a Rene Wolf? ¿El mejor amigo de Jannik?

Anja asintió.

—Sucedió hace siete meses. Estaba talando leña en el bosque y parece que lo aplastó una rama.

Milla miró horrorizada a Anja.

—¡Pobre familia! —soltó—. ¿Rene no era hijo único?

Anja asintió.

—Por suerte se casó con una mujer encantadora y tuvieron cuatro hijos. Los padres de Rene están destrozados, obviamente, pero al menos les quedan los nietos y la nuera.

Milla asintió perdida en sus pensamientos.

—Entonces han muerto los tres componentes de la pandilla de entonces. Primero Rocco y ahora también Jannik y Rene. Qué raro, ¿no te parece?

Anja la miró sorprendida.

—¿Qué insinúas?

Milla le devolvió la mirada, pensó qué contestar sin sonar del todo paranoica. Y eso que ni siquiera era capaz de decir qué exactamente había hecho saltar las alarmas.

—No, nada —acabó diciendo—. Es que menuda tragedia. Tantas vidas jóvenes… borradas sin más.

TRECE
VISITA A LA PLAYA

SUSI

La playa y desconectar con un libro para Susi era relax total. Se sobresaltó al verse este de repente interrumpido por un fuerte griterío. Bastante molesta, cerró el libro de golpe y miró hacia Noah. Claro, tenía que ser él. ¡Como siempre!

El hijo de Milla estaba llorando y Noah estaba plantado delante de él, con los brazos cruzados. Su expresión de furia bastó para que Susi se hiciera una idea.

—¿Qué pasa? —gritó, se levantó y corrió hacia los niños que parecían tan absortos en lo suyo que ni uno solo reaccionó.

Noah seguía tieso, mirando cómo Lenny lloraba y se frotaba los ojos mientras que su hermana trataba de convencer a los dos.

Susi tragó. Este niño acabaría con ella.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar cuando estuvo a su lado.

Josie al menos la miró.

—Noah le ha tirado arena a los ojos a mi hermano. Un puñado lleno.

Susi sintió la ira apoderándose de ella. Miró a Noah.

—¿Es cierto eso?

Él levantó la cabeza, la miró, lo que la hizo estremecer. Había algo en sus ojos que le daba miedo. Había odio puro en su mirada.

—Te he preguntado algo —repitió ella.

Noah esbozó una sonrisa de desprecio, se giró sin decir nada, salió corriendo hacia las cosas y se sentó en la arena.

Susi se lo quedó mirando un momento, tragó, se dirigió a Lenny y a Josie.

—Mirad, siento mucho lo que ha pasado. Yo tampoco sé qué le pasa a ese niño. —Se acuclilló delante de Lenny—. ¿Me dejas ver?

Él negó con la cabeza, se frotaba desesperadamente los ojos.

—No frotes —le recomendó ella con voz suave—. Hay que lavarlos con agua. —Miró hacia Josie—. En mi bolso tengo una botella de agua mineral. Por favor, ve a cogerla y ayuda a tu hermano. Creo que está enfadado conmigo. Y no le falta razón, me temo. No debí haberos traído, no estando Noah así.

Josie la miró sin decir nada y sin moverse ni un solo centímetro.

Había algo en la mirada de la niña que no le gustó. No encajaba con una niña de doce años. Primero el cabreo con Noah y ahora la rebeldía de esta chiquilla. ¿Qué le pasaba? Tuvo la impresión de que esta niñata la estaba juzgando.

—Vale. Pues ya voy yo a buscarla —soltó.

Volvió corriendo a las toallas, cogió la botella, le lanzó un vistazo a Noah.

—Y de ti, amiguito, espero que te disculpes con el hijo de Milla. ¿Me has entendido? ¡Que no se repita algo así!

Reacción cero.

—¡Noah! —dijo con voz más afilada—. ¡Mírame, maldita sea! ¿Se puede saber qué se te pasa por la cabeza cuando te comportas de esa manera? Si lo habíamos hablado antes de que llegara nuestra visita. Prometiste que te portarías bien.

Él levantó la cabeza lentamente, la miró. No había emoción alguna en aquellos ojos.

Ella suspiró, alzó las manos, sacudió la cabeza.

—Ya no puedo más. Esto me supera.

Siguió mirándolo un momento, sin saber qué hacer, con la esperanza de que sí hubiera alguna reacción. Luego se rindió, volvió

junto a Lenny y Josie.

Cuando hubo llegado, le tendió la botella a Josie.

—Prueba con esto. Trata de lavarle los ojos para sacarle las arenas.

Josie le arrancó la botella de la mano.

—Ya puedo yo sola —le espetó de malos modos—. Después sería mejor volver a casa. Lenny ya no quiere quedarse.

—¿Quedarse? ¿A qué te refieres?

Josie volvió a taladrarla con la mirada.

—Aquí, en la playa —dijo finalmente—. Lenny quiere volver a casa y acostarse.

—Claro —soltó Susi aliviada—. Voy a recoger las cosas.

De vuelta en casa, Susi volvió a comprobar los ojos de Lenny. Estaban irritados y un poco hinchados, pero lo peor era que el niño parecía seguir afectado.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó acuclillándose delante de él. Por el rabillo del ojo pudo ver que Noah seguía con la vista clavada en el suelo, como si todo aquello no le incumbiera.

—¡No! —rechazó Lenny enérgicamente, como culpándola a ella de lo ocurrido.

—Creo que la situación lo ha agobiado —explicó Josie—. Mi hermano solo quería ser amable con Noah y jugar con él. Y surgió una pequeña riña. —Josie miró a Noah—. Porque fue eso lo que pasó, ¿verdad, peque? ¿A que no querías hacerle daño a Lenny? Es solo que exageraste un poco al reaccionar.

Noah alzó la cabeza, miró primero a Josie y a Lenny, luego a ella.

—Lo siento, mami. No era mi intención.

Susi respiró aliviada.

—No te disculpes conmigo. ¡Hazlo con tu amigo!

Noah miró a Lennard.

—Lo siento, Lenny, no quería hacerte daño.

El hijo de Milla le devolvió la mirada, esbozó una sonrisa.

—No pasa nada, colega. He sobrevivido, ¿no?

Susi sonrió ya más relajada.

—Entonces ¿todo en orden?

Todos asintieron con la cabeza.

—¿Qué os apetece hacer ahora? Aún queda hasta la cena. ¿Queréis salir a jugar al jardín?

—Buena idea —aceptó Josie y se dirigió a Noah—. ¿Te apetece, Noah? ¿Jugamos al escondite?

Noah asintió tímidamente con la cabeza.

—¿Puedo? —le preguntó a su madre.

Susi asintió.

—Pero prométeme que vas a portarte bien.

Noah soltó una carcajada, que a oídos de Susi sonó malvada.

—Claro, mami —soltó—. Yo siempre me porto bien, ya lo sabes…

Susi estaba preparando la cena cuando oyó el ruido de neumáticos sobre la grava. Miró por la ventana de la cocina, reconoció a Milla, que estaba aparcando delante de la casa.

Se lavó las manos, salió.

—Tengo que confesarte algo —soltó, nada más se hubo apeado su amiga.

—¿Ha pasado algo? —Milla miró nerviosa alrededor.

—Me temo que sí —admitió Susi—. Mi hijo le tiró arena a los ojos a Lenny. Los dos tuvieron una pequeña pelea cuando estaban jugando en la playa. Pero tranquila, ya está todo bajo control. Tu hijo está bien y él y Noah ya vuelven a ser uña y carne.

—Vale —dijo Milla, como esperando algo más.

—Siento de veras que Noah sea tan difícil…. Incluso más de lo habitual. Y precisamente ahora que habéis venido vosotros.

Milla hizo un gesto para restarle importancia al asunto.

—Son niños, Susi. Nosotras éramos igual. ¿Ya olvidaste la que montamos? Nos lanzamos medusas a la cara. Por mi culpa tuviste

que ir al oftalmólogo porque uno de aquellos bichos asquerosos te provocó una reacción alérgica.

Susi resopló sorprendida.

—¿Aún lo recuerdas?

Milla asintió mientras le lanzaba una sonrisa pícara.

—Entonces ¿estamos en paz?

—Absolutamente.

—¿Qué tal en Ahlbeck? ¿Te lo has pasado bien?

Milla la miró, suspiró.

—Conmocionada. Hubiera vuelto antes…

—¿Pasó algo? ¿Estás bien? —Susi parecía preocupada.

—Sí —le confirmó Milla titubeando—. Me pasé dos horas junto a la tumba de Papá sin darme cuenta de la hora. Supongo que necesitaba volver allí.

—¿Y luego? ¿Qué más hiciste?

Milla esbozó una sonrisa que, sin embargo, no le alcanzó los ojos.

—Estuve comprando regalos.

—¿Regalos?

—Para todos, sí. —Milla dio la vuelta al coche hasta el maletero, lo abrió y sacó un montón de bolsas. Las dejó en el suelo, se acuclilló junto a ellas—. Conseguí algo para cada uno, una especie de gracias por vuestra hospitalidad.

—¡No hacía falta, mujer! —rechazó Susi.

Pero Milla seguía rebuscando en las bolsas, acabó sacando un velero rojo y blanco, se giró.

—Lenny, Josie, ¿podéis venir, por favor? ¡Y traed a Noah!

Milla la miró.

—Primero los regalos para los niños, luego te toca a ti.

Al principio Susi solo estaba molesta, pero luego se enfadó de verdad. El gesto bienintencionado de Milla le pareció inadecuado. Aún así, simuló emocionarse y observó que Milla también sacaba golosinas del bolso.

—¿Nos has traído algo, Mamá? —Lenny llegó corriendo y resoplando.

—Pues sí —contestó una Milla sonriente y estudió a Lenny—. Ya me he enterado de lo ocurrido. ¿Estás bien?

Su hijo asintió, solo le interesaban las bolsas.

—Le he lavado los ojos —dijo Josie, que, con Noah de la mano, también se había acercado.

—Bien hecho. —Milla le sonrió a su hija—. Tengo un regalo para cada uno, pero primero, Noah porque es el más pequeño.

—¿En serio? ¿Ahora va por edades? —protestó Lenny—. ¿Y lo de *Ladies first*, o sea, las chicas primero?

—Hoy no, Don Caballero —respondió Milla sonriendo y le entregó el velero a Noah—. Espero que te guste.

Noah miró a Milla, luego a Susi.

—Venga, cógelo —lo animó Susi y le guiñó un ojo.

Este, algo tímido, cogió el regalo que le tendía Milla.

—Gracias. —Parecía sentirse algo incómodo, pero también contento.

—Tengo algo más para ti —dijo Milla y le tendió la bolsita con golosinas.

Noah le echó un vistazo, pero la ignoró.

—Cariño —le advirtió Susi con voz tranquila—. Cógelos. Si a ti te gustan las golosinas.

Noah negó con la cabeza.

—Esas no.

Susi sintió la rabia recorriéndole las entrañas. Miró furiosa a Noah.

—Pues las coges igualmente, porque es de mala educación rechazar un regalo.

Noah dirigió la mirada de ella hacia Milla, luego al barco, pero perseveró en su silencio.

—¡Noah, maldita sea! ¿Se puede saber qué te pasa hoy? —Susi miró desesperada a Milla—. Lo siento, cari.

—No pasa nada —dijo mientras se encogía de hombros—. A mis peques les encantan los M&M´s y para Noah seguro que ya encontraré otra cosa.

Susi hizo una mueca de enfado.

—Noah, me has decepcionado. ¡Yo no te he educado así! Tu comportamiento es intolerable.

Se hizo el silencio entre ellos. Entonces Noah levantó la cabeza, se la quedó mirando y Susi vio la ira reflejada en ellos.

—Soy alérgico a los cacahuetes, mami. ¿Es que se te ha olvidado?

CATORCE
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Madre e hijo se estuvieron mirando fijamente durante varios segundos, hasta que de repente Susi rompió a llorar, saltó hacia Noah, lo estrechó entre sus brazos.

—Oh, Dios mío, cariño —sollozaba—, lo siento tanto. Por favor, perdóname. —Se giró hacia Milla con los ojos dirigidos a la bolsa que llevaba en la mano—. No me había fijado en las golosinas que querías darle. Ni se me pasó por la cabeza que podrían contener cacahuetes. —Volvió a mirar a Noah, cogió su cara entre ambas manos—. Por favor, cariño, créeme, no he visto que eran cacahuetes cubiertos de chocolate.

Noah dejó que lo manoseara y se disculpara, sin moverse. Tampoco se movió cuando Susi le acarició el cabello.

Como perdida, Susi dejó caer los brazos.

—Se me pasó, lo siento —susurró sin mirar a nadie en concreto.

—Eso le puede pasar a cualquiera —intervino Milla en un intento de ayudar y mirando compasiva al despojo que encarnaba ahora mismo su amiga.

Susi se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Lo dudo, pero gracias.

Sin decir ni una palabra más, Susi regresó corriendo a la casa.

Atrás quedaron los niños quienes incómodos por la situación habían bajado los ojos y permanecido junto a Milla.

—Supongo que necesita un ratito a solas para tranquilizarse —fue como Milla trató de explicar aquella huida. Luego repartió entre Lenny y Josie lo que había traído.

—¡Qué guay! —gritó Lennard al ver la pistola de agua—. ¡Una NERF de verdad! ¡Gracias, Mamá!

Milla se dirigió a Josie, a la que le había comprado un libro.

—¿No era el que querías?

Josie asintió entusiasmada y acarició la portada que mostraba los elementos típicos del mundo de lo fantástico y que pertenecía a su colección favorita y que aún no había completado.

—¿Entramos y de paso le ayudamos a Susi con la cena?

—Nooo, Mamá —protestó Lenny con voz lastimera—. Yo prefiero quedarme y ver qué tal va mi pistola nueva.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Milla sonriendo—. Vale, por mí podéis seguir jugando. Pero, por favor, no más dramas… o Susi se volverá loca.

Esto último lo había dicho a media voz, más para sí. Se sorprendió que aquello le hubiera arrancado una sonrisa a Noah. Sus hijos ni habían oído el comentario.

—Hasta luego, aventureros. —Se despidió de ellos y entró a su vez en la casa, donde encontró a Susi sentada y encogida a la mesa de la cocina.

Se sentó a su lado, dejó en la mesa la vela aromática hecha con materiales reciclados sacados del mar.

—Venga, Susi —animó a su amiga enfurruñada—. Contrólate que tampoco fue para tanto. Al menos no tan grave como dejar olvidado a tu hijo en el *parking*.

Susi la miró enojada.

—¿De qué hablas? No he olvidado a Noah en ningún *parking*.

Milla sonrió.

—No, por eso. Tú no dejaste a Noah en el *parking*, pero a mí me pasó en una ocasión con Lennard. El niño acababa de cumplir los cuatro. La cosa pudo haber acabado muy mal.

Susi no daba crédito.

—¿En serio que te pasó eso?

Milla suspiró.

—Lo encontró uno de los de seguridad del centro comercial y llamó a la policía. Ni te imaginas la vergüenza que pasé. Ni lo mucho que se cabreó Joe conmigo…

Susi se rio.

—Ya me siento mejor, gracias. —Se fijó en la vela artesanal—. ¿Es para mí?

Milla asintió.

—¿Te gusta?

Susi la cogió y estudió un rato.

—Está muy bien hecha. Me encantan las cosas que hacen con la madera que sacan del mar. Pero no esperaba que te acordaras de eso.

—Suelo tener memoria de elefante —respondió Milla—. Dejando aparte lo del *parking* y Lenny.

Las dos mujeres se rieron con ganas.

Milla se puso muy seria de repente.

—¿Sabías lo de Rene y Jannik?

Susi la miró desconcertada.

—¿A qué te refieres?

Milla carraspeó incómoda.

—Me encontré con Anja. Se ha casado con Mike, el hermano de Jannik. Me contó que los dos están muertos.

Susi la miró sin poder dar crédito.

—¿Te refieres a Rene Wolf y Jannik Berger?

Milla asintió triste.

—Jannik murió en un accidente marítimo. Su cuerpo sigue desaparecido a día de hoy. Y Rene también murió en un accidente: trabajando en el bosque.

A Susanne se le abrieron los ojos.

—Eso es horrible, Milla. Y no, no tenía ni idea. ¿Cómo iba a saberlo? Tampoco llevo tanto tiempo en la isla.

—El accidente más reciente ocurrió hace un par de meses, pero no hablemos de cosas tan tristes. Es solo que me dejó bastante

chof.

Susi la miró, asintió, parecía seguir pensando en aquellos viejos amigos que habían tenido que morir demasiado pronto.

—¿Sabías que Fabienne también vive en Ückeritz? —preguntó Milla.

Susi alzó sorprendida las cejas.

—¿Dice quién?

—Pues Anja… Eso sí, no sabía nada de ti, es decir, que ahora volvías a vivir en la isla.

Susi se encogió de hombros.

—Aún no nos habremos cruzado.

—Entonces ¿aún no has visto a Fabienne?

Susi negó con la cabeza sin decir nada.

—Tal vez deberíamos averiguar juntas dónde vive. Podríamos montar una fiesta solo de chicas y recordar viejos tiempos.

—No veo la necesidad —soltó Susi, algo brusca de más—. Para ser sincera, me alegra no haberla vuelto a ver desde entonces. Nunca fuimos amigas muy íntimas que digamos. Ella era más bien amiga tuya, ¿ya no te acuerdas?

Milla se quedó mirando a Susi.

—Eso no es verdad, Susi. Nos hicimos amigas las tres a la vez. Vosotras dos os llevabais igual de bien que yo con ella.

La expresión de Susi se petrificó literalmente.

—Tienes unos recuerdos muy equivocados. Yo odiaba a Fabienne porque no hacía más que ponerse entre tú y yo. Era una persona insidiosa, Milla. Un verdadero bicho.

—No recuerdo eso.

—Hola, señoritas —sonó a sus espaldas. Ambas se giraron hacia sus maridos recién llegados.

Theo llevaba un cubo en la mano izquierda del cual salían ruidos sospechosos.

—¡No me digas que los peces aún están vivos! —soltó Milla con cara de asco y mirando a los dos amigos, que parecían rebosantes de orgullo.

—Por supuesto —confirmó Theo sonriendo—. Los monstruos esos van a ir directos del cubo a la barbacoa. Es como mejor saben.

—No usaréis mi cocina para… —Susi se calló, miró asustada a Theo.

Este levantó las manos para tranquilizarla.

—Que no cunda el pánico, cari. Lo haremos fuera.

Joe se fijó en Milla.

—¿Qué pasa, cariño? Pareces afligida. ¿Has ido a ver a tu padre?

Ella asintió.

—Pero no es eso… —Suspiró—. Me encontré en Ahlbeck con una antigua compañera de clase y me contó que hace poco fallecieron dos amigos de Susi y míos.

—Vaya. ¿Erais muy amigos? —preguntó Joe apenado.

Milla asintió.

—Bastante además —añadió Susi. Luego cogió aire, hizo un gesto para restarle importancia—. Pero no hablemos de ello, ¿vale? Tú siempre fuiste la más graciosa de las dos. ¿Por qué no cuentas alguna anécdota de nuestra infancia? —le pidió a Milla.

—Hay demasiadas —se negó Milla—. De la mayoría ni me acuerdo.

—Venga ya, cariño —dijo Joe—. No seas aguafiestas. Quiero saberlo todo, oír la que montabais de pequeñas.

—Vale, vale. —Milla se dio por rendida—. Había una prueba de valor que había que hacer de noche en la playa. Creo que fue Susi la que propuso nadar hasta la boya y volver. Pero yo me largué con el rabo entre las piernas. Bueno, lo habría hecho de haberlo tenido. —Se rio, pero nadie se unió a su risa—. Puede que yo fuera la más graciosa, pero tú eras la más valiente — añadió—. ¡Y lo hiciste!

Susi se dio una palmada en la frente.

—¡Cierto! Recuerdo que nos metimos la dos en el agua y empezamos a nadar. A mitad del trayecto diste media vuelta sin decirme nada y dejaste que siguiera nadando sola. Uf, qué mal me pareció aquello.

Milla se estremeció para sus adentros al oír la dureza en la voz de Susi.

—Me entró el canguelo y estaba segura de que no sería capaz de regresar después a la orilla —se disculpó.

—Podrías haberlo dicho y hubiéramos regresado juntas. De repente me di cuenta de que estaba sola allá fuera en el mar y completamente a oscuras.

—Lo siento —se disculpó Milla compungida—. Actué sin pensar.

—No, eso no es verdad —gruñó Susi.

—¿No ibais a contar algo divertido? —preguntó Theo—. A mí no me ha parecido tan divertido.

Susi miró a su esposo.

—Me acuerdo de algo… Un día Milla decidió tirar nuestra ropa, la de Fabienne y la mía, al agua. ¿Y sabéis por qué? —Miró a los dos hombres—. Estaba cabreada porque no dábamos salido. Ella se había cansado y quería volver a casa. Así que cogió nuestra ropa, la tiró sin más al mar y Fabienne y yo tuvimos que montar en bikini en las bicis y volver así a casa.

—Eso fue asqueroso —dijo Joe lanzándole una sonrisa pícara a Milla—. ¿Algo más que debería saber?

—Cuenta lo del campamento —la animó Susi.

—Si eso no fue nada —se defendió Milla.

Susi la miró, ladeó la cabeza.

—Venga.

—Te refieres a lo de las historias de terror, ¿no?

Susi asintió.

—Vale, a mí me gustaba contar historias de terror cuando por las noches nos sentábamos junto a la hoguera. Fabi y Susi se asustaron tanto que luego no querían ir ni solas al baño. Así que me quedé levantada y las seguí cuando fueron juntas a la caseta de los baños. Esperé a que hubieron entrado y luego arañé la puerta y con voz deformada canté una nana que había aparecido en la historia. Las dos se asustaron tanto que Fabienne casi se cae en la letrina.

Susi asintió.

—A la mañana siguiente Milla se lo contó al equipo al completo y todos se rieron de nosotras.

Milla se fijó en el tono cortante de su amiga.

—Lo dices como si me lo estuvieras reprochando —observó.

—Me pareció muy mal —contestó Susi—. Estuvimos casi dos semanas sin hablarnos. Fabienne también estaba cabreada, pero lo

disimulaba. Lo de Fabienne era muy raro. Estaba como obsesionada contigo. Y eso que te pasabas un huevo con ella.

Milla miró desconcertada a Susi. ¿Estaba hablando en serio? ¿Seguía guardándole rencor por aquello?

—Yo no me pasaba, Susi —se defendió—. Eran bromas. Éramos niñas —dijo con la esperanza de salvar la velada.

—Tus bromas eran crueles y, si quieres ser sincera contigo misma, admítelo —apostilló Susi resentida.

—Si tan mala era, ¿por qué éramos amigas entonces? —preguntó Milla, con más dureza de la intencionada.

Susi se encogió de hombros.

—A pesar de todo, te tenía cariño. Y al mismo tiempo odiaba a la persona en la que te convertías cuando estabas de malas.

En la mesa se hizo un silencio incómodo, luego, sin más, Susi soltó una carcajada.

—Todo eso son recuerdos del pasado, Milla. Eres un encanto de persona, aunque fueras una adolescente horrible. Lo digo para que seas clemente si a Lenny o a Josie les da algún día por comportarse así. Cuando eso ocurra, ya sabrás a quién han salido. —Le guiñó un ojo, le cogió la mano, le dio un apretón suave.

Milla tuvo que controlarse para no retirar la mano. En su interior se había desencadenado el caos. Estaba a punto de levantarse y salir huyendo de aquella situación, de la casa incluso. Entonces vio a Joe y se dio cuenta de que una marcha anticipada quedaba descartada. Tendría que solucionarlo de otra manera, comportarse como una adulta razonable.

Suspiró para sus adentros.

—Venga, Milla. No pongas esa cara. Eras una cabrona. ¿Y? —insistió Susi—. Seguramente yo lo haya exagerado y todo aquello no fuera tan horrible en realidad. Además, había una razón.

Milla la miró sin comprender.

—Recuerda que mi familia estaba como el culo. Puede ser que yo exagerara por eso.

Milla la observó, pensativa. Su amiga sonaba sincera, pero algo en sus ojos la hizo estremecerse.

Algo solapado…

Era como si Susi se hubiera empeñado en desenmascararla delante de los hombres…

QUINCE
LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

De vuelta en casa, Lenny la siguió hasta la habitación de invitados que le habían asignado. A Josie le sorprendió con qué cuidado cerraba la puerta tras él.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿Temes que nos espíen?

—En esta casa tan rara no queda más remedio —gruñó con los ojos fijos en la puerta—. Ya no me fío de nadie. Y cada vez entiendo menos lo que le pasa a Noah. ¿Puedes explicarme por qué hizo eso?

—¿El qué exactamente?

—Pues lo de la playa. Pensaba que por fin se había acostumbrado a nosotros y que confiaba en nosotros. ¿Entonces por qué me lanzó arena a los ojos?

—Yo también me lo he preguntado —respondió Josie.

Lenny se tiró en la cama y la miró expectante.

—¿Y? ¿Alguna idea?

—Puede que tenga que ver con el dibujo que hizo en la arena.

Lenny frunció el ceño.

—Eso no eran más que garabatos. Una casa y cuatro personas, bueno, cuatro monigotes. Pensaste que éramos nosotros y así lo dijiste. Y entonces fue cuando se cabreó Noah de esa manera. Sigo

sin entender por qué tuvo que tirarme la arena a mí. ¿Por qué hace ese tipo de cosas?

Josie lo miró pensativa.

—Pues yo creo que Noah quería decirnos algo muy importante con ese dibujo. Y al interpretarlo nosotros todo mal, se le cruzaron los cables.

—Pero ¿por qué no nos lo dice sin más en vez de enfadarse?

Josie se encogió de hombros.

—Le llevo dando vueltas todo el rato. Pero no se me ocurre nada. Supongo que tendremos que preguntarle a Noah y rezar para que ya se haya tranquilizado.

Lenny sacudió la cabeza.

—O puede que nos hayamos equivocado y que esté loco, sin más.

—Cada vez me cuesta más creer eso, Lenny. Según sus padres, es autista. Y el autismo no tiene nada que ver con estar loco. Lo que pasa es que quiere decirnos algo que no pillamos y eso lo cabrea porque a él le parece muy importante. Supongo que no puede decírnoslo abiertamente y eso lo frustra, porque no captamos las pistas que nos da.

—¿Y de qué se trata?

—Creo que tiene algo que ver con él. Con él y su familia.

—Pero son tres, él y sus padres, pero él dibujó a cuatro personas.

Josie se quedó mirando fijamente a su hermano. La cabeza le estaba echando humo.

—¿Y si tenía una hermana? Así el dibujo tendría sentido.

Lenny la miró asustado.

—¿Tenía?

Josie asintió lentamente.

—Esta habitación… —Extendió los brazos—. Piensa y mira bien.

—Es una habitación de niña.

Ella alzó el dedo índice.

—Tú lo has dicho. Una habitación de niña.

—¿Y?

—Pero el padre de Noah dice que es como la biblioteca de Susi. Que viene aquí a leer. Pero tiene la misma edad que Mamá y esto parece más bien como si aquí hubiera vivido una chica de mi edad.

—¡Mierda! —soltó Lenny—. Puede que tengas razón. ¿Y si Noah tenía una hermana que murió?

—Exacto y Susi y Theo no quieren hablar de eso. Por eso dicen que es su sala de lectura, sus libros, su reino al que se retira de vez en cuando.

—¡Qué fuerte! —murmulló Lenny—. Si eso es cierto…

—¿Qué? —preguntó Josie—. Sigue pensando. ¿Por qué iban unos padres a renegar de su hija muerta? ¿Por qué hacer como si nunca hubiera existido?

—¿Porque están tristes y no quieren hablar de ello? Cuando murió Jacky tampoco quise que nadie me hablara del tema porque dolía demasiado. Y eso que Jacky no era mi hijo, sino mi gato. Aun así, no era capaz de hablar de ello.

—Vale —admitió Josie—. Esa es una posibilidad, pero… —Se calló, miró a Lenny.

—¿Pero? —insistió Lenny al ver que ella se estaba mordiendo el labio.

—¿Y si pasó algo peor? Sigue en el aire la sospecha de que Susi y Theo le pudieran estar haciendo daño a Noah, que por eso esté tan trastornado. Al fin y al cabo, ya ha admitido que les tiene miedo a sus padres, ¿recuerdas?

Lenny no dijo nada, tan solo la quedó mirando ojiplático, como sospechando de a dónde quería ir a parar.

Ella tragó para lidiar con el nudo que sentía en la garganta, trató de buscar las palabras adecuadas.

—¿Has oído hablar del síndrome de Münchhausen por poder?

Lenny negó confundido con la cabeza.

—Hace poco leí una novela policíaca que trataba de eso. Una madre hizo enfermar a su hijo a propósito para que todos los demás la vieran como una madre especialmente abnegada. Le hizo cosas tan horribles al hijo que casi lo mata para luego, a ojos de todo el mundo, cuidarlo muchísimo. Pero siguió haciéndolo, hasta que el

niño casi se muere. Nadie se dio cuenta de que la mujer estaba psíquicamente enferma.

—¿Crees que Susi también tiene eso?

—Es posible. Resulta tan raro cómo se comporta a veces. Piensa en lo de los M&M´s. ¿A qué madre se le olvidaría que su hijo es alérgico a los frutos secos? Dependiendo de la reacción alérgica de Noah, podría costarle la vida.

—¿Y si le preguntamos a él directamente?

Josie miró a su hermano, ladeó la cabeza.

—Creo que será mejor que vaya yo sola a hablar con él. Seguro que se siente incómodo por cómo se portó contigo.

—Vale —aceptó Lenny—. Hazlo. Te estaré esperando aquí.

—¿Quieres que vaya ahora mismo?

—Sí. Si de verdad existe esa cosa de Münchhausen y su madre lo tiene, tenemos que ayudarle.

—No sé —titubeó Josie—. Susi se lo ha llevado a la habitación de ella para que descansara allí. No sé si sería buena idea…

—¡Te aseguro que no está sobando! —la interrumpió Lenny—. ¿Has visto sus ojeras? Noah tiene pinta de no haber dormido bien desde hace días. Seguro que ahora está mirando las musarañas.

—También es verdad —dijo Josie, se levantó y fue hacia la puerta. Allí volvió a girarse una vez más—. Y tú no te muevas de aquí hasta que haya vuelto, ¿entendido?

—Ya, ya. Pero date prisa.

Josie dudó cuando hubo llegado a la puerta de la habitación en la que estaba el niño. Le preocupaba Noah y temía lo que pudieran descubrir. Pero no era solo eso. Estaba avergonzada porque era consciente de estar inmiscuyéndose en los asuntos de los demás. Y cuando nadie se lo había pedido. Al menos no verbalmente.

¿Qué pasaría si ahora traspasaba los límites; si, con acusaciones falsas, desataba una avalancha imposible de detener?

Cuando le había contado a su propia madre sus sospechas acerca de que los padres de Noah lo maltrataban, esta no la había secundado. La había frenado y advertido.

Nada de acciones imprudentes.

Nada de llamadas que pudieran meterlos a todos en problemas.

¿Tendría razón Mamá? ¿Y si estaba malinterpretando el comportamiento de Noah? ¿Y si al inmiscuirse ella, Noah estuviera montándose una película y confundiendo la realidad?

Dio la vuelta, volvió corriendo a su habitación de invitados y se apoyó desde dentro contra la puerta cerrada.

Lenny seguía tumbado en la cama, había cogido un libro que cerró de inmediato y la observó sorprendido.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿Por qué has vuelto tan rápido? ¿Está durmiendo Noah?

—No he podido.

—¿No has hablado con él?

Ella negó alicaída con la cabeza.

—¿Y si estamos completamente equivocados, Lenny? Es que tengo miedo de volver a meter la pata y de meterme en líos como la otra vez. Aquí se trata de amigos de Mamá y Papá... ¿Y si estropeamos algo que significa mucho para ellos? Entonces nuestros padres se cabrearían mucho o se pondrían muy tristes, que sería incluso peor.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados solo por miedo a cómo puedan reaccionar Mamá y Papá. ¿Y si Noah necesita ayuda de verdad y nosotros no intentamos siquiera entenderle?

—No tenemos ni una sola prueba de que en esta casa estén pasando cosas malas. Solo son elucubraciones. No sabemos si algo de lo que nos estamos imaginando es verdad.

—Sí, tiene que serlo.

—¿Sabes algo, Lenny? ¿Noah te dijo algo?

—Sí, lo hizo —murmulló Lenny—. Si ya os lo he contado a Mamá y a ti. Pero es que no me lo quito de la cabeza.

—¿El qué exactamente?

—Pues que Noah dijera que no quiere que me muera.

Josie asintió.

—Lo recuerdo. ¿Cómo has dicho que pasó?

—Estaba todo oscuro y él estaba de pie junto a mi cama, mirándome fijamente. Cuando me desperté, me susurró esas palabras. Fue por eso por lo que me puse a chillar y desperté a toda la casa. Me dio mucho yuyu.

—Yo también me hubiese puesto a gritar.

Lenny asintió aliviado.

—Pensé que si Mamá y Papá me convencían de que estoy pirado y que solo eran imaginaciones mías…

—¿Qué pasaría entonces?

—Pues esperaba que tuvieran razón. Que dejaría de montarme películas en mi cabeza sobre esta casa y su gente.

—Pero no fueron imaginaciones tuyas, ¿verdad?

—No, no lo fueron. Lo dijo de verdad, como si quisiera advertirme.

Josie resopló.

—Y luego lo de la playa. Tienes razón, aquí hay algo que no encaja. Definitivamente.

—Y por eso tienes que hablar con Noah, ¿me oyes? Tienes que preguntarle qué quería decirnos con el dibujo de la playa y por qué se enfadó tanto.

Josie miró durante unos segundos muy seria a su hermano, al final asintió.

—Vale. Pero si algo sale mal, si a Noah le vuelve a dar un ataque, o peor, entonces les dirás a Mamá y Papá que también fue idea tuya.

—Entendido. —Lenny le tendió el puño y ella lo chocó ligeramente con el suyo.

De nuevo delante de la puerta de Noah, Josie estaba decidida a hacerlo hablar. Tenía la mano levantada para llamar a la puerta, cuando, asustada, dio un paso atrás. ¿Y si la oían desde abajo llamar a la puerta de Noah?

Accionó el picaporte con determinación, entró.

Tal como había sospechado Lenny, Noah no estaba durmiendo. Estaba sentado en el suelo, delante de su tren de juguete, con los ojos clavados en la locomotora, pero no mostrando verdadero interés.

Al percatarse de su presencia, se levantó de golpe, la miró atemorizado.

—Tranquilo, no pasa nada —le dijo con voz suave—. Solo quería ver qué tal estabas.

Noah dejó caer los hombros, empezó a llorar.

—No, no —dijo ella rápidamente, se puso a su lado, lo abrazó, le acarició la espalda. Cuando el niño se hubo tranquilizado algo, lo alejó un poco para poder mirarlo.

—¿Quieres contarme qué está pasando y por qué te enfadaste antes tanto?

Noah alzó la cabeza, se secó las lágrimas.

—No quería hacerle daño a Lenny —explicó con voz tan baja que apenas lo pudo oír.

—Pero ¿por qué lo hiciste?

Noah pareció sopesar qué podía decir, o qué le estaba permitido decir, antes de contestar acentuando cada palabra.

—Porque hizo como si solo estuviéramos jugando. Adivinó lo que había dibujado y eso fue una mierda.

—¿Porque en realidad no nos dibujaste a nosotros?

Noah no respondió.

—¿Puedo preguntarte algo, Noah?

Él la miró algo confundido, asintió levemente.

—Aparte de ti, ¿hay algún niño más en esta casa?

Ella se dio cuenta de que la pregunta lo había hecho estremecerse, pero volvió a no responderle.

—¿Tal vez una niña, de mi edad más o menos?

Noah parpadeó.

Luego empezó a temblar y Josie notó que iba bien encaminada.

—La habitación en la que estoy durmiendo, no es para tu madre, ¿a que no?

Él negó lentamente con la cabeza, luego le cogió la mano, tiró de ella hasta la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Josie—. ¿Quieres que me vaya?

Noah se giró hacia ella, negó sin articular palabra. Se detuvo en el pasillo, puso el dedo índice sobre los labios.

Josie asintió para indicarle que había entendido el gesto: que no hiciera ruido.

Lo siguió de puntillas hasta las escaleras, las bajó peldaño a peldaño. Los adultos parecían estar reunidos en la terraza y charlar de los viejos tiempos, por lo que pudieron bajar al sótano sin ser vistos. Una vez allí, Noah señaló una pila de cajas de cartón que llegaba casi al techo.

Ella lo miró interrogante. Noah indicó una caja que estaba en el suelo.

—¿Que mire lo que hay dentro?

Él asintió mudo.

Josie abrió la caja, se sorprendió al ver el montón de ropa de chica y que era más o menos de su propia talla. Sacó una camiseta, la sostuvo en el aire.

—¿Es de tu hermana?

Él no dijo nada, pero los ojos le brillaron sospechosamente. Ella abrió y rebuscó en otra caja, que también contenía ropa. En otras cajas encontró un sinfín de peluches.

Él la animó con un gesto de la cabeza a seguir investigando. Cosa que ella hizo, encontró más ropa, más juguetes y no dejaba de lanzarle miradas interrogantes a Noah.

—¿De quién es todo esto? ¿Por qué está en el sótano?

Una pregunta tras otra, pero Noah no parecía dispuesto a hablar.

O puede que no le dejen, le pasó por la cabeza.

Quiere que yo vea esto. Por eso me ha traído hasta aquí. Me lo enseña, pero no habla…

Miró a Noah, frunció el ceño.

—¿Te han prohibido tus padres que hables con nosotros sobre vuestros asuntos familiares?

Él tragó, asintió levemente.

—¿Por eso me enseñas esto? ¿Porque quieres que Lenny y yo descubramos por nuestra propia cuenta qué está pasando aquí?

Noah esbozó una sonrisa, pero acto seguido volvió a ponerse serio.

Josie abrió otra caja en la que, arriba del todo, había una foto enmarcada. Mostraba a un desconocido con una niña. Los dos estaban apoyados contra un coche reluciente y sonreían.

—¡Un momento! —dijo sorprendida—. ¿Ese no es el coche que está en el garaje? Un clásico muy elegante que seguro que tuvo que costar un huevo.

Noah asintió.

Lo miró a él, luego otra vez la foto. Acabó dejándola y estudiando a Noah.

—¿Quiénes son?

Él alzó una mano, puso de nuevo el dedo contra los labios, le brindó una mirada penetrante.

Ella asintió lentamente al entender a qué se refería. La respuesta a su pregunta sobre la identidad de aquellas dos personas era algo que no quería o no podía revelar…

Ella hizo el gesto de la cremallera ante la boca, asintió. No diría nada.

Ni una palabra a nadie...

Él exhaló con fuerza, parecía aliviado.

Satisfecho dio media vuelta y desapareció sin articular ni una palabra más.

DIECISÉIS
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué te escondes aquí en nuestra habitación?

Milla se giró, vio a Joe, que había entrado sin que se diera cuenta. Esbozaba una sonrisa que no le gustó. Le pareció inapropiada, dadas las circunstancias.

—Nada, todo en orden —le mintió y le molestó que Joe no se enterara de nada, como siempre. Volvió a mirar por la ventana, sin ver nada en realidad. No conseguía quitarse de la cabeza la mirada de Susi. Esa mirada despectiva, realmente malvada.

Pero ¿por qué?

¿Por culpa de unas bromas de la infancia?

¡No! Eso no tenía sentido. Tras la mirada de Susi tenía que esconderse algo más y esa sensación no la abandonaba. De hecho, la tenía aterrada.

—¡Tierra llamando a Milla! ¿Se puede saber dónde estás?

Ella suspiró para sus adentros, volvió a girarse hacia Joe.

—Pues me gustaría largarme lejos de aquí —soltó.

Él se asustó, se acercó a ella, la abrazó.

—Pero ¿por qué? ¿Por lo de antes? ¿Solo porque Susi dijo que eras algo capulla de joven?

Ella lo apartó.

—¿Capulla?

Él se rio, alzó las manos para rendirse.

—¿Prefieres cabrona? Venga, Milla, que eran bromas. Susi las contó así sin más, supongo que quiso que nosotros los hombres formáramos de alguna manera parte de vuestro pasado en común. Además, estaba claro que no iba a contar las anécdotas insulsas.

Milla negó con la cabeza.

—Sabía muy bien lo que hacía, qué contar para dejarme quedar mal. Mi supuesta amiga me ha presentado de tal manera que parezco la más hija de puta de todos los tiempos. Pero lo distorsionó a propósito. Ella hacía tonterías igual que yo. Ella también me gastó bromas a mí, algunas muy pesadas. Pero éramos niñas y los niños hacen tonterías… Sin embargo, a mí no se me ocurriría en la vida contaros esas viejas historias solo para desenmascarar a Susi.

—Seguro que lo has malinterpretado… Estoy convencido de que no había ninguna mala intención detrás.

Milla suspiró.

—No has visto sus ojos, Joe. Era malvados y provocadores. Me asustó de verdad. Por un momento tuve la impresión de estar en sus manos, las de Theo y ella.

—Cariño —murmuró Joe, volvió a atraerla hacia él—. Estás exagerando, en serio. Supongo que será por lo que te contó esa mujer antes en Ahlbeck. La tragedia de vuestros dos antiguos amigos que ahora están muertos.

Ella lo miró, asintió.

—Sí, eso me ha afectado mucho. Pero no me siento como una mierda por eso. No tiene nada que ver von Rene ni con Jannik.

—¿Entonces con qué?

Ella tragó, no supo qué decir.

Había tanto que confesar, pero la cuestión era cómo reaccionaría Joe ante el hecho de que hubiera tardado tantos años en contarle el drama más grande de su pasado.

Hablarle de los remordimientos con los que cargaba desde entonces…

¡Pero díselo de una vez!

Confía en él… Lo entenderá.

A punto de empezar a hablar y confesarle todo, les llegaron voces enfurecidas desde el exterior.

Cerró confundida la boca, miró a Joe, luego de nuevo por la ventana, que abrió del todo.

—¿Son Theo y Susi? —preguntó Joe desconcertado y se colocó a su lado.

—Eso parece —respondió ella—. Están teniendo una buena bronca.

—¿Oyes de qué se trata?

Ella negó con la cabeza, contuvo la respiración, pero aparte de algunas palabras sueltas no se enteró de nada. Los amigos debían de estar lejos de la casa.

Pero ¿por qué iban a meterse Theo y Susi en el bosque o bajar hasta el lago para discutir? No tenía sentido.

Miró a Joe, se encogió de hombros.

—Esta pelea, por ejemplo. Luego todas las anomalías con Noah…

—¿Qué estás insinuando?

—Que no hay ninguno que sea normal o que reaccione normal. Tu colega, por ejemplo, me ha visto desnuda y desde entonces tengo la sensación de que aprovecha cada ocasión que se le brinda para recordármelo con sus miradas. Y Susi ya no es la de antes. Se ha vuelto una completa extraña, por mucho que se esfuerce en disimularlo. Y el pobre niño, Noah,… a saber lo que le pasa por la cabeza.

—Está enfermo, no lo olvides.

—¿Lo está de verdad? ¿O tienen razón nuestros niños al sospechar que sus padres lo maltratan y que esa es su manera de expresar su impotencia? Es solo que… —Calló para dar con las palabras adecuadas—. Tengo la sensación de que en esta casa nada es lo que parece. Piensa en la maldita cafetera. Nadie sabía manejarla. Y Susi ni siquiera sabía dónde estaba el botiquín. ¿No te resulta extraño?

Joe sonrió.

—Theo es Theo. Y Susi, bueno, es caótica, pero eso no la convierte en mala persona ni en mala madre.

—Hay algo de lo que no te enteraste…

Joe frunció el ceño a modo de interrogante.

—Le obligó a Noah a aceptar unas golosinas que le había traído yo. Él se negó y ella se puso hecha una furia. Luego resultó que había una razón para la negativa de Noah. Yo le había comprado cacahuetes bañados en chocolate y se ve que es alérgico a los cacahuetes. ¡Y a Susi parece que se le había olvidado!

Joe hizo una mueca.

—Eso es una faena, lo admito. Pero ten en cuenta que la mujer tiene que estar completamente grogui, con la de veces que surgen problemas con el niño. Noah no duerme, apenas come y suele tener un comportamiento poco apropiado – seguramente porque le cuesta tener a unos extraños en su casa. Los niños autistas no son fáciles de tratar cuando se los aparta de sus rutinas y costumbres. En estas circunstancias, cualquier madre perdería los nervios en un momento dado.

—¿Y poner en peligro a su hijo olvidándose de sus alergias? Lo dudo mucho.

—Si entiendo que te preocupes —explicó Joe—. Pero una marcha precipitada sería una reacción exagerada y mandaría una señal equivocada.

—¿A quién? ¿A tu colega? ¿A nuestros hijos, que también tienen cada vez más dudas?

Él la miró, ladeó la cabeza.

—Venga, Milla. Sé pragmática. Hoy es sábado, ya solo nos queda mañana y el lunes ya nos vamos de todos modos. ¿No crees que podrías aguantar hasta entonces? ¿Por mí? —Soltó una risita tonta.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque por dentro le hervía la sangre. Este era otro de esos momentos de su matrimonio en los que hubiera preferido maldecir a su marido. Él y su impasibilidad. Con esa manera que tenía de cortarle las alas.

Joe sabía perfectamente qué decir y cómo para convencerla y hacerla cambiar de opinión acerca de algo o modificar sus planes y

hacerla virar hacia la misma dirección que él.

Visto desde fuera podría parecer que su marido era un manipulador. Pero describirlo como tal no sería lo más acertado. Joe tenía buenas intenciones. Era un don que tenía, el de dirigir a las personas hasta que tomaran la decisión correcta.

Solo que en este momento solo se centraba en él mismo.

Por otra parte, ¿en el pasado no había cedido él en más de una ocasión para cumplirle los gustos a ella? ¿No sería lo más justo hacer ahora lo mismo por él y armarse de valor?

Además, ¿qué podría pasar?

Vale, Susi se había portado mal con ella, pero considerando lo que le había hecho ella antes… Miró a Joe, apoyó la cabeza contra su pecho.

—Vale. Nos quedamos.

Él la abrazó fuerte, le besó el pelo.

—Gracias. Ya verás como todo se arregla. Puede que tu amiga sea algo especial, pero te tiene cariño y estoy seguro de que no quería hacerte daño.

—Es posible —murmuró ella aún contra su pecho. Aunque lo cierto era que no se sentía mejor. Había demasiadas cosas pululando por su cabeza:

Los fallecidos Rene y Jannik.

Noah, cuyo comportamiento raro les estaba afectando incluso a los niños.

Susi, muy cercana antaño y ahora una completa extraña.

Y finalmente, el pasado.

—Tengo que contarte algo —soltó Milla, ahora firmemente decidida a confesarle a Joe toda la verdad.

Apartó a Joe para poder verlo, abrió la boca y entonces oyeron pasos de alguien que se acercaba, se abrió la puerta y Josie y Lennard entraron como un alud en la habitación.

Milla echó la cabeza atrás, cerró frustrada los ojos. Por fin había reunido el valor para hablar con Joe del pasado…

Y ya surgía algo que lo impedía.

—¿Qué pasa? —les preguntó Joe a los niños, que parecían muy alterados.

—Hemos encontrado algo —dijo Lenny.

Josie le mostró a Milla una foto enmarcada en la que se veía a una jovencita junto a un treintañero atractivo.

—¿Quiénes son? —preguntó confundida.

—El coche contra el que están apoyados —explicó su hija—, ¿te suena?

Milla estudió el vehículo, negó con la cabeza.

—¿Debería?

—El coche está abajo —dijo Joe—. En el garaje.

—Vale. ¿Y? —dijo Milla.

—Jo, Mamá —protestó Lennard nervioso—. ¡No pillas nada!

—Cuidadito con ese tono —avisó muy seria a su hijo.

A diferencia de otras veces, Lenny hizo caso omiso, obstinado le devolvió la mirada.

Ella se volvió hacia su hija.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde habéis sacado la foto?

—Estaba en el sótano. Noah me arrastró hasta allí para mostrarme un montón de cajas de cartón. Están repletas de cosas de niña, ropa, juguetes – ese tipo de cosas… Creo que Noah tenía una hermana.

Milla estudió a ambos.

—¿Tenía?

—Sí, tenía —recalcó Josie—. Y creo que mi habitación era la de ella. Nunca fue la sala de lectura de Susi.

—¿A qué te refieres con eso de que Noah tenía una hermana?

Josie se encogió de hombros.

—¿De dónde si no iban a salir todas esas cosas?

—Aunque así fuera —respondió Joe—, no es asunto nuestro. Puede que sea verdad y que hubiera una niña, pero si Theo y Susi no quieren hablar del asunto, están en su derecho.

—Mirad bien la foto —insistió Lenny.

Milla la estudió un rato, luego se la pasó a Joe.

—Puede que sean el hermano de Theo y su hija. Se parecen un poco.

—¿Qué se supone que deberíamos estar viendo?

Josie suspiró y echó la cabeza atrás.

—El coche, Papá. Está abajo en el garaje y supuestamente es de Theo y Susi… Pero entonces, ¿de dónde salen estos desconocidos de la foto?

Joe le devolvió el marco a su hija.

—Porque puede que les gustara el coche y decidieran hacerse una foto junto a él.

—¿Y si no? —preguntó Lenny.

—Lenny, ya vale. Creo que lees demasiados libros malos. Estas personas puede que sean de la familia o que sean amigos de la familia. O invitados, como nosotros. Me imagino que, si se lo pidiera, a Theo no le importaría dejarme hacer una foto junto al coche.

Milla escuchaba y se fijó en la mirada de enfado que le lanzó Josie a Lenny. Parecía querer decirle: *¡Ya te lo había dicho!*

Pero la reacción de Lenny no fue de resignación ni de rabia, tal como había esperado. Parecía estar asustado.

Y eso a Milla la preocupó más que nada de lo demás.

DIECISIETE
LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

—¿Por qué no se lo dijiste sin más? —preguntó Lenny.

—¿A qué te refieres?

—Pues a decirles a Mamá y a Papá lo que piensas realmente. Lo que pensamos los dos.

—¿Que es…? —Josie miró muy seria a su hermano.

—¿Por qué no les decimos que esa niña de la foto es la hermana de Noah y que Theo y Susi le han hecho algo?

—Eso no lo sabemos, Lenny. No son más que suposiciones. Y ya sabes qué opinan de ellas nuestros padres.

—Sí, sí, lo sé. No tenemos pruebas. Pero ¿y si tenemos razón?

—En ese caso, Noah lo sabe y no puede decir nada. Pero eso tampoco son más que suposiciones nuestras. Solo tenemos la reacción de Noah cuando estuve con él en la habitación y en el sótano. Y no dijo nada. Solo estaba su mirada… su expresión. Y asintió cuando le pregunté si sus padres le habían prohibido hablar. Pero eso no va a impresionar ni a Mamá ni a Papá, ya no hablemos de una autoridad oficial como la oficina de protección de menores.

—Al menos tenías que haberlo intentado. Puede que Mamá y Papá nos hubieran creído.

—Vale, Lenny. ¿Y ahora qué propones?

—Ni idea. Podríamos volver a hablar con Noah y convencerlo de que abra la boca de una vez. Tampoco es para tanto. Si cuenta lo que está pasando aquí, podemos encargarnos de que Susi y Theo paguen por ello.

—No es tan fácil —objetó Josie—. Los servicios sociales no les quitan así sin más los hijos a los padres, solo en base a sospechas. Creo que primero vienen a echarle un vistazo a todo esto y luego deciden por el bien del niño. Y mira a tu alrededor. Esta no parece la casa de alguien que descuida a sus hijos. Además, Noah no tiene moratones, al menos ninguno que se vea.

—Vale, todo eso es cierto, pero ¿y esa cosa del Münchhausen?

—¿Qué pasa con eso?

—Estuve buscándolo en internet —explicó Lenny—. Casi nadie que lo tenga les pega a sus hijos ni les rompe ningún hueso. Los hacen enfermar de otra forma, con comida en mal estado o dándoles veneno o medicinas que en realidad no necesitan.

Josie miró impresionada a su hermano.

—¿Has averiguado todo eso tú solo? ¿Cómo lo has hecho?

—Cuando estabas con Noah, me metí a escondidas en la habitación de Mamá y Papá y cogí el portátil de Papá.

—¿Has borrado el historial para que no se den cuenta de nada?

Él alzó una ceja.

—¿Crees que soy tonto?

—Aun así, no tengo muy claro qué podamos hacer. ¿Una llamada anónima como con lo del perro?

—Mamá y Papá acabaron enterándose de que habías sido tú.

—Porque se lo dije —admitió Josie—. Tenía remordimientos y Mamá no dejaba de insistir. Nuestros padres son abogados, lo notan cuando alguien miente.

Lenny soltó una especie de gruñido.

—Excepto cuando se trata de Theo y Susi. En ese caso están los dos completamente ciegos.

Josie cogió la foto que tenía Lenny en la mano, se sentó en la cama, estudió a la chica.

Era guapa, parecía simpática. Pensar que ya no seguía viva, la asustó. Tal vez porque era más o menos de su edad…

Estudió ensimismada cada detalle de la foto y, efectivamente, encontró algo. ¿Cómo no se había fijado antes?

Alzó los ojos.

—¿Has notado el reflejo en el cristal?

—No. A ver, enseña. —Lenny le cogió la foto, la miró con atención.

—Tienes que fijarte bien —aconsejó Josie—. El cristal a su lado… Hay otras dos personas más.

Lenny soltó un silbido, sin apartar los ojos de la foto.

—¡Mierda, joder! ¿Quiénes son?

Josie le quitó la foto, la acercó lo más que pudo a la cara.

—Parece un niño pequeño y una mujer.

Se concentró en el reflejo, inspiró hondo.

—Es Noah, ¿o no?

Lenny se encogió de hombros.

—Es posible.

—¿Y la mujer fortachona junto a él? Esa no puede ser Susi. La mujer de la foto es más redonda y, además, tiene el pelo de otro color.

—Susi podría haber adelgazado y haberse teñido el pelo.

—Sí, pero no lo creo. —Josie se levantó de golpe—. Ven, vamos a preguntárselo a Noah.

Josie estaba tan nerviosa que una vez más pasó de llamar a la puerta. La abrió sin más y se metió en la habitación con Lenny de remolque. En esta ocasión Noah tampoco reaccionó al instante. Estaba sentado en la cama mirando la nada.

No fue hasta que se hubo sentado a su lado y le mostró la foto, que se sobresaltó y casi rompió a llorar.

Ella señaló con el dedo el cristal en el que se veía el reflejo de la mujer y el niño.

—No tienes que decir nada, Noah, solo mover la cabeza, ¿vale?

Sin reacción.

Josie tragó.

—Eres tú, ¿verdad?

Miró a Noah, pero este no se movió.

—Estoy segura de que eres tú y Lenny también lo cree. Solo que no sabemos quién es la mujer. Porque esa no es Susi, ¿a que no?

Noah se secó las lágrimas, por fin la miró y, de algún modo, pareció aliviado. Pero seguía sin confirmar nada.

—Te prometo que no se lo voy a decir a nadie. Y Lenny tampoco lo hará. Noah, por favor, dinos quién es esa mujer reflejada en el cristal. ¿Y quiénes son los otros? No podemos ayudarte si no nos echas una mano.

Noah cogió la foto y la apretó contra el pecho, luego volvió a llorar.

—Noah, por favor —insistió también Lenny—. No es difícil, solo tienes que asentir o negar con la cabeza.

El cuerpo del niño se estremecía a causa del llanto, pero poco a poco fue calmándose y se dirigió hacia Josie y a Lenny.

—No podéis ayudarme.

—¿Por qué no? —preguntó Josie—. ¿Con qué te han amenazado?

Noah bajó la mirada, parecía reflexionar sobre si seguir hablando o no.

Al final soltó un suspiro profundo.

—Tengo tanto miedo —susurró—. Miedo por mi mamá.

—No entiendo nada —murmuró Josie tan pronto hubieron vuelto a su habitación—. Si nos estuvo mandando señales todo el rato, indicando que le tenía miedo a su madre. Y se cabreó de verdad con ella por lo de los cacahuetes. Y ahora va y dice que tiene miedo por ella. ¿Tú entiendes algo?

—A lo mejor es que sí le falta algún tornillo al pobre.

—No lo creo —dijo Josie—. Pero ¿sabes qué? Voy a volver a bajar al sótano a ver si encuentro algo más en esas cajas. Si a Mamá y Papá les da por preguntar por mí, invéntate algo.

Lenny asintió.

—Vale, pero date prisa.

Josie salió de la habitación, bajó sin hacer ruido hasta la planta baja y de ahí, hasta la puerta que daba al sótano. Respiró aliviada cuando llegó abajo.

¡Conseguido! Nadie había notado nada.

Echó un vistazo y empezó a abrir más cajas. Estaba tan metida en el asunto que no pararía hasta descubrir qué estaba pasando.

A pesar de que hacía poco que conocía a Noah, le había cogido mucho cariño y le resultaba impensable dejarlo atrás sin haber resuelto el enigma de esta misteriosa familia. En esta ocasión la sensación extraña era mucho más intensa que con lo del perro. Sentía en su interior que sería un error abandonar ahora.

Rebuscó una caja tras otra, hasta dar con algo brillante y de color fucsia. Tiró de ello, una camiseta, la que llevaba la chica de la foto.

La olió. No olía a encerrado como esperaba. Más bien como si no llevara aún tanto tiempo guardada en el sótano. ¿Significaría eso algo? Sin pensárselo dos veces, escondió la camiseta debajo de la suya para llevarla para arriba sin que la vieran.

De vuelta en su habitación, Lenny la recibió nervioso.

—¿Y? ¿Has encontrado algo?

Ella sacó la camiseta que había metido debajo de la suya, la sostuvo delante de la cara de Lenny.

—¿La reconoces?

—Sí, es la de la chica de la foto. ¿Por qué la has subido?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Es que la quieres para ti?

—No digas tonterías, claro que no. Pero creo que ya he visto esta camiseta en otro sitio.

—¿Dónde?

—No estoy segura al cien por cien, pero tuvo que ser poco antes de las vacaciones, cuando fui de compras con Mamá.

—¿Búsqueda fotográfica? —propuso Lenny.

—Buena idea —aceptó ella y extendió la prenda encima de la cama. Hizo varias fotos con el móvil, escogió la mejor y la hizo pasar por el buscador fotográfico. Luego fue pasando por las imágenes de los resultados.

—¡Ahí! —gritó Lenny, que había estado mirando por encima del hombro de su hermana—. ¡Es esa!

Hizo clic en la foto y llegó hasta una marca cara. Twinset Kids…

Echó un vistazo a la web de la tienda.

—¡No puede ser! —murmuró y giró el móvil hacia Lennard—. Es una pieza de esta colección, o sea, es nueva del todo. Si la chica de la foto es la hermana de Lenny, entonces no lleva mucho tiempo muerta.

Lenny frunció el ceño.

—Vale. ¿Y eso qué significa exactamente?

—A ver, piensa. Si la hermana de Noah ha muerto este verano, entonces Susi y Theo tendrían que estar aún de luto profundo. ¿Invitarían en ese caso gente a su casa? Por no mencionar que no se les nota que hayan perdido a una persona tan cercana.

—¿Qué insinúas?

—Que todo esto es un maldito enigma. Me cuesta creer que se hayan librado de la niña metiéndola en una institución.

—¿Y por qué no? Con lo flipados que están…

—Porque si así fuera, la habrían hecho irse con su ropa y sus juguetes.

DIECIOCHO
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—¿Y si ponemos la mesa y nos sentamos fuera hasta que los hombres hayan acabado con el pescado?

—Buena idea —aceptó Milla, cogió el montón de platos que le tendió Susi y lo sacó a la terraza. Acababa de repartir los platos en la mesa cuando llegó Susi cargada con una bandeja repleta.

—Espera que te ayudo —dijo, corrió hacia Susi e impidió en el último momento que se cayera una fuente. Juntas acabaron de poner la mesa.

Ninguna dijo nada, como si no hubiera nada que decir.

A Milla aquello la hacía sentirse muy mal. Quedaban tantas cosas sin decir entre ellas, que no sabía ni por dónde empezar ni si romper el silencio con una charla insustancial.

Cuando quedó lista la mesa, Susi la miró.

—Venga. Suéltalo. Por alguna razón estás cabreada conmigo. ¿Qué pasa?

Milla negó con la cabeza.

—Venga, admítelo —insistió Susi—. Estás cabreada porque te dejé quedar mal frente a tu marido.

Milla carraspeó.

—Cabreada no, solo decepcionada. O mejor dicho, confusa. No sabía que pensaras eso de mí.

—Bueno, puede que me lo tomara un poco a la tremenda. Lo de Noah en la playa, luego lo de los cacahuetes – supongo que he perdido los nervios.

Milla la miró pensativa. No estaba dispuesta a dar el brazo a torcer, pero al final lo hizo.

—Entonces, ¿todo bien entre nosotras?

—Por supuesto —confirmó Susi—. ¿Brindamos por ello?

Milla sonrió.

—A mí no me des nada fuerte. No vaya a ser que vuelva a convertirme en bestia.

Susi sonrió.

—No es que quiera insistir una y otra vez, pero cuando hacías esas cosas siempre estabas sobria.

—Entendido —masculló Milla, pensando desesperadamente en cómo cambiar por fin de tema.

La ayuda llegó en forma de Theo, quien vino a la terraza en busca de Susi armado con delantal y pinzas.

—Cariño, ¿podrías echarle una mano a Joe? Es el encargado de la salsa y la guarnición y no sabe dónde están las cosas.

—La verdad es que estaba a punto de prepararnos una copa a Milla y a mí—. Susi paseó la mirada de uno a otra, le molestaba tener que dejarlos solos.

—De eso me encargo yo —respondió Theo y le guiñó un ojo a su mujer.

Susi se encogió de hombros y se alejó.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—Una copa de vino.

—Marchando —dijo él, pero no se movió del sitio—. Por cierto, lo de antes… No se lo tomes a mal a Susi. Noah acaba con ella. Por eso a veces le falta tacto y suelta cosas que podrían interpretarse mal. No quiso decir eso. Además…

—¿Sí? —Milla sentía curiosidad en la misma medida que cautela.

—Tus bromas tampoco eran tan malas, me parece. Si lo que contó Susi de ti es completamente inofensivo. Eran bromas muy de

mi estilo. Yo también las habría hecho. —Le guiñó un ojo y volvió a observarla de una manera que a ella le resultó incómoda. Demasiado colegueo, demasiadas confianzas – como si hubiera un vínculo entre ambos.

—Ya está olvidado —dijo ella finalmente, solo por decir algo—. He de reconocer que a veces me pasaba un poco. Era la pubertad, que para mí no fue fácil. En esa época no luchaba solo conmigo misma. Se ve que también resultaba bastante cargante para mi entorno y mis amigos.

—La verdad es que no tienes pinta de malvada —bromeó Theo—. Al contrario. A mí me pareces súper amable y nada complicada.

—He cambiado. Supongo que lo hemos hecho todos, incluida Susi.

—Ya que estamos con el tema… —Calló, la miró indeciso—. ¿Susi ya era así antes? ¿Tan… —buscó las palabras adecuadas—, tan pensativa y ensimismada? A veces tengo la impresión de que le gustaría salir huyendo y alejarse de todo. Carga con algo oscuro que la hace parecer triste, aun cuando en realidad debería sentirse bien. Casi como si estuviera traumatizada. ¿Tú también lo has notado?

Y tanto, pensó Milla. *Sé exactamente a qué te refieres, pero no puedo hablar de ello. ¡Ni quiero tampoco!*

—Susi era la alegría de la huerta —esquivó Milla para no revelar sus pensamientos—. Pero como acabo de decir, cambiamos constantemente, pasamos por un cambio de carácter, marcado por todas nuestras vivencias y aquello a lo que aspiramos.

Theo sonrió.

—¿Ves? A eso era a lo que me refería antes. Eres tan amable y, además, muy lista. Es un placer conversar contigo.

Milla bajó avergonzada la mirada porque ese cumplido en principio inocente sonaba falso saliendo de boca de Theo.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Susi, que había aparecido detrás de ellos. Parecía haber oído la petición de Milla porque traía una copa de vino que dejó en la mesa delante de Milla y le tendió una botella de cerveza a su marido—. El resto lo trae Joe. —Miró a Theo y luego la miró a ella—. ¿De qué hablabais?

—Acabo de decirle a tu amiga que es un placer conversar con ella —se adelantó Theo. Milla hubiese preferido contestar con algo más inocuo.

Susi asintió con la cabeza, le sonrió a Milla con una mirada que resultaba más bien tensa.

—¡Qué banquete! —Theo se frotó satisfecho la barriga. Milla y Joe asintieron con una sonrisa. A diferencia de Susi y los niños, que solo habían pinchado la comida con el tenedor y la habían cambiado de sitio en el plato.

—¿Podemos levantarnos? —preguntó Lenny, que no hacía más que moverse en la silla, impaciente por poder largarse.

—Pero antes dejáis vuestros platos en el lavavajillas —dijo Joe—. Aunque estéis de visita, eso no puede faltar.

—Ya —murmuró Lenny, cogió su plato casi lleno y se levantó. Josie y Noah también se levantaron. Resultaba raro que después de lo acontecido en la playa, los tres se hubieran reconciliado de nuevo. Mientras que Lenny y Josie desaparecieron de inmediato en la casa, Noah se quedó para ayudar a recoger la mesa, lo que Susi le agradeció con una mirada llena de cariño. Luego fue tras los hermanos.

Cuando se hubieron ido los niños, Theo dio unas palmadas.

—Y ahora, la parte agradable de la velada. —Cogió el móvil, lo dejó encima de la mesa, entró en casa, regresó con un altavoz portátil y lo conectó al móvil. Acto seguido se oyó a Bowie entonar un himno *rockero*.

Theo se levantó, miró a Milla, hizo una reverencia y preguntó:

—¿Me concedes este baile?

Ella se sobresaltó, miró a Joe, que tenía una sonrisa de oreja a oreja y parecía estar pasándoselo en grande.

Ya te he dicho que el tipo este es un loco encantador, parecía estar diciéndole con la mirada.

Que a ella Theo no le pareciera encantador y que no tuviera ganas algunas de bailar agarrado con él pareció pasarle completamente desapercibido a su esposo.

¿Por qué no se lo pide a Susi?

—Venga —insistió Theo al ver que ella seguía sentada, indecisa —. Hazme el favor. Joe ha dicho que te encanta salir a bailar y dado que a mi amorcito no le gusta, deberíamos echarnos unos bailes tú y yo.

Si por Milla fuera, le habría dado calabazas a su anfitrión, pero así solo le quedó mirar a Joe en busca de ayuda, pero su marido no pillaba lo que estaba intentando comunicarle de manera no verbal:

¡Sálvame!

Seguro que pensaba que le daba corte.

—Venga, ve —la animó ahora también él.

Se dio por vencida, se levantó, dejó que Theo la atrajera a sí y echara a girar como loco por la terraza.

En uno de esos giros se fijó en la mirada cargada de veneno de Susi. Su amiga parecía estar hecha una furia.

Cuando hubo acabado la canción, se soltó enseguida de Theo y volvió rápidamente a la mesa.

Theo, mientras tanto, le daba unas palmaditas en el hombro a Joe.

—Creo que aún no te he presentado a mi segundo gran amor.

Joe frunció el ceño, luego se rio al pillarlo.

—El coche, ¿verdad?

—Sí, mi gran orgullo.

—Pues allá vamos. —Joe se levantó y le guiñó un ojo a Milla —.Theo y yo nos largamos al garaje. Hasta luego, cariño.

—Adelante —respondió Milla, contenta de librarse así de Theo. Esperó a que los hombres se hubieron alejado lo suficiente, luego se giró hacia Susi.

—¿Te has enfadado conmigo por haber bailado con Theo? Yo no quería, pero ya has visto lo insistente que se puso.

Susi la miró durante unos instantes, luego se encogió de hombros.

—¿Enfadada? No, claro que no. Es solo que acabo de darme cuenta de que no has cambiado lo más mínimo. Sigues siendo la misma de antes.

—¿A qué te refieres? —preguntó Milla con un poco de dureza de más.

—A que sigues causando el mismo efecto en los hombres. El efecto de siempre. Los fascinas, los hechizas, te encanta recibir sus atenciones. Y sé que eres muy consciente de ese efecto que tienes en el otro sexo…

—¡Un momento! —protestó Milla.

—¡No! Déjame acabar de hablar —la interrumpió Susi—. Yo ya me di cuenta cuando éramos jóvenes. Tan pronto hay un hombre presente, te las das de niña inocente, a veces desvalida, para despertar en ellos su instinto protector. Es pura táctica, porque de desvalida no tienes nada, ¿verdad?

Milla se quedó patidifusa.

Pero ¿eso qué era?

No dijo nada, trató de descifrar la expresión de Susi, que había curvado los labios en una sonrisa desdeñosa.

—No me mires con esa cara de espanto, Milla. No ha sido ningún reproche. Eres una mujer guapa y sabes exactamente cómo embelesar a los hombres. Eres muy buena ocultando tu verdadero yo, es un hecho. Y que no tienes un pelo de tonta, tampoco es ningún secreto.

—No entiendo a qué te refieres —balbuceó Milla—. ¿Eso se supone que ha sido un cumplido o un insulto?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Susi—. Simplemente una constatación. Eres quien eres y puede que yo sea la única que te conozca de verdad y quien vea más allá de tu fachada. —Susi se dobló por encima de la mesa, le sonrió—. Eres la reina cuando se trata de hacerte pasar por ingenua e inocente, de engañar a tu entorno. Pero eres de todo menos una damisela en apuros. Eres una luchadora. Estás dispuesta a hacer lo que haga falta para conseguir lo que quieres. ¡Venga, admítelo!

Milla, completamente abrumada, le devolvió la mirada. No se sentía para nada como una luchadora. Se sintió, de un modo

extraño, a merced de todo.

—Creo que para alcanzar tus objetivos estarías dispuesta a matar. Subestimarte sería un grave error —añadió Susi con una sonrisa congelada.

Milla sintió el deseo de salir corriendo, los mecanismos de huida de su cuerpo se habían puesto en marcha. Solo quería alejarse, lejos de Susi, lejos de su aura tóxica. Trató de hacerlo de manera diplomática. Bostezó, echó un vistazo al reloj.

—Creo que me voy a ir a dormir —anunció ignorando las palabras de Susi. Vio de reojo que los hombres por fin volvían. Los dos parecían contentos y de muy buen humor.

Joe le puso el brazo sobre el hombro.

—Cuando no sepas qué regalarme por Navidad, échale un vistazo a esa joya de Theo. Ese coche es una locura. —Sin esperar respuesta, volvió a girarse hacia Theo—. ¿Y cuánto te costó esa maravilla? Y ahora no digas que fue una ganga o que lo heredaste. Porque entonces me va a corroer la envidia.

—Ya no me acuerdo —respondió Theo, sonriendo y halagado—. Tardé más de dos años en restaurarlo y no dejo de invertir dinero y tiempo en él. Pero bueno, es mi *hobby*.

Todavía sonriendo se dirigió a su mujer.

—Por cierto, ¿no hay postre?

—Claro, por supuesto. —Susi se levantó, miró a Milla—. ¿Me echas una mano?

Milla canceló con pesar sus planes de retirarse. No ayudar a Susi hubiera sido de muy mala educación. Así que asintió y la siguió a la cocina.

Al llegar, y sin previo aviso, la amiga se le colgó al cuello. Tras la sorpresa inicial, Milla la apartó un poco, la miró confundida.

En los ojos de Susi había lágrimas brillantes.

—Estoy tan contenta de habernos reencontrado —dijo con voz contenida.

—¿En serio? —preguntó Milla. Aquella explosión emocional de Susi no tenía ningún sentido después de la conversación de antes. La voz de Susi había carecido del más mínimo cariño, de todo tipo de amabilidad…

¿Y ahora esto?

Como si fuera otra persona.

¿Qué le pasaba a su amiga?

¿Al final resultaría que el del problema en esta familia no era Noah sino la Susi adulta?

Recordó las palabras de Theo de antes.

Había mencionado algo oscuro que envolvía a su esposa. Ella no había comentado nada al respecto, pero ahora se hizo una idea de a qué se había referido Theo.

Y no solo eso.

A diferencia de Theo, ella conocía la razón.

¿Sería esa la solución al enigma?

¿Estaba Susi así de mal porque a día de hoy aún no había digerido lo acontecido entonces?

Tantas muertes, tantas pérdidas… más dolor del que una sola persona era capaz de soportar.

¿Sería su amiga Susi simplemente un alma rota y de ahí su comportamiento tan contradictorio?

Milla se sintió mal de repente. Si ese era el caso, entonces que Susi estuviera tan jodidamente mal, era sobre todo por culpa de Milla. Un dolor agudo la atravesó. Estudió a su amiga, trató de sopesar qué le estaba pasando por la cabeza.

¿Cabía la posibilidad de que lo supiera…?

Milla se fijó en el brillo de los ojos de Susi cuando empezó a hablar:

—¿Qué te parece si mañana hacemos una excursión de chicas? Cogemos alguna ruta de senderismo mientras que los muchachos se quedan a cargo de los niños. Creo que nos va a sentar bien pasar algo de tiempo a solas. ¿Qué opinas?

Milla la miró.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Me alegro de que vuelvas a formar parte de mi vida, Milla. Todos estos años… te he echado mucho de menos, en serio, y no dejaba de pensar en ti, puedes creerme.

—Vale —aceptó Milla, aunque todo su interior parecía rebelarse a la idea de ir con Susi a solas a saber a dónde.

Esta la miró feliz, le dio dos besos en las mejillas.

—Estupendo. Nos lo vamos a pasar genial mañana. Prometido.

Milla no supo qué responder a eso, además, temía que se le notara en la voz que en realidad no le apetecía nada ese plan de chicas. Así que se conformó con asentir con la cabeza.

Susi le guiñó un ojo, se giró hacia la nevera para sacar el postre.

En la cabeza de Milla todo daba vueltas. Había vuelto a verlo: esa mirada ladina que le llegaba al alma. Ese tipo de alegría ratera que de inocente no tenía nada.

Los cambios de humor constantes de Susi y esos caprichos que cada vez surgían de manera más notable, le estaban dando más que quebraderos de cabeza.

Observando disimuladamente a Susi, cambió la opinión que se había formado de ella.

Esa mujer – supuestamente su mejor amiga del pasado – encendía en ella un temor progresivo ante el cual solo deseaba salir corriendo. Pero estaban los niños y Joe.

DIECINUEVE
LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

Alguien llamó suavemente a la puerta. Un segundo más tarde asomó su madre por la rendija.

—¿Puedo entrar?

Josie asintió.

—¿Estáis solo vosotros dos? —se sorprendió Mamá al entrar—. ¿No ibais a jugar con Noah?

—Y lo hemos hecho —contestó Josie—. Pero le entró el sueño y quiso quedarse solo. Y como Lenny y yo aún no tenemos sueño, se nos ha ocurrido jugar a las cartas.

—Anda. —Su madre frunció el ceño—. Así que jugar a las cartas. Pues yo no veo ningún naipe? ¿Dónde está la baraja?

Josie soltó un suspiro.

—¿Es que siempre tienes que ir de abogada, Mamá? ¡Me sacas de quicio! ¡Ya no somos bebés!

—Pero para ser adultos aún os falta mucho. Así que venga, ¿qué está pasando aquí? —preguntó su madre con voz seria—. Y nada de escaquearse. Os lo veo en la cara, habéis hecho algo.

—Vale —admitió Josie, miró a Lenny, quien, efectivamente, parecía personificar la mala conciencia. No soportaba decepcionar a

Mamá. Era lo que se dice un verdadero niñito de mamá; ella era más bien de Papá.

Así que se encargó ella de hacer a Mamá partícipe de todo para ahorrarle el mal trago a su hermano.

—He encontrado algo más en el sótano.

—¿En qué sótano?

—¡Venga ya, Mamá! Si ya te lo he explicado con pelos y señales. Aquí está pasando algo raro. Y ha sido Noah, quien me llevó primero al sótano y me mostró las cajas. Fue allí donde encontré la foto que os enseñé a Papá y a ti.

—¿Y?

—Estoy preocupada por Noah, así que volví a bajar al sótano. Sola.

—¡Un momento! ¿Has estado cotilleando en un sótano que no es el tuyo?

Josie la miró, asintió terca.

—Sí y no me arrepiento porque he encontrado algo más.

Haciendo caso omiso del espanto reflejado en el rostro de su madre, fue hacia su maleta, sacó la camiseta de Twinset, la extendió sobre la cama para que Mamá la viera.

—¿La reconoces?

—Josie, esto ya no tiene gracia. Estamos de visita, maldita sea. No puedes andar rebuscando entre la ropa de otra gente y llevarte lo que te guste. ¡Eso es robar!

Josie miró atónita a su madre.

—¿Crees que he robado este trapo ridículo? ¡Joder, Mamá! Yo jamás haría algo así. Y ahora, por favor, mira bien la camiseta. A ver si así te das cuenta de que yo jamás me pondría esto.

—¿Entonces por qué la tienes?

—Porque le pertenece a la chica de la foto.

—Dios, Josie, ¿ya empezamos? ¿Se puede saber qué te pasa con esa chica? Todo eso no es asunto nuestro, ¿me oyes?

Josie ignoró las palabras de su madre.

—Pero, Mamá, fíjate bien. La chica de la foto lleva esta misma camiseta. Y sacaron la colección este año. O sea, hace menos de seis meses. Entonces, ¿por qué guardar esta camiseta junto con

ropa vieja en el sótano? Mamá tendrías que verlo, allí abajo hay un montón de ropa nueva. Esta camiseta solo es una pequeña parte.

—¿Y qué? Josie, ¿sabes cuántas cajas guardo yo en nuestro sótano con ropa tuya y de Lenny para algún día poder dársela a tus hijos o vender parte de ella? Hay por lo menos veinte. Veinte cajas con cosas tuyas y de tu hermano. Pues aquí será lo mismo. Estas cosas podrían ser de cualquiera y o bien Susi quiere venderlas o las guarda para alguien. Si ni siquiera sabemos quién es la chica de la foto.

—¿Y por qué no se lo preguntaste a Susi y a Theo?

—¿Por qué iba a hacerlo? Primero, que al hacerlo, estaría revelando que andáis husmeando por ahí sin permiso y, segundo, me estaría inmiscuyendo en algo que no me incumbe. A saber cómo reaccionarían Susi y Theo. Pero tampoco quiero averiguarlo.

—Muy bien —dijo Josie, muy lejos de rendirse—. Yo se lo he preguntado a Noah.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. —Ahora fue Lenny quien contestó—. Empezó a temblar y a llorar y a hacernos entender con gestos que no le dejan hablar de la chica.

—Justo eso fue lo que pasó —volvió a intervenir Josie—. Tiene miedo, Mamá. Miedo a las consecuencias si va en contra de esa prohibición tan rara de hablar. Lenny y yo creemos que esa niña es la hermana de Noah.

—¿Y de dónde habéis sacado eso?

—Cuando le mencioné la niña, Noah se puso a llorar. Creo que está muerta y que al menos uno de sus padres tiene algo que ver.

Su madre se la quedó mirando boquiabierta. Luego jadeó nerviosa.

—Eso es una acusación horrible, Josephine. ¿Cómo demonios se te ocurre pensar algo así?

—¿Por qué si no iba a llorar Noah al comentarle lo de la foto? Le pregunté además si el niño que se ve reflejado en la ventanilla era él y dijo claramente que sí. Cuando le pregunté por la mujer que estaba al lado, me cogió la foto de la mano, la apretó contra el pecho y se puso a llorar desconsoladamente. —Josie se calló, alzó

las manos, volvió a dejarlas caer—. Aquí hay algo que no está bien, Mamá. Tienes que creerme.

—Hay algo más —añadió Lenny—. Noah dijo que estaba asustado por su madre. Cuando tratamos de sacarle más, hizo mutis. Al principio pensé que era por su enfermedad. Pero ahora ya no lo creemos. Creemos más bien que Susi y Theo han estado mintiendo. Puede que Noah no esté enfermo. Lo que pasa es que quieren que lo creamos para que no nos llame la atención lo asustado y triste que está.

—¿Es que ahora sois Sherlock Holmes?

Josie sintió la mirada de su madre sobre sí, pero algo había cambiado. Ya no había tanto escepticismo en ella.

Se abrió la puerta. Papá echó un vistazo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Una reunión familiar sin mí?

Mamá le resumió en pocas palabras la conversación mantenida.

Papá tan solo sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer, Josephine. Os exijo que dejéis de husmear por ahí. Es algo muy insolente y va en contra de todas las normas de cortesía y respeto hacia nuestros anfitriones.

—Pero, Papá —protestó Lenny.

Una mirada de Papá bastó para hacerlo callar.

—Por favor, Papá —intentó ablandarlo Josie.

Pero él se mantuvo firme.

—Vuelvo a repetirlo para que quede bien claro, cariño: esto se termina aquí y ahora. Theo es mi amigo y le tengo mucho aprecio. Y Susi es amiga de vuestra madre. No podéis llegar y cuestionar sin más la vida de una familia. Noah es un niño enfermo y Theo ya me avisó antes de nuestra llegada que el pequeño, bueno, que a veces cuenta cosas escalofriantes y que le gusta sembrar miedo y confusión. Lo hace también con sus propios padres. Los enfrenta entre ellos. Eso es parte de su trastorno. No entiende que con sus palabras y acciones hiere o asusta a los demás porque tiene muchos problemas a la hora de experimentar emociones, aceptarlas o expresarlas. Pero vosotros dos sí tenéis un sentido común sano y espero que lo uséis.

—¿Y la chica? ¿Dónde está? ¿Por qué están sus cosas…

—¡Se acabó! —Papá interrumpió a Josie—. Os hemos explicado varias veces ya que seguramente haya una explicación lógica para todo, pero no es asunto nuestro. Puede que haya habido una hija que ahora viva en otro sitio o que, en el peor de los casos, esté muerta. Pero aunque si así fuera, ese problema es de Theo y Susi.

—¿Entonces por qué no están apenados? ¿Por qué no están de luto? ¿Por qué nos han invitado tan pronto después de la muerte de su hija? ¿Vosotros haríais algo tan estúpido? —se opuso Josie, que estaba empezando a cabrearse mucho. ¿Por qué a sus padres no les entraba en la cabeza que aquí había algo que olía a podrido?

—Puede que esa niña solo sea una sobrina. Puede que Theo tenga un hermano y creo recordar que el hombre de la foto, el que estaba junto a la niña, guardaba cierto parecido con él.

—No, no lo guardaba. —La ayuda de Mamá llegó inesperadamente.

O sea, no se había equivocado. Al menos Mamá también parecía empezar a dudar de esta historia misteriosa.

—Pues estará emparentado con Susi. Su hermano o un amigo de la familia. Incluso yo he podido sentarme al volante de este maravilloso coche. Theo incluso me ha ofrecido sacarlo para dar una vuelta en él.

—Susi no tiene ningún hermano —replicó Mamá con voz extrañamente temblorosa—. Ya no.

Papá la miró molesto.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que podría ser que el hombre de la foto fuera el hermano de Susi. Pues no puede ser. Su hermano está muerto, hace muchos años ya.

Papá se quedó mirando a Mamá, consternado.

—Lo dices como si hubiera pasado algo.

Josie se fijó en que no era solo la voz de Mamá la que temblaba, también sus manos. Y parecía estar a punto de romper a llorar.

—Cariño —dijo Papá preocupado—. ¿Qué te pasa?

Mamá abrió la boca, pero volvió a cerrarla enseguida.

—No delante de los niños —dijo tras lo que pareció una eternidad y la miró a ella y a Lenny—. Iros a dormir, los dos. Y mañana por la

mañana nos marchamos. No aguanto ni un segundo más en esta casa.

—Eso sí que ha sido raro, raro —soltó Lenny a los pocos segundos. Sus padres los habían dejado solos sin explicación alguna.

Josie miraba al vacío sin entender nada.

—Pero di algo —le espetó Lenny al ver que ni siquiera lo miraba.

Por fin se giró hacia él, asintió pensativa.

—Tienes razón, eso ha sido muy raro. Creo que Mamá también tiene miedo —emitió finalmente con voz baja—. Cuando mencionó lo del hermano de Susi, creí que iba a derrumbarse de un momento a otro.

—Puede que ella y el hermano de Susi fueran novios.

—Es posible —aceptó ella, se levantó y fue hacia la puerta.

—Un momento, ¿qué vas a hacer?

Se volvió hacia Lenny.

—Tengo que averiguar qué pasó en el pasado.

—¿Con Mamá, te refieres?

Josie asintió.

—Sí. Voy a acercarme a su habitación y escuchar a través de la puerta. Tengo que saber por qué de repente Mamá está tan rara y quiere irse ya de aquí. Seguro que están hablando de eso ahora mismo.

—Voy contigo —decidió Lenny.

—De eso nada. ¡Tú te quedas aquí!

Josie hizo caso omiso de los morros de su hermano, salió de la habitación, recorrió el pasillo a hurtadillas hasta llegar a la puerta de sus padres.

Tras echar un vistazo y asegurarse de que nadie se había percatado de nada, pegó la oreja a la madera de la puerta, contuvo la respiración.

Por desgracia, Josie solo captó alguna que otra palabra suelta, pero lo suficiente como para hacerse una idea. Tal como había

supuesto, estaban hablando del deseo de Mamá de marcharse. Papá parecía muy cabreado y Mamá intentaba desesperadamente evadir sus preguntas.

Pero ¿ahora por qué lloraba de repente?

Algo en el interior de Josie se rompió.

¿Era por su culpa?

Se sintió mal al instante.

Mamá y Papá discutían cada vez más hasta que Mamá pareció controlarse de nuevo. Balbuceó algo.

Josie apretó la oreja más hacia el ojo de la cerradura. ¿Y ahora por qué estaba disculpándose con Papá?

Las explicaciones que soltaba Mamá entre sollozos no formaban ningún sentido para Josie. Luego captó la palabra matanza y se sobresaltó.

Apretó la oreja aún más, pero no sirvió de mucho. Hablaban demasiado bajo.

Solo permaneció la palabra matanza.

¿Qué tenía que ver una matanza con el llanto de Mamá?

Josie notó que le empezaba a hormiguear la piel. Le pasaba siempre que se concentraba mucho y trataba de dar con una respuesta. Pero de momento tan solo unió las piezas del puzle. Y recordó de golpe la negación de Mamá de venir a la isla.

Pero había más: hacía siglos que Mamá no venía. ¿Y por qué no visitaba nunca la tumba de su padre? Luego esa tensión entre Susi y Mamá, si se suponía que eran viejas amigas. A Josie ya le había llamado la atención durante el primer encuentro, cuando se reconocieron. Mamá parecía otra.

¿Estaban Susi y Mamá unidas por un secreto tan terrible que ninguna de ellas se lo había contado a nadie? Mamá no a Papá y Susi seguramente no a Theo.

Había oído lo suficiente. Al menos suficiente para preocuparse todavía más. Se dio la vuelta, volvió a hurtadillas a su habitación y junto a Lenny.

Su hermano seguía sentado en la cama, pero se levantó de golpe al verla entrar.

—¿Y? ¿Te has enterado de algo? —preguntó agitado.

Ella asintió.

—¡Pues, venga! ¡Cuenta!

—No creo que quieras saberlo. En serio.

Lenny abrió mucho los ojos.

—¿Y tú qué sabes? Venga di. Lo has prometido. Mientras estemos aquí seremos una piña, pase lo que pase.

Ella suspiró y asintió con la cabeza.

—Pero antes tienes que prometerme que no vas a salir corriendo a atosigar a Mamá con preguntas.

Él alzo la mano a modo de juramento.

—Está bien. Hubo una matanza. Aquí en la isla. Cuando Mamá aún iba al colegio. Creo que el hermano de Susi murió en esa matanza.

VEINTE
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

No supo si solo se había quedado dormida un instante o si había sido más tiempo. Incluso ahora no conseguía quitarse de la cabeza la expresión horrorizada de Joe. Cómo la había mirado al hablarle de lo ocurrido. Del peor día de su vida. De aquel día en el que un chico – no mucho mayor que ella – había matado a disparos a muchos alumnos y profesores.

Ese día ella no había ido a clase porque estaba enferma, pero sus amigos supervivientes se lo habían contado luego todo con pelos y señales. Le habían hablado de la sangre, los gritos, el pánico a ser encontrados en sus escondites, a quedar expuestos…

Pero lo peor que recordaba era el momento en el que fue consciente de quién había sido el responsable de aquel horror.

Cerró los ojos, se concentró en su propia respiración, en los latidos de su corazón, pero supo que esa noche no pegaría ojo. El recuerdo en su cabeza era demasiado real. Demasiado cerca al miedo de entonces, demasiado pesado el peso con el que cargaba desde entonces.

Se asustó al oír un ruido.

Milla parpadeó en mitad de la oscuridad.

Joe estaba profundamente dormido a su lado, no se movía.

¿Entonces de dónde había salido ese ruido?

Su subconsciente le lanzó un aviso. Había alguien en la habitación. Y en ese instante lo sintió.

La sensación de vulnerabilidad en la oscuridad por no poder ver de quién se trataba. No saber qué pretendía ese alguien.

Empezó a sudar.

El corazón se le disparó en el pecho.

Tenía claro que no era ninguno de sus hijos.

Notó que el peligro estaba justo delante.

Pero ¿de quién emanaba?

Sopesó si extender el brazo izquierdo, pellizcar a Joe para despertarlo. Pero quienquiera que se hubiera metido en la habitación, percibiría cualquier movimiento, cualquier sonido.

Contuvo la respiración, los pensamientos giraban como locos en su cabeza.

¿Qué debía hacer?

¿Gritar?

Al final decidió jugárselo todo a una sola carta.

Se incorporaría, agarraría rápidamente el móvil, activaría la pantalla para comprobar quien estaba allí junto a su cama.

Justo en el instante de incorporarse, la rozó una corriente de aire. Notó una mano en la boca. Una mano pequeña, pero fuerte, que con energía le apretaba la cabeza contra la almohada.

Noah…

Tenía que ser Noah.

Le cogió la mano, quería apartarla de la boca, pero él la mantuvo firme ayudándose con la otra mano.

Luego lo oyó susurrar.

—Tenéis que iros. Ahora mismo. ¡Por favor!

Milla intentó hablar, pero él no la soltaba.

—Shhh, no puedes hacer ningún ruido, Milla. No deben oírnos.

Ella asintió con la cabeza.

Noah dudó unos segundos, luego la soltó.

Al distinguir la silueta de Noah, respiró aliviada.

—¿Qué haces en plena noche en nuestra habitación? —le preguntó en voz baja.

—Tenéis que largaros —siseó Noah entre dientes—. Ahora mismo. Y sin hacer ningún ruido. No deben oíros.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Milla—. ¿Has vuelto a pelearte con Lenny? ¿Se portó mal contigo?

—Lenny me cae bien —dijo Noah y su voz sonó sincera—. Por eso tenéis que iros. No quiero que les pasa nada a él o a Josie.

—¿Y qué les iba a pasar?

—¿Por qué no me escuchas? —dijo con un tono algo agudo de más—. Tenéis que iros ya. Dejad las cosas. Quizás mis padres puedan mandároslas luego.

—¿Qué significa eso, Noah? ¿De qué estás hablando? ¿Por qué íbamos a irnos en plena noche y aún por encima sin nuestras cosas? Eso no tiene ningún sentido.

—Es una trampa —susurró Noah—. Dicen que solo quieren hacerte daño a ti, pero no les creo.

—¿Quiénes?

Noah negó con la cabeza en medio de la oscuridad.

—¡No seas tonta! ¡Tú haz! Tienes que despertarlos a todos y decirles que no hagan ruido. Bajad y corred al coche. Largaros de aquí y buscad ayuda, por favor. ¡Pero daros prisa!

Milla cerró por un momento los párpados. Los disparates de aquel niño no tenían sentido alguno. Pero sonaba muy apremiante. Y jodidamente serio.

Recordó las palabras de Joe de antes. De que Noah tendía a inventarse historias.

Que formaba parte de su trastorno.

Pero ¿y si no era para nada así?

Ella también se había sentido incómoda durante la conversación con Susi a la hora de la cena. Y de Theo no se fiaba desde el primer momento. Estaba siempre esa sensación de angustia.

Y luego el comportamiento de Noah desde que habían llegado…

¿Cuánto valor debía darle a la advertencia de este niño?

Tal vez todo…

O ninguno.

—Noah, escucha —susurró—. Voy a llevarte al cuarto de tu mamá, ¿vale? Creo que ella podrá ayudarte.

Noah sacudió con vehemencia la cabeza, se apartó de ella. Gimoteó por lo bajo.

—¿Qué pasa, peque? —preguntó. Quiso cogerle del brazo, pero de repente una sacudida atravesó el cuerpo menudo del niño.

—¡Susi no es mi mamá!

A pesar de haberlo dicho susurrando, captó el pánico en sus palabras.

—¿Qué?… No entiendo —balbuceó ella—. ¿Qué quieres decir?

Se abrió una puerta. Cerca. Luego oyó unos pasos enérgicos, fuera en el pasillo.

Noah sollozó más fuerte.

Luego se acercó a ella, le dio con su pequeño puño contra el pecho.

—Ya es demasiado tarde —susurró con la voz oprimida—. No quisiste hacerme caso.

Los pasos se acercaron, enmudecieron justo delante de su puerta.

Noah desapareció velozmente en el cuarto de baño.

Apenas hubo cerrado la puerta tras de él, cuando Milla percibió el chirrido del picaporte.

Un haz de luz se coló en la habitación. Susi metió la cabeza. Parecía asustada. Preocupada.

—¿Has visto a mi niño? No está en su habitación.

Milla pensó en cuestión de segundos, decidió que mentir no serviría de nada.

—En el cuarto de baño —dijo—. Creo que ha tenido un episodio de sonambulismo. O puede que haya tenido una pesadilla.

Susi soltó un quejido, la miró con ojos de disculpa.

—Voy a llevármelo. Siento la molestia.

Milla asintió, volvió a recostarse contra la almohada, esperó a que Susi hubo salido del cuarto de baño con Noah en brazos.

Una vez en la puerta, su amiga volvió a girarse hacia ella.

—Sigue durmiendo, Milla, y perdón otra vez. No volverá a ocurrir.

Ella le restó importancia con un gesto de la mano.

—No pasa nada. Es solo un niño. Los míos a esa edad también se asustaban a menudo y tenían pesadillas.

Cuando Susi hubo cerrado la puerta tras ella, Milla esperó unos segundos, luego le dio unos golpes a Joe.

Este murmulló algo medio en sueños, pero no se movió.

—¡Joe, despierta, joder! —dijo Milla en voz baja, pero tan apremiante que tenía que oírla.

Por fin se movió. Pero pasó demasiado tiempo antes de que estuviera lo suficientemente despierto para reaccionar.

—¿Qué pasa? ¡Es noche cerrada, Milla!

—Noah acaba de estar aquí. Ha dicho que Susi no es su madre y quería que nos largáramos dejando nuestras cosas atrás. Fue como si estuviera avisándonos.

Joe hizo ruido con la manta, luego una luz inundó la habitación. Había encendido la linterna del móvil y estaba enfocándosela a ella a la cara.

—Para —pidió ella—. Ya sé que parece una locura, pero, no sé por qué, le creo.

Joe bajó por fin el móvil, pero dejó la linterna encendida.

—Milla —dijo, acentuando cada sílaba, como si estuviera hablando con una niña pequeña—. Hace solo unas horas que hemos tratado ese tema. Noah hace ese tipo de cosas. Cuenta tonterías, causa alboroto y confusión. No dejes que se meta en tu cabeza.

—Y tú eres demasiado crédulo —soltó ella enfadada—. Piensas que todo el mundo en el fondo está dispuesto a hacer lo correcto y que solo necesita en empujoncito en esa dirección. Pero no es así. Si ni siquiera a mí me conoces bien, y eso que llevamos siglos juntos.

—¿Y qué significa eso ahora?

—No sabías nada sobre la matanza.

—Y eso te traumatizó, Milla. Por eso no me contaste nada. Lo entiendo. Pero eso no te convierte en mala persona. No me lo ocultaste por maldad. Guardaste silencio para protegerte, porque te daba miedo tener que enfrentarte otra vez a todo aquello.

—Eso solo es una parte —confesó ella.

—¿Qué quieres decir?

Ella tragó, luego reunió todo su valor.

—Esa matanza… —Se interrumpió, cogió aire—. Fue culpa mía.

VEINTIUNO
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Joe le clavó los ojos.

Tras un minuto que resultó eterno, carraspeó.

—¿Cómo he de interpretar eso?

—Hice algo que desencadenó que el francotirador hiciera algo tan horrible.

La mirada de Joe expresaba estupefacción.

—¿Le dijiste que matara a vuestros compañeros y profesores?

Milla resopló, negó con la cabeza.

—¡Claro que no! Pero hice algo que les causó problemas a él y a otros. No se lo he contado a nadie más. Tú eres el primero. Pero si yo no hubiera actuado así, jamás habría tenido lugar aquella matanza.

Joe le dedicó una sonrisa tierna.

—¿Milla, de qué estás hablando? Nada de lo que tú hayas podido haber hecho justifica un cortocircuito como salir y armarse a tiros con todo aquel que se cruce en tu camino. Ese chico debía de tener un trastorno psíquico de algún tipo para hacer algo tan cruel, así que, definitivamente, no fue culpa tuya, ¿me oyes? Fue él quien disparó. Él quien decidió matar a gente, ¡y no tú!

Milla luchó contra las lágrimas.

—Llevo años intentando interiorizar lo que acabas de decir, pero no lo consigo. No consigo quitarme de la cabeza que fue mi estúpida idea la que desencadenó todo, culminando en la matanza.

Joe se deslizó hacia ella, la abrazó y apretó contra su pecho.

—No fue por tu culpa, Milla, créeme. El único culpable fue el chico que apretó el gatillo.

Ella se desprendió, negó renuente. Había una parte de ella que quería contarle el resto de la historia, pero era consciente de que de momento tendría que bastar con esto.

—Pero sigue estando lo de Noah —dijo con voz prensada—. Después de lo que ha dicho, tengo mucho miedo.

Joe negó con la cabeza.

—En tu interior sabes que tu miedo es injustificado.

Cada fibra de Milla se rebelaba a gritos contra los argumentos razonables de Joe, aun así, siguió escuchando las palabras de su marido, acostumbrado a exponerlo todo de tal manera que pareciera lógico.

—Aunque el niño hubiera dicho la verdad —prosiguió Joe—, aunque Susi no fuera su madre biológica, si lo hubiera adoptado con su marido o si lo está criando porque es hijo del primer matrimonio de Theo, seguro que hay una explicación racional para todo. No significa que tras el deseo de Noah de que nos vayamos de aquí haya algo turbio. Lo que pasa es que no nos quiere tener aquí, Milla. Ponemos patas arriba su estructura familiar. Su día a día, que por lo visto necesita tanto.

—No sé yo —respondió Milla reticente—. Estabas dormido, Joe, no has oído su voz. Había pánico en ella, como si estuviera preocupado de verdad por nuestro bienestar.

—Escucha, cariño, ahora vamos a dormir y cuando nos levantemos luego, recogemos nuestras cosas y nos largamos, tal como querías. Ya volveremos en otra ocasión, cuando Noah sea mayor y más estable en sus emociones.

—¿Me lo prometes? ¿Nos vamos mañana a primera hora?

Joe asintió.

—Sí. Y ahora duerme, Milla. Si quieres que partamos dentro de un par de horas, necesito dormir un rato. Al fin y al cabo, nos espera un viaje de diez horas en coche.

Transcurrida apenas una hora, Joe ya roncaba y dormía profundamente. Ella, sin embargo, ni siquiera había cerrado los ojos. Seguía dándole vueltas a las palabras insistentes de Noah.

Aquí había algo que no estaba para nada bien. A cada segundo que pasaba era más consciente de ello. Ya no aguantó más en cama, apartó la manta, se levantó, fue a hurtadillas hasta la puerta. Tenía que ver cómo estaban sus hijos. Y Noah…

Puede que estuviera despierto… En ese caso podría intentar volver a hablar con él.

Fue despacio hacia su habitación, accionó el picaporte, apoyó el hombro contra la madera, pero nada…

La puerta no cedió ni un solo milímetro.

Volvió a intentarlo, en vano.

La ira se disparó en su cuerpo al percatarse de lo que aquello significaba…

Susi no solo había encerrado a su hijo, sino también a Lenny.

¡Por eso sí que no pasaba!

Contuvo el primer impulso de aporrear furiosa la puerta, hasta que también la última alma de la casa estuviera en pie. Se acercó preocupada a la habitación de Josie y suspiró aliviada cuando la puerta de esta se abrió con un leve crujido.

Entró, se acercó a la cama, soltó otro suspiro de alivio al ver a Lenny tumbado en la cama junto a su hermana. Los dos estaban profundamente dormidos.

O sea, Susi solo había encerrado a Noah…

¿Por qué hacer eso?

Hubiera bastado con llevárselo a la habitación de ella, como hubieran hecho unos padres normales.

¿Padres normales?

No, ni Susi ni Theo eran normales.

Pero entonces, ¿qué eran?

¿De verdad esta casa encerraba secretos, tal y como sospechaban Josie y Lenny?

Milla recordó la excursión de Josie al sótano.

Necesitaba certeza, ¡ya!

Sin hacer ruido salió de la habitación, cerró la puerta, se puso a escuchar conteniendo la respiración.

En la casa reinaba un silencio sepulcral.

Fue hasta las escaleras, las bajó sin apenas hacer ruido. La puerta que daba al sótano no estaba cerrada con llave, lo que ella interpretó como una señal. Lo que ya no era de tanta ayuda era haber olvidado el móvil en su habitación. Así que palpó la pared en busca del interruptor de la luz.

Tras encontrarlo, cerró la puerta tras de sí, emprendió el descenso.

Encontró la habitación de la que había hablado Josie y vio el montón de cajas. Les echó un vistazo a algunas, negó con la cabeza sin poder dar crédito.

Josie no había exagerado. Un poco raro sí que era encontrar aquí abajo todas estas cosas de niña. Pero seguía sin poder expresar en palabras lo que su subconsciente ya había captado hacía mucho.

Cerró los ojos, se concentró.

Entonces lo vio claro y consideró confirmado lo que Josie había intentado comunicarle.

Las cosas guardadas en las cajas no parecían las posesiones gastadas y desechadas de una niña, demasiado mayor ya para ellas. Eran pertenencias a las que se les había cogido cariño, pero que habían sido metidas en cajas sin ton ni son, para ocultarlas ante miradas curiosas.

¿Las de visitantes?

¿Las suyas?

Rebuscó varias cajas sistemáticamente. Apiló algunas concretas dejando libre así la caja de más abajo. La abrió.

Al ver la esquina de un marco de fotos igual al que había descubierto Josie, lo sacó.

Titubeó.

La foto mostraba a la misma niña que en la foto asegurada por Josie. A su lado estaba Noah, sonriéndole feliz a la cámara. Parecía otro niño. Completamente normal y feliz.

Milla siguió rebuscando en la caja, dio con otra foto enmarcada.

Una mujer, a su lado de nuevo Noah y la niña.

Algo se encogió en el interior de Milla. Conocía aquella cara. Estaba más redondeada que antes, pero era…

Fabienne…

La mujer de la foto era Fabienne.

¡La vieja amiga del colegio de Susi y ella!

Milla dejó caer la mano con la foto, cerró los ojos.

¿Qué significaba esto?

¡Si ya lo sabes!, le susurró su interior.

Abrió los ojos, se asustó al percibir algo oscuro bajo la pila de cajas.

Se acuclilló, estudió la mancha.

¿Qué demonios era eso?

Se incorporó, apartó la pila haciendo el menor ruido posible, notó que se le paraba el corazón al ver que la mancha era enorme.

Pero no solo eso…

Se mareó.

Luego le entraron arcadas.

Se tambaleó, volvió a acuclillarse para poder verla de cerca.

Al percatarse de que su instinto no la había engañado la primera vez, apretó consternada una mano contra la boca, para no emitir un grito.

Esta mancha aquí en el suelo…

¡Era sangre seca!

VEINTIDÓS
LA CASA EN EL BOSQUE

SUSI

—¡Ha llegado la hora! —Su voz sonó casi chillona, pero en este momento estaba demasiado excitada como para tener en consideración a Theo, que odiaba cuando le hablaba con ese tono de voz.

¿Cómo era capaz de volver a dormirse después de lo que acababa de pasar? Debía de ser un don que tenían muchos hombres. Daba igual bajo la presión a la que estuvieran sometidos, igual lo estresados que estuvieran, tan pronto sus cabezas entraban en contacto con una almohada mullida, quedaban dormidos. Theo no era una excepción y, aunque normalmente a ella eso no le molestaba, en este instante le hubiese gustado despertarlo a golpes.

Cuando por fin se hubo despertado, tan solo la miró con ojos de tonto y confusión.

—¿Se puede saber qué pasa? Es mitad de la noche. ¿Qué me quieres?

—¡Hay que ponerle fin a esto ahora! ¡Ahora, de inmediato!

—¿Has perdido la cabeza o qué?

—Ya sé que lo habíamos planeado de otra manera. Que tenía que parecer un accidente y que luego nosotros nos largaríamos en

secreto.

—¿Entonces? —balbuceó Theo, a punto de volver a darse la vuelta.

—¡No te duermas, joder! Y escúchame. Hay que hacerlo ahora. ¿Entendido? De todos modos, lo otro jamás hubiera funcionado.

Theo la miró, frunció reacio el ceño.

—¿Qué estás diciendo? Nuestro plan es perfecto.

—¡Qué va a serlo! Lo he repasado todo mentalmente.

—Como si no lo hubiéramos hecho ya un sinfín de veces. Deja que lo hagamos como habíamos acordado.

—¡Que no! ¡Qué no funcionará! A ver, piensa. A más tardar, Joe llamaría a los maderos nada más enterarse de que su mujer ha tenido un accidente mortal haciendo senderismo. ¿Cuánto crees que tardarían en averiguar que esta no es nuestra casa?

—¿Y qué? ¡Que lo averigüen! Para cuando lo hagan nosotros ya estaremos muy lejos de aquí. Lo único que tienes que hacer es llamarme como habíamos acordado cuando hayas despachado a Milla. Yo le digo a Joe que vais a retrasaros un poco y me largo. Cuando Joe se dé cuenta por fin de que no vais a volver, tú y yo ya estaremos en el avión.

Susi hizo una mueca que reflejaba sus dudas.

—¿Y luego qué? ¿Te has parado a pensar en eso? No, claro que no lo has hecho. Pues te lo digo yo. No podríamos regresar jamás. Viviríamos con el miedo constante a ser descubiertos. Eso no es vida, Theo, ni futuro. Después de todo por lo que he tenido que pasar, de todo lo que he dejado atrás, me merezco algo más que una vida de fugitiva. ¿No te parece?

Theo la atrajo hacia él.

—Te mereces lo mejor del mundo, mi amor. Pero son niños, por favor, tenlo en cuenta. Ellos también se merecen un futuro.

—¿Eso es lo único que te importa?

Él asintió.

—Ellos no tienen la culpa de nada. Son inocentes.

—Los hombres también —replicó ella—. Joe y Daniel son igual de inocentes que los críos. El único error que cometieron fue casarse con las mujeres equivocadas.

Él suspiró.

—Puedo con eso, pero no con el asesinato de tres niños. Ya bastante malo es lo que le hemos tenido que hacer a Noah. Va a tener que lidiar con ello el resto de su vida.

—¡Yo también tuve que hacerlo! Y sigo haciéndolo. Yo no era más que una niña y por culpa de esa puta perdí a toda mi familia. Mi hermano lo era todo para mí. Sigo viendo su cabeza destrozada, el agujero enorme en ella, veo toda esa sangre. Es el día de hoy que a veces sigo con esa sensación de tener el sabor de su sangre en mis labios, después de que la bala repartiera mitad de sus sesos en mi cara. Thomas se pegó un tiro ante mis ojos. ¡Y yo solo tenía quince años!

—Lo sé, cariño. Pero los niños nunca formaron parte de nuestro trato.

—¡Pues van a hacerlo ahora, Theo! Va a parecer que fue Milla la que se volvió loca. —Se encogió de hombros, lo miró furiosa—. Dime, ¿qué habías pensado? ¿En serio querías dejar que el tío y sus hijos se libraran? ¿Y los otros tres también? ¿Y cómo? ¡Han visto nuestras caras!

—El único de los Rabe que ha visto nuestras caras es Noah y a él puedo manejarlo. El cagoncete ese me tiene tanto miedo que jamás me delataría. Y su hermana y su padre solo han visto a una persona con la cara cubierta por un pasamontañas. Y seguro que tampoco recordarán ningún detalle habiéndolos mantenido todo este tiempo drogados con ese medicamento, como has hecho. Declararán que los atacaron. Que unos desconocidos entraron en casa y que los sacaron de ella, que los maniataron y que les inyectaron algo. Eso es todo. Los dos ni se enteraron de lo que le hiciste a Fabienne.

—Pero Noah sí —replicó ella—. Estaba presente y eso fue idea tuya. Lo mismo que tenerlo todo el rato en casa con nosotros.

—No había otra manera. Lo de la excursión con la que contacté con Joe por internet estaba en un foro como sugerencia para el día del padre. Así que tenía que inventarme un hijo. Hubiese quedado raro que llegaran y no tuviera ninguno.

—Podríamos haber dicho que estaba de campamento.

Theo suspiró descaradamente.

—Pero no lo hemos hecho, ¿vale? Y ahora las cosas son como son y tenemos que apandar con lo que hay.

—Pero Joe nos ha visto, igual que Lenny y Josie. ¿Cómo vas a conseguir que ninguno de ellos abra la boca?

—¡Si te lo acabo de explicar! Si lo hacemos tal cual lo habíamos planeado, no habrá nada que nos señale. Joe y sus hijos no van a enterarse de nada. Va a parecer que durante vuestra excursión Milla perdió los estribos de repente y que se largó sin más. Que la estuviste buscando como loca porque pensabas que le había pasado algo. Luego encontrarán su cadáver. Junto al de Fabienne. Ni Joe ni el resto de la familia Rabe sabrá qué pasó exactamente.

—¿Y cómo vas a explicarle a la policía que ocupamos esta casa y que la hicimos pasar por nuestra? Joe les va a decir por supuesto que fuimos nosotros y no los Rabe quienes los invitamos. ¿No crees que eso no va a levantar sospechas?

Theo bajó la mirada, aparentemente sus argumentos le parecían bastante válidos y no se le ocurrió nada.

Ella lo observó, esperó, hasta que por fin se dio cuenta.

—¡Mierda, joder! —maldijo él y la miró con gesto sombrío—. Tienes razón, no hay explicación para eso.

—Y eso va a ser nuestra soga al cuello.

—Pero son niños, Susi. No voy a ser capaz.

Ella lo miró y suspiró.

—Tampoco tienes por qué. Nos deshacemos del esposo de Milla, llevamos a los niños junto a los demás a la otra cabaña, los maniatamos y drogamos. A partir de ahí tú solo tendrás que ocuparte de Daniel, ¿vale? Nadie dará con Noah, Lenny y Josie hasta que ya estén muertos. Así que, vamos a hacerlo tal cual te acabo de explicar. Todos van a creer que a Milla se le fue la pinza, que le dio algo así como un brote psicótico. Vamos a obligarla a escribir una carta de despedida que le va a dar credibilidad al asunto.

—¿Y cómo piensas obligarla a hacerlo?

—Si le decimos que a los niños no les pasará nada, lo hará. Todo el mundo va a pensar que colapsó bajo el peso de los remordimientos. Que primero mató a Fabienne y al marido de esta, luego a Joe. La policía creerá que llevó a los niños a otro sitio para

que no se enteraran de nada. Supondrán que contaba con que encontrarían a los niños a tiempo, cosa que desgraciadamente no será el caso. Todos pensarán que después de hacer todo lo que hizo, Milla se suicidó. Y nosotros nos habremos librado y salido de rositas.

—No sé yo. Suena todo bastante complicado.

—Que no. Es todo súper lógico y está más claro que el agua. Solo tenemos que borrar todas nuestras huellas, incluidos los mensajes y los correos electrónicos entre Joe y tú. Tienes que borrarte del foro en el que te ganaste su confianza. No puede haber nada que te señale, y si quedara algo, para cuando lo descubran ya estaremos muy lejos, a la espera de a ver qué pasa.

—Vale, ¿y por qué ahora? ¿Por qué esta noche y no mañana tranquilamente como habíamos planeado?

—Porque ha bajado al sótano.

Él se la quedó mirando.

—¿Quién?

—Pues Milla. La he seguido. La he oído jadear. Ha encontrado la mancha de sangre.

—¿Y has dejado que ande por ahí espionando? ¿Y si ya ha sacado a Joe de la cama?

—La he encerrado, por supuesto. Pero aun así, deberíamos ponernos en marcha con Joe antes de que a ella le…

Se oyó un estruendo.

—¡Mierda, joder! —Susi corrió hacia la puerta—. Ocúpate de Joe, que yo me ocuparé de la puta esa.

Theo asintió, pero no parecía muy contento.

—¿Y los niños? —preguntó—. ¿Qué pasará si despiertan?

Susi sonrió.

—No lo harán. Les he llevado antes un cacao especial que tomaron obedientemente. Solo que Noah aparentemente no lo ha tocado. Se metió antes en la habitación de Milla y parece que hizo saltar la liebre. Ahora mismo está en el sótano por culpa del niño.

—Pues adelante —dijo Theo, la siguió hasta la puerta.

Susi registró cómo cogía el bate de beisbol y lo escondía tras la espalda. Eso la hizo sonreír satisfecha. Por fin Theo había parecido entender que no les quedaba otra opción.

Salió al pasillo, donde casi chocó con Joe.

—¿Qué está pasando? —preguntó él desconcertado, mirándola primero a ella luego a Theo—. ¿Qué son esos porrazos?

—Ni idea —respondió ella, tratando de aparentar lo más inocente posible para no hacer levantar sospechas en Joe. Tenía que aprovechar el momento sorpresa para dejarlo fuera de combate.

—Dejadme salir ahora mismo —chilló Milla de repente desde abajo.

Susi suspiró para sus adentros.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Joe miró a Theo.

—Tengo miedo —gritó Noah en ese preciso momento—. Abrid, que alguien abra la puerta. El picaporte subía y bajaba, pero la puerta seguía cerrada. Acto seguido, otro grito de Milla llegándoles desde el sótano.

Joe corrió hacia las escaleras, las bajó y se puso a tirar de la manija.

—¡Milla! —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo ahí dentro? ¿Y por qué no se abre esta maldita puerta?

—¡Tienes que largarte de aquí! —le gritó ella desesperada—. ¡Ahora mismo! Coge a los niños y largaros.

—No entiendo —balbuceó él, luego se apartó de la puerta y se giró hacia ellos.

Susi notó cómo la mano de Theo agarraba con más fuerza el bate a su espalda.

—Noah no es autista y estuvo diciendo la verdad desde el principio, cariño —gritó Milla—. Susi sabe lo que he hecho. Que todo es culpa mía y que su familia tuvo que morir por mi culpa. No es la madre Noah y Theo no es su padre. Esta casa le pertenece a otra familia. Susi y Theo nos han tendido una trampa.

—¿Qué? —Joe sacudió la cabeza, parecía no poder dar crédito—. No lo entiendo. —Miró a Theo—. ¿A qué se refiere?

Susi puso los ojos en blanco. ¡Mira que había tíos cortitos!

—¡Venga ya! ¿En serio que aún no lo pillas? —le espetó a Joe—. Y tú dices ser abogado —dijo con desprecio—. Esta es la casa de la familia de Fabienne. Una amiga de Susi y mía. Fabienne pescó un

ricachón: Daniel Rabe, el arquitecto. Tienen dos hijos… Al niño ya lo conocéis.

—¿Y dónde está ahora la familia de Fabienne? ¿Por qué estáis vosotros…? —Joe se detuvo en medio de la frase. Sus ojos se le abrieron como platos—. ¿Qué le habéis hecho a esa gente?

—Están todos estupendamente, excepto Fabienne —dijo Susi, encogiéndose de hombros en un gesto de indiferencia.

—¿Y qué pasa con Fabienne?

Susi suspiró.

—Ay, la pobre. Digamos que está criando malvas, igual que hará tu mujer muy pronto.

Esa era la señal para Theo…

Tenía que actuar ahora.

Notó cómo los músculos de Joe se estaban tensando.

Y como si pudiera ver a través de la puerta del sótano lo que estaba pasando, Milla se puso a chillar.

Joe fue a lanzarse sobre Theo, pero este fue más rápido. En una milésima de segundos el bate se estrelló en la cara de Joe. Se desplomó.

De repente se hizo un silencio absoluto en la casa.

El griterío de Milla también había enmudecido.

Susi miró a Theo, sonrió triunfalmente.

—Buena puntería —lo felicitó y señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada del sótano—. De eso me encargo yo, lo prometido es deuda. Tú solo vigila de que hace lo que le decimos.

VEINTITRÉS
LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Theo se inclinó sobre Milla.

—Creo que se te ha roto un diente. ¿Es que también cómo se te ocurre agacharte detrás de la puerta?

Susi silbó entre dientes.

—Tu nariz tiene un aspecto horrible. —Se acuclilló junto a Milla, la observó muy seria—. Ojalá las cosas no hubieran transcurrido así. También lo siento por los buenos viejos tiempos. Pero lo que va a pasar ahora te lo tienes más que merecido.

Milla tragó.

—Por favor, Susi, no lo hagas. Mis hijos no, Joe no.

Susi hizo una mueca horrible.

—¿Y a mí qué me importan tus críos?… Dime, ¿tú sabes a cuántas personas tienes sobre tu conciencia?

—Pero mis hijos no han hecho nada.

—¡Pero tú sí! Eres la responsable de la muerte de mis padres. Vale, lo admito, mi padre era un cabrón, pero mi madre no tenía culpa de nada. Estaba a merced de mi padre. Y lo que tú hiciste, destrozó a mi hermano. Sascha se suicidó por tu culpa. ¡No tenía ni

treinta años! Y Thomas… Lo amaba y ni siquiera pudo ir a su entierro, porque mi padre lo había encerrado en el sótano.

—Pero, Susi, ¿cómo podía saber yo que tu hermano sería capaz de algo así? Y desde luego que nunca quise que Sascha sufriera tanto.

Susi le lanzó una mirada de asco desde arriba.

—Lo hubieras pensado antes, antes de sacar esas fotos. Esas malditas fotos estaban por todas partes, todo el mundo las vio. A mi hermano con su amante gay, que resulta que era su profesor. Pero Thomas ya tenía diecisiete años, ya no era un niño cuando se lio con Sascha. Lo que había entre ellos era amor y no algo censurable. Aun así trataron a Sascha como a un delincuente, solo por ser gay y haberse enamorado de un alumno. Los dos ya habían planeado su futuro. Tan pronto Thomas cumpliera la mayoría de edad irían a vivir juntos. Mi hermano estaba esperando el momento adecuado para contarles a mis padres que le gustaban los hombres. Pero tú lo estropeaste todo con tus fotos. Fotografiaste a dos personas enamoradas y colgaste las fotos por el colegio adelante para que todo el mundo pudiera ver y repartir las fotos de su amor. Los dejaste al descubierto. Antes de que pudieran profesar su amor, convertiste ese sentimiento en algo feo. Mi padre estaba tan furioso que denunció a Sascha por tener sexo en público con un alumno. Y después de eso trataba a mi hermano como a un apestoso.

Milla notó que Susi se estaba enfureciendo cada vez más y contaba con lo peor. Pero entonces vio por el rabillo del ojo que la otra dejaba el bate a un lado y se sentaba en la postura del loto a su lado. Pensó desesperada en cómo poder calmar a Susi, pero no se le ocurrió otra cosa que dejarla hablar.

—Sascha perdió el trabajo y no solo eso: jamás volverían a contratarlo como profesor en ningún colegio —prosiguió Susi su monólogo—. Toda la carrera, el esfuerzo, las horas de estudio, las buenas notas, los trabajitos para ganar algo de dinero extra y poder seguir a flote – todo para nada. ¡Y solo por tu culpa! Por culpa de tu broma asquerosa lo perdió todo. ¡Destrozaste su vida!

»Ya no había futuro para Sascha, ninguna esperanza, no le quedaba nada. Por eso se sentó al volante y estrelló el coche contra

un árbol.

»A mi hermano le rompió el corazón, ¿lo entiendes? Nunca antes había tenido un novio, nunca antes había amado a alguien tanto como a Sascha. Y los idiotas de sus amigos tampoco fueron de ayuda. Al contrario… —casi le escupió—. Cuando se enteraron de que era gay y lo que hacía con su profesor, no pararon de meterse con él, de burlarse de él. Lo dejaron tirado como a un perro. Y papá, el único que podría haberlo apoyado, también se puso en su contra. Thomas quedó completamente aislado, ya no le quedaba nadie.

—Yo solo tenía quince años, Susi —Milla intentó hacerla entrar en razón—. No tenía ni idea de las consecuencias que tendría mi broma.

—¿Por qué tuviste que hacerlo, maldita sea? ¡Dímelo!

—Estaba enamorada de Sascha —soltó Milla desesperada—. Y cuando lo vi con Thomas, me destrozó. Tenía celos de tu hermano. Yo creía que yo también le gustaba a Sascha porque siempre estaba tonteando conmigo.

—Venga ya, ahí la tenemos de nuevo, la Milla que cree que todos los hombres van a caer rendidos a sus pies. Pues mira, con Sascha te equivocaste. Obviamente, no iba a mandarte a la mierda descaradamente cuando lo mirabas con cara de alumna embobada. Le daba mucho miedo salir del armario porque por aquel entonces, y todavía hoy, había mucha gente que juzgaba a los demás en base a su orientación sexual. Sascha no quería que sus alumnos ni los demás profesores lo miraran con otros ojos solo por preferir a los hombres. Además, es un asunto privado. ¿Por qué iba a salir del armario precisamente contigo? ¿Solo para que unas estúpidas como tú no fantasearan y se montaran películas?

Milla tragó para combatir las lágrimas.

—Si pudiera, desharía lo que hice, pero no puedo. Por favor, Susi, créeme cuando te digo que lo siento muchísimo. Cargo con esa culpa desde hace años. Que por culpa mía murieran tantas personas es algo que me sigue persiguiendo en sueños.

—Sí, sí. Déjate de lloriqueos. Ya es demasiado tarde para eso.

Susi se giró hacia Theo.

—He acabado con ella. Te toca a ti.

El marido de Susi se acercó, se acuclilló junto a Milla.

—Una de las víctimas era mi madrastra, por cierto. ¿Lo sabías?

Milla negó consternada.

—Era la directora sustituta del colegio y la responsable de que echaran a Sascha. Yo solo tenía trece años y a mi padre se le vino el mundo encima. Tras mi madre, era la segunda mujer que perdía. Le llevó solo dos años morir de borracheras y a mí me mandaron al continente a vivir con unos familiares.

»Durante años sufrí por haber perdido a mis padres y mi hogar tan pronto.

»Odiaba a Thomas por eso, enfermé, caí en depresiones, me internaron en una clínica. Allí conocí a Susi y cuando me enteré de que era la hermana del causante de la muerte de mi familia, me entraron ganas de matarla. Tanto odio llevaba dentro.

»Años más tarde apareció Susi ante mi puerta. Al principio pensé que estaba chiflada por presentarse allí, pero luego me contó las razones de por qué Thomas había reaccionado así. Me contó que habías sido tú quien había hecho aquellas fotos funestas y que eras la culpable de que todo hubiera salido de madre. Aquel encuentro selló nuestro destino, el de Susi y el mío.

»A partir de ese momento empezamos a planear cómo hacerte pagar por todo.

Milla miró primero a uno, luego a la otra.

—¿Entonces no estáis casados? ¿Solo os habéis juntado para vengaros? ¿De mí?

Susi se rio.

—No estamos casados, no. Pero con el tiempo nos hemos convertido en pareja porque nuestro pasado común nos ha unido. Al menos salió algo bueno de toda aquella mierda. —Resopló—. Así que, hubiese sido mejor que no le hubieras enseñado a Fabienne tu obra de arte. Fue idea suya colgar las fotos reveladoras por todo el colegio. Ya sé que tu idea solo era mandarlas a dirección para que echaran a Sascha. Pero no contaste con tu querida amiga.

Milla tragó.

—Así fue como te enteraste.

—Sí. La muy boba se lo contó a su ex. Me topé con él por casualidad cuando volvió a la isla. Estaba borracho como una cuba y lo contó todo.

—¿Y qué pasa con Rene y Jannik? Ambos muertos. Supongo que eso tampoco fueron accidentes. ¿Me equivoco? ¿También planeasteis y escenificasteis sus muertes?

Susi soltó una risa despectiva.

—Mira tú por dónde. Por fin lo pillas. Sí, Theo me ayudó a administrarles el castigo que se merecían. Esos cerdos eran amigos de mi hermano desde parvulario y le hicieron la vida imposible solo por ser homosexual. La intención de Thomas era matarlos él mismo, pero esos estúpidos de mierda no fueron aquel día al colegio, como recordarás.

Todo le daba vueltas en la cabeza. De algún modo tenía que conseguir que dejaran libres al menos a Joe y a los niños, si es que su marido había sobrevivido al golpe del bate de beisbol…

—Repito, Susi, entiendo lo herida y furiosa que te sientes —volvió a intentarlo—, pero Josie y Lenny no tienen nada que ver con lo que hice ni con quién soy. Creo que Thomas no querría que les hicieras daño. —Milla era consciente de que introducir al hermano de Susi en la ecuación era jugar con fuego, pero no se le ocurrió nada mejor—. ¡Por favor, no les hagas nada! —le rogó a su vieja amiga.

Pero en la mirada de Susi no había rastro de compasión. Cogió impulso y le dio una patada fuerte en la cadera.

Milla gritó, se encogió de dolor, se giró hacia Theo, esperando encontrar en él más piedad.

—Por favor, Theo, los niños no —emitió con la voz ahogada por el dolor—. Recuerda cómo te sentiste tú cuando ya no tenías a nadie. No dejes que mis niños paguen por algo que hice yo.

Theo alzó las cejas, le echó un vistazo a Susi.

—¿Qué opinas? ¿Hay algo que Milla pueda hacer por nosotros para que dejemos en paz a sus hijos?

—Deja que piense… —Susi balanceó la cabeza, miró a Milla—. Sí, creo que hay algo. Vas a redactar una carta de despedida. En ella vas a reconocer lo que hiciste entonces y lo que has hecho hoy.

—¿Hoy? —consiguió articular Milla con voz forzada.

Susi asintió con la cabeza, la miró fijamente a través de ojos entrecerrados.

—Has matado a Fabienne. Y a tu marido.

—Eso no se lo va a creer nadie —soltó Milla—. ¿Por qué iba yo a matar a Joe?

—Porque ya no aguantaste más y le contaste lo que hiciste en el pasado. Se lo dijiste a Joe y él te condenó por ello. Te pidió el divorcio y te amenazó con quitarte a los niños. Tú no podías permitir eso. Y a Fabienne la has matado porque había sido idea suya lo de colgar las fotos en el colegio.

—¿Está… muerta? —preguntó Milla con voz temblorosa.

Susanne asintió.

—Lo hice poco antes de que llegarais. La idea no era que la espichara tan pronto. Es más, la intención era que fuera muriéndose muy lentamente y con mucho dolor y sufrimiento. Noah estaba presente cuando le di el primer golpecito, al que sobrevivió. Con eso pudimos presionarlo a que colaborara en nuestro juego. Le hicimos creer que su madre se recuperaría si le hacíamos las curas.

—Pero no lo hicisteis.

—No. La rematé después de que Theo hubo sacado al niño de allí y lo hubo intimidado lo suficiente para que hiciera todo lo que queríamos. Por cierto, no te hagas falsas esperanzas. Noah seguirá mintiendo por nosotros, para que al menos no les hagamos nada a su padre ni a su hermana.

—¿Qué le estáis exigiendo al pobre niño?

—Bah, nada especial. Solo tiene que identificarte como la autora. Vamos a decirle que él y su familia también morirán si a la policía le da por buscarnos a Theo y a mí.

—Eso no vais a conseguirlo con mis hijos. ¡Ellos no van a mentir por vosotros! Les van a contar a la policía que yo jamás… —Milla se detuvo de repente, al percatarse de que había cometido un error horrible. Susi y su amigo estaban completamente locos y decirles a dos desequilibrados que su plan no era perfecto era una estupidez. Cerró los ojos. Se mordería la lengua si pudiera.

Observó la manera en la que Susi miró a Theo, quien asintió lentamente con la cabeza.

—Pues entonces —soltó Susi—, hasta aquí la historia de vuestros hijos estupendos. —Alzó los hombros como si lo sintiera—. Lo único que aún puedes hacer es redactar esa carta. Vas a escribir que aparte de a tu vieja amiga del colegio y a tu marido también mataste a tus propios hijos. Perdiste la cabeza, se te fue de las manos.

A Milla le entraron arcadas. Lanzó una oración muda al cielo.

De repente oyeron unos gemidos sonoros procedentes de arriba.

—¡Joe! —gritó ella con todas sus fuerzas, aunque dudaba seriamente de que en su estado, con aquellas lesiones, su marido fuera capaz de enfrentarse a Theo y a Susi.

Una sacudida recorrió su cuerpo. Tenía que hacer algo, aportar su parte para salvarse.

Pensó desesperadamente una posible secuencia de movimientos. Quería ponerse en pie y lesionar al menos a uno de ellos de alguna manera. Pero no pudo ni levantarse. Susi le clavó de inmediato el bate de beisbol en el pecho. Luego, con la otra mano, sacó un arma escondida en la cintura del pantalón, la apuntó con ella.

—Vigílala —le ordenó Theo—. Será mejor que vaya a mirar qué tal está mi colega. —Desapareció.

—Levántate muy despacito —le ordenó Susi—. Vamos a ponerle fin a esto ahora mismo. Y no olvides quién tiene el arma en la mano. Así que venga, arriba, sube delante mía las escaleras, muy despacio, y ve a la cocina. Una vez allí vas a sentarte a la mesa como una niña buena y vas a escribir tu última carta. Si haces lo que te digo, dejaré que tus hijos se despierten tranquilamente. Pero si haces el tonto, Joe tendrá que pagar las consecuencias, y luego Josie y Lenny. Y no voy a ser muy amable con ellos.

Milla notó el sabor de la bilis en la boca. Tragó. Luego hizo lo que Susi le ordenó, subió las escaleras peldaño a peldaño.

Cuando por fin lo hubo conseguido y llegó al pasillo, vio a Theo doblado sobre Joe clavándole la punta de un cuchillo en la garganta.

Su mirada se cruzó con la de su marido.

Había tanto que quería decirle: que sentía muchísimo lo que le estaban haciendo; lo mucho que sentía ya no ver crecer a sus hijos… que daría su propia vida a cambio de la de todos ellos.

Pero no consiguió articular ni una sola palabra.

Pasó junto a Joe sin decir nada, sintiendo el arma de Susanne apoyada en su espalda, registró que a cada metro que se acercaba a la mesa de la cocina, iba perdiendo un poco más de esperanza.

Se había acabado. Ya no había manera de darle la vuelta a la tortilla.

Joe tenía la cara destrozada e incluso ileso no era capaz de matar ni una mosca. Era abogado, no un matón con la astucia suficiente de acabar con sus torturadores.

Las personas como Joe eran demasiado buenas para este mundo.

Consciente de su derrota se sentó a la mesa.

Tras unos segundos de silencio, notó el arma apoyada en la sien.

—¡Escribe o Theo le cortará los huevos a tu marido! Y luego será el turno de los niños…

Milla cogió el bolígrafo con dedos temblorosos, empezó a escribir.

Cuando hubo terminado, le pasó la hoja a Susanne.

—¿Y ahora qué? —soltó, sorprendida al oír el tono monótono de su propia voz. Había dejado de ser ella misma.

—Salgamos. Vas a acabar con esto ahí fuera.

Milla la precedió, de nuevo con el arma pegada a su espalda, salió al exterior.

Ya frente a Susi, delante de la casa, sobre el suelo de arena y grava, se encogió de hombros.

—¿A qué esperas? ¡Dispara!

Susi se rio.

—¿Me tomas por tonta? —Sacó una navaja del bolsillo del pantalón, se la lanzó a los pies—. Vas a degollarte tú solita. Es cosa rápida. O puedes cortarte las venas. Tú decides… Eso sí, como se te ocurra hacer alguna tontería, te pego un tiro en la cabeza, lo que será la señal para Theo para que se deje de florituras con Joe y tus hijos.

Milla asintió, se dobló, abrió la navaja.

—Por cierto, esa navaja era de mi hermano —dijo Susi con voz áspera. Luego alzó los ojos al cielo estrellado, sonrió—. Siento que

hoy es un día muy especial para él, está de fiesta allá arriba. ¡Qué orgulloso estaría de mí!

Milla miró a Susi, negó con la cabeza.

—Conocí a tu hermano y sé que él jamás habría querido nada de esto. No cuando está en juego la vida de niños inocentes.

La expresión de Susi cambió.

—¡No digas que conocías a mi hermano! ¡Yo soy la única que realmente sabe lo que hubiera querido! ¡Y yo digo que hubiera querido justo esto!

Empezó a hacer aspavientos con la pistola en la mano. Por un instante Milla temió que pudiera dispararse, lo que sería la perdición de Joe.

—Tienes razón, por supuesto —dijo rápidamente—. Yo apenas tenía trato con él, al contrario que tú.

Susanne asintió, bajó el arma.

—Ni siquiera nuestros padres lo conocían. Era un ser humano con sentimientos. Y todos vosotros lo convertisteis en un monstruo. Y ese monstruo fue quien lo mató al final.

Milla agarró el cuchillo con todas sus fuerzas. Por un instante barajó la idea de lanzarse sobre Susanne y reducirla. Pero aunque lo lograra, seguía estando Theo.

Daba igual las vueltas que le diera, no parecía haber salida posible.

Al final apoyó el cuchillo en el brazo izquierdo, empezó a cortar.

Se encogió de dolor. Emanaba de su brazo y parecía salir disparado a cada fibra de su cuerpo.

De repente un grito…

Fuerte, lleno de dolor, animalesco.

El grito de un depredador pensó Milla.

—Vaya, parece que tu Joe no se ha portado tan bien como tú. Theo habrá tenido que disciplinarlo. —Susi esbozó una sonrisa malvada—. O sea, que ahora la cuestión solo son tus hijos. Pórtate bien y te aseguro que no tendrán que sufrir. No como el de ahí de dentro.

Milla, que ya tenía unos cortes de unos veinte centímetros en su brazo izquierdo, gimió cuando la asaltó una fuerte oleada de mareo.

—Ahora el derecho.

Pasó el cuchillo a la mano izquierda, pero los cortes debían de ser demasiado profundos porque no consiguió sostenerlo entre los dedos. Se le escurrió, cayó al suelo.

Susi la observó detenidamente, asintió satisfecha.

—Supongo que tendremos que apañarnos con un solo brazo. Llevará unos minutos más. —Echó la cabeza hacia atrás, parecía plenamente satisfecha.

A Milla le empezaron a fallar los sentidos, pero aún distinguió el contorno de un hombre saliendo de la casa. Llevaba un bate en la mano, pero no le pareció para nada amenazante.

Cuando registró a través de la niebla espesa de su cerebro que no era Theo el que se abalanzaba sobre ella, sino Joe, se obligó a poner cara de miedo, a pesar de su euforia.

—¿Cómo lo has hecho, cariño? —preguntó Susi muy segura de la victoria, sin girarse.

—Le he rasgado la carótida en dos a base de un mordisco —soltó Joe. La voz le temblaba de rabia. En ese momento descargó con toda su fuerza el bate sobre la cabeza de Susi.

Milla llegó a registrar cómo a Susi le salían los ojos de las órbitas y caía de rodillas.

Esbozó una sonrisa, miró a Joe, cuya imagen se borró ante sus ojos.

—Sí que eres un depredador —dijo con las últimas fuerzas que le quedaban. Luego todo se volvió negro.

EPILOGUE

DOS DÍAS DESPUÉS…

—No se asuste, por favor —la avisó la enfermera amablemente y señaló en dirección a la puerta—. Parece peor de lo que es.

Milla asintió débil.

—¡Pase! —dijo la enfermera alzando algo la voz.

La puerta se abrió y entró Joe, sentado en una silla de ruedas y empujado por un cuidador que lo dejó junto a su cama. Lo cierto era que estaba hecho un cromo. Sin embargo, le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, si es que a aquello podía llamársele sonrisa.

Llevaba un vendaje aparatoso en la nariz, igual que ella. Pero a diferencia de ella, también tenía los labios hinchados, al igual que un lado de la cara que, además, lucía una amplia gama de tonos azul y violeta.

A Milla se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cariño —emitió Joe con voz algo gangosa e imprecisa—. Estoy bien. La nariz se ha ido al garete, pero ya se arreglará. Y el resto de mí también volverá a ser como antes. Llevará su tiempo, pero los médicos dicen poder con ello.

Aún moqueando y luchando contra las lágrimas, Milla extendió los brazos. Joe entendió, se acercó en la silla más a la cama para que ella pudiera tocarle. Se incorporó en la silla todo lo que pudo, la abrazó, la miró a los ojos.

Ella intentó abrir la boca, decirle todo lo que la estaba consumiendo por dentro.

Pero él negó con la cabeza.

—Déjalo estar, cariño. No fue culpa tuya. —Su voz sonó severa, parecía no estar dispuesto a tolerar que lo contradijera.

Ella se calló, miró a la enfermera.

—¿Puedo quedarme un momento a solas con mi marido?

La mujer asintió. Luego se retiró discretamente.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras la enfermera, Milla agarró la mano de Joe y se la apretó.

—¡Gracias!

—¿Por?

—¡Por habernos salvado la vida!

Él asintió serio.

—Cualquier hombre lo hubiera hecho por su familia. Además, conté con ayuda.

A ella se le abrió la boca por la sorpresa.

—¿De quién?

—De Noah.

—¿Qué hizo?

—Arriesgó su vida y la de su familia para ayudarnos.

—¿Cómo? Si estaba encerrado.

—Se coló por la ventana de su habitación hacia fuera. Se escondió, lo escuchó todo. Lo de la sangre en el sótano, la muerte de Fabienne. Tuvo que presentir qué pretendían realmente esos dos. Que ninguno de nosotros podría quedar con vida. Y cuando Theo se arrodilló y se dobló sobre mí, Noah cogió el bate y lo distrajo por un segundo. Supe que era la única oportunidad que tendría y la aproveché.

Milla lo seguía mirando con la boca abierta.

—¿En serio le metiste un bocado en el cuello?

—Sí. Le mordí todo lo fuerte que pude con mi cara rota. No tenía otra alternativa, tenía que sacármelo de encima como fuera. Cuando se agarró al cuello, le saqué el cuchillo y rematé la faena.

—O sea, está muerto.

Joe asintió con la cabeza.

—¿Y Susi?

—Tiene traumatismo craneal y está en coma. Nadie sabe si despertará alguna vez. ¡Esos dos gilipollas se metieron con las familias equivocadas!

—¿Cómo están los niños?

Joe sonrió.

—Los dos están bien.

—¿Y la familia de Noah?

Joe hizo una mueca.

—Fabienne, la madre de Noah, está efectivamente muerta. Susi y Theo la apuñalaron y hundieron en el lago. La policía está ahora mismo haciéndole la autopsia al cuerpo.

De nuevo volvieron a llenársele los ojos de lágrimas a Milla, pero Joe le cogió de inmediato la mano y se la apretó suavemente.

—¡No fuiste tú quien la mató, sino Susi!

—Por todo lo que hice yo en el pasado.

—No eras más que una cría, cariño. Susi, sin embargo, tiene 35 años y lleva planeando esto desde hace mucho. Ella y Theo te localizaron, investigaron a nuestra familia y así fue como descubrieron que me encanta pescar. Theo, bajo otro nombre, fue quien me habló a través de Facebook de aquel foro en internet. Así fue como él y Susi nos tendieron la trampa.

—¿Qué pasa con el resto de la familia de Noah?

—Su hermana y su padre están bien… Susi y Theo los atiborraron a medicamentos para tenerlos bajo control. Los encontraron en un estado lamentable. La niña era la que peor estaba. Los medicamentos eran demasiado fuertes para ella. Pero ha superado lo peor y ya se encuentra mejor.

Milla cerró los ojos.

—Pobres. Tener que crecer sin una madre es horrible.

Joe asintió, también estaba triste.

—¿Y Noah? ¿Cómo está Noah?

Joe sonrió.

—Podrás preguntárselo tú misma. Está fuera en el pasillo con nuestros hijos. Como su padre aún tiene que quedar ingresado, me

he ofrecido a ocuparme de él. Al fin y al cabo, es nuestro pequeño héroe…

—Me gustaría asistir al entierro de Fabienne. Le debo al menos eso.

Joe le dirigió una mirada penetrante.

—No le debes nada a nadie, Milla. Pero respeto que quieras acompañarla en ese último viaje.

—Entonces, ¿no te importa si nos quedamos un poco más? También quiero hablar personalmente con las familias de Jannik y Rene, decirles que su muerte no fue ningún accidente.

Joe inspiró hondo.

—Casi se me olvida. —Dejó una tarjeta de visita sobre la cama—. Es el número de una agente de policía. Dice que os conocéis de antes y es quien lleva el caso. Deberías llamarla cuando te sientas con fuerzas.

Milla cogió la tarjeta, leyó el nombre, suspiró aliviada.

—¿Una antigua amiga del colegio?

Ella negó con la cabeza.

—Ni amiga ni enemiga. Estábamos a pocas mesas de distancia y pasábamos literalmente la una de la otra.

—Eso suena bastante bien, diría yo.

Ella asintió. De momento no le apetecía lo más mínimo volver a ver a una supuesta *buena amiga*.

—¿Se lo has dicho a los niños?

—¿A qué te refieres?

Ella lo miró.

—¡A todo esto, Joe! Por qué pasó. Considero que deberían saberlo.

Él la miró y por primera vez no supo interpretar la expresión de su marido.

—¿Quieres contarles todo?

Ella asintió.

—Y a la familia de Noah también.

—¿Por qué?

Ella tragó, miró a Joe, luego a la puerta, sonrió.

—Nos han regalado una nueva vida, a todos. Una segunda oportunidad, gracias a un niño increíblemente valiente que hace tan solo unos días perdió a su madre. Cada vez que pienso que me parecía un niño complicado, me muero de la vergüenza.

Joe asintió.

—Josie me dijo lo mismo hace un rato.

Milla tragó para deshacer el nudo de la garganta.

—Estamos aquí solo gracias a Noah. Él nos salvó. No deberíamos aceptar este valioso regalo partiendo de más mentiras y secretos.

Joe reflexionó unos segundos, luego asintió con la cabeza.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

Ella intentó encontrar la respuesta en su interior, se encogió de hombros.

—¿Qué te parece ahora mismo?

FIN

ACKNOWLEDGMENTS

A mi grandísima diseñadora de portada Kristin Pang por su obra tan hermosa.

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier. Una vez más habéis hecho un gran trabajo. Gracias por este maravilloso trabajo en equipo.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y la corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero seguir por mucho tiempo más con esta fructífera colaboración!

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están siempre dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicarle otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como… (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, aunque no menos importantes, mis agradecimientos a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre – y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com